



Luiz Bernardo Pericás
Che Guevara y el debate
económico en Cuba

Fondo Ezequiel
Casa de las Américas

Premio de ensayo Ezequiel Martínez Estrada
Casa de las Américas 2014

Este material es solo para uso promocional y se prohíbe su reproducción total o parcial.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



Luiz Bernardo Pericás
Che Guevara y el debate económico en Cuba

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Luiz Bernardo Pericás
Che Guevara y el debate
ecoconómico en Cuba

Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada
Casa de las Américas 2014

Traducción de Rodolfo Alpizar Castillo

casa

Tomado de Luiz Bernardo Pericás: *Che Guevara y el debate económico en Cuba*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 2011.

Edición: *Ana María Caballero Labaut*

Diseño de colección: *Pepe Menéndez*

Diseño de cubierta: *Roilán Marrero Gómez*

Diagramación: *Luis Moya Medina*

© Luiz Bernardo Pericás, 2014

© Sobre la presente edición:

Fondo Editorial Casa de las Américas, 2014

ISBN 978-959-260-440-7

casa

FONDO EDITORIAL CASA DE LAS AMÉRICAS
3RA. Y G, EL VEDADO, LA HABANA, CUBA
www.casadelasamericas.org

ÍNDICE

Presentación a la edición cubana Luiz Bernardo Pericás	9
Prólogo Michael Löwy	17
Prefacio Luiz Alberto Moniz Bandeira	21
Nota del autor	41
Lista de siglas	47
Introducción	51
Desarrollo económico e industrialización	81
Administración, planificación y productividad	113
El debate económico en la Unión Soviética y en Europa Oriental	151
El debate económico cubano	187
Organización sindical y trabajadores	217
El socialismo y el hombre nuevo	251
Sistema de incentivos y emulación socialista	281
Trabajo voluntario	291
Che Guevara y las tendencias marxistas	305
Conclusiones	341
Referencias	349

PRESENTACIÓN A LA EDICIÓN CUBANA

A partir del triunfo de la Revolución Cubana, periodistas, políticos, artistas e intelectuales brasileños comenzarían a afluir a la Isla en número cada vez mayor, para ver de cerca los desarrollos de uno de los eventos más importantes de América Latina en el siglo pasado. El enorme interés generado por la lucha guerrillera y por las posibilidades de cambios abiertas con la victoria de los rebeldes llevaría a muchos compatriotas a visitar el país, a reunirse con sus principales líderes y a divulgar, en libros, artículos y congresos, los hechos de los barbudos (y también, poco tiempo después, el proceso de construcción del socialismo en el país). En los años de plomo en Brasil, Cuba sería vista como el faro revolucionario en todo el continente, y su ejemplo inspiraría a centenares de jóvenes a seguir el camino de la lucha armada. Vale recordar que, ya en enero de 1959, el reportero de *Diários Associados*, Armando Gimenez, junto con colegas de Río de Janeiro y São Paulo, visitaría la Isla, participando de la Operación Verdad y del Fórum de Debates sobre la Reforma Agraria, en La Habana. Él entrevistaría en aquella ocasión al máximo líder de la Revolución y al Che, y escribiría el primer libro de un brasileño sobre aquel momento histórico trascendente, *Sierra Maestra: a revolução de Fidel Castro* (*Sierra Maestra: la revolución de Fidel Castro*), publicado por Ediciones Zumbi aquel mismo año. El éxito fue tal que la obra se agotó rápidamente, y una segunda tirada salió de la imprenta de inmediato (Gimenez, tiempo después, se convertiría en dirigente del PC de B –Partido Comunista de Brasil–, y por sus actividades en el partido sería encarcelado y torturado por los órganos de represión). En noviembre de 1959, a su

vez, el dirigente comunista Pedro Pomar, por encargo del PCB (Partido Comunista Brasileño), iría a la Isla, donde permanecería por cuarenta días. Al regresar a Brasil escribiría varios artículos para *Novos Rumos* (*Nuevos Rumbos*) y participaría en charlas en defensa de la Revolución. De ahí en adelante, la cantidad de conciudadanos que visitaría Cuba aumentaría constantemente.

Es el caso de Jânio Quadros (entonces candidato a la presidencia de la República), que a fines de marzo de 1960 también fue a La Habana, donde tuvo la oportunidad de conversar largamente con Fidel, el Che y otras autoridades locales.

En diciembre, a su vez, el intelectual pecebista Elias Chaves Neto iría a aquella capital, donde cumpliría una intensa agenda de actividades, y regresaría a Brasil en enero de 1961, por la misma época en que el poeta y ensayista Jamil Almansur Haddad andaba por el país, experiencia que daría origen al libro *Revolução Cubana e revolução brasileira* (*Revolución Cubana y revolución brasileña*). Por su parte, Almir Matos, después de recorrer la Isla conociendo fábricas y cooperativas, lanzaría, en el siguiente mes de mayo, su *Cuba: a revolução na América* (*Cuba: la revolución en América*).

Las visitas de los brasileños continuaban y se intensificaban. Una delegación con más de noventa personas, presidida por el historiador paulista Caio Prado Júnior, llegaría al país el 30 de diciembre de 1961, justo a tiempo para asistir a las conmemoraciones del Primero de Enero de 1962. El periplo en ómnibus hecho por el grupo, que incluiría ciudades como Camagüey, Santiago de Cuba, Santa Clara y Holguín, duraría aproximadamente cinco semanas.

Otro viaje en aquel año lo realizaría Nery Machado, quien escribiría a continuación su *Cuba, vanguarda e farol da América* (*Cuba, vanguardia y faro de América*), libro que salió de la imprenta en diciembre de 1962, pero con fecha de publicación de 1963, incluyendo un prólogo de Gondin da Fonseca.

Entre julio y agosto de 1962, una nueva comitiva iría a la Isla, con la participación del entonces reportero del *Diário de Notícias*, Luiz Alberto Moniz Bandeira, que tendría una conversación privada con el Che Guevara durante varias horas. Aquel mismo año saldría por la Editora Brasiliense *Vais bem, Fidel* (*Vas bien, Fidel*), de Jurema Finamour, con prefacio de Leonel Brizola.

Diversos comités de apoyo a Cuba (con participantes tan distintos como trotskistas, comunistas, petebistas, peessebistas, académicos, sindicalistas y estudiantes) comenzarían a constituirse en Brasil. Solo hay que recordar el Encuentro Estadual de los Amigos de Cuba, en julio de 1961, en la sede del Sindicato de los Metalúrgicos de São Paulo, de cuya Comisión Organizadora formaban parte nombres como el joven luxemburgués Michael Löwy, el historiador Caio Prado Júnior y el físico Mario Schenberg (estos dos últimos, militantes del PCB); del Encuentro Nacional de la misma entidad, en el Sindicato de los Ferroviarios del Camino de Hierro Leopoldina, en Río de Janeiro, el 26 de marzo de 1963; o del Congreso Continental de Solidaridad con Cuba, que tendría lugar inmediatamente después en Niterói, entre el 28 y el 30 de marzo, encabezado por Luiz Gonzaga de Oliveira Leite y tenía como presidentes de honor a Alexandre Barbosa Lima Sobrinho, Celso Brant, Almino Affonso, Francisco Julião, Oscar Niemeyer y Vinícius Caldeira Brant, entre otros. En esa ocasión, Luiz Carlos Prestes, «el caballero de la esperanza», diría que «después de la victoria de la Revolución Cubana todos los latinoamericanos participamos de la emulación revolucionaria: todos nosotros deseamos ser el segundo país socialista de América. ¡Es lo que nosotros, los brasileños, también deseamos!».

Después del golpe militar de 1964 y del endurecimiento de la dictadura, el camino de las armas sería la opción de muchos militantes de izquierda. A partir de ahí, el papel de Cuba como el gran ejemplo de revolución se fortalecería constantemente.

Hombres como Carlos Marighella, el capitán Carlos Lamarca y tantos otros, inspirados en los ejemplos del Che y de Fidel, darían sus vidas en la lucha contra el autoritarismo, la censura, la tortura y la injerencia imperialista en los asuntos internos nacionales. Toda una generación de jóvenes intelectuales militantes se formaría políticamente dentro del aura de la primera revolución socialista del continente americano. A su vez, el medio artístico (poetas, músicos, dramaturgos, actores, pintores y cineastas), representado por personalidades emblemáticas como Thiago de Mello, Chico Buarque, Geraldo Vandré, Cláudio Tozzi, Oduvaldo Viana Filho, Gianfrancesco Guarnieri, Mario Lago, Dias Gomes, Augusto Boal, Lélia Abramo, Di Cavalcanti, Vinícius de Moraes, Ruy Guerra y Glauber Rocha, expresaría su admiración por la Revolución Cubana, tanto en la creación de obras de profunda crítica social, como a través de declaraciones en la prensa, participación en actos públicos o firma de manifiestos de apoyo al gobierno cubano.

Vale resaltar que las discusiones sobre Cuba en aquel período eran esencialmente *políticas* y, aunque se supiera de los dilemas del proceso de desarrollo y de la transición al socialismo, las tareas de la izquierda nacional en las décadas de los 60 y los 70 eran principalmente resistir a la dictadura y luchar para sacar a los generales del poder (siempre con la idea de la construcción de una sociedad más justa y democrática en el horizonte, está claro).

Hubo, de hecho, un esfuerzo de editoras como la Brasileña, Zahar, Livraria Cultura Editora, Alfa-Omega, Vitória (PCB), Zumbi, Fulgor, Quilombo, Civilização Brasileira y Edições Populares, entre otras, para publicar textos y discursos del Che y Fidel, así como trabajos sobre la Revolución Cubana (el libro *La guerra de guerrillas*, por ejemplo, es un caso emblemático; sería traducido por el conocido dirigente comunista Maurício Grabois y publicado por Edições Futuro); o de organizaciones políticas como la VPR, el MR-8 y la ALN, solo para citar algunas, que

divulgaban y defendían, en folletos, periódicos y comunicados (y en la propia acción práctica), la lucha guerrillera y la construcción del socialismo en la Isla (y aquí). Aun así, tanto el debate económico en Cuba como el que se producía en el resto del mundo socialista (aunque fueran conocidos en Brasil), se vieron como marginales (o, por lo menos, secundarios), si se comparaban con las necesidades más apremiantes de los militantes de la época.

Es cierto que un grupo más limitado de economistas e intelectuales pudo estar al tanto de las especificidades de los proyectos económicos del llamado bloque comunista. La *Revista Brasileira*, encabezada por Caio Prado Júnior, y la *Civilização Brasileira*, editada por Ênio Silveira, por ejemplo, publicaron textos de autores acreditados sobre los casos de la URSS, China, Cuba y Europa Oriental. Solo sobre la isla caribeña escribirían Elias Chaves Neto, Álvaro de Faria, Dácio de Arruda Campos, Jamil Almansur Haddad y Luiz Izrael Febrot, entre otros. A su vez, libros de Nestor de Holanda, Silveira Bueno, Jacob Bazarian, Leôncio Basbaum y Caio Prado Júnior tratarían de mostrar aspectos favorables (y, en ciertos casos, negativos) de aquellas experiencias. La economía y la política eran entremezcladas, muchas veces, a partir de una perspectiva de viajero, o sea, en gran medida eran trabajos de divulgación, escritos a partir del punto de vista de militantes comunistas y socialistas (o incluso de exactivistas), de propósito amplio y genérico, con fuerte carga emocional e ideológica, aunque fueran muy interesantes e instructivos, especialmente si consideramos que había un público ávido de informaciones sobre una parte del mundo que no conocían.

En el caso de Cuba, tuvieron éxito reportajes como *Querida ilha* (*Querida isla*), de Hélio Dutra; *Cuba hoje: 20 anos de revolução* (*Cuba hoy: 20 años de revolución*), de Jorge Escosteguy; *Cuba de Fidel: viagem à ilha proibida* (*Cuba de Fidel: viaje a la isla prohibida*), de Ignácio de Loyola Brandão; *Suor e alegria: os trabalhadores em Cuba* (*Sudor y alegría: los trabajadores en Cuba*), del

ex diputado federal revocado Márcio Moreira Alves (editado originalmente por Seara Nova, de Portugal, cuando el autor se encontraba en el exilio), y *Cuba: anotações sobre uma revolução* (*Cuba: anotaciones sobre una revolución*), de Eric Nepomuceno, así como los *best-sellers* absolutos *A ilha* (*La isla*), de Fernando Morales; y la entrevista *Fidel y la religión*, realizada por Frei Betto, que recogería una declaración histórica de Castro sobre el asunto (eso para no hablar, claro está, de los muchos títulos extranjeros traducidos al portugués, de autores tan diversos como Paul Sweezy, Leo Huberman, Paul Baran, Jean-Paul Sartre, C. Wright Mills, Carlos Franqui y Theodore Draper, entre otros).

Más importantes que esos, tal vez, hayan sido otras obras pioneras, de mayor densidad teórica, como *O pensamento de Che Guevara* (*El pensamiento de Che Guevara*), el primer esfuerzo serio para sistematizar el ideario político, económico y filosófico del guerrillero heroico, del brasileño (radicado en Francia desde 1969) Michael Löwy; *A Revolução Cubana: uma reinterpretação* (*La Revolución Cubana: una reinterpretación*), de Vânia Bambirra; *Da guerrilha ao socialismo: a revolução cubana* (*De la guerrilla al socialismo: la Revolución Cubana*), escrito por uno de los más importantes sociólogos brasileños, Florestan Fernandes; y, finalmente, el voluminoso libro con enfoque esencialmente político y diplomático *De Martí a Fidel: a Revolução Cubana e a América Latina* (*De Martí a Fidel: la Revolución Cubana y América Latina*), de Moniz Bandeira. Aun así, ningún libro de un autor nacional que discutiera *específicamente* los debates sobre los caminos del desarrollo económico en la Isla en la primera mitad de la década de los sesenta se había presentado por aquí.

En 1997, cuando se conmemoraron los treinta años del asesinato de Guevara en La Higuera (Bolivia), nuevas biografías saldrían a la luz en Brasil, algunas de las cuales de índole sensacionalista y tendenciosa. En aquel momento surgió el interés por escribir un texto que pudiera presentar al público de aquí una

faceta menos conocida del Che y de la propia historia cubana reciente, contextualizando algunas ideas de Guevara dentro de la tradición y de los debates marxistas en el siglo XX, e insertadas en las prioridades y necesidades prácticas de la época y del país en que actuaba.

Al año siguiente, mientras participaba de un evento académico en Maringá (Paraná), yo conocería al historiador cubano José Tabares del Real (autor de *La revolución del 30: sus últimos dos años*), el cual se convertiría en un amigo instantáneo. Él me invitaría, ya en aquella ocasión, a una temporada de investigación en Cuba, donde gentilmente me daría todo el apoyo material, institucional y personal necesario para la búsqueda, mientras que en Santiago de Cuba yo recibiría el auxilio inestimable del profesor de la Universidad de Oriente, Rafael Soler.

Cuando terminé de escribir este libro (a comienzos de 2002), todavía no habían sido publicados dos relatos fundamentales de colaboradores íntimos del revolucionario argentino, *Evocando al Che*, de Ángel Arcos Bergnes, y *El ministro Che Guevara*, de Tirso W. Sáenz, aunque yo haya podido utilizar el importante *Che: el camino del fuego*, de Orlando Borrego (a quien entrevisté en la Casa de Altos Estudios Fernando Ortiz, a partir de una mediación hecha por el propio Tabares del Real), y, por cierto, el ya clásico *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, de Carlos Tablada Pérez (ganador del Premio Extraordinario Ernesto Che Guevara de la Casa de las Américas en 1987). De cualquier forma, si en Cuba es posible encontrar diversas obras teóricas sobre el ideario del Che, en Brasil lo que se ve, de manera general, son relatos biográficos o trabajos de divulgación (con sus debidas excepciones, claro está, como algunas de las ya mencionadas, con tiradas menores y más volcadas hacia el medio académico). El libro que el lector tiene en las manos, por lo tanto, tuvo como objetivo principal el público brasileño, que encontraba a su disposición, más de una década atrás, esencialmente *biografías* extranjeras

de Guevara, en ciertos casos, escritas por periodistas o por políticos conservadores. Esta obra, pues, puede ser vista como una tentativa de llenar esa laguna. Y también como un aporte más a los estudios del pensamiento guevariano, desde la visión de un brasileño sobre uno de los mayores personajes del siglo XX, que continúa inspirando a cada nueva generación.

Como complemento, no se puede dejar de mencionar que, a lo largo de los años, este trabajo acabaría generando interés en casas editoriales extranjeras. Después de presentado en Brasil en 2004, sería publicado en 2009 en los Estados Unidos y en Argentina en 2011, con buena acogida en esos dos países. Y ahora, en Cuba.

Para finalizar, insisto en expresar mi gratitud a varios compañeros y compañeras que hicieron una lectura atenta y generosa de este trabajo, revisando lo que fuera necesario y preparando los prefacios, prólogos y textos de solapa y sobrecubierta de las diferentes ediciones. Son ellos los amigos de la Casa de las Américas, Roberto Fernández Retamar, Aurelio Alonso, Ana María Caballero, Inés Casañas y Jorge Fornet, así como el intelectual y militante de izquierda argentino Guillermo Almeyra y su compatriota, el profesor de la USP, Osvaldo Coggiola; el escritor italiano Roberto Massari (director de la Fondazione Ernesto Che Guevara en Bolsena); los historiadores brasileños Werner Altmann, Jorge Grespan y Luiz Alberto Moniz Bandeira; los también historiadores José Tabares del Real y Rafael Soler (ambos *in memoriam*); el sociólogo Michael Löwy; el traductor de esta obra, Rodolfo Alpízar Castillo; los amigos cubanos Roberto Regalado, Ivonne Muñiz, Esther Lobaina y Julio Travieso; y el ex viceministro de Industria y amigo personal del Che, Tirso W. Sáenz. A todos ellos dejo mis agradecimientos sinceros.

LUIZ BERNARDO PERICÁS

PRÓLOGO

MICHAEL LÖWY*

El libro de Luiz Bernardo Pericás es una importante contribución para la comprensión de las ideas económicas del Che Guevara. Muestra, muy hábilmente, que el debate entre reconocidos economistas marxistas europeos como Ernest Mandel –a favor de Guevara– y Charles Bettelheim –en su contra– se refería no solo a las particularidades del camino cubano hacia el socialismo, sino a problemas más generales de la teoría y la práctica económicas marxistas: si la ley del valor persiste o no en un proceso económico socialista; la relación entre planificación y mercado; la autonomía económica de las empresas y su rentabilidad. Analiza el carácter paradigmático del modelo soviético de «socialismo realmente existente», que el Che no aceptaba. Si bien Ernesto Guevara sabía muy poco sobre las ideas de León Trotski, Luiz Alberto Moniz Bandeira correctamente subraya, en su prefacio a la edición brasileña, la similitud entre sus conceptos y los del teórico de la revolución permanente.

La argumentación del Che Guevara en defensa de la planificación socialista y contra el uso contaminante de los instrumentos del mercado es muy poderosa y persuasiva. En mi opinión,

* Michael Löwy, sociólogo brasileño radicado en Francia desde 1969, es director de Investigación en el CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) y profesor de Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, en París. Es autor de *Las aventuras de Karl Marx contra el Barón de Münchaussen*, *Redención y Utopía*, *El marxismo en América Latina: una antología de 1909 a los días actuales*, *El pensamiento del Che Guevara*, *La evolución política de Lukács*, *La teoría de la revolución en el joven Marx* y *Revoluciones*, entre otras obras.

sin embargo, una deficiencia importante en su discurso es que sus ideas sobre la relación entre democracia y planificación fueron insuficientes. Su planteo de que la planificación (y no las categorías del mercado) era extremadamente importante, adquiere nueva relevancia a la luz del argot neoliberal dominante, con su «religión de mercado». Pero las preguntas políticas clave subsisten: ¿Quién realiza la planificación? ¿Quién determina las opciones principales del plan económico? ¿Quién prioriza la producción y el consumo? Sin una democracia genuina —esto es, sin a) pluralismo político, b) una discusión abierta de las prioridades, y c) la libertad de la población para elegir entre las distintas propuestas y plataformas económicas en debate—, la planificación se transforma inevitablemente en un sistema burocrático y autoritario de «dictadura sobre las necesidades» (como lo demuestra ampliamente la historia de la ex-Unión Soviética). En otras palabras: los problemas económicos creados por la transición al socialismo son inseparables de la naturaleza del sistema político. La experiencia cubana de las últimas tres décadas revela las consecuencias negativas de la ausencia de instituciones socialistas democráticas. Sin embargo, Cuba ha logrado evitar las peores aberraciones burocráticas y totalitarias de los otros estados del llamado «socialismo realmente existente».

Este debate se relaciona con el problema de las instituciones de la Revolución. Guevara rechazaba la democracia burguesa, pero —a pesar de su sensibilidad antiburocrática e igualitaria— no tenía una visión clara de la democracia socialista. En *El socialismo y el hombre en Cuba* (1965), el Che reconoce que el Estado revolucionario puede cometer errores, provocando así una reacción negativa de las masas y forzando al Estado a hacer correcciones (cita la política sectaria del partido bajo la conducción de Aníbal Escalante en 1961-1962). Pero señala: «Es evidente que el mecanismo no basta para asegurar una sucesión de medidas sensatas y que falta una conexión más estructurada

con la masa». Al principio, parece satisfecho con una vaga «unidad dialéctica» entre los líderes y las masas; sin embargo, algunas páginas más adelante confiesa no estar siquiera cerca de encontrar una solución adecuada para el problema del control democrático efectivo: «Esta institucionalidad de la Revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo [...]».*

Sabemos que, en los últimos años de su vida, Ernesto Guevara se había distanciado bastante del modelo soviético, en su rechazo a la «imitación y copia» del «socialismo realmente existente». Pero en gran parte sus últimos escritos, y en particular sus comentarios críticos a la edición en 1963 del *Manual de Economía Política* soviético, permanecieron inéditos por muchos años.

Estas notas críticas se publicaron en Cuba en 2006: Ernesto Che Guevara: *Apuntes Críticos a la Economía Política*, Ocean Press, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, 397 páginas. Fueron escritas durante su estadía en Tanzania y Praga, en 1965-1966, después del fracaso de su misión en el Congo y antes de partir hacia Bolivia. Este documento estuvo «invisible» por cuatro décadas. Después de la disolución de la URSS, se permitió a algunos investigadores cubanos consultar estos escritos y tomar apuntes limitados. Solo ahora, cuarenta años después, estas notas críticas han sido finalmente publicadas en Cuba junto a otros materiales del mismo período.

Finalmente, este material tan extraordinariamente significativo está disponible para los lectores interesados. Revela la independencia intelectual de Guevara, y su búsqueda de una alternativa radical al modelo soviético de «socialismo realmente existente». Su oposición al estalinismo es evidente: los *Apuntes* contienen esta cruda afirmación: «El tremendo crimen histórico

* Ernesto Guevara: «El socialismo y el hombre en Cuba», en *Obras 1957-1967*, París, Maspero, 1970, vol. 2, pp. 369 y 375.

de Stalin fue haber despreciado la educación comunista e instituido el culto irrestricto a la autoridad».

Guevara continúa defendiendo la planificación como elemento clave del proceso de construcción del socialismo, porque «libera al ser humano de su condición de cosa económica». Una vez más, ¿quién debe planificar? En el debate de 1963-1964, no contestó esta pregunta. Estas notas críticas de 1965-1966 contienen algunas ideas nuevas. Un párrafo relevante muestra que, en sus escritos políticos posteriores, Guevara se aproximó al desarrollo de una teoría completa de democracia socialista, un proceso democrático de planificación en el cual las personas mismas, los trabajadores («las masas», para utilizar su terminología), tomarán las decisiones económicas más importantes. «En contradicción con una concepción del plan como decisión económica de las masas conscientes de los intereses populares, se ofrece un placebo, en el cual solo los elementos económicos deciden el destino colectivo. Es un procedimiento mecanicista, antimarxista. Las masas deben de tener la posibilidad de dirigir su destino, de decidir cuál es la parte de la producción que irá a la acumulación y cuál será consumida. La técnica económica debe operar en los límites de estas indicaciones y la conciencia de las masas debe asegurar su implementación».

Podemos considerar estas notas un estadio importante en el camino de Guevara hacia una alternativa radical al modelo soviético (estalinista). En octubre de 1967, las balas de los asesinos de la CIA y sus aliados bolivianos interrumpieron este trabajo de «creación heroica» —como diría José Carlos Mariátegui— de un nuevo socialismo revolucionario y un nuevo comunismo democrático.

PREFACIO

LUIZ ALBERTO MONIZ BANDEIRA*

Muy oportuno, por la actualidad, fue la iniciativa de Luiz Bernardo Pericás, al reconstruir y analizar el debate desencadenado por el artículo de Yevsei Liberman que *Pravda* publicó el 9 de setiembre de 1962, bajo el título «El plan, la ganancia y los premios», defendiendo una reforma macroeconómica en los países del bloque soviético, con base en el principio de que la ganancia representaba el índice de eficiencia de una empresa. Él cuestionó el alcance del planeamiento central y defendió la concesión de estímulos a las empresas para que buscaran mayor eficiencia económica, dándole más autonomía, promoviendo el interés material y una política de incentivos a los trabajadores. El artículo de Luiz Bernardo Pericás provocó un intenso debate cuya recapitulación permite comprender algunos de los factores que llevaron al bloque soviético hacia el colapso, entre 1989 y 1991, año en que la URSS se desintegró, al tiempo que China, al insertarse cada vez más en el mercado mundial, alcanzaba un extraordinario éxito en su desarrollo económico.

Lenin, al igual que Rosa Luxemburgo y otros teóricos del marxismo, tenía plena conciencia de que solamente se podía establecer el socialismo, como orden económico internacional, teniendo como cimiento el alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, incitadas por el capitalismo, al mismo tiempo en que

* Luiz Alberto Moniz Bandeira es profesor titular en la Universidad de Brasilia (jubilado) y autor de varias obras, entre las cuales se encuentran: *De Martí a Fidel –la Revolución Cubana y la América Latina*, *La reunificación de Alemania: del ideal socialista al socialismo real*, y *Conflicto e integración en América del Sur: Brasil, EUA y Argentina (De la Triple Alianza al Mercosur)*.

socializaba cada vez más el trabajo, convirtiendo el progreso en discriminatorio y excluyente, en virtud del carácter privado de la apropiación del excedente económico. Solo en tales circunstancias, con el aumento de la oferta de bienes y servicios, en cantidad y en calidad, la liquidación de las diferencias de clase constituiría el verdadero progreso y tendría consistencia, sin provocar el estancamiento o, incluso, la decadencia del modo de producción de la sociedad, conforme Engels advirtiera.¹

Al final de la guerra civil, en 1921, la renta nacional de Rusia, sin embargo, caía solamente un tercio en relación al nivel de 1913. La industria fabricaba menos de un quinto de las mercancías producidas antes de la Guerra Mundial; las minas de carbón, menos de un décimo, y las fundiciones de hierro, apenas la cuadragésima parte de su producción normal. La carencia de acero, carbón y máquinas amenazaba con paralizar totalmente sus industrias. Las vías férreas estaban completamente destruidas; la agricultura, arrasada; las aldeas, despobladas, y, a finales de 1921, había más de 36 millones de personas. La estructura social de Rusia no fue apenas derrumbada, fue oprimida y destruida, conforme Isaac Deutscher observó, destacando que el proletariado triunfara, pues de los tres millones de trabajadores existentes antes de la revolución, apenas la mitad continuaba ocupada.² Solamente el campesinado había emergido intacto como clase social. Y Rusia, como Kautsky percibió, estaba más distante del socialismo que antes de la guerra.³ Lenin lo sabía. Retrocedió del comunismo militar o comunismo de guerra, implantado durante los años de la guerra civil, y trató de reestablecer el capitalismo, restaurando

¹ F. Engels: «Soziales aus Rußland», in Marx & Engels: *Werke*. Berlin: Dietz Verlag, 1976, Band 18, pp. 556-559.

² I. Deutscher: *Trotsky - El profeta desarmado*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1968, pp. 15-16.

³ K. Kautsky: *Von der Demokratie zur Staatsklaverei*. Berlin: Dietz Verlag, 1990, pp. 232-233.

la economía de mercado, con la adopción de la NEP (*Nueva Economía Política*), a partir de 1922. No lo hizo como táctica, con el fin de enfrentar dificultades momentáneas, y sí como estrategia de desarrollo de las fuerzas productivas, necesario al socialismo, pues concebía el capitalismo de Estado como el capitalismo privado, permitido por el Estado, y no como la propiedad y la ejecución de las empresas por el Estado. Y sustentó, de acuerdo con los parámetros tradicionales de la teoría marxista, que el planeamiento solo tendría eficacia con una economía altamente desarrollada y concentrada, y no en un país con cerca de veinte millones de pequeñas haciendas. El socialismo, según Lenin, era «inconcebible» sin la gran técnica, montada de acuerdo con la última palabra de la ciencia moderna, sin una organización planificada del Estado, subordinando decenas de millones de personas al más estricto cumplimiento de las normas únicas de producción y distribución.⁴ Ahí, más de una vez, se transparentó la alta importancia con que Lenin avalaba la posición de Alemania. Según él, una revolución victoriosa en aquel país rompería, «de un golpe, con enorme facilidad», toda la «corteza del imperialismo, corteza hecha, por desgracia, del mejor acero», y permitiría, «con toda la seguridad», la victoria del socialismo a escala mundial, «sin dificultades o con menos dificultades».⁵ Por eso, si la revolución en Alemania tardara en irrumpir, «nuestra tarea consiste en aprehender el capitalismo de Estado de los alemanes, asimilarlo con todas nuestras fuerzas, no economizar procedimientos dictatoriales para acelerar la asimilación del sistema occidental por la Rusia bárbara, no detenerse delante de procedimientos bárbaros en la lucha contra la barbarie».⁶

⁴ V. I. Lenin: «Sobre el impuesto en especie. Significación de la Nueva Política Económica y sus condiciones», en V. I. Lenin: *Obras Escogidas*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1948, tomo II, p. 883.

⁵ *Ibíd.*, p. 884.

⁶ *Ídem.*

Lenin reconoció que solo una gran industria mecanizada, capaz de organizar también la agricultura, podía ser la base material del socialismo,⁷ para lo cual el capitalismo monopolista de Estado, que existía en Alemania, representaba, «sin los *Junkers* y los capitalistas» su «ante-sala», la «preparación más perfecta».⁸ Y, a fin de aliviar la extrema escasez interna de productos y romper el aislamiento internacional en que la Rusia Soviética se encontraba, trató de impulsar la economía de mercado, aunque bajo el control del Estado, y la NEP, con el concurso del sistema monetario, en tanto estimuló la agricultura como revivió la industria, haciendo duplicar la producción de Rusia, entre 1922 y 1923, y alcanzar, en 1926, los niveles anteriores a los de la Primera Guerra Mundial.⁹ El propósito de Lenin fue, a lo que todo indica, promover no solo la pacificación y la conciliación internas, sino normalizar las relaciones de la Rusia Soviética con los demás estados europeos, sobre todo con Alemania, cuyas fábricas de material bélico, las más modernas de Europa, estaban paralizadas debido a las prohibiciones impuestas por el humillante Tratado de Versalles. Como comisario de Guerra, Trotski, interesado en montar una industria de armamentos para el Poder Soviético, inició entonces contactos secretos con las empresas alemanas Krupp, Blohm & Voss y Albatros, y Lenin lo autorizó a ofrecerles ventajas, como forma de atraerlas. Y aquellas empresas se dispusieron a cooperar con la Rusia Soviética, abasteciendo maquinaria y asistencia técnica necesarias para la fabricación de aviones, artillería y municiones, cuya producción el Tratado de Versalles prohibía dentro del territorio de Alemania. El 16 de abril de 1922, Alemania y la Rusia Soviética firmaron entonces el Tratado de

⁷ V. I. Lenin: «Tesis sobre el Informe de la táctica del PC(b) de Rusia, presentado ante el III Congreso de la IC», en ob. cit., p. 293.

⁸ V. I. Lenin: «Sobre el impuesto en especie», en ob. cit., p. 885.

⁹ L. Trotski: *La Révolution Trahie*. Paris: Bernard Grasset, 1936, p. 35.

Rapallo, de extraordinaria importancia económica y política, en aquel momento, para los dos países. Alemania, reconociendo a la Rusia Soviética, rompió el cerco al que ella todavía estaba sometida. Pero, conforme Kautsky diagnosticó, el ensayo socialista fallaría, nada más le quedaría a la Rusia Soviética sino la retirada para el *Staatskapitalismus* (capitalismo de Estado), que no era nuevo, porque, allá, el capitalismo desde siempre existió gracias solamente al poder del Estado.¹⁰

Con el fallecimiento de Lenin, en 1924, Yoseph Stalin, en condición de secretario general del PCUS, juntó en sus manos el poder omnímodo, igual o mayor del que detentaban los antiguos zares. Y entendió, delante del fracaso de la revolución en Europa, sobre todo en Alemania, que la URSS atrasada, agrícola, donde el capitalismo todavía no desarrollaba todas sus fuerzas productivas, podría, aisladamente, construir el socialismo. Bajo el manto de tal marxismo-leninismo, él resucitó la vieja teoría de los *narodniki* (populistas), según la cual Rusia podría saltar directamente para el socialismo, sin atravesar la etapa del capitalismo, teoría esta combatida tanto por Marx como por Engels, y liquidó en 1928 la experiencia de la NEP, que sufrió severa oposición dentro del PCUS, en el cual algunos de sus miembros hasta acusaron a Lenin de revisionismo y de traicionar a la revolución.¹¹

Con la perspectiva de instituir el socialismo dentro de las fronteras nacionales de la URSS, Stalin pasó a ejecutar el Plan Quinquenal (1928-1933). Promovió la radical colectivización de las tierras y aceleró, brutalmente, el proceso de industrialización. Kautsky, con razón, destacó que el régimen soviético transportó los métodos del «absolutismo monárquico» de la política para las industrias, al aumentar más y más los poderes de los directores

¹⁰ K. Kautsky: *Von der Demokratie zur Staatsklaverei*. Berlin: Dietz Verlag, 1990, p. 278.

¹¹ *Ibid.*, pp. 17-18.

de fábricas sobre los obreros, no obstante sometió a esos mismos directores a tal servilismo al aparato político, que les quitó toda capacidad de accionar con independencia y tomar por sí mismos cualquier iniciativa en el proceso de producción y distribución.¹² Y, a través de la restricción del consumo a un mínimo absolutamente intolerable, el Estado se apropió del excedente económico, con el cual se dispuso a crear y organizar fábricas, centrales de energía eléctrica, industrias de máquinas y equipamientos, así como de otros bienes de capital.¹³ Esta acumulación primitiva de capital, en que la socialización se convirtió no más en consecuencia y sí en vía de desarrollo, solo se volvió viable también mediante la socialización del terror.

En la década de los treinta, al insistir en la inviabilidad del socialismo en un solo país, conforme Stalin defendía, Trotski observó que el punto débil de la economía en la URSS, además del atraso que heredara del pasado, consistía en su aislamiento, dado que ella no podía aprovechar los recursos de la economía mundial, ni de acuerdo con los principios socialistas, ni de acuerdo igualmente con los principios capitalistas, bajo la forma de crédito internacional normal, del financiamiento, cuya importancia era decisiva para los países atrasados.¹⁴ Las crisis agudas de la economía soviética, según Trotski ponderó, recordaban que las fuerzas productivas, creadas por el capitalismo, no podían adaptarse al marco nacional y solo podían ser coordinadas y armonizadas, de forma socialista, en un plano internacional. Esas crisis, argumentó, representaban «alguna cosa infinitamente más grave que las molestias infantiles o del crecimiento»: ellas constituían «severas advertencias» del mercado internacional, al

¹² Karl Kautsky: *Le Bolchevisme dans l'impasse*. Paris: Librairie Félix Alcan, 1931, p. 67.

¹³ *Ibíd.*, p. 6.

¹⁴ L. Trotski: *La Révolution Trahie*. Paris: Bernard Grasset, 1936, p. 11.

cual la URSS estaba subordinada y ligada y del cual no podía separarse.¹⁵ Según la previsión de Trotski, si no hubiera una revolución política y la democracia, con plena libertad de los sindicatos y de los partidos políticos, no fuese reestablecida en la URSS, la restauración de la propiedad privada de los medios de producción se tornaría inevitable y la nueva clase poseedora, para las cuales las condiciones estaban creadas, encontraría a sus servidores entre los burócratas, técnicos y dirigentes, en general, del Partido Comunista.¹⁶

La Segunda Gran Guerra (1939-1945), no obstante los inmensos daños que causara a la URSS y su inmenso atraso en relación con Occidente, le alivió, de cierto modo, las dificultades, posibilitando que ella incorporase a su espacio económico a los países del Este Europeo y se impusiese como potencia política y militar al frente del llamado bloque socialista. Nikita S. Jruschov, después de denunciar el terror y los crímenes de Stalin, en el XX Congreso del PCUS (1956), intentó emprender algunas reformas, entre 1954 y 1964, con el propósito de llevar a la URSS a suplantarse al Occidente industrializado. Impulsó el cultivo de 35 millones de hectáreas de tierras vírgenes, incentivó a los campesinos a sembrar más en sus tierras particulares, aumentó los pagos por las cosechas de las haciendas colectivas y, en 1957, trató de descentralizar las decisiones en el sector de la industria, transfiriendo los ministerios para los *sovmarkhozes*, Consejos Económicos Regionales. En 1965, el primer ministro Alexei N. Kosygin procuró disminuir la supervisión de las empresas por los ministerios, de modo que ellas se orientaran para el mercado, mejorando la calidad de los productos, aumentando las ventas y buscando ganancias.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 12.

¹⁶ *Ibíd.*, pp. 285, 286, 306, 324 y 325.

El choque del petróleo, ocurrido después de la Guerra del Yon-Kippur (1973), no solo estremeció a Occidente como afectó a la URSS, recordando que ella integraba el mercado mundial capitalista, del cual nunca se había liberado, a pesar de la estatización de los medios de producción y de la planificación de la economía. Sin embargo, más allá del atraso que heredara del pasado, la URSS, cuya crisis económica comenzaba a agudizarse, continuaba sin poder aprovechar los recursos de la economía mundial, bajo la forma de crédito internacional normal, del financiamiento, a medida que la burocratización del sistema productivo y el equilibrio social perjudicaban la acumulación de capital necesario en el esfuerzo por alcanzar el desarrollo económico. El gobierno de Leonid Brézhnev (1964-1982), secretario general del PCUS, buscó un mayor diálogo con Occidente, una vez que necesitaba reducir los gastos militares de la URSS y pretendía obtener, sobre todo de la RFA, tecnología y equipamientos que posibilitaran la modernización de algunos sectores de su industria, a fin de aumentar la productividad y, consecuentemente, la oferta de bienes de consumo para la población. Pero no se entusiasmó con las reformas que entonces se estancaron, obstaculizadas por la burocracia hostil a ellas. Apenas trató de agrupar las empresas en grandes asociaciones industriales, similares a las capitalistas, de modo de reducir la interferencia ministerial en las fábricas y permitir que ellas tuvieran mejor desempeño económico. Y, en 1979, Leonid Brézhnev intentó otra reforma, introduciendo una nueva norma de producción, que tampoco funcionó, abandonada a las primeras señales de resistencia por parte de la burocracia, interesada en preservar la estabilidad del sistema. Esas tímidas reformas, iniciadas en la URSS desde el artículo de Yevsei Liberman, se estancaron. Y, por eso, durante el encuentro con los dirigentes de la extinta República Democrática Alemana, en 1989, Mijaíl Gorbachov, después de disertar, serenamente, sobre los problemas con que la URSS se enfrentaba, advirtió: *Wer zu spät kommt,*

den bestraft das Leben (Quien llega demasiado tarde, la vida lo castiga). En aquel año el bloque soviético estaba al desmoronarse y, dos años después, la propia URSS se desintegró.

China, por el contrario, no sufrió una mayor convulsión. En 1978, dos años después de la muerte de Mao Zedong (1976), Deng Xiaoping comenzará a emprender reformas económicas, abriendo China hacia las inversiones extranjeras, lo que le permitió un extraordinario crecimiento económico, en veinte años, y la cuadruplicación de su PIB, en el orden de US\$ 5,7 billones, en 2002, de acuerdo con el método de la paridad del poder de compra.¹⁷ El modelo implementado por Deng Xiaoping y profundizado por Jiang Zemin y Li Peng, que impulsaron la reorganización institucional en el gobierno y en el Partido Comunista de China, se inspiró en las líneas del capitalismo de Estado, concebido por Lenin, cuando promovió a la NEP, no como táctica y sí como estrategia de desarrollo de las fuerzas productivas, por medio del capitalismo de Estado, esto es, por medio del capitalismo privado, bajo el control del Estado, y no por medio de la estatalización de las empresas, como Stalin pretendió organizar el socialismo, en una URSS atrasada y aislada, dentro de una economía mundial de mercado.

El capitalismo, a lo largo de la historia, fue, sin embargo, la única formación económica con capacidad de expansión mundial. Su evolución, desde el mercantilismo, constituyó un *processus* de continua internacionalización de la economía. Al arruinar gradualmente las economías naturales y pre-capitalistas, el capitalismo vinculó a todos los pueblos en un sistema de vasos comunicantes y convirtió las sociedades en interdependientes, a pesar y/o en consecuencia de la diversidad de sus grados de

¹⁷ En China el sector privado pasó a representar el 39 % del PIB, el sector público, el 36 %, siendo el 25 % restante abonado a la producción de las áreas rurales y a las cooperativas.

progreso y civilización. Y la teoría de Marx sobre el colapso del capitalismo falló, fue *irrtümlich* (errónea), conforme Rosa Luxemburg lo demostró, en *Die Akkumulation des Kapitals*, obra publicada en 1913, porque él hizo su análisis «en una época en la cual el imperialismo todavía no había aparecido en el escenario mundial»,¹⁸ o sea, en una época en que la acumulación del capital todavía no se procesaba a los gastos de las economías naturales y regiones no capitalistas o pre-capitalistas, todavía no dominadas o integradas en el sistema capitalista mundial.¹⁹

León Trotski destacó, muchas veces, que la economía mundial no podía ser considerada como la simple adición de unidades nacionales, y sí como una poderosa realidad independiente, creada por la división internacional del trabajo y por el mercado mundial, que se sobreponía y dominaba los mercados de todos los países.²⁰ Según él, pretender construir la sociedad socialista, que debería representar un estadio más elevado que el capitalismo, en el interior de los límites nacionales, significaba que las fuerzas productivas retrocedieran, también en relación con el capitalismo, no obstante los triunfos temporales que pudieran obtener. «Es una utopía reaccionaria querer crear en el cuadro nacional un sistema armonioso y suficiente, compuesto de todas las ramas económicas, sin tener en cuenta las condiciones geográficas, históricas y culturales del país que forma parte de la unidad nacional», subrayó Trotski.²¹ En efecto, la división internacional del trabajo, la subordinación de la industria en la URSS o en cualquier otro país del bloque soviético a la tecnología extranjera, la dependencia de las fuerzas productivas de los

¹⁸ Rosa Luxemburg: *Gesammelte Werke*. Band 5, August 1914 bis Januar 1919. Berlin: Dietz Verlag Berlin, 1990, p. 518.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 391.

²⁰ León Trotski: *La revolución permanente*. S. Paulo: Livraria Editora Ciências Humanas Ltda., 1979, p. 4.

²¹ *Ídem.*

países capitalistas más adelantados en relación con las materias primas de Asia, África o América Latina, etc., hacían imposible el establecimiento de una sociedad socialista autónoma, aislada, en cualquier región del mundo.

Trotsky no llevó su pensamiento a las últimas consecuencias, o, mejor, no lo dejó claro, en virtud de la campaña estalinista al estigmatizarlo como traidor, y no se liberó del voluntarismo bolchevique, cuya matriz ideológica fuera *Der Revolutionskatechismus* (*El Catecismo de la Revolución*), atribuido a Serguei Guennádievich Netchayev (1847-1882).²² Trotsky, además, estaba consciente de que, conforme Marx acentuara, en el prólogo de *Zur Kritik der Politischen Ökonomie*, una formación social nunca se desmorona sin que las fuerzas productivas dentro de ella estén lo suficientemente desarrolladas, así como que las nuevas relaciones de producción superiores jamás aparecen en un lugar antes de que las condiciones materiales de su existencia sean incubadas en las entrañas de la antigua sociedad.²³ Ni Marx

²² Serguei Guennádievich Netchayev era un joven de veinte años, hijo de siervos rusos, al que el señor permitió cursar un seminario para convertirse en maestro escolar. Él llegó a Ginebra, en marzo de 1869, presentándose como delegado de un supuesto comité de estudiantes de San Petersburgo y fugitivo de la prisión. Karl Mehring: *Karl Marx: Geschichte seines Lebens*. Berlin: Dietz Verlag, 1985, p. 466. Francis Wheen: *Karl Marx*. London: Fourth Estate, 1999, pp. 345-346. Karl Marx & Friedrich Engels: «Ein Komplot gegen die Internationale Arbeiterassoziation - Im Auftrage des Haager Congresses verfaßter Bericht über das Treiben Bakunin's und der Allianz der socialistischen Democratie», in K. Marx & F. Engels: *Werke*. Berlin: Dietz Verlag, 1976, Band 18, p. 398.

²³ «Eine Gesellschaftsformation geht nie unter, bevor alle Produktivkräfte entwickelt sind, für die sie, weit genug ist, und neue höhere Produktionsverhältnisse treten an die Stelle, bevor die materiellen Existenzbedingungen derselben im Schoß der alten Gesellschaft selbst ausgebrütet worden sind». Karl Marx: «Zur Kritik der Politischen Ökonomie - Vorwort», in K. Marx & F. Engels: *Werke*. Berlin: Dietz Verlag, 1981, Band 13, pp. 7-8.

ni Engels jamás concibieron el socialismo como vía de desarrollo o modelo alternativo para el capitalismo, sino como consecuencia de su expansión. Para Marx y Engels, lo que viabilizaba, científicamente, el socialismo era el alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que el capitalismo impulsaba, pero, al mismo tiempo en que socializaba cada vez más el trabajo, convertía el progreso en discriminatorio y excluyente, en virtud del carácter privado de la apropiación del excedente económico. Solo en tales condiciones, el aumento de la oferta de bienes y servicios, en cantidad y en calidad, podía alcanzar un nivel en que la liquidación de las diferencias de clase constituyera un verdadero progreso y tuviera consistencia, sin provocar el estancamiento o, incluso, la decadencia del modo de producción de la sociedad, conforme advirtiera Engels.²⁴

La tendencia para la descentralización y desburocratización de la economía, la valorización de la ganancia y de los estímulos materiales al trabajo, así como otras prácticas, similares a las del capitalismo, revelaban cierta toma de conciencia de que el esfuerzo de instituir el socialismo sin el aumento de la oferta de bienes y servicios, en cantidad y en calidad, no tenía consistencia y estaba por alcanzar un nivel en el que la liquidación de las diferencias de clase comenzaba a provocar el estancamiento e, inclusive, la decadencia del modo de producción de la sociedad soviética, conforme Engels previera en el siglo XIX. Guevara, sin embargo, nunca estuvo realmente familiarizado con el pensamiento de Marx y Engels. Aunque publicara en la revista *Verde*

²⁴ «Erst auf einem gewissen, Für unsere Zeitverhältnisse sogar sehr hohen möglich, die Produktion so hoch zu steigern. daß die Abschaffung der Klassenunterschiede ein wirklicher Fortschritt, daß sie von Dauer sein kann, ohne einen Stillstand oder gar Rückgang in der gesellschaftlichen Produktionsweise herbeizuführen». F. Engels: «Soziales aus Russland», in F. Engels: «Soziales aus Rußland», in Marx & Engels: *Werke*, Berlin: Dietz Verlag, 1976, Band 18, pp. 556-559.

Olivo, en los primeros años de la Revolución Cubana, una serie de artículos en los que manifestaba una gran simpatía por la experiencia de Yugoslavia, donde las empresas funcionaban con base en el principio de la autogestión, él se manifestó extremadamente crítico al proceso de reformas, iniciado tímidamente en la URSS y en Europa Oriental. Todos los pronunciamientos que hizo sobre la ley del valor y las características del llamado período de transición para el socialismo, demostraban, sin embargo, que su raciocinio tuvo siempre como fundamento la posibilidad de que un país atrasado pudiera, aisladamente, avanzar para el socialismo, dentro de una economía mundial de mercado, en la cual, quiera o no, está integrado y no puede liberarse.

Como resaltó Luiz Bernardo Pericás, las reformas emprendidas no agradaban a Guevara, que veía con desconfianza la implementación de prácticas que reorientaban a la URSS y los demás países del bloque hacia el sistema capitalista. Pero, a pesar de que, cuando joven, había manifestado una ingenua admiración por Stalin y que su raciocinio se desarrollara dentro de las pautas de organizar el socialismo, aisladamente, en los marcos nacionales de un país, sin considerar la economía mundial como un todo, sus concepciones sobre la Revolución Cubana revelaban cierto parentesco con las de Trotski. Él negaba la teoría de las etapas consecutivas y trataba de imprimirle un carácter permanente, en el caso de las medidas meramente democráticas y burguesas para el socialismo y el comunismo. Con tal perspectiva, Guevara pretendió promover aceleradamente la industrialización de Cuba, tal como Trotski abogara, en la URSS, a expensas de los campesinos ricos, los *kulak*, lo cual implicó la colectivización forzada de la agricultura, además, promovida, irónicamente, por Stalin, en los años treinta. Y, de la misma forma que Trotski, él entendió que la construcción del socialismo y del comunismo en Cuba solo podría proseguir y mantenerse, si la Revolución abriera otros frentes en el Tercer Mundo, razón por la cual, dentro

del gobierno cubano, fue quien más trató de apoyar, en diversos países, cualquier movimiento nacionalista o antimperialista, fueran o no comunistas, que se dispusieran a oponerse contra el orden económico y político vigente. En el *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental*, al proclamar la necesidad de «crear dos, tres... muchos Vietnam», él exponía una estrategia de lucha que apuntaba a romper, revolucionariamente, el *impasse* internacional configurado por la Guerra Fría. Y, con esa palabra de orden —«crear dos, tres... muchos Vietnam»—, sintetizó las ideas de la revolución internacional, permanente, en el momento en que los Estados Unidos estaban pagando un alto precio, tanto interna como externamente, por su enrolamiento, cada vez mayor, en la guerra de Indochina.²⁵ Tal propósito se trasparentó, inequívocamente, en la recomendación de «atacar dura e ininterrumpidamente» (el dominio imperialista de los Estados Unidos) «en cada punto de confrontación, debe ser la táctica general de los pueblos»²⁶ y «llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve [...]; hacerla total», y desarrollar «ejércitos proletarios internacionales [...], de tal modo que morir bajo las enseñas de Vietnam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil [...] sea igualmente gloriosa y apetecible para un americano, un asiático, un africano y, aun, un europeo».²⁷

Aunque parezca discordar de Michael Löwy, al que Guevara imagina como un hombre conducido más por factores de inspiración ética y casi religiosa, Luiz Bernardo Pericás, en su excelente

²⁵ El mensaje fue escrito probablemente en setiembre u octubre de 1966, antes de su partida para Bolivia «[...] Veintiún años después de la rendición de Japón», escribió Guevara. La rendición, terminando la Segunda Guerra Mundial, ocurrió en setiembre de 1945.

²⁶ «Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental», en Ernesto Che Guevara: *Obras Escogidas 1957-1967*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1991, vol. II, pp. 588 y 596.

²⁷ *Ibíd.*, p. 596.

monografía, *Che Guevara y la lucha revolucionaria en Bolivia*, reconoció que «Lo que pocos saben [...] es que la imagen del Cristo y de su sacrificio siempre permearán la vida del Che».²⁸ En carta a su madre, escrita a los veintiocho años, Guevara escribió que ella había lanzado «al mundo un pequeño profeta ambulante que anuncia la llegada del día del juicio final con voz estentórea».²⁹ Y, en la fecha de su aniversario, 14 de junio de 1952, anotó: «Día de San Guevara». Su llamado para «crear dos, tres... muchos Vietnam» y su propia partida para Bolivia, a fin de abrir un foco guerrillero, aislado del contexto social y político, después de haber luchado en el Congo, revelan igualmente a un hombre profundamente imbuido de fe y misticismo, al punto de extremar el voluntarismo, inherente al bolchevismo, al pretender promover revoluciones aun sin existir condiciones objetivas, materiales. Guevara, en verdad, encarnó, como revolucionario, al más perfecto personaje de la filosofía existencial de Sören Kierkegaard. Él vivió el momento estético, en que buscó, como poeta, bohemio y vagabundo, el placer en lo inmediato, en sus jornadas a través de la América Latina, durante los años de 1952 y 1953.³⁰ Y esa existencia, en incesante búsqueda de sensación, redundó en fracaso y en tedio, hasta que un hombre, con la cara sumergida en las sombras, le reveló su destino y él percibiera que sería sacrificado a una «auténtica revolución», la gran niveladora de la voluntad individual, «pronunciando el ejemplar *mea culpa*».³¹ Lo real se disolvió en lo posible. El tiempo corrió. Ya no le quedó esperanza. Se confrontó apenas con la nada y el desespero. Y del gozo pasó al deber, de la estética a

²⁸ Luiz Bernardo Pericás: *Che Guevara y la lucha revolucionaria en Bolivia*. São Paulo: Xamã Editora, 1997, pp. 208-209.

²⁹ *Ibíd.*, p. 209.

³⁰ Esta fase fue la que él describió en sus primeros diarios, publicados en inglés, bajo el título *The Motorcycle Diaries - A Journey Around Southe America*. London: Fourth Estate, 1995.

³¹ *Ibíd.*, p. 152.

la ética, y este momento, negación del primero, se caracterizó por la aceptación del concepto del pecado. Ahí, sin embargo, la alternativa de Abraham sobrevino: matar a su propio hijo o desobedecer la orden de Dios. La salvación estaba en la fe, esta paradoja en que el individuo se situaba por encima de lo general (de la ética), como Kierkegaard definió, y siempre de tal manera que el movimiento se repetía y, como consecuencia, el individuo, después de estar en lo general, se aislaba en lo sucesivo como individuo por encima de lo general. El «héroe trágico» de Kierkegaard renunció a sí mismo para expresar lo general; el «caballero de la fe» renunció a lo general para convertirse en individuo, en que la vida religiosa subordinaba la ética, pero rehabilitaba la duda, la incertidumbre y la angustia delante de la posibilidad de redimir los pecados. Nada mejor podía reflejar esta trayectoria existencial de Che Guevara, de la fase estética a la de la ética y a la de la fe, que el texto escrito por él, el 2 de julio de 1959, cuando viaja por la India:

En mí se ha desarrollado mucho el sentido de lo colectivo contrapuesto al individual; sigo siendo el mismo solitario de otro tiempo en busca de mi camino, sin ayuda personal, pero ahora poseo el concepto de mi deber histórico. No tengo casa, ni mujer, ni hijos, ni padres, ni hermanos; mis amigos son amigos mientras piensen políticamente como yo y sin embargo estoy contento, me siento algo en la vida, no solo una fuerza interior poderosa, que siempre la sentí, sino también una capacidad de comprensión de los otros y un total sentido fatalista de mi misión, que me quita todo el miedo.

Guevara posiblemente nunca leyera los Evangelios, pero San Marcos narró que, cierta vez, cuando alguien dice a Jesús, el Cristo, que sus hermanos y su madre lo buscaban, fuera de la casa, donde él se reunía con los discípulos, su respuesta fue: «¿Quién

es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos? Y, mirando a los que estaban sentados alrededor, habló: “Aquí están mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que quiera a voluntad de Dios, este es mi hermano, mi hermana y mi madre”». ³² En otra ocasión, según San Lucas, él dijo que no podía ser su discípulo aquel que a él fuera y no renunciara al padre y a la madre, a la mujer y a los hijos, a los hermanos y a las hermanas o igual a la propia vida. ³³ Che Guevara así procedió, no para seguir a Cristo, ³⁴ sino para convertirse en el Mesías de la lucha armada, en la cual, dando él mismo el ejemplo del sacrificio, más de una vez se lanzó, con la esperanza de salvar a la sociedad y crear al «hombre nuevo», «el hombre del siglo XXI», redimiendo la necesidad de venderse como mercancía. ³⁵ «Muchos me dirán aventurero, y lo soy, solo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades», ³⁶ escribió a sus padres, despidiéndose, y con la pura y austera moral de los cristianos primitivos, que siempre caracterizó

³² Evangelium nach San Markus, Kap. 3, 31 - 35. Die Heilige Schrift des Alten und Neuen Testaments, Paul Pattloch Verlag, Aschaffenburg, 1965.

³³ Evangelium nach Lukas, Kap. 14, 26. *Ibíd.*

³⁴ «Lo que pocos saben [...] es que la imagen del Cristo y de su sacrificio siempre permearán la vida del Che. Cuando apenas tenía veintiocho años, el joven Guevara, en carta a su madre, escribió: “Lanzaste al mundo un pequeño profeta ambulante que anuncia la venida del juicio final con voz estentórea”. No es de extrañar, pues, que en el día de su aniversario, 14 de junio de 1952, el muchacho que llegaría a ser una de las mayores figuras políticas del siglo XX anotaba en sus observaciones de viaje como el “Día de San Guevara”». Luiz Bernardo Pericás: *Che Guevara y la lucha revolucionaria en Bolivia*. São Paulo: Xamã Editora, 1997, pp. 208 y 209. Sobre el «Día de San Guevara», ver Guevara: *The Motorcycle Diaries - A Journey Around South America*. London: Fourth Estate, 1995, pp. 134-138.

³⁵ «El socialismo y el hombre en Cuba», en Ernesto Che Guevara: *Obras Escogidas 1957-1967*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1991, vol. II, pp. 368-384.

³⁶ Ernesto Che Guevara: Carta a sus padres, s/f (probablemente finales de marzo de 1965), en *ob. cit.*, p. 639.

su comportamiento, renunció a todos sus cargos en Cuba y partió para África.

Guevara estuvo poseído por una ilusión, aunque enseguida se percatara y, criticando abiertamente a la URSS, osara decir en Argel que los países socialistas eran, «en cierta manera, cómplices de la explotación imperial»,³⁷ pues juzgaba un «absurdo» que un país socialista quisiera averiguar la posibilidad de pago de un pueblo que luchaba por la liberación o necesitaba de armas para defender su libertad. «Se puede argüir que el monto del intercambio con los países subdesarrollados constituye una parte insignificante del comercio exterior de estos países» ponderó, resaltando así que no eliminaba «el carácter inmoral del cambio». «Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores del Occidente», argumentó.³⁸ Ahí, más de una vez, él demostró su pureza, el idealismo del «héroe trágico», renunció a sí mismo para expresar lo general, y del «caballero de la fe», que renunció a lo general para convertirse en individuo, subordinando su vida a la ética, pero rehabilitando la duda, la inseguridad y la angustia delante de la posibilidad de redimir los pecados, toda vez que «no puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad que se construye o está construido el socialismo, como mundial en relación a todos los pueblos que sufren la opresión imperialista».³⁹

El aspecto místico, casi religioso, no solo del comportamiento, sino, igualmente, de la concepción que Che Guevara tenía del socialismo y del hombre nuevo, se evidencia también en

³⁷ Discurso del 24 de febrero de 1965, Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, en Ernesto Che Guevara: ob. cit., 1991, vol. II, pp. 572-583.

³⁸ *Ibíd.*, p. 574.

³⁹ *Ídem.*

el debate sobre las reformas económicas en la URSS, propuestas por Yevsei Liberman, que Luiz Bernardo Pericás tan bien trató de reconstituir. Se vuelve muy oportuno, por lo tanto, revisitar, como lo hizo Luiz Bernardo Pericás, los textos escritos por Guevara y otros intérpretes del marxismo, en la primera mitad de los años sesenta, para que se pueda percibir, nítidamente, lo que François Furet intituló *Le passé d'une illusion*.⁴⁰ El *desmoronamiento* de todo el bloque soviético (1989) y de la propia URSS (1991), que no implementara a tiempo las reformas de acuerdo con el modelo de la NEP, comprobó lo ilusorio de que se podía implantar el socialismo en un país o más países, atrasados y aislados, dentro de la economía mundial de mercado, capitalista, de la cual jamás pudieron o podían liberarse, como partes integrantes de ese sistema. Y, al contrario de negar, confirmó la teoría de Marx y Engels, según la cual no sería posible realizar el socialismo sin el rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y el constante progreso de los medios de transporte y de comunicación, con que la burguesía arrastraba hasta las naciones más bárbaras a la civilización.⁴¹

Traducción de Bertha Hernández López

⁴⁰ François Furet: *Le passé d'une illusion (Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle)*. Paris: Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995.

⁴¹ Karl Marx: «Zur Kritik der Politischen Ökonomie-Vorwort», in K. Marx & F. Engels: *Werke*. Berlin: Dietz Verlag, 1981, Band 13, pp. 7-8.

NOTA DEL AUTOR

Resulta importante expresar aquí algunas palabras en relación con el carácter de este trabajo, así como con los objetivos generales de la obra. Ciertamente, este no es un esbozo biográfico sobre Che Guevara, tampoco una narración lineal sobre los primeros años de la Revolución Cubana. Nuestra intención es, a partir de la figura de Guevara, analizar las principales discusiones sobre la industrialización de la Isla, tratando de establecer la justa interacción entre la realidad objetiva de aquel momento histórico específico y el debate económico que ocurría en el mundo socialista y dentro de Cuba en esa época sin, no obstante, abarcar todos los aspectos de la economía de la Isla. Para eso, tuvimos el cuidado de utilizar bibliografía y documentos del período mencionado, así como las más recientes publicaciones sobre el tema. También entendimos necesario realizar entrevistas con estudiosos, especialistas en economía socialista y personalidades del gobierno cubano que participaron de la construcción económica del país en los inicios de la Revolución.

Los libros que discuten la Revolución Cubana, siguen en general una estructura cronológica tradicional y privilegian los aspectos políticos y sociales del gobierno cubano. Por su parte, las obras sobre el pensamiento de Guevara muchas veces disocian sus concepciones del ambiente histórico concreto, idealizando su imagen, y sin vincular sus elaboraciones con su formación política y las diferentes líneas de pensamiento económico del momento en que actuó. El Che, en definitiva, es visto comúnmente más como un revolucionario y teórico de la guerra de guerrillas que como un formulador de políticas económicas. Creemos que en

nuestro trabajo, a partir de algunos temas fundamentales para la comprensión del pensamiento económico del Che y del desarrollo industrial de Cuba, pudimos trazar un cuadro rico, exponiendo datos estadísticos importantes sobre la economía cubana y analizando, al mismo tiempo, las ideas económicas de Guevara y su grupo dentro de aquella realidad particular. No obstante, no discutiremos específicamente el tema de la agricultura en Cuba –a pesar de saber de la importancia y la vinculación de esta con el sector industrial–, ni haremos un estudio comparativo entre diferentes procesos históricos y entre la planificación cubana y la de otros países socialistas. Mostraremos, sin embargo, las discusiones sobre centralización y descentralización, los diferentes abordajes acerca de la gestión de las empresas y la influencia que ejercieron los economistas reformistas en el período histórico discutido.

En los primeros años de la Revolución, la Isla pasó por diversos sucesos importantes, desde la invasión de Bahía de Cochinos y la Crisis de los Misiles hasta la constitución del nuevo Partido Comunista –a partir de la depuración de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) y del Partido Unido de la Revolución Socialista (PURS)– y la declaración del carácter socialista del nuevo régimen. Esos son ciertamente hechos fundamentales para la comprensión de la historia cubana contemporánea que permearán nuestro trabajo; no serán, sin embargo, analizados en forma detallada, pues no están relacionados directamente con nuestro tema, por más que sepamos que todos los aspectos de la vida político-económica de una nación están vinculados intrínsecamente unos con otros y forman parte de la dinámica que caracteriza cualquier momento histórico.

Pero, ¿por qué estudiar ese período limitado de la Revolución Cubana? Precisamente en esa época fueron delineados los caminos que el nuevo régimen tomaría. La fase de transición al socialismo exigió un esfuerzo nacional para reconstruir el país

en nuevos moldes y consolidar una nueva línea industrial. Ese también fue el momento en que ocurrió el debate económico, nuestro tema principal. Las discusiones acerca de la transición se insertaban tanto en el debate más amplio que venía ocurriendo en el mundo socialista, como dentro de la problemática cubana. En ese sentido, también se hizo presente en el campo ideológico la influencia de tendencias marxistas como el estalinismo, el jruchevismo, el titoísmo, el trotskismo y el maoísmo, discutidas en los debates internos de la cúpula dirigente cubana y en los círculos intelectuales del país en aquella época. Por eso, un rescate de las discusiones sobre esas corrientes y un estudio de su influencia tienen importancia, no solo para realizar un balance histórico, sino también para una comprensión mayor del sentido y la profundidad de las discusiones sobre la transición dentro de un caso práctico y específico *en nuestro* continente.

¿Por qué escogemos al Che Guevara como centro de este estudio? Como sabemos, Guevara fue el principal polemista e incentivador de las discusiones económicas de aquel período. No solo eso: parte sustancial de todo el material elaborado dentro del círculo del gobierno cubano referente a aquella época fue producida por él. Debemos recordar que la forma de analizar coyunturas históricas a partir de una figura determinada es algo común, y propicia al historiador la posibilidad de hacer un estudio más pormenorizado sobre el tema. Podemos citar casos como los de Adam B. Ulan y su *Lenin and the Bolshevik*; C. V. Wedgwood y la trilogía *The King's Peace*, *The King's War* y *The Trials of Charles I*; y diversas obras de Christopher Hill, como *God's Englishman: Oliver Cromwell and the English Revolution*, *Milton and the English Revolution* y *Lenin and the Russian Revolution*. Lo que intentamos hacer aquí es, pues, utilizar a Guevara como centro del trabajo, y a partir de él discutir un conjunto de interrogantes alrededor del debate económico en Cuba, así como, de una manera más amplia, en el campo socialista.

Para Guevara, sería necesario crear al hombre nuevo al mismo tiempo que la técnica se fuera desarrollando. Pero, ¿cuál sería el papel del hombre en la construcción del socialismo? ¿Cómo deberían actuar los sindicatos? ¿Dónde entraría el factor de la conciencia? ¿Cuáles serían las mejores propuestas para el desarrollo económico de la Isla? ¿Cuáles fueron las principales ideas en el campo teórico acerca de la transición al socialismo? Esas son interrogantes que trataremos de abordar y exponer a lo largo de nuestro trabajo.

AGRADECIMIENTOS

Fueron varias las personas que me ayudaron, de una manera o de otra, en el proceso de elaboración de este trabajo. Siendo así, sin querer extenderme más de lo necesario, me gustaría agradecer a mis padres y abuelos, a Osvaldo Coggiola, Werner Altmann, José Tabares del Real, Patrícia Murtinho Pericás, Bernardo Ricupero, Alexandre de Freitas Barbosa, Rafael Soler, Paulo Barsotti, Esther Lobaina, Jorge Grespan, Marco Fernandes Brige, Paulo Martinez, Wilson Barbosa, Antônio Rodriguez, Arlene Clemesha, Jacob Gorender, José Wilson Moreira, Miriam Berrios González, Orlando Borrego, Jorge Ferrera, Roberio Paulino, Tália Bugel, Susi Dorothea, Gladys Rocha, Graziela Forte, Mauro Azeredo, Hugo Rodas, Herbert Amaral, Carlos Mallorquín, Colin Danby, Roberto Massari, Expedito Correia, Rodolfo Alpizar Castillo, Manuel Pampín, Michael Löwy, Wolfgang Schirmacher, Ivana Jinkings, Ruy Braga, Julio Travieso, Tirso Sáenz, Roberto Fernández Retamar, Jorge Fernet y Luiz Alberto Moniz Bandeira.

LISTA DE SIGLAS

ACUS - Academia de Ciencias de la Unión Soviética.
AEA - Administración de Estabilización del Arroz.
AFL - American Federation of Labor (Federación del Trabajo de los Estados Unidos).
ANNC - Agencia de Noticias Nueva China.
BANDES - Banco de Desarrollo Económico y Social.
BANFAIC - Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba.
BID - Banco Interamericano de Desarrollo.
BIRD - Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (Banco Mundial).
CC - Comité Central.
CCE - Compañía Cubana de Electricidad.
CEPAL - Comisión Económica para América Latina.
CI - Comité Internacional.
CIA - Central Intelligence Agency (Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos).
CILOS - Comités de Industrias Locales.
CIOSL - Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres.
CNOC - Confederación Nacional Obrera Cubana.
COB - Central Obrera Boliviana.
CODEP - Consejo Democrático del Pueblo.
CODIAD - Comisión Disciplinaria Administrativa.
CAME - Consejo de Ayuda Mutua Económica.
CON - Comisión Obrera Nacional.
COPA - Confederación Obrera Pan-Americana.
CTA - Consejo Técnico Asesor.

CTAL - Confederación de Trabajadores de América Latina.
CTC - Confederación de Trabajadores de Cuba.
CTC-R - Confederación de Trabajadores de Cuba Revolucionaria.
ELN - Ejército de Liberación Nacional.
FAR - Fuerzas Armadas Revolucionarias.
FCT - Federación Cubana del Trabajo.
FMI - Fondo Monetario Internacional.
FOHC - Frente Obrero Humanista Cubano.
FONU - Frente Obrero Nacional Unido.
FTC - Federación de Trabajadores de Cuba.
GATT - General Agreement on Tariffs and Trade (Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio).
GOELRO - Gosudarstvennaya Komissiya po Elektrifikatsii Rossii (Comisión Estatal de Electrificación).
GOSPLAN - Gosudarstvennaya Planovaya Komissiya (Comisión Estatal de Planificación).
GOSNAB - Comité del Estado para el Abastecimiento Material y Técnico.
IADTL - Instituto Americano para el Desarrollo del Trabajo Libre.
IBM - International Business Machines.
ICDIQ - Instituto Cubano para el Desarrollo de la Industria Química.
ICDN - Instituto Cubano de Desarrollo de la Maquinaria.
ICIDCA - Instituto Cubano de Investigación de los Derivados de la Caña de Azúcar.
ICIMN - Instituto Cubano de Investigación de Minería y Metalurgia.
ICIT - Instituto Cubano de Investigaciones Tecnológicas.
ICRM - Instituto Cubano de Recursos Minerales.
INRA - Instituto Nacional de Reforma Agraria.
JOC - Juventud Obrera Católica.
JUCEI - Juntas de Coordinación, Ejecución e Inspección.
JUCEPLAN - Junta Central de Planificación.
KGB - Komitet Gosudarstvennoy Bezopnosti (Comité de Seguridad del Estado).

MINCEX - Ministerio de Comercio Exterior.
MINCIN - Ministerio de Comercio Interior.
MININD - Ministerio de Industrias.
MINTRAB - Ministerio del Trabajo.
MNR - Movimiento Nacionalista Revolucionario.
M-26-7 - Movimiento 26 de Julio.
OEA - Organización de Estados Americanos.
ORI - Organizaciones Revolucionarias Integradas.
ORIT - Organización Regional Interamericana de Trabajadores.
PC - Partido Comunista.
PC-ml - Partido Comunista marxista-leninista.
PCUS - Partido Comunista de la Unión Soviética.
PCY - Partido Comunista Yugoslavo.
PGT - Partido Guatemalteco del Trabajo.
PIB - Producto Interno Bruto.
POR - Partido Obrero Revolucionario.
POUP - Partido Obrero Unificado Polaco.
PRC - Partido Revolucionario Cubano.
PRIN - Partido Revolucionario de Izquierda Nacional.
PSOB - Partido Socialista Obrero Boliviano.
PSP - Partido Socialista Popular.
PURS - Partido Unido de la Revolución Socialista.
RDA - República Democrática Alemana.
SLL - Socialist Labour League (Liga Socialista Obrera).
SNOIA - Sindicato Nacional Obrero de la Industria Azucarera.
SU - Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional.
SWP - Socialist Workers Party (Partido Socialista Obrero).
TAS - Telegrafnoie Aghentsvo Sovietskogo Soiuzu (Agencia de prensa soviética).
UJC - Unión de Jóvenes Comunistas.
UNAM - Universidad Nacional Autónoma de México.
ZDA - Zonas de Desarrollo Agrario.

INTRODUCCIÓN

El carácter dependiente del capitalismo cubano en relación con los intereses de los monopolios norteamericanos durante la primera mitad del siglo XX constituyó un serio obstáculo para el pleno desarrollo de las fuerzas productivas de la Isla, y mostró nítidamente las dificultades inherentes a los diferentes gobiernos de aquel período para crear reales posibilidades de ubicación de recursos en proyectos que pudieran promover, de hecho, una amplia diversificación agrícola e industrial en el país. Los indicadores económicos, aunque presentaban en algunas instancias relativas variaciones favorables, ejemplifican el estado crónico de atraso en el que Cuba se encontraba, y el complejo laberinto de las relaciones bilaterales con el Coloso del Norte, lo que dificultaba una salida autónoma para oxigenar las demandas intrínsecas de aquella sociedad, de mayor libertad de acción en el nivel de las decisiones de Estado.

Es cierto que no se puede hablar de aspectos económicos sin asociarlos al ámbito político. Factores internos, como la situación social, el cuadro partidario y las directrices técnico-administrativas, así como factores externos, en el ámbito más amplio de las relaciones internacionales, principalmente en el campo comercial, se interrelacionan y superponen, y son aspectos importantes para comprender mejor la dinámica político-económica de cualquier país. En Cuba hubo un ambiente favorable para la acumulación y ampliación del capital de los Estados Unidos, mediante acuerdos firmados por dignatarios locales, en general vinculados a Washington o a empresas norteamericanas, que solo contribuyeron a mantener inalterado el estado general de la nación. Con

eso, durante décadas, lo que se pudo verificar fue un deterioro de diversos índices sociales, principalmente en las áreas rurales, y parca, si no ínfima, eficiencia económica global.

A partir de 1934 se puede advertir la frustración de cualquier posibilidad de un efectivo desarrollo industrial, a partir del tratado de reciprocidad comercial firmado en aquel año con los Estados Unidos, que reforzaría la posición de Cuba, básicamente como país consumidor de productos manufacturados y exportador de azúcar, seguido del aumento de la represión a los opositores del nuevo régimen y de la promoción de algunas concesiones reformistas a la población en general, disfrazando la democracia y dando al gobierno una fachada supuestamente nacionalista y defensora de los intereses de los trabajadores. De esta manera se iniciaba un nuevo momento de la economía cubana, ya que los Estados Unidos —impulsados por el *New Deal* rooseveltiano—, juntamente con la oligarquía nacional, interrumpieron el proceso revolucionario de 1933 e inauguraron una política de incremento de exportaciones de productos terminados hacia la Isla, lo que impedía un mayor proceso de industrialización y estimulaba la continuidad de la producción de azúcar, al conceder a Cuba algunas ventajas comerciales preferenciales.

La Ley Costigan-Jones formalizó la reformulación de la tradicional dependencia, al otorgar poderes a Washington para controlar la industria azucarera no solo de los Estados Unidos, sino también de sus posesiones, y autorizar al gobierno norteamericano a fijar cuotas de importación de las naciones exportadoras de azúcar para el mercado del Coloso del Norte. En ese sentido, se impuso a Cuba una cuota de 1,9 millón de toneladas anuales —lo que contrajo las exportaciones cubanas del producto en niveles por debajo de su capacidad— y se redujo en 22 % la cuota de exportación total de azúcar refinado, lo que perjudicó a los refinadores nacionales. Como apunta Francisco López Segrera, autor del clásico *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo*, el nuevo

tratado comercial, a su vez, concedió aranceles de importación preferenciales a 550 productos norteamericanos, con la disminución tarifaria del 25 % al 60 %, a cambio de la reducción de las tarifas para la exportación de más de veinte artículos cubanos, entre ellos el azúcar, con una reducción de US\$ 1,50 a US\$ 0,90 la libra; el ron, de US\$ 4 a US\$ 2,50 el galón; y el tabaco, de US\$ 1,90 a US\$ 1,50 la libra, lo que garantizaba una mayor afluencia de producciones de los Estados Unidos hacia Cuba, al mismo tiempo que facilitaba, sobre bases ventajosas, la compra de los principales productos de aquel país. El hecho es que Cuba, a partir de ahí, tenía que reducir impuestos a los productos norteamericanos en el mercado interno, no podía aumentar sus impuestos nacionales sobre artículos de los Estados Unidos, y no podía imponer ninguna restricción cuantitativa a los artículos mencionados en el tratado (López Segre, 1972: 284).

Por otro lado, los altos aranceles para algunos productos específicos hicieron que algunas empresas norteamericanas transfirieran sus filiales hacia los Estados Unidos; paralelamente, no se producía el desarrollo de industrias locales de procesamiento y terminación de productos vinculados a otros sectores, como el minero, controlado por propietarios extranjeros y, consecuentemente, sin mayor interés en el progreso económico del país, lo que llevaba al mantenimiento del *status* de la Isla como país básicamente voleado hacia la agricultura (O'Connor, 1972: 54). Como el azúcar era el producto más rentable a corto y mediano plazos, dejaron de hacerse inversiones significativas en la industria de forma general. Por otro lado, con la cuota de importación de este artículo por los Estados Unidos, comenzaron, paradójicamente, no solo dificultades de industrialización, sino también de mayor comercialización y de ganancias provenientes del propio azúcar. Es muy cierto que algunos capitalistas norteamericanos iniciaron inversiones en otros sectores, como el eléctrico y el minero (algunas veces en asociación con el gobierno local); en

grandes tiendas, como la Sears (que garantizaban la entrada de productos extranjeros en la Isla), y en la cría de ganado. Esas nuevas inversiones, no obstante que entre 1946 y 1956 llegaron a US\$ 700 millones, fueron prácticamente revertidas hacia los bancos del país de origen, si se considera que solamente US\$ 100 millones se reinvirtieron, de hecho, en el sector productivo cubano (Le Riverend, 1967: 250). El aumento relativo del estrato asalariado en los sectores de servicios, comercio y gobierno se debió, en parte, al crecimiento del aparato de la burocracia del Estado y de su interés en interferir cada vez más en los asuntos económicos, siempre vinculados a los Estados Unidos, los que consideraban la importancia de mantener la estabilidad política en Cuba para proteger sus inversiones y garantizar que el país fuera un mercado lucrativo para sus exportaciones, así como fuente de azúcar no refinado para abastecer su mercado interno.

Después de la Segunda Guerra Mundial, sectores industrialistas de la numéricamente pequeña élite económica cubana, insatisfechos con la corrupción y la irresponsabilidad de sus dirigentes y preocupados por el cuadro de inestabilidad política, depositaron su confianza en Eduardo Chibás, candidato del Partido Ortodoxo, quien proponía caminos «desarrollistas» para Cuba. Con la laguna creada en el medio político después del suicidio de ese dirigente populista, el sector industrial de la burguesía cubana comenzó a apoyar a Batista, el cual garantizaba un clima favorable para el flujo de inversiones norteamericanas hacia el país. La clase media burocratizada y la burguesía locales estaban ideológica y económicamente vinculadas a los Estados Unidos, y la idea de desarrollo estaría invariablemente amarrada a un posicionamiento cercano hacia aquel país. Como el débil sector industrial de la burguesía cubana no logró afirmarse, dio espacio para que se mantuvieran intactos los intereses vinculados a la agricultura y la producción minera.

Algunos autores hasta llegaron a caracterizar el Estado cubano, en los años que precedieron a la Revolución, como administrativo, redistributivo y burocrático (O'Connor, 1972: 61). Tal tendencia aumentó con los años, a tal punto que en 1950 cerca del 80 % del presupuesto nacional fue utilizado para el pago de salarios de cargos burocráticos, y no invertido en el sector productivo. Aproximadamente 186 mil personas, el 11 % de la fuerza de trabajo, estaban empleadas en el gobierno en aquel mismo año (López Segrera, 1972: 340).

Un reajuste con el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT), que sustituyó al tratado comercial de 1934, se había producido en 1948, y garantizaba que la compra de una cuota de azúcar se dejara a la decisión del Congreso norteamericano, manteniendo, pues, los privilegios de las empresas de los Estados Unidos en el mercado interno de la Isla. El acuerdo con el GATT y la ley de cuotas azucareras (del mismo año) resultaron, en el período entre 1948 y 1958, en un déficit de la balanza comercial de Cuba en relación con los Estados Unidos, de US\$ 603,4 millones, aunque fue relativamente compensado en el mismo período con un saldo favorable con otros países (López Segrera, 1972: 294).

A fines de la década de los cincuenta, la situación de dependencia de Cuba podía ser explicitada en diversos indicadores económicos. El mismo López Segrera nos muestra que en 1958, por ejemplo, el 40 % de la producción azucarera, el 90 % de los servicios eléctricos y telefónicos, el 50 % de las vías férreas y el 23 % de las industrias no azucareras eran de propiedad norteamericana, en tanto el capital bancario en manos cubanas, que alcanzaba el nivel del 60 %, era utilizado básicamente para favorecer a las corporaciones monopolistas extranjeras (López Segrera, 1972: 277). El volumen de las inversiones de los Estados Unidos en Cuba llegó, en aquel año, a US\$ 1 millardo, solo inferior, en el continente, a las inversiones hechas en Venezuela y en Brasil. Las empresas norteamericanas, sin embargo, construían y equipaban

a las unidades productivas, que tenían sus matrices en la «metrópoli», y establecían todas las normas e instrucciones en la filial cubana.

La unidad típica en la sociedad capitalista monopolista no era representada, pues, por la firma pequeña, responsable de la fabricación de algún artículo a escala reducida, con una producción homogénea, sino por la empresa de producción en amplia escala, que tenía en las manos una porción sustancial de la producción de una industria determinada —o de varias industrias—; la capacidad de control de los precios de sus productos; el volumen de su producción y la planificación eficiente de sus inversiones (Baran y Sweezy, 1974: 15-16). Ese modelo estaba consolidado en Cuba, incluso con la existencia de miles de *chinchales* (pequeñas industrias artesanales), y sirvió de base, después de la Revolución de 1959, para experiencias defendidas por algunos dirigentes e intelectuales, como el Che Guevara y su grupo. Muchas empresas, por consiguiente, habían surgido en la Isla durante el gobierno de Batista, desde fábricas de productos lácteos hasta de refrescos. La International Telephone and Telegraph, Esso, Texaco, Sinclair Oil, Lone Star Cement, U. S. Rubber, Firestone, American Agricultural Chemicals, Procter and Gamble, entre otras, se instalaron en la Isla. El capital aplicado en las industrias, como se puede observar, salía nuevamente en forma de ganancias hacia el país de origen. Es importante recordar que esas empresas ya habían surgido «grandes». No hubo un proceso de concentración y centralización a partir de la expropiación, fusión y sustitución de pequeñas compañías a lo largo del tiempo en algunos sectores de la economía cubana. O sea, las empresas norteamericanas entraron en Cuba ya consolidadas (López Segrera, 1972: 351).

La producción de goma y neumáticos estaba monopolizada por la U. S. Rubber y la Firestone; aproximadamente el 80 % de la producción de jabón era controlado por la Palmolive y la

Procter and Gamble; alrededor del 80 % de las máquinas para las fábricas de azúcar era producido por una sola empresa en Sagua la Grande; dos fábricas de papel de La Habana satisfacían toda la demanda del país; la American Agricultural Chemicals producía casi todos los fertilizantes usados en la Isla; toda la producción de rayón estaba en manos de la Rayonera de Matanzas; casi toda la producción textil era controlada por la Textilera Ariguanabo. Esos monopolios controlaban diversas ramas de la producción y fijaban precios, con la connivencia y el apoyo del gobierno local (López Segrera, 1972: 357).

Análisis políticamente más conservadores señalan hacia una interpretación diferente de los años que antecedieron a la Revolución. Cuba, en 1952, ocupaba el tercer lugar en renta *per capita* en América Latina; era el segundo país con mayor consumo de carne *per capita* del continente; el segundo en millas de carreteras pavimentadas por mil millas cuadradas de territorio; el segundo en la proporción de médicos en relación con la población y el tercero en el nivel de salarios pagados a 500 mil trabajadores en la industria azucarera. Había superado a todas las repúblicas de América Central juntas en volumen de exportaciones, y además existía la paridad del peso con el dólar (Varona *apud* Rivero, 1963: 57). Un informe del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD) publicado en 1951, declaraba que «la impresión general de los miembros de la Misión, nacida de las observaciones y viajes por toda Cuba, es la de que el nivel de vida de los hacendados y de los trabajadores de los campos, de las industrias, de los almacenes y de otros, es más elevado, en todos los sentidos, que el de grupos semejantes de otros países tropicales» (Varona *apud* Rivero, 1963: 58). El documento del Banco Mundial, por otro lado, sugería que Cuba debería tratar de convertirse en menos dependiente del azúcar y poner mayor énfasis en la diversificación de otras actividades; expandir y crear nuevas industrias de productos derivados o que usara el azúcar

como materia prima; promover exportaciones de otros productos para reducir el *status* del país como monoprodutor; ayudando, de este modo, a aumentar la renta total nacional e incrementar el número de empleos en sectores distintos, como el minero y el de procesamiento de alimentos, y aumentar la producción para el consumo interno (Huberman y Sweezy, 1960: 108). El Departamento de Comercio de los Estados Unidos, en 1956, presentaba a Cuba como un país que tenía una renta nacional que daba al pueblo uno de los más altos estándares del continente (Rivero, 1963). Pero recordaba que el único desarrollo importante en la primera mitad de aquella década había ocurrido con la mecanización de la industria de exportación de tabacos —con un aumento en las ventas externas— y la exportación de cera hecha a partir de la caña de azúcar, el producto tradicional del país (Huberman y Sweezy, 1960: 109).

La clase trabajadora cubana era relativamente grande en comparación con el resto de la población. De acuerdo con el censo de 1953, había aproximadamente 327 208 obreros en las industrias, 395 904 en el sector de servicios, 232 323 en el comercio y 104 003 en los transportes, para un total de 1 059 438, al mismo tiempo que en el sector agrícola el número era de 818 906 trabajadores, mayor que cualquier otro individualmente, pero menor en relación con el conjunto (Draper, 1966b: 77-78). La población cubana contaba, en la época, con aproximadamente 6 millones de habitantes, mientras los sindicatos decían tener en sus filas alrededor de un millón de afiliados. A finales de la década, el país poseía un automóvil por cada 39 personas y un aparato de radio por cada cinco. Alrededor del 57 % de la población era urbana, y más de la mitad vivía en ciudades con más de 25 mil habitantes, y un tercio en cuatro ciudades con más de 100 mil personas. Un sexto de la población vivía en La Habana, mientras un tercio de toda la población nacional era considerada de clase media. Las viviendas de los estratos

medios urbanos eran relativamente confortables, si bien las de la población de bajos ingresos, especialmente en el campo, eran de mala calidad. Por lo tanto, algunos autores –como Theodore Draper, Harry Oshima, Felipe Pazos y Eugene Stanley– rechazaban el término subdesarrollo para el caso cubano, pues, para ellos, las diferencias económico-sociales de los países del Tercer Mundo eran tantas que la designación no podría abarcar todas las situaciones de forma igual, inclusive la de la Isla, que mostraba algunos índices favorables. Felipe Pazos llegó a decir que Cuba debería ser clasificada como país «semidesarrollado». De acuerdo con Theodore Draper, en 1958 la renta *per capita* del país era de US\$ 356, mayor que, por ejemplo, la de México, de US\$ 263 en aquel mismo período, lo que el estudioso entendía como una señal favorable para la economía. El país tendría la tercera mayor renta *per capita* de América Latina, superado solo por Argentina y Venezuela. La expectativa de vida era de 58,8 años. Alrededor de setenta periódicos se publicaban en Cuba, dieciocho solamente en La Habana. Los mayores periódicos publicaban 580 mil ejemplares diariamente. Los índices de 1957 muestran que había un médico por cada 998 personas; un dentista por cada 3 052 habitantes; 24 teléfonos por cada mil individuos; y 176 radios por el mismo número de personas (Draper, 1966b: 98).

Los autores más conservadores no estaban de acuerdo tampoco con el rótulo de país monoprodutor para la Isla. Los trabajadores de las industrias del azúcar, el níquel y el tabaco recibían salarios equiparados a los de los obreros norteamericanos. Esas industrias, así como los cañaverales, representarían una diversificación en la producción, juntamente con otras menores, también con salarios altos, como las de fibras sintéticas, detergentes, vidrio, refinación de petróleo, refrescos, ron y cerveza. Cuba, además, producía textiles, calzado y extracciones minerales, con una base salarial menor (Selucky *apud* Draper, 1966b: 99). En consecuencia, los críticos admitían la posibilidad

de que hubiera un modelo monoexportador en la Isla, pero no monoprodutor. En 1954, por ejemplo, la fracción de contribución de la industria azucarera en su totalidad fue del 25 % de la renta nacional, a pesar de que ese producto representaba alrededor del 80,2 % del volumen de exportaciones nacionales (Draper, 1966b: 100). Por otro lado, estudiosos cubanos observan que los números favorables *per capita* de Cuba antes de la Revolución no representaban la realidad del país, ya que redistribuían hacia toda la población supuestos beneficios de un grupo específico que poseía más que otros, vinculado a la clase media dependiente de las grandes empresas o del sector burocrático estatal, lo que no se correspondía con lo que ocurría, de hecho, en el resto de la Isla (Le Riverend, 1967: 249).

En la práctica, la situación se mostraba bastante compleja. El desempleo era un problema crónico para la salud económica de la Isla. Cerca del 25 % de la fuerza de trabajo se encontraba desempleada a comienzos de los años cincuenta, en tanto el 75 % de los trabajadores tenía empleo de base anual. Eso demostraba que un segmento significativo de la población dependía de trabajos estacionales o temporales. El azúcar representaba más del 75 % de las exportaciones del país, pero los trabajadores solo eran necesarios durante un período de tres o cuatro meses durante el año. Entre los años 1956 y 1957, el desempleo fue del 9 % durante la zafra y el 20 % después de ella (Le Riverend, 1967: 103).

Un grupo, clasificado como mal remunerado, trabajaba 40 horas semanales. En 1958, de una fuerza de trabajo de 2,204 millones de trabajadores, 549 mil, como promedio, estaban desempleados (López Segrera, 1972: 342). En un cuadro de inversiones globales de US\$ 650 millones, aproximadamente US\$ 300 millones provenían directamente de empresas norteamericanas, que controlaban por lo menos 30 de las 161 plantas azucareras de la Isla (Rivero, 1963: 62-63). La renta *per capita* media de los trabajadores cubanos entre 1950 y 1954, de acuerdo

con cifras presentadas por Leo Huberman y Paul Sweezy (1960: 3), era aproximadamente de US\$ 312, el equivalente a cerca de US\$ 6 por semana. El índice de crecimiento económico medio anual de Cuba era de alrededor del 1,5 %, uno de los más bajos del planeta (Rivero, 1963: 63). El informe de 1957 de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) afirmaba que, de un total de US\$ 58,5 millones en inversiones directas efectuadas en la Isla en el año anterior, US\$ 41,4 millones habían sido transferidos nuevamente hacia el exterior; mientras tanto, la deuda externa llegaba a US\$ 788 millones en la misma época (López Segrera, 1972: 310). Los préstamos externos a corto y mediano plazos obtenidos por los bancos oficiales, que habían llegado a US\$ 90,9 millones en 1955, fueron reducidos a US\$ 23 millones en 1956 y pasaron a US\$ 27,1 millones en 1957, lo que muestra el grado de insatisfacción de los acreedores extranjeros con el gobierno del país (López Segrera, 1972: 311). Las reservas internacionales fueron de US\$ 500 millones en 1952 a US\$ 100 millones a finales de la década (López Segrera, 1972: 342). Mientras esto ocurría, los principales grupos monopolísticos de los Estados Unidos invertían y controlaban gran parte del sector productivo cubano. El grupo Rockefeller era el más importante accionista de la Moa Bay Mining, Freeport Sulphur Co., Nickel Processing Corp., Goodyear Tire and Rubber, Standard Oil y Chase Manhattan Bank; la Morgan, de la Sun Oil, Coca-Cola, Cuban Tobacco, B. F. Goodrich y Procter and Gamble; la Sullivan & Cromwell, de la King Ranch, Pepsi-Cola, Sears, Woolworth; el First National Bank, de la First National Bank, Grace and Co., Owens Illinois Glas, Phelps Dodge y Compañía Cubana de Teléfonos; el Grupo de Chicago, de la Swift and Co., Armour and Co., así como de la Liquid Carbonic of Cuba; los Manufacturers Hanover Trust, de la Compañía Cubana de Electricidad, Colgate y Palmolive; entre otras empresas (Pino-Santos, 1972: 210). Todas esas compañías también tenían capital invertido en la producción azucarera. Las

nuevas industrias que habían sido implantadas en Cuba durante el gobierno de Batista utilizaban, de forma general, un 74 % de materias primas importadas. Eso correspondió, de 1948 a 1958, a un aumento del 32 % al 35 % en la utilización de esos materiales (Rodríguez García *et al.*, 1985: 20). Paralelamente, faltaba una política de localización racional del parque industrial de la Isla. Un año antes de la Revolución, la provincia de La Habana, que poseía el 25 % de la población, tenía en sus manos el 75 % de toda la producción industrial no azucarera del país (Rodríguez García *et al.*, 1985: 21).

La necesidad de una real diversificación y la creación de un mercado interno amplio era clara y estaba explicitada en varios documentos de diferentes organismos internacionales. Se podría cuestionar, no obstante, si esas medidas se aplicarían efectivamente, en el estado en que se encontraba el país, sin la excesiva injerencia de los Estados Unidos en los asuntos internos de Cuba. Difícilmente la Isla lograría un desarrollo relativamente independiente sin una mudanza real en las instancias de poder y en la relación con los norteamericanos. Solo una revolución podría modificar las estructuras agraria e industrial *profundamente*, afectando los intereses de los monopolios externos, así como encaminando las inversiones hacia las áreas estratégicas, tanto en el sector social como en el productivo. Ello implicaría una modificación en la relación entre clases sociales internamente y entre países en el campo de la política externa, lo que era algo delicado y difícil de hacer en otras circunstancias.

La revolución que triunfó el Primero de Enero de 1959 traería esa posibilidad de cambios, que no llegarían fácilmente. En aquella época, entre el 75 % y el 80 % del comercio exterior de Cuba se establecía con los Estados Unidos, que controlaban más del 75 % de las exportaciones de la Isla (León Cotayo, 1983: 27). Fidel Castro, aun cuando hacía declaraciones en diversos actos públicos, en los primeros meses de la Revolución,

sobre la reforma agraria y la industrialización del país, todavía intentó una aproximación a los Estados Unidos. Sus discursos, hasta entonces, no preocuparon demasiado a los monopolios norteamericanos.¹ En su visita a Washington, Castro mantuvo conversaciones sobre la economía cubana –principalmente sobre el comercio de productos como el tabaco y el azúcar– con el secretario de Estado Christian Herter, sin que, no obstante, se profundizara en las discusiones (León Cotayo, 1983: 34). De forma general, el gobierno de los Estados Unidos no otorgó la debida importancia a la visita del máximo líder de la Revolución, ya que el presidente Eisenhower dejó de encontrarse con Fidel porque supuestamente estaría jugando golf durante la permanencia del dirigente cubano en el país. El entonces vicepresidente Richard Nixon, que ya en aquella ocasión señalaría a Castro como «peligroso» y «comunista», fue designado para acompañarlo durante su estancia, lo que mostraba implícitamente cierta desconfianza en relación con el nuevo gobierno de la Isla (Szulc, 1987: 536-537). De cualquier forma, en ese viaje Castro conversó con el embajador Mijaíl Ménsikov, lo que representó su primer encuentro con una autoridad soviética después de la Revolución (Szulc, 1987: 537).

Los intereses de los monopolios del Coloso del Norte serían sacudidos con una serie de leyes de expropiación y nacionalización de tierras y empresas. Como afirmamos con anterioridad, solo una revolución podría intervenir profundamente en la relación de clases y en la propiedad de los medios de producción en el país. Como el azúcar era el principal producto cubano, y como gran parte de la población estaba compuesta por un campesinado sin tierra o un proletariado rural desempleado, sería fundamental modificar la estructura agraria. En las estimativas del estudioso

¹ Nos referimos al momento inmediatamente posterior al triunfo de la Revolución.

Nicanor León Cotayo, solo 114 latifundistas ocupaban el 20 % de todas las áreas cultivables de Cuba, y el 30 % de las personas dedicadas a la agricultura era propietario del suelo (León Cotayo, 1983: 38). Aproximadamente 100 mil cubanos se encontraban en categorías como arrendatarios, subarrendatarios y precaristas. Cuba poseía cerca de 159 mil haciendas, en un área total de 676 mil *caballerías*,² con el 20 % de ellas –o sea, 32 mil propiedades– ocupando solo 6 410 *caballerías*: menos del 1 % del total nacional. Otras 30 mil haciendas –alrededor del 19 % del total– ocupaban 15 700 *caballerías*, o el 2,32 % de la tierra. En otras palabras: el 39 % de las haciendas de Cuba ocupaban solamente el 3,27 % de toda el área agrícola del país. En el ámbito más general, 157 mil haciendas ocupaban 359 mil *caballerías*, o el 53 % del área total. Las haciendas que tenían entre 75 y 372 *caballerías* eran controladas por 780 propietarios, aproximadamente el 0,5 %, que concentraban 107 mil *caballerías*, o el 16 % del total (León Cotayo, 1983: 38). La Ley de Reforma Agraria modificaría esa situación. La primera Ley de Reforma Agraria, del 17 de mayo de 1959, prohibiría el latifundio, indicando como mínimo vital por persona dos *caballerías* –el equivalente a 27 hectáreas–, y un área máxima de 30 *caballerías*, o 402,6 hectáreas. La propiedad que excediera ese límite sería expropiada y distribuida entre el campesinado desposeído. Las tierras hasta 30 *caballerías*, por otra parte, no serían expropiables, con excepción de las partes utilizadas por arrendatarios o precaristas.

La ley consideraba, además, un límite de 100 *caballerías*, o 1 342 hectáreas, para propiedades que produjeran arroz y caña de azúcar, ya que el rendimiento de estas áreas llegaba al 50 % por encima de la media nacional; prohibía contratos de aparcería; dividía el país en 28 Zonas de Desarrollo Agrario (ZDA), que se convirtieron en una unidad administrativa intermediaria entre

² Una *caballería* equivale a 33,2 acres o 13,4 hectáreas.

la municipalidad y la provincia; otorgaba créditos estatales para cooperativas, e indemnizaba a los propietarios de latifundios expropiados en un plazo de hasta veinte años, con intereses del 4,5 % anuales, con los llamados Títulos de la Reforma Agraria. La primera Ley de Reforma Agraria eliminó el latifundio y redistribuyó aproximadamente el 67 % de las tierras entre los pequeños productores y el Gobierno Revolucionario. También eximió a los campesinos de pagar el alquiler de las tierras, así como acabó con la explotación de intermediarios y usureros. Posibilitó la creación de un mercado interno a partir de una redistribución de ingresos más equitativa en el país, y ayudó a disminuir a corto plazo el desempleo crónico en el campo. Ese proceso también creó el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), una institución poderosa que funcionaba casi como un gobierno paralelo; formó tribunales de la tierra; expropió propiedades ociosas por dos años; y permitió la transferencia de títulos de tierra únicamente por herencia, en tanto las ventas solo podrían ser hechas al Estado o con la autorización del INRA, órgano competente en el asunto. De acuerdo con la nueva legislación, solamente cubanos podrían adquirir tierras, pero a los propietarios extranjeros no se les prohibía mantener sus propiedades, siempre que estuvieran en los límites estipulados. Todas las divisiones, subdivisiones y ventas de tierra realizadas después de la Revolución fueron consideradas nulas.

Las expropiaciones comenzaron lentamente y, diez meses después de la ley, alrededor de 850 mil hectáreas habían sido confiscadas y 40 200 hectáreas distribuidas a seis mil beneficiarios (Gutelman, 1972: 242). A partir de enero de 1960, sin embargo, aumentó el ritmo de las expropiaciones y la distribución de tierras. Hasta junio de 1961, 3,8 millones de hectáreas de tierra ya habían sido expropiados (Gutelman, 1972). De acuerdo con números del gobierno cubano de la época, esas medidas beneficiaron a 55 785 colonos (89,55 % del total), 74 415 criadores

de ganado (82,74 %), 50 mil caficultores, arroceros y productores de frutas, así como a 50 mil trabajadores agrícolas y proletariado rural (Rodríguez García *et al.*, 1985: 154). La reforma agraria hizo que el 85 % de los agricultores dejaran de pagar el alquiler de las tierras y aumentó en 60 % el poder adquisitivo del campesinado de forma general (Rodríguez García *et al.*, 1985: 155). Aunque la diversificación agrícola no haya sido tan profunda al punto de cambiar radicalmente el cuadro económico del país, fue relativamente significativa en comparación con los años anteriores, ya que, de 1958 a 1960, la producción de arroz creció el 28 %; la de maíz, 26 %; la de algodón, 400 %; la de frijol, 39 %; la de papa, 21 %; y la de tomate, 108 % (Rodríguez García *et al.*, 1985: 220). Es bueno recordar que, antes de la Revolución, el rendimiento de la tierra por *caballería* era menor que su capacidad real. La subutilización de la tierra por los monopolios implicaba que estas empresas terminaban adquiriendo propiedades como reserva de valor y también con la finalidad de futuras expansiones agrícolas, casi siempre para la producción de azúcar. Una mejor utilización del terreno posibilitaría una mayor productividad por hectárea y, consecuentemente, la liberación del resto de las tierras para la producción de otros cultivos.

La Ley de Reforma Agraria y otras medidas nacionalizadoras fueron suficientes para preocupar a los inversionistas norteamericanos en la Isla, quienes consideraron las medidas mucho más drásticas de lo que imaginaban, ya que podrían perjudicar no solo a las compañías de los Estados Unidos, sino también a la propia economía cubana, al desestimular nuevas inversiones extranjeras (León Cotayo, 1983: 39). Eso podría llevar al Congreso en Washington a revisar la ley azucarera y bajar la cuota de importación del producto. Nuevamente, León Cotayo nos muestra la trayectoria de los hechos. El 21 de mayo de 1959, en una reunión ordinaria de la CEPAL que se realizaba en Panamá, la delegación cubana, presidida por el entonces ministro de Economía, Regino

Boti, recomendó que la reciente reforma agraria fuera considerada por la Comisión como uno de los principales medios de mejorar y aumentar la producción agrícola, elevar el nivel de vida del campesinado y preparar el camino para la industrialización; la propuesta fue aprobada por unanimidad, con la excepción de los Estados Unidos, que sugirieron incluir en el texto la expresión «siempre que resulte apropiado» en la parte del documento referente a la reforma agraria como uno de los instrumentos adecuados para el desarrollo económico de los países del continente (León Cotayo, 1983: 40). Una nota diplomática firmada por el entonces secretario de Estado, Christian Herter, y enviada a las autoridades cubanas, expresaba preocupación por la ley agraria cubana en relación con las compensaciones de los ciudadanos norteamericanos que tuvieran sus tierras expropiadas, y lamentaba que los dirigentes de la Isla no hubieran oído el criterio de los inversionistas afectados (León Cotayo, 1983: 41-42). En carta a aquel secretario, el entonces ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, Raúl Roa, respondió que la destrucción del latifundio y la redistribución de la tierra eran fundamentales para que Cuba no continuara económicamente estancada y que no aumentara el ritmo del desempleo. Roa recordó los enormes fondos extraídos del país y depositados en bancos extranjeros, y no admitió ninguna sugerencia o propuesta que pudiera afectar la soberanía nacional (León Cotayo, 1983: 42-43).

Con el aumento de las presiones de Washington sobre La Habana, la American and Foreign Power Company, subsidiaria de la Electric Bond and Share y matriz de la Compañía Cubana de Electricidad (CCE), canceló, a fines de agosto de 1959, un financiamiento de US\$ 15 millones, ya que el gobierno cubano había reducido en 30 % las tarifas de electricidad en el país, lo que representó una pérdida del 20 % de sus ganancias. Al Powell, director de la zona del Caribe de la Oficina de Comercio Exterior de los Estados Unidos, informó a comienzos de septiembre que

los intereses de los productores norteamericanos de arroz estaban comprometidos —ya que exportaban US\$ 37,5 millones por año a Cuba—, y también los de los inversionistas de la rama textil, que se sentían preocupados por los rumbos económicos del nuevo gobierno. A comienzos de enero de 1960, un grupo de asesores jurídicos del gobierno de los Estados Unidos recomendó la reducción del precio que Washington pagaba por el azúcar cubano —lo que representaría una pérdida inmediata de US\$ 150 millones—, así como el congelamiento de los fondos de Cuba en aquel país y la prohibición de viajes de turistas norteamericanos a la nación caribeña.

Algunos observadores, no obstante, eran más cautelosos. Un artículo del *New York Times* del 8 de enero de aquel año advertía que tales medidas podrían fortalecer a Castro y serían un indicativo del fracaso de la tradicional política de buena vecindad. El senador Kenneth Keating, a pesar de eso, sugirió que los Estados Unidos le compraran menos azúcar a Cuba como represalia por la confiscación de propiedades norteamericanas, en tanto otro congresista, el diputado Keith Thompson, elaboró un proyecto de ley que proponía privar a Cuba de cualquier participación en el eventual aumento del consumo del producto en su país (León Cotayo, 1983: 69-70). En aquel mismo mes, el senador George Smathers, en visita al Ecuador, conversó con el presidente Ponce sobre la posibilidad del aumento de la cuota azucarera para exportar a los Estados Unidos.

El gobierno norteamericano comenzaba a preparar un conjunto de medidas contra la Isla. Los proyectos tenían como objetivo tratar de aumentar la influencia sobre otros gobiernos del continente para contener los «impulsos» de Fidel Castro y su grupo; redactar una nueva ley azucarera, que le otorgara a los Estados Unidos poderes de reducir o eliminar subsidios; establecer una tarifa de US\$ 1,25 para el azúcar; usar el total de su recaudación para indemnizar a sus inversionistas nacio-

nales perjudicados, y crear una radio para promover propaganda contra el nuevo gobierno (León Cotayo, 1983: 75). Todos esos hechos hicieron que Cuba comenzara a buscar alternativas para su comercio exterior. La Unión Soviética sería la opción.

Los soviéticos habían reconocido al Gobierno Revolucionario el 10 de enero de 1959 y habían comprado alrededor de 500 toneladas de azúcar en aquel año, aproximadamente lo mismo de 1955, lo que era muy poco en términos generales. Una delegación obrera soviética también había sido invitada al Primero de Mayo en La Habana, pero no participó al no obtener los visados a tiempo. Aunque algunos sindicalistas de la URSS fueron a la Isla y que un alto funcionario del servicio de Inteligencia soviético visitara dos veces el país, la relación entre los dos gobiernos era tímida. Solamente en octubre de 1959 comenzaron a producirse tentativas de aproximación más sólidas, a partir de un encuentro entre Fidel Castro y Alexéiev, agente de la KGB (órgano de Seguridad del Estado soviético) y corresponsal de la agencia de noticias Tass, enviado por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) como negociador. En esa reunión fue en la que pintorescamente se estrecharon los lazos de amistad entre los dos países y se iniciaron las conversaciones para acuerdos comerciales importantes, así como surgió la idea de enviar a Anastas Mikoyán (entonces primer vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS) a Cuba para inaugurar una exposición industrial, programada para iniciarse en México en noviembre, y que podría ser llevada después a La Habana. Eso estimuló a Alexeiev a ir a México y conversar personalmente con Mikoyán, que aceptó la propuesta y llegó a Cuba el 4 de febrero de 1960, para una visita de nueve días. En ese período, inauguró la exposición soviética de ciencia, tecnología y cultura en el Museo de Bellas Artes de La Habana —que duraría veintidós días—, visitó cooperativas en Pinar del Río, Camagüey y Oriente, estuvo en la Ciénaga de Zapata e Isla de Pinos y, poco antes de partir, firmó un comunicado conjunto

con las autoridades cubanas, en el cual afirmaba la intención de ampliar y fortalecer los vínculos entre los dos países en los campos de cooperación económica, ayuda técnica e intercambio cultural. También se firmó un acuerdo comercial que formalizaba la compra por la Unión Soviética de cinco millones de toneladas de azúcar a precios internacionales entre 1960 y 1964, que equivaldrían a 325 millones de pesos, con un promedio anual de 65 millones de pesos. Entre otros productos que serían vendidos a la URSS, estaban frutas diversas, jugos, conservas, cuero y pimienta, lo que dejaría un saldo líquido de US\$ 36,5 millones en 1960, y de hasta US\$ 15 millones anuales en los años subsiguientes. Por otro lado, Moscú concedió un préstamo de US\$ 100 millones, con intereses de 2,5 % al año, y un plazo de pago de doce años.

Los acuerdos con el Kremlin causaron especulaciones en la prensa occidental y en el gobierno norteamericano, los cuales creían que se estaba produciendo una maniobra de la URSS para aumentar sus reservas de azúcar, revender el producto a otros países o tratar de aumentar el nivel de vida de sus ciudadanos. En realidad, la Unión Soviética era el primer productor de azúcar del mundo, con más de seis millones de toneladas anuales. El consumo interno del producto, sin embargo, era bajo, solo 21 kilogramos (kg) por persona. De acuerdo con el plan septenal, en 1965 la Unión Soviética debería estar produciendo 10 millones de toneladas, lo cual no significaba que esa cantidad fuera a satisfacer por completo el mercado interno y la eliminación de las importaciones de la Isla, pues la intención era también aumentar el consumo *per capita* hasta 44 kg. Debemos recordar que, en la época, entre los países desarrollados, solo los Estados Unidos, Inglaterra y Canadá tenían consumo *per capita* por encima de los 40 kg. Naciones como Italia, con 19, Alemania, con 30, y Francia, con 31, mantenían su consumo en niveles inferiores a los citados anteriormente. Para que la URSS pudiera igualar los niveles de consumo de los Estados Unidos tendría, pues, que continuar

importando el producto (Cepero Bonilla, 1989b: 327). Eso significaba que la Unión Soviética no solo mantendría sus importaciones de azúcar cubano, sino también hasta podría aumentar su cuota a tres millones de toneladas anuales después de terminado el acuerdo. De cualquier forma, el acuerdo con los soviéticos garantizaría hasta 1964 una venta anual anticipada de un millón de toneladas, el equivalente a la mitad de todas las exportaciones cubanas de ese producto para el mercado mundial en 1959.

Las críticas al propio acuerdo eran inconsistentes, si se considera que varias cláusulas del convenio demostraban explícitamente el carácter de las negociaciones. Los términos del documento afirmaban que todo el azúcar comprado por la URSS sería destinado al mercado interno y no sería reexportado, o sea, no sería desviado hacia otros mercados que fueran importadores habituales de este producto cubano (Cepero Bonilla, 1989b: 329).

De 1955 a 1959, la Unión Soviética compró azúcar crudo cubano por US\$ 165 millones, sin que Cuba le comprara ningún artículo a Moscú. Por eso, los cubanos decidieron también abrir su mercado a los soviéticos, con el compromiso de gastar el 80 % de los valores recibidos del azúcar en mercancías de aquel país y el otro 20 % a ser pagados en dólares (Cepero Bonilla, 1989b: 332). El crédito de US\$ 100 millones no era novedad para los soviéticos, que poco antes habían negociado un crédito del mismo valor con Argentina, para financiar la producción petrolífera y las reparaciones en la red ferroviaria. En relación con amortización e intereses, estos se comenzarían a pagar no sobre todo el crédito, sino sobre una parte de él. Este pago no sería en divisas, sino con productos cubanos. Como Cuba no lograba obtener créditos del BIRD y de otros organismos, y con anterioridad estaba recibiendo solamente préstamos de empresas norteamericanas con intereses en el país —lo que era, de acuerdo con el Gobierno Revolucionario, una sujeción excesiva al capital extranjero—, decidió aceptar la oferta de los soviéticos (Cepero Bonilla, 1989b: 337).

Es interesante recordar que la URSS, de 1948 a 1960, proporcionó a los países del bloque socialista más de 28 800 documentos técnicos para la fabricación de diferentes máquinas, equipamientos y aparatos. En 1955, la suma total de créditos y otras obligaciones financieras de la Unión Soviética en la prestación de asistencia económica y técnica a los países en desarrollo llegaba a algunas decenas de millones de rublos. A comienzos de los años sesenta, era superior a 10 millardos de rublos en divisas con intereses de 2,5 % al año (Rimalov, [1961 o 1962]: 43-54).³ La URSS poseía en la época 206 mil empresas industriales y 100 mil más en fase de construcción. Tenía aproximadamente 200 millones de consumidores y US\$ 120 millardos anuales en operaciones en el mercado interno. El presupuesto de la Unión Soviética a fines de los años cincuenta estaba en alrededor de US\$ 140 millardos –casi el doble del presupuesto de los Estados Unidos–, y reinvertía el 50 % de su capital en la expansión industrial (Gunther, 1959: 380-381).

El hecho es que, aunque supuestamente era una superpotencia económica y militar, la mayor parte de la población de la Unión Soviética todavía vivía en estado de extrema dificultad. Si consideramos que había falta de diversos bienes de consumo y que su calidad era dudosa, podemos imaginar que ese capital invertido o prestado a otros países podría haber sido utilizado internamente para elevar el nivel de vida de la población en general. Eso puede demostrar, hasta cierto punto, el interés político de los dirigentes soviéticos en garantizar relaciones próximas y amistosas con diferentes países socialistas y en desarrollo.

La aproximación del Kremlin también le parecía a algunos críticos occidentales una forma de tener mayor influencia política dentro del gobierno de la Isla. A pesar de eso, el gobierno cubano

³ La política de créditos de la Unión Soviética hacia los países en desarrollo habría forzado a los Estados Unidos, en la década de los sesenta y los setenta, a disminuir los intereses y ampliar los plazos de pago.

todavía trató de mantener relaciones normales con los Estados Unidos, que endurecían sus posiciones cada vez más. En diversas cartas entre autoridades de alta categoría de los dos países se puede advertir el deterioro gradual de las relaciones entre Cuba y el gobierno norteamericano, con los norteamericanos ignorando todos los pedidos de auxilio económico de los dirigentes de la Isla o recibéndolos de forma áspera. De los primeros meses de 1960 en adelante, las solicitudes de la compra de helicópteros para uso agrícola, e incluso las de ayuda humanitaria, fueron sistemáticamente rechazadas por los Estados Unidos.

Mientras tanto, ya venía ocurriendo un intenso proceso de nacionalización y estatalización de muchas empresas. Un conjunto de industrias pasó a manos del gobierno, con una producción total de US\$ 2,933 millones en la época, como la Textilera Ariguanabo, con 3 049 trabajadores y una producción equivalente a US\$ 1,5 millones; la Betroma, con 679 obreros; la Concordia Textil, con 635 empleados; la Fábrica Cubana de Tejidos, con 589, entre otras. También fueron hacia el Estado la Cubanitro, con 270 trabajadores; la Rayonera de Matanzas, con 1 308, así como la Antillana de Acero, la Fábrica Cubana de Acero y Aceros Unidos de Cuba. Hasta mediados de 1960, el gobierno ya controlaba el 40 % de las tierras, el 37,6 % de la industria no azucarera y gran parte de la producción industrial (Rodríguez, 1978: 123). Desde comienzos de 1959 habían ocurrido intervenciones en la CCE y la subsiguiente disminución en las tarifas eléctricas; corte de hasta el 50 % en el pago de alquileres; un impuesto del 25 % sobre la exportación de minerales a ser pagado por los monopolios; la Ley núm. 851, del 6 de julio de 1960, que confiscó y nacionalizó todas las empresas norteamericanas⁴ y, a fines de ese año, la promulgación de la Ley de Reforma

⁴ De acuerdo con el artículo b, epígrafe 5 de la Ley núm. 851, habría un pago de indemnización a través de un fondo de indemnizaciones que sería creado por el gobierno cubano y abierto en el Banco Nacional del país.

Urbana, y la completa nacionalización de todos los bancos y de prácticamente todas las empresas monopolistas extranjeras. El crecimiento industrial, que en 1959 había sido del 17 %, llegó al 25 % en el año siguiente. En los dos primeros años de la Revolución, el PIB alcanzó el 10,5 % anual (Noyola, 1978a: 121 y 124).

El aumento de las tensiones internas —con elementos contrarrevolucionarios utilizando propaganda y sabotajes dentro del país—, el apoyo implícito de agencias del gobierno norteamericano a esos actos, así como el endurecimiento del bloqueo y las presiones económicas sobre la Isla, fueron factores que contribuyeron al rompimiento diplomático entre los dos países, el 3 de enero de 1961, y al inicio del bloqueo (Foreign Assistance Act), el 4 de septiembre del mismo año (la *Proclamation 3447* sería, después, firmada por el presidente Kennedy en febrero de 1962, ampliando el bloqueo *on all trade with Cuba*).⁵ Debemos recordar

⁵ El 4 de septiembre de 1961, el Congreso norteamericano aprobó el Foreign Assistance Act, que prohibía la ayuda a Cuba y autorizaba al presidente para establecer y mantener un «embargo total sobre todo el Comercio entre Cuba y los Estados Unidos»; el 3 de febrero de 1962, el presidente Kennedy firmó un documento en el que declaró que a partir del 7 de febrero se iniciaría un embargo comercial a Cuba, prohibiendo cualquier importación de productos de la Isla y la reexportación de productos norteamericanos a Cuba por otros países; el primero de agosto de 1962, el Congreso hizo una enmienda al Foreign Assistance Act para prohibir a los Estados Unidos suministrar ayuda a cualquier país que prestara auxilio a Cuba; el 2 de octubre de 1962, los Estados Unidos cerraron sus puertos a cualquier buque que llevara armas a la Isla; los buques que habían parado en puertos de países socialistas quedaron impedidos de aportar en los Estados Unidos durante el viaje, y a los buques de compañías que comerciaban con Cuba se les prohibió llevar productos norteamericanos; el 8 de febrero de 1963, el gobierno de los Estados Unidos prohibió a sus ciudadanos viajar a Cuba y hacer negocios con el Gobierno Revolucionario; el 14 de mayo del mismo año, el Departamento de Comercio de los Estados Unidos comenzó a exigir aprobaciones específicas para productos alimenticios y medicamentos enviados a Cuba; en diciembre del mismo año, el Congreso hizo una enmienda al Foreign

que durante el gobierno de Batista, el sistema de crédito y pagos estaba estandarizado, pero después de la Revolución los Estados Unidos exigieron que el país pagara inmediatamente todas sus deudas pendientes –lo cual era inviable en aquellas circunstancias–; ello hizo que el gobierno cubano declarara que durante 1960 no pagaría a sus acreedores, lo cual desagradó al gobierno de Washington y a los grupos con intereses en la Isla.

A causa de diversas presiones externas y en nombre de una eficiencia económica interna, los dirigentes cubanos ya habían comenzado, desde 1959, a discutir la posibilidad de implantar un sistema de economía planificado para el país que ya apuntaba, de alguna forma, hacia una posterior orientación al socialismo, por lo menos en lo que atañe a los grupos que regirían ese aparato y por los moldes de esa nueva estructuración. Desde el inicio de la Revolución, el Partido Socialista Popular (PSP) insistía en la implementación de la planificación en la Isla. De acuerdo con declaraciones de Blas Roca, el principal dirigente del partido, hechas en el primer año de la Revolución:

Hace falta que toda la producción y todo el desarrollo económico se realice conforme a un plan trazado con vistas a satisfacer las necesidades de la sociedad, a incrementar la riqueza social y a elevar la productividad del esfuerzo social.

Este plan es vital en el desarrollo del socialismo, pues sin él la sociedad no puede dominar a las fuerzas económicas, sino que son las fuerzas económicas las que dominan a la sociedad; sin él se impone la anarquía de la producción y el despilfarro de las fuerzas y los

Asistance Act para prohibir la ayuda de los Estados Unidos a países que no le prohibieran a aviones o buques de sus empresas nacionales comerciar con Cuba.

recursos sociales. Sólo la economía planificada puede, de un lado, evitar o combatir la escasez de uno o varios productos y, del otro, evitar el exceso de producción de otros, sin los trastornos y las crisis que provoca la producción sin plan ni concierto de los capitalistas privados (Roca, 1961: 220-221).

En enero de 1960, Aníbal Escalante, otro importante líder del PSP, también sugirió que se hiciera efectiva la planificación económica. Escalante decía que «Cuba tiene ahora que poner manos a la obra en la gran tarea de formular un plan para el desarrollo de su economía, apuntando a racionalizar el gigantesco proyecto de transformación en el cual se embarcó» (Escalante *apud* Mesa-Lago, [197-]: 28). Es necesario recordar, no obstante, que inicialmente la mayor parte de los miembros del gabinete cubano y, a continuación, de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) y del Partido Unido de la Revolución Socialista (PURS), eran del M-26-7; o sea, aunque el PSP haya sugerido la planificación, fueron los elementos del Movimiento quienes más importancia tuvieron en la implementación posterior de esa modalidad en el país.⁶

Del mismo modo, a partir de una resolución del Consejo de Ministros del 19 de febrero de 1960, se creó la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN) —en cierta medida moldeada a partir de la Comisión Estatal de Planificación (GOSPLAN) soviética—, materializada el 11 de marzo del mismo año y que, en aquel momento, solo tendría la función de coordinar la política económica del gobierno (Borrego, 2001b). Ese fue el primer organismo de planificación constituido formalmente por

⁶ Las ORI fueron creadas en 1961 a partir de la unión del M-26-7, del Directorio Revolucionario y del PSP. En 1962 hubo una depuración en los cuadros y fue creado el Partido Unido de la Revolución Socialista (PURS), que en 1965 se convertiría en el nuevo partido comunista del país.

el Gobierno Revolucionario. El Consejo Nacional de economía, que precedió a la nueva institución, hacía algunos trabajos de proyecciones, muchas veces independientes, en la época de la constitución del INRA. Pero el trabajo de planificación en una amplia escala comenzó con la JUCEPLAN, que tuvo a Regino Boti, entonces ministro de Economía, como su primer secretario técnico. De acuerdo con la Ley núm. 757, del 11 de marzo de 1960, sería «necesario establecer un Organismo Central encargado de fijar los objetivos generales de la acción del Estado en materia económica, formular planes de desarrollo, centralizar la investigación económica, estadística y tecnológica, prestar asesoramiento a los organismos ejecutores de los planes y vigilar su adecuada realización, supervisar la asistencia técnica prestada por organismos internacionales y coordinar las actividades de los distintos organismos encargados de la política económica» (Rodríguez García *et al.*, 1985: 251).

En consecuencia, la JUCEPLAN tendría como función fijar, orientar, supervisar y coordinar la política económica de los diversos órganos del gobierno y entidades autónomas. También debería indicar las normas generales para orientar al sector privado. Con la creación de la JUCEPLAN, hubo mayor cohesión de criterios y de acción entre las varias instituciones económicas del Gobierno Revolucionario (Rodríguez García *et al.*, 1985: 251). La Junta, que se reunía una vez por semana en sesiones que podrían durar hasta doce horas seguidas, estaba integrada por el primer ministro, Fidel Castro, por un vicedirector, su hermano Raúl, por los ministros de Hacienda, Comercio, Obras Públicas y Trabajo, y por el presidente del Banco Nacional, así como por un representante del INRA y por el ministro de Economía, que sería el secretario técnico de la institución. Esas personalidades formarían parte de la JUCEPLAN por su importancia política, y por su capacidad y autoridad para implementar la planificación en el país.

En su organización interna, la Junta estaba compuesta por una secretaría técnica, que se subdividiría en las Direcciones Nacionales de Planificación, Estadística y Organización Económica, y una oficina central de servicios, que prestaría diversos auxilios a esa institución del nuevo gobierno (Rodríguez, 1983c: 123-125). La Dirección Nacional de Estadística tenía como función elaborar un aparato estadístico confiable, ya que anteriormente Cuba era considerada el país con las peores informaciones estadísticas del continente. Por lo tanto, debería tener la capacidad de captar y elaborar información económica y disponerla de manera eficiente para conformar el plan. Para ayudar en esa tarea fue invitado el mexicano Sergio Beltrán, director del Centro de Cálculo Electrónico de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que colaboró en la organización de ese sistema. La Dirección Nacional de Organización Económica tenía la función de controlar y observar la ejecución de los planes, y la Dirección Nacional de Planificación debía estudiar los asuntos relativos al desarrollo de la economía del país y hacer sugerencias a la Junta sobre proyectos, planes, asignación de recursos, planes de exportación y de inversiones sectoriales. Según Juan Noyola, la planificación debía ser ambiciosa y al mismo tiempo realista por lo cual se debía tener el máximo cuidado al definir los objetivos, establecer con gran precisión los medios para alcanzarlos, así como los recursos, métodos e instrumentos necesarios. Solo con toda la economía planificada en cada pormenor específico sería posible alcanzar los objetivos aproximados del plan a largo plazo propuesto (Noyola, 1978c: 197-198). Pero, para él,

el hecho de que haya una dirección central absolutamente necesaria en la planificación (porque, entre otras cosas, para planificar es necesario tener centralizada la información, tener una visión de conjunto de la economía, tener una visión de conjunto de cómo se

distribuyen los recursos productivos entre los distintos sectores, cómo se distribuye la población trabajadora entre los distintos sectores, cómo se distribuye el equipo y la maquinaria entre los distintos sectores, cómo se distribuye geográficamente la producción; por lo tanto, es necesario que las directivas generales vengan de arriba, de donde se tiene la perspectiva global) no quiere decir que la planificación sea una cosa que viene sólo de arriba para abajo. De hecho, una planificación realmente efectiva, realmente popular y democrática, exige y supone la participación de todo el mundo (Noyola, 1978c: 204).

O sea, aunque en el proceso de planificación participaran principalmente el organismo central, los órganos de ejecución y las empresas, los trabajadores también tendrían una función importante que cumplir. Sería asimismo importante subdividir la planificación en global, sectorial y regional, con el objetivo de crear mayores posibilidades de pormenorización, al mismo tiempo que habría una interconexión entre esas diferentes modalidades.

Es interesante resaltar que, por la época de la creación de la JUCEPLAN, Cuba todavía no era socialista. Para muchos economistas cubanos de la época —o para los que se destacaron en los años posteriores—, sería imprescindible que la planificación se hiciera dentro del socialismo, lo que refuerza la idea de un tránsito natural hacia aquel sistema por la propia estructuración del aparato de gestión económica del país. O sea, la Isla ya se preparaba ideológica e institucionalmente para más tarde asumir sus responsabilidades en el campo socialista, aunque no se vislumbrara ese horizonte de manera tan nítida en aquella ocasión. Para José Luis Rodríguez:

la planificación en su sentido pleno solo es posible en el socialismo. En el capitalismo puede haber procesos

parciales de planificación, cuando una empresa se planifica, y puede haber una planificación indicativa del Estado, pero no imperativa como es en el caso de una economía socialista. O sea, se pueden trazar grandes parámetros de cómo se debe desarrollar la economía para que el sector privado tenga en cuenta sus estrategias [...]. No hay posibilidad de desarrollar el socialismo sin planificación, y esa es la definición más simple y también más completa de lo que es la planificación (Rodríguez, 2000).

De acuerdo con ese autor, aunque la planificación tuviera diversos aspectos técnicos, era principalmente una medida política imprescindible. Podemos advertir que durante ese período, el Gobierno Revolucionario fue radicalizándose gradualmente e implementando medidas que pudieran, de hecho, modificar la estructura económica de la Isla. El tránsito al socialismo se fue delineando, por lo tanto, casi como algo necesario. Las relaciones con los Estados Unidos y las necesidades objetivas internas, así como la fuerte influencia ideológica de los comunistas, hicieron que el gobierno viera naturalmente en la planificación, y ya a continuación en el sistema socialista —con todas sus implicaciones internas y externas—, la solución más factible y práctica para aquel momento de extremas dificultades en que se encontraba el país.

DESARROLLO ECONÓMICO E INDUSTRIALIZACIÓN

Aunque la decisión de convertir al Che Guevara en presidente del Banco Nacional de Cuba, y más tarde ministro de Industrias, fuera mucho más política que técnica, el hecho es que él tuvo un papel fundamental en la gestión económica y en las discusiones sobre la transición al socialismo de la Isla. Es sabido que Guevara no tenía entrenamiento formal o académico como economista, pero, para estar a la altura del cargo que le había sido confiado, se esforzó por superar sus deficiencias, y en poco tiempo ya tenía el instrumental mínimamente necesario para conducir las instituciones bajo su responsabilidad. No obstante, la falta de un entrenamiento formal en esa rama sería uno de los motivos de las constantes críticas que se le harían en los años posteriores.

Es conocida la declaración hecha por el padre del revolucionario argentino cuando este fue nombrado presidente del Banco Nacional, el 26 de noviembre de 1959. Sorprendido, había expresado que Fidel debía de estar loco para hacer aquello. De acuerdo con él: «cada vez que un Guevara abre un negocio, va a la bancarrota» (Taibo II, 1997: 351). Es también famosa la anécdota, contada por el propio Che, sobre su nombramiento:

Durante la reunión para formar el primer gobierno revolucionario, poco después de la entrada del Ejército Rebelde en La Habana, Fidel hacía la distribución de los ministerios a los comandantes, más o menos de

acuerdo con las profesiones que habían ejercido antes de la guerra:

–Fulano, que es agrónomo, será el ministro de Agricultura. Mengano, que es ingeniero, será el ministro de Obras Públicas. Zutano, abogado, ministro de Justicia.

De esa manera, Fidel fue formando el gobierno, sin problemas. Hasta que llegó el momento de escoger al presidente del Banco Nacional de Cuba. Fidel permaneció indeciso, miró a todos los presentes y finalmente preguntó:

–¿Quién es economista ahí?

Inmediatamente respondí:

–¡Yo!

Fidel me encaró, sorprendido. Se ruborizó, bajó la cabeza, pareció contrariado, y dijo:

–El presidente del Banco Nacional de Cuba será el Che. La designación me sorprendió mucho. Y también a todos los otros. Pensé en rechazarla. Pero no lo hice. Aquel momento histórico no nos permitía rechazar ninguna tarea impuesta por la Revolución. Permanecí callado.

Terminada la distribución de cargos del gobierno, Fidel dio por terminada la reunión, pero me pidió que no me retirara, pues quería hablar conmigo.

Después que los otros salieron, Fidel exclamó:

–¡Che, yo siempre supe que tú eres médico! ¿Qué negocio es ese de que eres también economista? ¡Yo no lo sabía y tampoco lo sabían los demás!

–¿Economista? Pero, Fidel, ¡oí que preguntaste quién es comunista!

Y fue así como me convertí en presidente del Banco Nacional de Cuba (Castro Villas-Bôas, 1994: 5).

Esa anécdota se hizo célebre en los años posteriores a la gestión del Che, pero, en verdad, el nombramiento de Guevara como presidente del Banco Nacional, lejos de tener un motivo tan extravagante, fue un mensaje claro de Fidel Castro a sus enemigos políticos internos y externos. El Banco, anteriormente en manos de «liberales», de «especialistas moderados», como Felipe Pazos y Justo Carrillo, no implementaba las medidas revolucionarias necesarias para impulsar de una vez el proceso que ocurría en Cuba en todas las instituciones gubernamentales. Es bueno recordar que en 1957, por sugerencia de Frank País, personalidades como Castro, Raúl Chibás y Pazos se habían reunido para delinear el futuro de la Isla durante y después de la lucha revolucionaria. Después del triunfo del Ejército Rebelde, una nueva composición gubernamental comenzó a constituirse, incluyendo también el área económica. Raúl Cepero Bonilla, quien había recibido los cargos de ministro de Comercio e interino de Hacienda, argumentando que estaba sobrecargado, dejó la cartera de Hacienda a Rufo López-Fresquet, el cual era considerado un *expert* en finanzas, pero también un defensor de los intereses de la antigua clase dominante cubana. Pazos se convirtió en presidente del Banco Nacional. Aun siendo nombramientos aparentemente extraños, tenían como objetivo calmar posibles problemas con las élites del país. El hecho es que estas eran figuras prominentes, que todavía conservaban algún prestigio institucional, y podrían ser importantes en un período de transición.¹

Sin embargo, con una reestructuración gradual del gobierno a partir de una radicalización en los caminos de la Revolución, sería fundamental la presencia de hombres de confianza de Fidel en los principales cargos políticos. Así, Raúl Castro se convertiría en ministro de Defensa; Augusto Martínez Sánchez, ministro del

¹ Para más informaciones sobre los bastidores de la formación del nuevo gobierno revolucionario, ver Buch Rodríguez (1999).

Trabajo; Ramiro Valdés, ministro del Interior; José Abrahantes Fernández, viceministro del Interior y jefe nacional del Departamento de Seguridad del Estado; Manuel Piñero Losada, también viceministro del Interior y jefe nacional de la Dirección General de Inteligencia; Osmany Cienfuegos, ministro de Obras Públicas; Rolando Díaz Astarain, ministro de Recuperación de Bienes Malversados, entre otros. La formación intelectual de Guevara, en la época con treinta y un años, y su proximidad con Fidel, fueron elementos definitorios para ocupar una posición tan importante en el gobierno. Él había sido uno de los principales líderes durante la guerra revolucionaria y comandante de la Cabaña, y también ya tenía cierta desenvoltura en los asuntos del Estado, considerando que había actuado, aunque de forma breve, como director del Departamento de Industrialización del INRA, a partir del 8 de octubre de 1959.

El Departamento de Industrialización, oficialmente codificado en la Resolución núm. 94, del 21 de noviembre de 1959, había sido creado como una respuesta directa a la necesidad de desarrollo industrial que había surgido a causa de la reforma agraria, y tenía como objetivo inicial administrar diversas industrias intervenidas por el gobierno, tanto porque sus propietarios habrían estado vinculados al antiguo régimen y enriquecidos con dinero público, como también porque varias empresas estaban abandonadas, puesto que sus dueños habían partido hacia el exterior por discrepar de la Revolución. En esa ocasión, Fidel Castro, presidente del INRA, y Antonio Núñez Jiménez, su director ejecutivo, consideraron que el Che sería el hombre ideal para ocupar tal cargo, aunque muchos estimaran que era una posición de poca importancia para alguien con su estatura política.²

² Debemos recordar que durante la guerra revolucionaria, Guevara se había destacado como innovador y emprendedor, ya que había estimulado la creación de pequeñas industrias en los pueblecitos campesinos, como pani-

El equipo del Departamento de Industrialización, además del propio Che, estaba compuesto por Orlando Borrego, Aleida March, José Manresa, César Rodríguez y Francisco García Vals. De acuerdo con Borrego (2001a: 11), el Departamento comenzó a trabajar muy rápidamente y dependía casi exclusivamente de las nuevas ideas que Guevara iba desarrollando. Se elaboró una estructura organizacional, con la creación de las secciones de administración, contabilidad, compras, ventas, jurídica, de personal, de supervisión y de inventores e innovadores. En una carta a sus padres, Guevara dijo que «el Departamento de Industrialización fue mi propia creación. Yo como que lo expelí, con el sufrimiento de un padre exhausto, para sumergirme en mi don, aparentemente dado por Dios, para las finanzas» (Anderson, 1997: 516).

En poco tiempo, se hicieron intervenciones en fábricas cubanas, muchas de ellas privadas, que no recibían inversiones de los capitalistas nacionales o extranjeros, los cuales en aquel momento discrepaban de los rumbos que iba tomando la Revolución. Las intervenciones se hacían sobre la base de la Ley núm. 647, la cual ponía bajo la jurisdicción del Ministerio del Trabajo todo tipo de intervención para, de acuerdo con las disposiciones de esa ley, evitar «cualquier actividad que en forma directa o indirecta pueda alterar el equilibrio económico del país asegurando la producción necesaria a la ciudadanía, a las fuentes de trabajo y al auge y desarrollo de la economía» (Rodríguez García *et al.*, 1985: 62). Al comenzar ese proceso, un funcionario del MINTRAB enviado a la empresa hacía un inventario, congelaba su cuenta bancaria y designaba una comisión obrera, junto con un interventor, para administrar los trabajos. En caso de que el dueño de la fábrica admitiera voluntariamente haber actuado de

ficadoras, talleres, zapaterías y fábricas para la producción de bombas rústicas.

forma equivocada y haber comprometido la economía nacional, el Ministerio le permitía continuar trabajando como funcionario de la empresa, pero recibiendo solo un salario mensual. En la mayoría de los casos, a los propietarios se les prohibía incluso quedarse trabajando en sus antiguas compañías, y abandonan el país.

Con el aval del Ministerio del Trabajo, Guevara tuvo el permiso de actuar como considerara necesario para intervenir y administrar el sector industrial del país (Anderson, 1997: 521-522). Eso significaba que el Departamento podría interferir en cualquier empresa, tomando cuenta de su gestión, sin necesariamente cambiar de propietarios. Los objetivos principales, en ese caso, serían evitar la descapitalización, el sabotaje en la producción y los posibles abusos de sus dueños. Aun así, en algunos casos los propietarios todavía tenían el derecho de recibir las ganancias de las compañías. Esa política duró hasta finales de 1960, cuando la mayoría de las industrias cubanas pasó a manos del gobierno. Ya a finales de 1959, no obstante, el Departamento controlaba 41 pequeñas y medianas empresas.

Cuando asumió su cargo en el Banco Nacional de Cuba, Guevara todavía mantuvo formalmente su puesto en el INRA. En la práctica, sin embargo, el Departamento sería conducido por su amigo y colaborador Orlando Borrego, juntamente con César Rodríguez, Juan Borroto y Valdés Gravalosa. Durante ese período el Departamento creció, y a mediados de 1960 administraba más del 60 % de todas las industrias cubanas. Su función principal en aquel momento era elaborar proyectos que tuvieran como objetivo el complementar la reforma agraria y disminuir la presión en la balanza de pagos. Con el crecimiento del Departamento y una cantidad de industrias que sobrecargaba la institución, más tarde se creó el Ministerio de Industrias, que supuestamente tendría más condiciones estructurales para administrar las industrias del país. El Departamento de Industrialización controlaba, hasta fines de 1960, la Administración General de Ingenios,

con 161 ingenios en todo el país; el Instituto Cubano del Petróleo, que dirigía las cuatro refinerías existentes; y el Instituto de Minería, que administraba las principales minas en Cuba que habían sido nacionalizadas (Guevara, 1988b: 96).

El Banco Nacional de Cuba –creado en diciembre de 1948, pero que solo comenzó a funcionar en abril de 1950– estaba compuesto por un departamento de auditoría y uno de investigaciones económicas, y poseía si acaso el cuadro de funcionarios de mayor prestigio dentro del gobierno. Cuando Guevara asumió la institución, cambió su carácter, creando estímulos para movilizar créditos hacia las actividades que más interesaban al nuevo gobierno, así como emitir moneda para cubrir los déficits presupuestarios. De acuerdo con la nueva ley orgánica del Banco Nacional, de febrero de 1961:

el Banco Nacional de Cuba, con carácter de Banco del Estado, con personalidad jurídica y patrimonio propio, ejercerá en lo sucesivo la soberanía monetaria de la Nación y el monopolio de la emisión; centralizará los recursos monetarios temporalmente libres de los organismos, de las empresas y de la población; ejercerá el crédito a corto y largo plazo y el financiamiento de las inversiones de capital; realizará las operaciones y ajustes con el exterior; custodiará las reservas monetarias y de divisas y será el único centro de ajustes y pagos del país (Rodríguez García *et al.*, 1985: 238).

El Banco se convirtió, pues, en el fiscalizador de la actividad económica de los órganos del gobierno, así como de las empresas del Estado, y desarrolló, por otro lado, una política de créditos para el sector privado. Dentro del sector estatal, debería fiscalizar el cumplimiento de los planes de las empresas, exigir la utilización racional de los recursos y acompañar el aumento de la

productividad (Rodríguez García *et al.*, 1985: 239). Al igual que el Banco Nacional, otras instituciones crediticias y de política de inversiones fueron modificadas por el nuevo gobierno.

Durante el mandato de Prío Socarrás se había instituido el Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba (BANFAIC), con un capital de US\$ 26 millones en la época, que más tarde tuvo una de sus secciones incorporada por el Che al Departamento de Industrialización. La División Agrícola del BANFAIC, dirigida por Justo Carrillo, incentivó supuestamente asociaciones de crédito rural, trató de mejorar las facilidades de almacenamiento y refrigeración, financió la mecanización de la producción de arroz y de otros sectores e incitó investigaciones sobre diversos productos agrícolas. El Departamento Industrial de la misma institución, que tenía como principal tarea fomentar nuevas industrias, encaminaba préstamos e «incentivaba» a empresas extranjeras a instalarse en Cuba. El BANFAIC se ocupaba prioritariamente del sector industrial, en contraposición con la mayor parte de las inversiones de los bancos particulares, que iban hacia el área agrícola, especialmente la azucarera. Entre 1950 y 1958 se puede observar un aumento del 28,6 % al 55,6 % en los préstamos a industrias no azucareras. En gran parte, las inversiones fueron hacia la Central Hidroeléctrica Cubana, en la provincia de Las Villas. Después de la Revolución, el nuevo régimen le otorgó recursos financieros de 10 millones de pesos para promover sus objetivos. La Administración de Estabilización del Arroz (AEA) comenzó también a cooperar con el BANFAIC, y le concedió a la institución créditos para transferirlos a los productores de arroz de la provincia de Oriente que querían aumentar la producción. Más tarde, ese órgano fue incorporado al INRA, con la intención de dar más cohesión y eficiencia a ese organismo.

Otro banco creado en Cuba, esta vez en el gobierno de Batista, fue el Banco de Desarrollo Económico y Social (BANDES). Constituido a partir del Decreto núm. 1 947, de enero de 1955,

tenía como función principal distribuir recursos a entidades de crédito ya existentes que facilitaran las operaciones crediticias a corto, medio y largo plazos para el desarrollo económico y la diversificación de la producción. Esa institución fue abolida en febrero de 1960, ya que el gobierno consideraba que el Banco Nacional y el INRA podrían asumir sus funciones y responsabilidades. Entre ocho y diez empresas antes financiadas por el BANDES, y que producían pérdida o no reportaban ganancia, fueron nacionalizadas y comenzaron a presentar índices favorables, como la Técnica Cubana, de papel, la Rayonera de Matanzas y la Antillana de Acero. El capital invertido en esas industrias durante los años cincuenta era muchas veces desviado y no llegaba a ser utilizado en la ampliación y modernización de esas fábricas (Guevara, 1988b: 97-98). O sea, el BANDES era un ejemplo de mal uso del dinero público y un organismo repleto de casos de corrupción. Otras empresas, no necesariamente vinculadas a los fondos del BANDES, como los Laboratorios Gravi –integrantes del Consolidado de la Industria Química–, aumentaron su producción en 38,58 % tres meses después de su intervención, en comparación con los tres meses anteriores. La fábrica de vidrios Owens Illinois tuvo un incremento del 6,5 % solamente en el primer mes después de ser estatalizada, en tanto la Firestone vio un crecimiento de productividad del 18 %, y los Laboratorios Reinaldo Márquez, del 19,6 % (Guevara, 1988b: 96).

También habían surgido en los años cincuenta, la Financiera Nacional de Cuba –que ayudó a financiar el túnel bajo el puerto de La Habana, construido por la Société des Grands Travaux de Marseille, con un valor de US\$ 30 millones– y el Banco cubano de Comercio Exterior. En 1956 se podía observar un flujo de capitales externos de aproximadamente US\$ 35,3 millones en la Isla, mientras, dos años más tarde, industrias evaluadas en US\$ 15 millones comenzaron a funcionar en el país. En 1958 se concedieron autorizaciones para la instalación de

industrias por valor de US\$ 42 millones –incluida una industria de producción de amoníaco anhidro de US\$ 18 millones, así como una de ácido sulfúrico de US\$ 7,2 millones– y se construyó el hotel Habana Hilton, que costó US\$ 24 millones en la época y más tarde fue nacionalizado por el Gobierno Revolucionario (Rivero, 1963: 91-93). En realidad, hasta fines de 1960 todos los bancos cubanos y extranjeros fueron nacionalizados, a partir de la Ley núm. 891, con el objetivo de garantizar al gobierno el poder de controlar la política de divisas y de créditos. Esa medida tenía la importancia estratégica de distribución de recursos, ya que la reestructuración bancaria tendría que estar adaptada a las nuevas exigencias económicas del gobierno (Bekarévich y Mancilla, 1980: 37).

Guevara revolucionaría el estilo del Banco Nacional y preocuparía a sus funcionarios más antiguos, no acostumbrados a la forma de actuación del Comandante. Durante los catorce meses en que el Che permaneció en el Banco Nacional, demostraría su estilo poco ortodoxo de trabajar: desde la mitad de la mañana hasta altas horas de la madrugada pasaba el día despachando, conversando, discutiendo y estudiando, siempre con su característico uniforme verde olivo, muchas veces recibiendo a sus invitados y visitantes fumando tabacos y con los pies encima de la mesa de trabajo (Castañeda, 1997: 201), mientras colmaba el lugar de asistentes y guardaespaldas, en general muchachos del interior del país, con cabellos largos y vistiendo uniformes militares. Aunque desempeñaba diferentes funciones, ya que continuaba manteniendo su grado y sus responsabilidades militares, era el encargado de la formación cultural del Ejército, trabajaba como director del Departamento de Industrialización del INRA y era el presidente del Banco Nacional, insistía en recibir solamente 440 pesos por mes, su salario de comandante. También mostró cierto desprecio por el dinero, al comenzar a

firmar solo como «Che» los billetes emitidos por la institución de la cual era responsable.

En esa época el Banco todavía estaba repleto de funcionarios de la antigua gestión de Felipe Pazos, quienes no se habían adaptado a los nuevos rumbos de la política económica cubana. Con la dimisión y partida de muchos de ellos hacia los Estados Unidos, Guevara tuvo que buscar asesores fuera de Cuba que pudieran ayudarlo. Gradualmente, un nuevo equipo se fue consolidando. Eran profesores y economistas latinoamericanos, en general marxistas, que se ocupaban en dar clases al líder revolucionario, así como en auxiliarlo en los temas pertinentes al Banco Nacional. Incluso antes de haber asumido su puesto, Guevara ya había asistido a conferencias sobre *El capital*, dictadas por Anastasio Mancilla (doctor en Ciencias Económicas y profesor del Instituto de Ciencias Sociales de Moscú), así como recibió clases de matemática avanzada con Salvador Villaseca, y de economía con uno de los más importantes asesores de la CEPAL, el mexicano Juan Noyola.³

³ Sobre Noyola diría Celso Furtado: «[...] había estudiado economía en la Universidad Autónoma de México y era un auténtico representante de la generación que se formó en el entusiasmo de las jornadas revolucionarias de la fase de Lázaro Cárdenas. [...] La conciencia de que su país había dado un salto adelante en la Historia era clara en Noyola. En su espíritu, la Historia solamente avanza en las alas de una Revolución, y todas las revoluciones de una época emanan de una misma mutación histórica. Y México estaba en el centro del proceso revolucionario del siglo veinte. [...] En la época en que Noyola estudió, predominaba en la Escuela de Economía de México un marxismo que era esencialmente una mezcla de agrarismo y antimperialismo. Las raíces de la opresión de que eran víctimas los pueblos estarían en las estructuras latifundistas y en la dominación internacional. [...] Noyola se imaginaba marxista cuando pensaba políticamente, pero era el primero en apelar a los instrumentos del análisis económico convencional cuando se abordaban problemas específicamente económicos. Poseía una formación completa de economista y los dos años que pasó trabajando en el FMI lo habían vacunado contra el monetarismo» (Furtado, 1985: 125-126).

De acuerdo con Noyola, jefe de la misión de la CEPAL en el país, una política de desarrollo debería cumplir diversos requisitos, como la utilización plena de los recursos productivos cubanos. Eso significaba acabar con el desempleo, con las causas de la subutilización del uso de la tierra y mejorar el sector industrial, en los aspectos de generación de energía, transportes, etc. También sería importante aumentar la tasa de formación de capital, el volumen de excedente económico, la cantidad de recursos destinados a la inversión, así como orientar esas inversiones de forma más adecuada. En otras palabras: una reforma agraria, una política tarifaria más proteccionista y una política de Estado que tratara de resolver los puntos de estrangulamiento financiero, ampliando la base productiva de la economía (Rodríguez García *et al.*, 1985: 207). En ese sentido, se debería aumentar los usos de la industria azucarera, utilizando el azúcar como subproducto; desarrollar la industria siderúrgica y algunas ramas de la industria mecánica; absorber en el sector industrial y de servicios a toda la población empleada y desempleada en los diez años siguientes, y aumentar la producción agrícola sin aumentar el número de personas envueltas en esta actividad (Rodríguez García *et al.*, 1985: 207-208). La necesidad de formar economistas en las universidades cubanas estaba clara para el Che:

Cuando nosotros no tenemos sino chilenos, mexicanos, argentinos, venezolanos, peruanos o cualquier otro de los compatriotas de América como asesores económicos, ya sea enviados por la CEPAL o el INRA, e incluso nuestro Ministro de Economía ha sido formado en universidades extranjeras, sencillamente la pregunta de si hace falta o no hace falta una Escuela de Economía es obvia: hace una falta enorme, y con profesores calificados, y además con profesores capaces de interpretar el ritmo y la dirección del desarrollo de nuestra economía, que es

como decir el ritmo y desarrollo de nuestra Revolución (Guevara, 1982: 161).

En aquel momento, no obstante, los asesores extranjeros todavía eran fundamentales para apoyar a Guevara y su equipo. La presencia de visitantes que prestaban algún auxilio en los debates sobre los rumbos económicos de la Isla, también fue significativa. Entre ellos estaban intelectuales como Leo Huberman, Paul Sweezy, y los otros marxistas norteamericanos de la *Monthly Review*, así como René Dumont, Michal Kalecki, Jacques Chonchol y Sartre, quienes discutieron diversos temas con los dirigentes del país. Importantes economistas cubanos, como Raúl Cepero Bonilla y Regino Botí, también fueron extremadamente influyentes en las orientaciones económicas de Cuba a comienzos de la Revolución. Se fue consolidando poco a poco una línea política dentro del Banco Nacional y del gobierno en general, que influiría más tarde en las opiniones del Che en la época del debate económico y en las discusiones con otros miembros del gobierno.

Aunque el fondo de reservas disponibles había aumentado, entre 1959 y 1960, todavía era muy reducido, lo que llevaba al gobierno a tratar de acelerar el proceso de sustitución de importaciones para garantizar una estabilidad duradera en la balanza de pagos, con menores gastos de divisas, a través de la balanza comercial favorable al país. Para comenzar un proceso de industrialización en el primer quinquenio serían necesarios, solamente en lo que se refiere a las importaciones de material, sin contar el trabajo humano y los materiales domésticos, específicamente en el sector químico, alrededor de US\$ 150 millones. Las inversiones para el autoabastecimiento de papel, con pulpas producidas totalmente en Cuba, serían del orden de US\$ 90 millones (Guevara, 1988b: 98). Para eso, el gobierno trataba de estimular la creación de un fondo de ahorro nacional. Entre diversas medidas, fue promulgada la Ley núm. 447 de reforma tributaria,

con el objetivo de crear una política fiscal que sirviera de acelerador del desarrollo económico, tratando de sobretasar productos superfluos e incentivar la producción de interés social. Así, la ley tasaba en 20 % los automóviles y relojes, y 15 % la cerveza y otros artículos. Los impuestos eran del 3 % sobre el total de los salarios anuales para las personas que recibieran hasta US\$ 4 mil por año, y el 60 % para aquellos que ganaran más de US\$ 500 mil anuales (Rodríguez García *et al.*, 1985: 69-70). Otra medida fue solicitar a los trabajadores que donaran voluntariamente el 4 % de sus salarios mensuales para un fondo del gobierno. Aunque el fardo pudiera ser pesado en sus inicios, los dirigentes cubanos consideraban que ese sería el camino correcto para el desarrollo económico del país.

Como se puede advertir, la influencia del pensamiento cepalino podía ser notada en aquellos primeros momentos de la Revolución. De acuerdo con los principales teóricos de la CEPAL, sería necesario hacer un reacondicionamiento estructural de las relaciones de intercambio con los centros, combinando racionalmente las exportaciones industriales con la sustitución de importaciones (Prebisch, 1981: 9). Raúl Prebisch comentaba que su objetivo era la transformación del sistema a través de soluciones concretas, a partir de la socialización del excedente económico, corrigiendo, consecuentemente, las inmensas desigualdades en el campo social y acelerando el ritmo de la acumulación (Prebisch, 1981: 11).⁴ Octavio Rodríguez, otro teórico cepalino, expuso las principales ideas de la Comisión en los años cincuenta en relación con el desarrollo económico como las expresadas en la elevación del bienestar material de la población, que a su vez sería un reflejo del aumento de la renta *per capita* real y del crecimiento de la

⁴ Para más informaciones sobre la CEPAL y las ideas de Raúl Prebisch, ver Prebisch (1962, 1964). Para detalles sobre el pensamiento de Raúl Prebisch, ver Grespan (2001).

productividad media del trabajo (Rodríguez, 1981: 36). En el campo internacional, las relaciones entre centro y periferia estarían consolidadas en un esquema en el que los países subdesarrollados tendrían la función de producir y exportar materias primas y productos no terminados, al mismo tiempo que las naciones de capitalismo avanzado estarían encargadas de producir artículos industrializados para todo el sistema.

Ese cuadro debería ser modificado para que un desarrollo real pudiera producirse en algunas regiones atrasadas económicamente, con políticas internas que garantizaran acumulación, progreso técnico y aumento significativo en la ocupación de trabajo. Si el cuadro de desarrollo técnico-industrial del centro y el papel tradicional de la periferia como productor y exportador de productos primarios se mantuvieran estáticos en los mismos moldes históricos, de hecho, no sería posible el desarrollo económico de las economías atrasadas. La única forma de salir del atraso sería, necesariamente, a partir de determinado momento de relativa acumulación interna, aspectos generales de la economía internacional y dificultades de asignación de la fuerza de trabajo en el mercado de trabajo doméstico, invertir en proyectos de industrialización, el camino obligatorio para estos países. La industrialización sería, pues, la forma principal y necesaria para el crecimiento económico de los países en desarrollo (Rodríguez, 1981: 45).

Pero ciertamente las dificultades en este nuevo período de desarrollo serían grandes, considerando, entre otros factores, que el exceso de mano de obra de sectores técnicamente atrasados desplazado hacia nuevas unidades de producción con tecnologías modernas, propiciaría una fase de adaptación que podría llevar a una disminución inicial de la producción. En esta primera etapa, por lo tanto, el desempleo, aun siendo reducido, todavía continuaría existiendo, así como los desequilibrios intersectoriales en el sector productivo. La expansión del sector industrial tendría importancia en el sentido de lograr que la periferia creciera a un

ritmo mayor que el centro; al mismo tiempo, por causa de un posible desequilibrio externo, serían necesarias políticas restrictivas de importación, que limitarían la entrada de determinados artículos e incentivarían su producción internamente, impidiendo la entrada de artículos superfluos, cambiando la característica de los bienes importados de forma general, y promoviendo y profundizando gradualmente ese proceso de sustitución de importaciones.

En el ámbito de la política de Estado, se debería implementar la planificación económica, o sea, una acción consciente y sustentada por el gobierno para garantizar que los recursos se asignaran de manera correcta. De acuerdo con la CEPAL, por lo tanto, los dirigentes de los países en desarrollo debían promover iniciativas que aumentarían el ahorro nacional, crear mecanismos eficaces de política fiscal, controlar y asignar los recursos crediticios, tener la capacidad de captación de capital externo, invertir en sectores importantes de la economía —tanto en infraestructura como en la producción directa—, desplazar la mano de obra de la agricultura gradualmente hacia el sector industrial, e invertir en el campo tecnológico.

Aunque Guevara (1982: 100) hubiera afirmado que el «Dr. Prebisch» estaba «claramente del lado de los desheredados», la postura del revolucionario argentino fue siempre más vinculada a las concepciones leninistas (el Lenin anterior a la NEP) que a las cepalinas. Debemos recordar también que muchos de sus asesores eran miembros del PC chileno y de la Unión Soviética, y que las ideas de la CEPAL tuvieron influencia en un período inicial, pues en la época componían un andamiaje teórico interesante que no se podía dejar de lado. Pero el Che era consciente de que no se podría creer que el desarrollo autónomo se pudiera llevar a cabo con la complacencia de potencias extranjeras, que tenían intereses en la Isla. Sería muy difícil un desarrollo en nuevos moldes, inclusive los propuestos por la CEPAL, dentro del cuadro

más amplio del capitalismo monopolista.⁵ Como Guevara era flexible y heterodoxo en términos económicos, estaba abierto a las sugerencias y a la aplicación de ideas que fueran más eficientes para la economía cubana. Pero esto en términos estrictamente técnicos. Conceptualmente, él no podría admitir que medidas tan profundas se pudieran implementar en los marcos del sistema capitalista monopolista de la época.

Incluso antes de la Revolución, algunas personalidades conservadoras vinculadas al gobierno de Batista, así como críticos progresistas, ya señalaban la necesidad de la industrialización y las diferencias de conceptualización del término «desarrollo» en el caso cubano. El dirigente sindical Eusebio Mujal, por ejemplo, en mayo de 1958, en su trabajo *Plan nacional para el fortalecimiento y desarrollo de la economía de Cuba*, sugería: reforma agraria; implementación de techos para precios de productos; desarrollo de una política comercial agresiva para estimular la diversificación en las exportaciones; incentivar la sustitución de importaciones; aumento del impuesto sobre la renta; fin de las tasas indirectas; creación de nuevas tarifas proteccionistas —principalmente en relación con los productos alimenticios y bienes de consumo terminados de los Estados Unidos—, y elaboración de un amplio proyecto de vivienda popular para los campesinos y los trabajadores de las ciudades (O'Connor, 1972: 76).

Carlos Rafael Rodríguez, miembro del PSP, atacaba a aquellos que consideraban que desarrollo sería equivalente a crecimiento de actividades de exportación o el proceso continuo de inversiones internas y externas que, supuestamente, aumentando la cantidad de capital *per capita* del sector productivo, elevaría la productividad del trabajador, la capacidad de ahorro y el consumo. La idea de desarrollo asociada al aumento de la producción azucarera también significaría para él un desvío del

⁵ Para una crítica a las ideas cepalinas, ver Losada Aldana (1968).

camino y el alejamiento del desarrollo (Rodríguez, 1983b: 41). De acuerdo con ese autor, las diferentes definiciones del término no discutían su problema básico, o sea, la conformación estructural de la economía, pues no se podría desarrollar un país que no poseyera las fuerzas productivas avanzadas. La economía cubana podía haber crecido en los años anteriores a la Revolución, pero, de hecho, no se había desarrollado. Rodríguez decía que no podría haber desarrollo sin un cierto nivel de industrialización, con un crecimiento simultáneo en diversas ramas del sector de producción (Rodríguez, 1983b: 42). También creía que, entre los teóricos burgueses del desarrollo económico, Raúl Prebisch había dejado el cuadro teórico más correcto sobre ese proceso. El miembro del PSP decía concordar sin reservas con Prebisch sobre el proceso de desarrollo. En el caso cubano, no obstante, el desarrollo debería ir más allá de la mera tecnificación en la agricultura, o de la industrialización reducida a productos agrícolas (Rodríguez, 1983b: 57). De acuerdo con él:

Solo que nosotros vamos un tanto más allá de Wallich, más allá de Pazos y más allá de Prebisch y los técnicos de la CEPAL. Estos últimos en su aporte más reciente, *Analysis and Projections of Economic Development*, asignan al Estado un doble papel: utilizar los instrumentos monetarios fiscales y crediticios, crear un ambiente propicio a la empresa privada y acometer aquellas obras *básicas* que por una u otra razón no puede realizar la empresa privada. A nuestro juicio, dadas las condiciones históricas de nuestro desarrollo, el Estado tendrá que ir un poco más allá, no sólo en el terreno de la inversión, sino en el de la política regulatoria. [...]

Debemos ir más lejos. Es posible que ciertos renglones industriales que resultan de enorme importancia estratégica para el desarrollo del país sólo puedan operar

inicialmente con pérdidas netas. Y que, por su importancia para el proceso mismo de la economía, tengan que ser, no obstante ello, desarrollados. En esto, como lo han hecho notar numerosos economistas, no es posible tomar como índice el que resulta decisivo para el empresario privado, es decir, la productividad marginal de la empresa, sino la productividad *social*. Una planificación de desarrollo tendrá que adoptar las necesarias medidas para trasladar las ganancias de empresas estatales rentables a otras que no lo son, o emplear fondos estatales logrados mediante empréstito, para sostener, temporalmente, mientras se consolidan, esos renglones (Rodríguez, 1983b: 59-61).

Ya antes de la Revolución, Rodríguez defendía la nacionalización de los bancos extranjeros y de los servicios públicos. También apoyaba el control del comercio exterior y de los cambios. Para él, la necesidad de utilizar medidas fiscales, de contingencia o de cambios múltiples, sería fundamental para inhibir o prohibir el consumo de algunos productos de lujo, sentando nuevas bases para el comercio exterior, incentivando la industria nacional, aumentando el consumo interno y estimulando la diversificación en la producción (Rodríguez, 1983b: 65). Él consideraba que la falta de un mercado interno habría sido una de las causas del poco desarrollo económico del país. En la práctica, no podría haber una economía próspera si casi la mitad de la población no pertenecía al sistema de mercado de consumo. La capacidad de la industria del calzado en los años cincuenta, por ejemplo, había sido de, aproximadamente, 24 a 32 millones de pares de zapatos, en tanto el consumo en Cuba nunca llegó, en los mejores momentos, a superar la cifra de los 10 a 12 millones de pares (Rodríguez, 1983b: 141). El país, con alrededor de seis millones de habitantes, solo tenía una capacidad global de producción para

tres millones de personas. La mayoría de las industrias de Cuba era pequeña y, entre las catorce mayores, con más de 500 trabajadores, estaban la Textilera Ariguanabo, la Cervecera Nacional Hatuey, la Nickaro Nickel Company, la Compañía Nacional de Alimentos, la Crusellas y Compañía, la Polar y la Tropical, o sea, empresas que, en la práctica, con excepción de la Nickaro Nickel Company, producían artículos de consumo personal, muchas veces superfluos o por lo menos no esenciales, y que no representaban la base de construcción de una estructura que pudiera impulsar un verdadero desarrollo industrial para el país (Rodríguez, 1983b: 147). También sería necesario el aumento de la población, pues Cuba necesitaba más mano de obra, así como ampliar su mercado consumidor. Según Rodríguez, para un aumento significativo en la producción serían necesarios por lo menos US\$ 500 millones anuales para inversiones en maquinaria, y US\$ 200 millones más para mantener el aparato industrial ya existente en el país (Rodríguez, 1983b: 171).

Regino Boti y Felipe Pazos, por otro lado, esbozaron un análisis sobre la cuantía de ahorro interno necesario para financiar las inversiones en un plazo de diez años que, en teoría, eliminaría el problema del desempleo, utilizando para ello modelos ideales a partir de los estimados de capital existente en los fondos del gobierno, índices de trabajo en la agricultura y la industria, capacidad ociosa existente y la baja productividad del capital social. Los economistas creían que serían necesarios US\$ 200 millones anuales, el equivalente al total de fondos del Banco Nacional en la época (O'Connor, 1972: 78-79).

Se puede observar que el proyecto económico post-Revolución fue muy influido por la CEPAL —que tenía muchas de sus ideas discutiéndose en Cuba en los años cincuenta—, así como por una línea más radical preconizada por los comunistas. En la práctica, las propuestas eran muy parecidas; la principal diferencia, en el inicio del proceso, estaba dada por el énfasis en la

profundización de las medidas, no necesariamente en su contenido. Pero, como antes se afirmó, la propia formación de Guevara y de muchos de sus asesores contribuyó a que el revolucionario argentino se radicalizara políticamente cada vez más y propusiera proyectos más originales en el sector económico.

Para Guevara, había varias razones para el estancamiento de los países subdesarrollados, intrínsecas a la propia naturaleza del sistema capitalista avanzado, que se expandía, entre otros factores, por el control de la producción y el comercio de las materias primas y por la penetración del capital como condición fundamental para establecer la dependencia económica. Esta se presentaría en formas abiertas, como préstamos, inversiones, control del comercio exterior por monopolios internacionales y utilización de la fuerza como potencia económica, así como por formas más sutiles, como el empleo de organismos internacionales, financieros y crediticios, entre otras, para interferir en las economías nacionales y el comercio externo de los países en desarrollo y controlarlos (Ariet, 1988: 139). Según Guevara:

El Fondo Monetario Internacional es el cancerbero del dólar en el campo capitalista. El Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento es el instrumento de penetración de los capitales norteamericanos en el mundo subdesarrollado, y el Banco Interamericano de Desarrollo cumple esa triste función en el ámbito del continente americano. Todos estos organismos se rigen por reglas y principios a los que se pretende presentar como los salvaguardas de la equidad y la reciprocidad en las relaciones económicas internacionales, cuando, en realidad, no son sino fetiches, tras los cuales se encubren los instrumentos más sutiles para la perpetuación del atraso y la explotación. El Fondo Monetario Internacional, velando supuestamente por la estabilidad de los

tipos de cambio y la liberalización de los pagos internacionales, no hace sino impedir las medidas mínimas de defensa de los países subdesarrollados frente a la competencia y la penetración de los monopolios extranjeros (Guevara, 1981a: 64).

Entre 1951 y 1954, por ejemplo, los rendimientos de los monopolios extranjeros en América Latina llegaron a US\$ 3 276 millones, en tanto la entrada de capitales en esos países fue de US\$ 662 millones. El total global de inversiones norteamericanas entre 1957 y 1960 en todos los países en desarrollo aumentó en US\$ 1,83 millardo, mientras las ganancias fueron de US\$ 6 millardos en el mismo período. Las ganancias transferidas de América Latina a los Estados Unidos en 1962 fueron de US\$ 761 millones; en 1963, de US\$ 801 millones, y en 1964, de US\$ 965 millones (Vakhruchev, 1975: 63-64).

Lo que se puede comprobar es que en esa época, los Estados Unidos recibían ganancias muy superiores a los capitales exportados hacia los países de América Latina, que tenían una deuda externa, en su conjunto, de US\$ 10,5 millardos en 1964 (Vakhruchev, 1975: 73). Con la práctica del *dumping*, los Estados Unidos, respaldados por la Ley núm. 480, minaban las economías latinoamericanas, ya que el envío de excedentes de producción —con el financiamiento de exportaciones por cuenta del propio presupuesto y a través de acuerdos de ayuda y reciprocidad— dificultaba el desarrollo de la producción nacional. Los monopolios controlaban diversas ramas de la producción industrial y determinaban productos y precios, sujetando el desarrollo de esos países a ellos y garantizando el flujo de la producción hacia otros mercados con precios ventajosos. Con políticas proteccionistas, el gobierno norteamericano fijaba límites e imposiciones tarifarias a determinados productos para salvaguardar sectores internos. En caso de que las garantías para el pleno funciona-

miento de la estructura monopolista y de las relaciones privilegiadas entre Estados no estuvieran garantizadas, países como los Estados Unidos se sentían en el derecho de intervenir militarmente o apoyar grupos de oposición que restaurarían el *statu quo* y un cuadro favorable a sus intereses.

Los mecanismos de crédito internacionales también eran utilizados para mantener una continua dominación de los países atrasados. El BIRD, creado oficialmente en 1945 después de tener sus líneas generales esbozadas en Bretton Woods en 1944, tuvo un montante inicial de suscripción de US\$ 9,1 millardos, de los cuales, US\$ 3,175 millardos fueron aportados por los Estados Unidos; US\$ 1,3 millardo, por Inglaterra; US\$ 450 millones, por Francia; US\$ 325 millones, por Canadá; US\$ 225 millones, por Bélgica; US\$ 275 millones, por Holanda; y US\$ 200 millones, por Australia. Cada miembro tendría 250 votos, más un voto por cada fracción de US\$ 100 000 de su depósito inicial, lo que hizo que los Estados Unidos controlaran la organización (Vakhruchev, 1975: 186-187). En 1963, las partes de suscripción de los países miembros llegaron a US\$ 20,7 millardos, mientras el monto de capital de la suscripción de los Estados Unidos alcanzó US\$ 5,715 millardos (Vakhruchev, 1975: 188-189). Las ganancias líquidas del Banco fueron de US\$ 558 millones en 1963, repartidos entre todos los participantes. Los préstamos para los países necesitados se otorgaban con intereses anuales del 5 % al 7 %. Entre 1960 y 1965, solamente los pagos referentes a los países subdesarrollados como forma de reembolso fueron del orden de los US\$ 627 millones (Vakhruchev, 1975: 191). Los análisis de la situación económica interna y las posibles soluciones para los problemas de subdesarrollo, elaborados y enviados por los gobiernos de los países deudores, deberían tener necesariamente la aprobación del BIRD y conformarse con sus modelos para que los créditos se concedieran, dando garantías de que el

préstamo sería pagado de vuelta por esos países. Cuba, desde el año 1960, ya no estaba vinculada a esta institución.

El Banco Interamericano de Desarrollo (BID), a su vez, fue constituido en 1959 como versión regional análoga del BIRD, con cláusulas coincidentes con la organización anterior. El artículo primero de la carta del BID atribuía a la institución la función de estimular inversiones privadas en el continente. Con un fondo inicial de US\$ 800 millones, el BID tenía una estructura que también privilegiaba el control norteamericano, ya que cada país miembro tenía el derecho a 135 votos, más un voto por cada acción, y los Estados Unidos poseían 35 mil acciones, el equivalente al 40 % de todas las acciones de la organización (Vakhruchev, 1975: 241-242). Entre los otros miembros, solamente Brasil y Argentina poseían una cuota un poco por encima de las diez mil acciones. Aunque un consejo de administradores se reunía anualmente, el poder efectivo se concentraba en el consejo de directores, así como en sus adjuntos, que tenían el poder de votar en nombre de los Estados que los escogieron para ocupar tales posiciones. El BID, que comenzó a funcionar efectivamente en 1961, utilizaba capital prestado de otros bancos de países de capitalismo avanzado con intereses de hasta el 8 % por año (Vakhruchev, 1975: 245).

Y, finalmente, el Fondo Monetario Internacional (FMI), esbozado durante la Conferencia de Bretton Woods, en 1944, que entró en vigor a partir del 27 de diciembre de 1945 e inició sus actividades efectivas el primero de marzo de 1947, con un capital original de US\$ 8,8 millardos. Con una cuota de US\$ 2,75 millardos en la institución –muy superior a los otros miembros–, los Estados Unidos garantizaron 27 750 votos, o sea, el 37,9 % de los votos de los miembros fundadores. En 1959, año del triunfo de la Revolución Cubana, ocurrió una ampliación de las cuotas de los miembros fundadores del FMI, que hasta 1963 subió de US\$ 9,228 millardos a US\$ 14,261 millardos. La cuota nor-

teamericana, en este caso, llegó a US\$ 4,125 millardos. En 1965 hubo un nuevo aumento de las cuotas de los países desarrollados, que alcanzó aproximadamente US\$ 3 millardos, en tanto las cuotas de 74 países atrasados llegaron a solo US\$ 1 millardo en ese entonces (Vakhruchev, 1975: 274-276).

De 1947 a 1965, el total de préstamos del FMI alcanzó los US\$ 10,8 millardos. Con una deuda externa de US\$ 36,4 millardos en 1965, América Latina estaba obligada a pagar US\$ 1,7 millardos en aquella época (Vakhruchev, 1975: 295). Entre 1953 y 1963, el volumen de comercio de materias primas y productos semielaborados aumentó en un 5,3 %, con una disminución en los precios del 4 %, mientras el comercio de productos industrializados creció en un 6,8 %, con un aumento del 8 % en los precios, o sea, un balance nítidamente favorable a los países industrializados (Vakhruchev, 1975: 299). Para resolver los problemas en la balanza de pagos, las naciones en desarrollo fueron obligadas, por lo tanto, a aumentar sus pedidos de préstamos. Así, en 1964 el FMI concedió a esos países el equivalente a US\$ 180 millones en préstamos (Vakhruchev, 1975: 304-305). Entre las medidas preliminares exigidas por el FMI para la concesión de créditos estaban, entre otros factores: reformas monetarias (como la desvalorización de la moneda local), congelamiento de salarios, destrucción de las industrias artificiales —o sea, aquellas que, en general, no utilizaban materias primas nacionales—, liberación de la economía del control estatal, equilibrio del presupuesto del Estado, eliminación de la burocracia. Todas esas medidas tenían carácter de imposiciones, y obligaban en gran medida a los gobiernos locales a restringir su actuación y actuar de acuerdo con los intereses de los países desarrollados.

Para Guevara, el subdesarrollo sería el resultado del intercambio desigual entre los países productores de materias primas y los países desarrollados. Las naciones de capitalismo avanzado estarían en condiciones de controlar mercados y crear

obstáculos para la mejoría de las condiciones económicas en otras regiones del planeta. Esa situación crítica de intercambio desigual y empobrecimiento del Tercer Mundo se resolvería con la implementación de un grupo de medidas para el pleno desarrollo de los países atrasados, los cuales pudieran, en el plan continental, establecer mecanismos de defensa y unión contrarios a los intereses norteamericanos, y, en el plan internacional, proponer una definición diferente del comercio exterior a través de un nuevo orden económico mundial que tendría inicialmente como presupuestos: eliminación de todas las discriminaciones comerciales; trato equitativo; una nueva división internacional del trabajo —con el aprovechamiento total de todos los recursos naturales de los países—, llegando al punto de una elaboración técnica avanzada; restitución de los mercados tradicionales, y formas concretas de los usos de los excedentes de producción (Ariet, 1988: 139-140). Como se puede imaginar, muchos vieron en esos postulados cierta dosis de idealismo. El 18 de enero de 1965, no obstante, al conceder una entrevista a la revista *Prensa Latina* y al periódico *L'Etincel*, él esclarecería la polémica y desmentiría la interpretación de que quería crear un mercado común en América Latina:

Yo no dije eso. De hecho, América Latina está dominada por los Estados Unidos, y en estas condiciones es imposible hacer un mercado latinoamericano de carácter progresista. Los países latinoamericanos podrán unirse en una zona productiva cuando se liberen y lleguen al socialismo. Esta es una realidad inevitable, pero pertenece al futuro de la unidad de los movimientos revolucionarios de América Latina, y prever el carácter de esta unión (si a través de un gobierno central latinoamericano o de otra forma) no tendría sentido. Primero es necesario alcanzar ese punto. Son problemas lejanos.

Hablar de la concepción de un gobierno central latinoamericano hoy sería arriesgado (Guevara, 1982: 272).⁶

Guevara insistía en que entre las medidas mínimas imprescindibles para el desarrollo acelerado de determinada economía no estaba necesariamente incluida la toma, por el Estado, de todos los medios de producción, pero creía que «esta medida

⁶ Noyola, en cambio, creía que era posible un mercado común en el continente: «Se dice que los países de América Latina no son economías complementarias, sino más bien competitivas. En otros términos, son economías que están especializadas más o menos en los mismos tipos de productos para exportación fuera del área latinoamericana, y casi todas sus importaciones las obtienen también en otros centros de abastecimiento extralatinamericanos. [...] Ese no puede ser un argumento decisivo o una razón para desechar las posibilidades de ampliar el comercio interlatinoamericano, ya que la complementariedad o la posición competitiva de las economías no es un resultado de leyes naturales. [...] Pero la mayor parte del comercio mundial no se hace entre países tropicales y los industriales [...] lo hacen países industriales con países industriales, y los factores que determinan la especialización en el comercio entre los países industriales no son exclusivamente factores geográficos o diferencias de dotación de productos naturales. [...] En los países que tienen colonias, las relaciones con estas son más intensas de lo que serían si esas colonias fueran independientes, por las inversiones que en ellas han realizado, por la existencia de convenios de pagos, por una serie de factores de tipo institucional o histórico, o de precios relativos que no tienen directamente que ver con la dotación de recursos. Por consiguiente, la complementariedad o competitividad de las economías no son cosas vagas, son cosas susceptibles de modificación histórica, tanto más cuanto más influya la política económica en ese sentido» (Noyola, 1978a: 88-90). Por otro lado, Noyola reconocía que «es evidente que un mercado común solo podrá tener sentido cuando los países latinoamericanos hayan conquistado de verdad su independencia económica, es decir, cuando hayan hecho la reforma agraria profunda, cuando hayan destruido el poder de los monopolios imperialistas y cuando estén en condiciones de industrializarse de acuerdo con los intereses de sus propios pueblos y mediante la utilización plena de sus recursos naturales» (Noyola, 1978a: 139).

contribuiría a solucionar los graves problemas que se debaten con mayor eficiencia y más rapidez» (Guevara, 1981a: 73). En relación con el caso específico de la industrialización en Cuba, decía:

Todavía hoy, a pesar del esfuerzo realizado —que creo que ha sido muy grande y bastante bien administrado— no podemos decir que haya una industria integralmente proyectada y construida por el Instituto Nacional de Reforma Agraria a nivel de su Departamento de Industrialización; pues son, ya lo digo, tareas largas. Hay una hilandería, que va a empezar a funcionar dentro de unos cuatro o cinco meses; una fábrica de lápices, que entrará dentro de dos o tres meses; y ya así es después una carrera larga de industrias, bastante larga. Pero, como ustedes ven, el esfuerzo rinde mucho menos que en la agricultura. Además, las inversiones son grandes, y, sin embargo, el número de obreros empleados es comparativamente mucho menor que lo que puede ser una inversión en la agricultura, una inversión en la pesca, por ejemplo. Y nosotros necesitamos también destruir completamente ese cáncer de la economía cubana que es el desempleo. Es decir, que nosotros tenemos que dar mucho énfasis a la agricultura, a la pesquería, a todos los órdenes de actividades, aun dentro de la industria, que puedan garantizar un nivel de empleo alto, con un nivel de inversión relativamente bajo.

Por eso, aun cuando nosotros sabemos que la base de la industrialización es la industria pesada, hemos ido con un paso más lento en cuanto a la industria pesada y nos hemos dedicado mucho a desarrollar la pequeña industria, la industria manufacturera, la que permite emplear más obreros que esa otra industria, muy pe-

sada, muy tecnificada, muy productiva, en términos de capital y en términos de producto en sí, pero que emplea pocas gentes. Y, además, estas industrias son muy tecnificadas; es decir, tendríamos que contar también con técnicos extranjeros (Guevara, 1988b: 92).

Durante todo el período en que estuvo al frente del Banco Nacional, Guevara cumplió una intensa agenda de compromisos, que culminó con su viaje, a partir del 21 de octubre de 1960, a varios países del bloque socialista, cuando encabezó una delegación comercial.⁷ Su viaje duró más de dos meses, y recorrió Checoslovaquia, la Unión Soviética, Alemania Oriental, Hungría, Corea del Norte y China. En aquella ocasión fue acompañado por su escolta, Leonardo Tamayo, por el subsecretario de Relaciones Exteriores, Héctor Rodríguez Llompart, y por algunos economistas marxistas latinoamericanos que lo asesoraban. Su actuación como jefe de delegación fue importante en aquel momento.

En Praga, Guevara visitó una fábrica de tractores y obtuvo un crédito de US\$ 20 millones para la instalación de una ensambladora de tractores, camiones y motores en general en Cuba, extendiendo el acuerdo ya firmado por el ministro del Comercio Exterior checo en la Isla. También se firmaron convenios para la instalación de pequeños talleres, como uno de tornillos, construido por entonces en Santiago de Cuba.

Seguidamente, fue a la Unión Soviética, donde permaneció del 29 de octubre al 14 de noviembre de 1960. Moscú se comprometió a comprar 2,7 millones de toneladas de azúcar cubano. Se realizó un convenio con los soviéticos, quienes se encargarían de hacer prospecciones geológicas en la Isla para encontrar

⁷ En 1959, Guevara ya había encabezado una misión diplomática por varios países. En esa ocasión visitó Egipto, India, Indonesia, Ceilán, Birmania, Japón, Sudán, Marruecos, Paquistán y Yugoslavia. Ese viaje tuvo como objetivo estrechar los vínculos comerciales y diplomáticos con esas naciones.

riquezas minerales como cobre, níquel y manganeso. La URSS también se comprometió a construir una fábrica de limas y una de piezas de repuesto, las cuales, según el Che, serían estratégicamente fundamentales para el país, así como a instalar una refinería de azúcar completa, con capacidad para un millón de toneladas anuales (Guevara, 1982: 103-105). El presidente del Banco Nacional también quiso negociar una planta siderúrgica con capacidad para la producción de un millón de toneladas de acero, y obtener un financiamiento para aumentar la producción de acero de 70 mil toneladas para aproximadamente 1,5 millón de toneladas a corto plazo. De acuerdo con el historiador Luiz Alberto Moniz Bandeira, el Che creía que, en diez años, Cuba sería uno de los diez mayores productores de acero del continente (Bandeira, 1998: 298).

El 17 de noviembre de aquel año, la delegación cubana llegó a China, donde logró un crédito de US\$ 60 millones sin intereses, a ser saldados en un período de quince años después de efectuado el préstamo. Esa actitud, fundamentada en bases políticas, impresionó a Guevara, quien afirmó:

Con el primer ministro, Chou En-lai, tuvimos una discusión, porque se firmó un Comunicado Conjunto; en ese Comunicado Conjunto, la Delegación cubana puso, en un párrafo: «la ayuda desinteresada de los países socialistas». Eso provocó una larga discusión casi filosófica, porque se negaron absolutamente a admitir la palabra «desinteresada». Ellos dijeron que de ninguna manera, que ellos daban una ayuda, pero una ayuda interesada; y que era una ayuda interesada, aun cuando no tuviera intereses monetarios, porque Cuba era en este momento uno de los países que estaban en la vanguardia de la lucha contra el imperialismo, y el imperialismo es el enemigo común de todos los pueblos, que el ayudar a

Cuba era el interés de todos los países socialistas. Ni que decir que la frase «ayuda desinteresada» quedó cambiada por «ayuda» solamente (Guevara, 1982: 108).

Guevara fue a Pyongyang el 3 de diciembre, y describió a Corea del Norte como uno de los países más extraordinarios que había visitado con su delegación. El interés de Guevara parece haber sido, en aquella ocasión, mucho más de orden moral que de orden económico. Lo que le llamó la atención fue principalmente la capacidad de la población de reconstruir la nación después de varios años de guerra. Al hablar en la televisión cubana el 6 de enero de 1961, Guevara intentaría mostrar que Corea, aun teniendo un territorio relativamente pequeño —aproximadamente 110 mil kilómetros— y con solo diez millones de habitantes, había logrado superar enormes adversidades, debido principalmente al espíritu del pueblo norcoreano, que había luchado contra la dominación extranjera, a su sistema político y a dirigentes extraordinarios, como el mariscal Kim Il-sung, que habían transformado a Corea del Norte en un país industrializado.

Guevara volvió a Moscú el día 8 del mismo mes y continuó poco después hacia Alemania Oriental, donde obtuvo préstamos equivalentes a diez millones de pesos. Para el Che, este fue un gesto extremadamente significativo, toda vez que la RDA pasaba por dificultades financieras. La actitud de los alemanes orientales habría sido un ejemplo de solidaridad socialista.

La delegación cubana volvió a Checoslovaquia y logró una ampliación de los créditos obtenidos en la primera visita. De allí partió hacia Hungría y entonces regresó a Cuba. Más tarde, Guevara diría que si Antonio Núñez Jiménez —que había estado en el bloque socialista antes que él— había sido apodado «Alicia en el País de las Maravillas», de tanto haber elogiado aquellas naciones, entonces él mismo, después de regresar de su gira por los países socialistas, y que había quedado más impresionado

todavía, debería ser apodado «Alicia en el Continente de las Maravillas» (Guevara, 1982: 107). Como sabemos, algún tiempo después él cambiaría bastante de opinión. Pero, en aquel momento específico, Guevara creía que los acuerdos habían proporcionado condiciones para que en 1965 Cuba dejara de ser un país exclusivamente agrario y se convirtiera, por lo menos, en una nación agraria e industrial (Guevara, 1982: 111). Aunque en la práctica los acuerdos no fueran tan profundos al punto de cambiar radicalmente la estructura industrial cubana, fueron extremadamente importantes para el estrechamiento de los lazos comerciales con los países socialistas y para el desarrollo futuro del país.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

ADMINISTRACIÓN, PLANIFICACIÓN Y PRODUCTIVIDAD

El Che Guevara dejó el cargo de presidente del Banco Nacional poco después de su viaje por los países socialistas, y el 23 de febrero de 1961 se convirtió en ministro de Industrias de Cuba. Esta era la posición que quería: nunca había escondido sus preferencias por la gestión del sector industrial, y su selección fue algo casi natural en aquellas circunstancias. Nuevamente su prestigio interno y su experiencia en el Departamento de Industrialización del INRA y en el Banco Nacional ayudaron en la decisión. Además de eso, se mantenía siempre preocupado con asuntos relativos al desarrollo de la Isla, y su actuación como jefe de la delegación comercial contó decisivamente en el momento de ser colocado en su nuevo puesto.

Su primera tarea fue nombrar un consejo director, que incluía a viejos conocidos, como Orlando Borrego, Gustavo Machín, Juan Valdés Gravalosa, Julio Cáceres, José Manresa, Enrique Oltuski y Alberto Mora. Con ese equipo, él trataría de dirigir las empresas heredadas del antiguo Departamento, así como otras recientemente nacionalizadas. Quedarían fuera de su esquema todas las industrias agropecuarias, en manos del INRA, y el sector de construcciones, en la esfera del Ministerio de Obras Públicas. Pero Guevara tendría que preocuparse de administrar los *chinchales* —pequeñas industrias artesanales, como las fábricas de calzado y la industria tabaquera—, lo que era algo difícil de hacer. La mecanización y la racionalización del trabajo en ese caso desemplearían a miles de trabajadores. Así, entre cinco mil y seis mil obreros vinculados a la rama zapatera habrían de ser transferidos a fábricas mayores o a otros sectores, lo que no ocurrió

hasta 1964, con la ampliación del sector industrial. Muchos *chinchales* fueron eliminados, y otros, modernizados. Eso significaba que, en la práctica, esas pequeñas unidades de producción se agruparían y recibirían una tecnología más moderna, aunque muchos obreros todavía no estuvieran adaptados a esa nueva modalidad dentro de la economía cubana.

En 1954 había 830 industrias con un máximo de cinco trabajadores, el 45,1 % del total del país; aproximadamente 333 pequeñas fábricas entre 6 y 10 empleados, que representan el 18,2 % del total; otras, que presentaban un número que variaba entre 11 y 25 hombres, eran 320, o el 17,3 % del total; en alrededor de 250 industrias operaban entre 26 y 100 trabajadores, el equivalente al 13,6 % de las fábricas; eran 67 las que tenían de 101 a 250 obreros, el 3,6 % del total; solo 26 poseían en sus cuadros de empleados entre 251 y 500 trabajadores, o el 1,4 % del total; y solo 14 tenían más de 500, lo que representaba el 0,8 % del total (López Segrera, 1972: 352). A partir de esa reorganización industrial, el número de trabajadores en las fábricas creció de 112 000 a 155 000 entre 1962 y 1963, o sea, un aumento del 38 % en los trabajadores de las industrias del país (Guevara, 1982: 120). De esa forma, ya en 1962, por ejemplo, las fábricas con un máximo de cinco trabajadores eran solo 97, lo que significaba el 8 % del total; las de 6 a 10 eran 102, o el 8,5 % del cuadro industrial cubano; alrededor de 259 fábricas tenían de 11 a 25 empleados, equivalente al 21,7 % del total; las de 26 a 100 eran 532, o el 44,4 % del total; las que poseían de 101 a 250 obreros pasaron a 140, o sea, el 11,7 % de ese cuadro; también hubo un aumento en las de 251 a 500 trabajadores, que alcanzaron el número de 43 en aquel año, o el 3,6 %; y, finalmente, un crecimiento importante en las de 500 o más empleados, que llegaron a 25, o el 2,4 % del total de la Isla (López Segrera, 1972: 352).

Una vez más, Guevara comprendía que no era un especialista en el área, algo que reiteró varias veces; pero se sentía im-

pelido a actuar por sentirse parte del Gobierno Revolucionario, así como por el entusiasmo en construir el sector industrial de Cuba. En relación con el Ministerio que recientemente se había creado, dijo:

El Ministerio de Industrias de Cuba está hecho contemplando la dinámica de nuestro desarrollo económico, lo fresco de nuestras instituciones y lo cambiante del panorama, de tal forma que no es, de ninguna manera, ni rígido ni esquemático, cambia totalmente, y el organigrama que presentará ahora quizás dentro de algunos meses ya haya sido cambiado, porque constantemente estamos avanzando en nuestras necesidades, que nos impone nuestra tarea difícil que es la industrialización. Más difícil aún, porque nosotros, los jefes de este Ministerio, los directores de este Ministerio, más una gran mayoría de los obreros de Cuba, estamos aprendiendo en el curso de la acción. Y naturalmente, los aprendizajes se hacen con errores, y los errores hay que corregirlos (Guevara, 1982: 27).

Algún tiempo después de convertirse en ministro, el Che conversó con el escritor ruso Boris Polevói en La Habana y afirmó:

Soy médico de profesión, pero ahora, obedeciendo a mi deber revolucionario, soy ministro de Industrias. [...] Por cierto, creo que no deberá sorprenderle, pues Vladímir Lenin era abogado de profesión, y entre sus ministros había médicos, juristas y célebres ingenieros [...]. La revolución es la revolución, y la necesidad revolucionaria distribuye a los hombres a su manera. Si cuando estuve en el destacamento de Fidel, de cuya larga amistad me siento orgulloso, y cuando subíamos al yate *Granma* (y

yo en ese destacamento figuraba precisamente como médico) alguien me hubiera dicho que me iba a convertir en uno de los organizadores de la economía, me hubiese echado a reír (Lavretski, 1975: 175).

La creación del Ministerio presidido por el Che formaba parte de un cambio más amplio dentro de las instituciones del gobierno cubano. En 1961 se produjo la reestructuración de algunos órganos estatales, factor fundamental para que se pudieran llevar adelante las tareas de planificación de la economía de la Isla. Para ello, se promulgaron leyes orgánicas del Banco Nacional y del Ministerio de Comercio Exterior (para que se adaptaran a las nuevas condiciones de la política económica cubana) y se creó el Ministerio de Industrias. Esa última medida tenía como principales objetivos estratégicos tratar de eliminar el monocultivo y proporcionar una diversificación agrícola como base para un desarrollo de la industria nacional. Se establecieron, por lo tanto, algunas líneas maestras para el desarrollo industrial, como: energía y combustibles; industria siderúrgica y productos metálicos en general; industria azucarera y de sus derivados; industria química; desarrollo del sector minero, e industria agropecuaria (Pérez-Rolo, 1989: 261).

En esta reestructuración económica, la JUCEPLAN ganó más poderes, teniendo, además, la preeminencia en la planificación nacional, pero con el auxilio de las Juntas de Coordinación, Ejecución e Inspección (Jucei), responsables de las tareas de inspección e información en niveles locales. La primera Jucei fue implantada en la provincia de Oriente a mediados de 1961 por Raúl Castro, entonces ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Las principales funciones del órgano eran observar si cada localidad e institución eran debidamente informadas de las decisiones del gobierno y los ministerios en general, así como garantizar la aplicación de los planes en las provincias; también

debía coordinar las actividades de los organismos gubernamentales y garantizar la ejecución y eficiencia del plan en las provincias, además de organizar el trabajo para maximizar la eficiencia de los trabajadores y mantener una buena relación entre la población y las autoridades (Mesa-Lago, [197-]: 28-31).

El primer plan cubano,¹ que debería comenzar a implementarse en 1961, fue pospuesto y modificado por dificultades en la organización de la producción. Lo que debía ser inicialmente un plan quinquenal fue cambiado a cuatrienal a partir de 1962. Planes anuales también se esbozaron para 1963 y 1964, mostrando que podrían diferir en dependencia de la localización geográfica y de los plazos de realización. Tendrían, por lo tanto, que regular varios aspectos de la producción, desde cantidad y calidad de los productos hasta productividad de los trabajadores, salarios, costo de producción y volumen de inversiones (Mesa-Lago, [197-]: 35). Para algunos críticos, el primer plan habría sido elaborado con el auxilio de cinco técnicos soviéticos, dos checos, un polaco, un alemán oriental, e incluso hasta con la ayuda del embajador de la Unión Soviética, Serguéi Mijáilovich Kuzmin, quien también habría participado en las discusiones. En el período de la elaboración del plan, el Gobierno Revolucionario ya tenía en la mano un sector industrial con valor de US\$ 2,6 millardos, 43 bancos, 30 compañías de seguros, la industria de la pesca, el sector minero, el sector habitacional y el sistema de transportes, así como el 95 % del sector agrícola del país (Rivero, 1963: 90).

A partir de esa reestructuración gubernamental, Guevara decidió implementar con más vigor el llamado Sistema Presupuestario de Financiamiento. Ya a finales de 1960, el Departamento

¹ Los planes podrían tener objetivos nacionales, regionales o locales, y eran preparados de acuerdo con la región y el tipo de empresa (agrícola, industrial, grupos de trabajadores y hasta trabajadores individuales).

de Industrialización del INRA administraba diversas empresas nacionalizadas utilizando ese sistema. Ellas tenían, de forma general, falta de cuadros técnicos calificados y pocos recursos, y muchas veces formaban parte de la misma cadena productiva. Por ese motivo, se creó un fondo bancario centralizado, que debería ser utilizado —de acuerdo con las evaluaciones del Departamento— para satisfacer las necesidades de las fábricas como conjunto. El capital, pues, sería dirigido y distribuido hacia donde fuera necesario en el momento, con el objetivo de lograr una mayor eficiencia productiva general. Surgían en ese momento las empresas consolidadas, o sea, unidades productivas que funcionaban como parte de una empresa mayor, controlada por el Estado.

Para Guevara, en el Sistema Presupuestario de Financiamiento una empresa sería un conglomerado de fábricas o unidades que tendrían una base tecnológica similar, un destino común para su producción, o acaso una localización geográfica limitada. En la práctica, eso equivalía a decir que se efectuaría la sustitución del monopolio privado por el monopolio estatal, y que la planificación y la gestión de las empresas serían centralizadas. Consecuentemente, estas no tendrían crédito bancario, ya que el dinero sería asignado por los órganos centrales de acuerdo con el plan. En 1964, en conversación con miembros del gobierno, Guevara afirmó:

Nuestra tarea es seguir perfeccionando el sistema administrativo, que no es más que un sistema, el Sistema de Financiamiento Presupuestario. Ir buscando las causas, los motores realmente internos, las raras interrelaciones que existen en el socialismo, entre el hombre, el individuo, y la sociedad, para poder utilizar las armas nuevas que se ofrecen y desarrollarlas al máximo, cosa que no ha sucedido todavía. Allí no les pueden dar naturalmente

solución. Creo que el Sistema de Financiamiento Presupuestario significa, por todas sus concepciones, un paso de avance que permite al menos estar prestos, cuando nosotros queramos profundizar más en este análisis, a tomar medidas necesarias y a impulsarlas sin que tenga que sufrir una gran conmoción sobre el sistema, porque evidentemente es un camino, que va en el sentido de la administración por un sendero progresista, que es el sendero de los monopolios. Esto puede parecer una cosa contradictoria, pero es real (Guevara, 1982: 58).

Tal sobrevalorización del Sistema Presupuestario de Financiamiento sería polémica y, más tarde, motivo para que Guevara fuera bastante criticado.

Para que las empresas consolidadas fueran administradas con mayor eficiencia, Guevara dividió el Ministerio a partir del modelo ya implementado anteriormente en el Departamento, con un consejo director, que se reuniría todas las semanas, y cuatro subsecretarías: industria pesada, industria ligera, economía y construcción industrial. Los subsecretarios —que más tarde serían llamados viceministros— se ocuparían también de la administración directa de las empresas, preocupándose por el aprovechamiento máximo de la capacidad instalada en el país y la coordinación de los medios de producción. Más adelante se constituirían tres direcciones principales: de inspección general (cuya función era inspeccionar y hacer auditorías de las operaciones contables del Ministerio y en otras áreas del gobierno), de personal (seleccionaba y contrataba a los funcionarios del Ministerio y ayudaba en el asesoramiento sobre condiciones de trabajo, capacitación de personal, evaluación de recursos humanos y clasificación de cargos) y de servicios internos (prestaba servicios jurídicos, cuidaba de la Biblioteca Central y de la vigilancia y seguridad interna), y otras complementarias, que discutiremos

brevemente más adelante. También se crearía una agencia de divulgación, extremadamente importante para que el pueblo tuviera conocimiento y aprobara las medidas de la institución.

Las empresas consolidadas podían ser de azúcar, energía eléctrica, cemento, cerámica, medicina, minería en general, papel, petróleo, fertilizantes, fibras sintéticas, y química básica, entre otras. Con ellas, el Ministerio comenzó a incentivar el proyecto de centralización de la economía cubana, que pasaba entonces por diversas dificultades, inclusive falta de técnicos y personal calificado. Es claro que cuando el Che defendía la centralización no dejaba de lado la participación decisoria en los niveles inferiores. El nivel de centralización podría variar por el tipo de producción o servicio, tener cierta flexibilidad, y el incentivo a la participación de los individuos en las fábricas era fundamental, de acuerdo con él. La mecanización de las personas ciertamente no le interesaba. Un hecho ilustrativo interesante sobre la relación de Guevara con los funcionarios y técnicos de las industrias cubanas es el caso de Francisco Hernández, técnico de una fábrica de refrescos:

Lo primero que él me preguntó fue si yo era el técnico de aquel departamento. Cuando respondí afirmativamente, continuó preguntándome, para saber qué estábamos haciendo para sustituir las importaciones. Estábamos esforzándonos para encontrar un jarabe con sabor parecido al de la Coca Cola. Le mostré algunos toneles que contenían jarabes en test. Con un movimiento de la mano, él indicó que las cosas no andaban bien.

—¿Qué usted está haciendo para resolver ese problema?
—preguntó.

Yo le expliqué que no dormía hacía varias noches tratando de encontrar un buen sustituto, pero que no tenía los ingredientes básicos.

–Hay que encontrarlos, ¿no? –habló.

Respondí que los encontraríamos. [...]

Cierto día, cuando el Che estaba hablando en la televisión, dijo que el refresco tenía gusto de jarabe para la tos. Eso me dolió mucho; me sentí ofendido porque estaba haciendo todo lo que podía. En la primera oportunidad que tuve, le manifesté mis sentimientos. Él respondió:

–Tenemos que ser honestos y siempre decir la verdad. No debemos solo hablar sobre lo que es bueno, sino también criticar lo que es malo.

–Pero si nosotros mejoramos el gusto, Comandante...

–Eso no es suficiente. Es nuestra obligación dar al pueblo lo mejor, y usted no debería sentirse ofendido porque usted forma parte del pueblo; estoy seguro de que usted continuará sus esfuerzos para producir un producto de máxima calidad.

El tiempo pasó y continuamos experimentando. Cierta día, fui sorprendido al oír su voz llamándome. Él me había reconocido en medio de la calle y dijo simplemente:

–Felicidades, Pancho. El sabor mejoró cien por ciento (Cabrera, 1987: 143-144).

La gestión centralizada en el ámbito nacional se mostraba necesaria por la mayor posibilidad de eficiencia en aquel momento. Che Guevara, al elaborar un sistema de dirección de la economía nacional, se preocupó por establecer ciertos principios y, a partir de ellos, adecuar su aplicación, desde las bases hasta los estratos más elevados del gobierno.² Como principios básicos

² Para René Dumont: «su Ministerio no parecía estar concentrándose en su trabajo real y se preocupaba con problemas que no deberían ser de su

que guiaban su proyecto, incentivaba la unidad de la dirección política y económica, el centralismo democrático, la discusión colectiva, la responsabilidad única, el carácter planificado de la dirección, la participación de los trabajadores en la dirección, y el control en los escalones inferiores y superiores.

Una vez por mes, el Che hacía una reunión para analizar el total de la producción del Ministerio, que duraba desde las dos de la tarde hasta la medianoche, y en la cual se discutía desde la administración hasta especificidades sobre algunos productos (Cabrera, 1987: 144). En esas circunstancias, él analizaba cada empresa individualmente, escuchando lo que el consejo administrativo tenía que decir, para después llegar a sus conclusiones. Así, combinaba los mínimos detalles de todas las actividades con una visión amplia del desarrollo técnico-económico de determinada rama de producción, haciendo proyecciones de desarrollo para los siguientes veinte años (Cabrera, 1987: 144-145).³ Todas las fábricas deberían ser visitadas personalmente cada dos meses. Por la estricta necesidad técnica y por el alto nivel de planificación, las finanzas tenían importancia fundamental. Los propósitos de las finanzas, en el Sistema Presupuestario de Financiamiento, serían básicamente el control y la medición en la formación, distribución y redistribución de fondos; la medición exacta de los gastos del trabajo social en el proceso productivo y de servicio; el análisis y

obligación; así, el Ministerio se hundió bajo las preocupaciones diarias. Él [Che] intentaba dirigir las fábricas personalmente, por la falta de energía y materias primas que amenazaban paralizarlas en cualquier momento» (Dumont, 1970: 76-77).

³ Según Alcides Bedoya (*apud* Cabrera, 1987: 144-145), en la Unión Soviética, Jruschov comenzó a hacer proyecciones más largas (planes de siete, diez y veinte años), al contrario de la tendencia anterior de elaborar solo planes quinquenales. Eso ciertamente influyó en algunos sectores del gobierno cubano. Con la entrada de Brézhnev y Kosiguin en el poder, se volvió al sistema anterior.

la disminución de costos como forma de aumentar la eficiencia económica y la disciplina financiera (Tablada Pérez, 1989: 229).

Cabe aquí citar las diferentes direcciones del Ministerio de Industrias a partir del momento en que Guevara asumió su puesto como ministro. La dirección de Abastecimiento y Venta⁴ sería responsable del abastecimiento de materias primas y de las ventas a las diferentes industrias cubanas y al Ministerio de Comercio Interior. La dirección de Trabajo y Salario haría el análisis del costo de los productos y sus precios. Seguidamente, existía la dirección de Finanzas, que debería establecer el control financiero del plan de producción de cada empresa. La dirección de Colaboración Técnico-Económica, de acuerdo con el Che, serviría para la recepción de la ayuda técnico-económica de los países del bloque socialista. La dirección de Relaciones con Industrias Privadas tenía, en la práctica, una actividad restringida, por la merma del sector privado del país. La dirección de Organización sería responsable de racionalizar al máximo toda esa estructura (Guevara, 1982: 31).

La dirección de Organización decidiría cómo y dónde construir determinada fábrica. A partir de ahí, pasaría las informaciones a la subsecretaría para la Construcción Industrial, que, por medio de su dirección de Inversiones, decidiría cómo y para dónde serían canalizadas las inversiones necesarias. Entonces la dirección de Proyectos elaboraría el proyecto para la fábrica, que podría ser discutido con técnicos de otros países socialistas y con la dirección de Investigaciones Tecnológicas. Al final del proceso, la dirección de Ejecución de Proyectos ejecutaría los planes.

De acuerdo con Orlando Borrego, Guevara exigía una estricta disciplina en la conducción de los consejos. Si un miembro

⁴ Más tarde, por discrepar Guevara de las relaciones mercantiles dentro del sector estatal, el nombre de ese departamento cambió para dirección de Intercambio.

llegaba diez minutos atrasado estaría impedido de participar en la reunión, la cual duraría como máximo cuatro horas. En esos encuentros había una cuidadosa selección de los temas que serían discutidos, preparados previamente por los consejos de dirección, así como la organización de toda la documentación necesaria para la discusión. En relación con los documentos en sí, era de extrema importancia la participación colectiva, a partir de interrelaciones de trabajo en los diversos sectores del Ministerio. Al consejo también eran invitados los cuadros de dirección de otros organismos, en caso de que el tema discutido estuviera vinculado a otras áreas del gobierno. Cuando se tomaban las decisiones, se debía cumplir estrictamente lo decidido. Era importante evitar la centralización de asuntos en el consejo de dirección del Ministerio cuando en algunas instancias esas responsabilidades fueran obligación de las empresas o de otros niveles de dirección. Otra preocupación, especialmente de Guevara, era con la calidad de las actas. Y, finalmente, se debería favorecer un clima cordial y tranquilo en las reuniones del consejo (Borrego, 1989: 326-327).

Por esa época existió la tentativa de conciliar los intereses sociales con los individuales dentro del sector industrial, con la creación de los Comités de Industrias Locales (CILOS), que tenían como objetivo obtener la más estrecha cooperación entre las industrias de la misma región. Ese sistema intentaba incentivar el intercambio de materiales y materias primas cuando una fábrica necesitaba de artículos que otra pudiera suministrar, de acuerdo con sus inventarios y ciclos de producción; intercambios de medios de producción de uso común; el intercambio de experiencias en el campo tecnológico; la asistencia mutua de técnicos; y la discusión colectiva entre los administradores de las leyes y reglamentaciones gubernamentales sobre la producción, para que hubiera una interpretación unificada de ellas (Borrego, 1989: 329-330). Los administradores de las fábricas debían asistir a las reuniones de los CILOS para conocer con mayor

profundidad las características productivas de otras industrias, así como de otras experiencias en la gestión de las empresas socialistas (Borrego, 2001a: 288-289).

Dentro del Sistema Presupuestario de Financiamiento, Guevara elaboró subsistemas para dar mayor agilidad en la administración de las fábricas, como, por ejemplo, el subsistema de organización, responsable de trazar metas específicas para las diferentes empresas consolidadas, fijando organigramas y reglamentos para fábricas y talleres específicos. Aun conociendo las diferencias entre las unidades productivas y sus peculiaridades, se establecieron líneas generales de conducta que deberían ser seguidas en todas ellas. Las necesidades singulares de las fábricas serían tratadas por reglamentos orgánicos específicos internos elaborados por los colectivos de trabajadores, que serían puestos en práctica por los directores de las empresas.

También se exponían las principales técnicas de acción a los dirigentes, a partir de la preparación, la ejecución y el control del trabajo. Cada nivel de dirección, con eso, tenía como obligación fijar algunas tareas a partir de las condiciones existentes, usando lemas simples para explicar a los obreros lo que se debería hacer. Los directores, a su vez, tenían que actuar de acuerdo con la idea de dirección global, o sea, dedicar su atención a todas las fases y tareas de la fábrica como un todo, dejando para los niveles inferiores de dirección la ejecución pormenorizada de las actividades. Por lo tanto, los jefes de los departamentos Económico, de Producción e Intercambio, juntamente con el director, constituirían la parte ejecutiva de una empresa.

De acuerdo con el manual de administración de empresas elaborado por el Ministerio de Industrias, el sistema de gestión económica debería estar vinculado a un sistema de control máximo. Esto significaba sugerir medidas de control a partir de eficientes canales de información que permitieran descubrir variaciones en los diferentes niveles de administración y que dieran

elementos informativos suficientes para que los dirigentes estuvieran en condiciones de hacer buenas evaluaciones y poder actuar oportunamente. O sea, se debería preparar un sistema de contabilidad general y análisis de costos para el aprovechamiento racional y la optimización de los recursos materiales, así como para temas relativos a la mano de obra y los recursos financieros de la empresa. El análisis de costos se debería hacer a partir de la comparación entre los costos reales y los de la planificación, con la colaboración de todos los niveles de la empresa.

El control de los inventarios y de la contabilidad también era fundamental. Para el control operativo, el manual defendía que los directores hicieran visitas periódicas y sistemáticas a las fábricas, y que hubiera una mayor participación de los propios trabajadores en los asuntos de la empresa. Cada empresa debería rendir cuentas detalladamente todos los años al Ministerio, que designaba una comisión de especialistas ante la dirección de auditoría. Cuando la comisión terminara de analizar la documentación de la empresa, haría las recomendaciones necesarias para el ministro. Por otro lado, los costos y la producción de todas las empresas serían controlados mensualmente, y, en algunas ocasiones, se llegaría a hacer visitas de inspección cada diez días. Aproximadamente el 60 % de toda la producción industrial sería mecanizada, prestando siempre atención al plan, el costo y la calidad de los productos. En general, en las visitas, la comisión del Ministerio era acompañada por la dirección de Normas, Metrología y Control de Calidad, así como por miembros del Departamento de Estudios de Productos, encargado de hacer el diseño industrial y desarrollar nuevos artículos. Dentro del Ministerio, la dirección de Supervisión y Auditoría terminó por convertirse, con el tiempo, en uno de los más fuertes órganos de control del gobierno. Después de recibir el resultado de las auditorías, el viceministro trasladaba las informaciones al ministro.

Para lograr un control más estricto, se creó también la Comisión Disciplinaria Administrativa (CODIAD), un tribunal compuesto por personalidades de reconocido prestigio, que analizaba los casos para decidir el castigo o la absolución. Los castigos podían variar desde la advertencia y disminución de salario hasta la transferencia a otro sector, así como trabajos físicos obligatorios en Guanahacabibes, en el extremo oeste de la Isla (Borrego, 2001a: 68-69).

Cuando determinada empresa tenía que entregar materiales para otro organismo gubernamental, como, por ejemplo, el Ministerio de Comercio Interior (MINCIN), se hacían reuniones con los funcionarios de aquella institución y con todos los responsables de la entrega de los productos para determinado cliente. O sea, había una relación estrecha entre el Ministerio de Industrias y otros órganos del gobierno (Borrego, 1989: 333-336). Por otro lado, el Che sabía de la existencia de problemas en el Ministerio, como la falta de comunicación entre niveles paralelos, horizontales, lo cual hacía que sectores y fábricas del mismo tipo funcionaran con métodos de trabajo diferentes sin lograr cambiar efectivamente experiencias, así como la falta de una mejor administración.

Guevara aprovechaba también algunos aspectos de la estructura organizacional de las empresas norteamericanas en la Isla, intentando, a partir de una experiencia ya probada con buenos resultados por firmas de los Estados Unidos, llevar a cabo la gestión industrial con mayor eficiencia. Como el país era pequeño, tenía un parque industrial reducido, poca diversidad en la producción, y medios de transporte y comunicación relativamente rápidos entre las fábricas, el Che consideraba que su sistema podría resultar. Las técnicas anteriores, por lo tanto, servirían de base para el desarrollo tanto del capitalismo como del socialismo.

En el caso de Cuba, lo que habría antecedido al Sistema Presupuestario de Financiamiento serían los monopolios imperialistas radicados en el país (Guevara, 1982: 188). La Standard Oil, por ejemplo, divulgaba entre sus empleados manuales de procedimiento con instrucciones para facilitar y homogeneizar el trabajo de contabilidad y pronósticos en sus unidades de producción. Los informes indicaban que los planes tenían como objetivo promover la información sobre los estimados de ganancias líquidas que reflejaran los cambios previstos en los resultados de las operaciones, los precios, costos y otros factores; los dividendos estimados para pagos; el alcance que cada unidad afiliada tendría para cubrir operaciones corrientes y otras fuentes de ingresos; sus necesidades de gastos de capital; la situación del capital operativo de la empresa, y otros índices para la administración de la empresa (Kuczynki, 1973: 56).

Como método de previsión de precios y volúmenes de ventas, el departamento de comercialización de la Esso recogía en su contabilidad los costos con el flete marítimo, el seguro, el 2 % de los impuestos de la transferencia de moneda, la comisión bancaria, los derechos de aduana, los impuestos sobre ventas, y los gastos de descarga (Kuczynki, 1973: 58). Los estimados de la compañía, incluso sin tener un excesivo grado de precisión, eran relativamente detallados. El pronóstico de 1958 indicaba que habría un aumento de 17,5 % en la producción de petróleos refinados, 22,6 % en la de gasolina, y 37,8 % en el de petróleos combustibles destilados. En la práctica, el aumento fue de 3,8 % en el petróleo refinado, 12 % en la gasolina, y 8,3 % en los petróleos combustibles destilados. A comienzos de 1959, la empresa ya había hecho estimados para el año siguiente, con previsiones de consumo de combustible hasta 1966, utilizando, para llegar a un número aproximado, la cantidad de automóviles, camiones y ómnibus en circulación en el país. Para el resto de los usos del petróleo, la Standard Oil hizo el análisis del número de consumi-

dores y consumo reales, así como el crecimiento de otros sectores que necesitarían del combustible. Aun así, los pronósticos para el año 1959 no fueron correctos.

La Compañía Cubana de Electricidad (CCE) también tenía una estructura organizacional dirigida a maximizar las ganancias de la empresa a través de planes. Entre 1956 y 1960, la CCE elaboró un plan de desarrollo y expansión. Los directores de la compañía creían que una planificación detallada, con métodos científicos, podría reducir costos, aprovechar mejor las instalaciones y aumentar la producción de electricidad. Para lograrlo, la empresa poseía una sección de planificación que se ocupaba de elaborar planes anuales y a largo plazo. Asimismo, ella recibía el asesoramiento de la Ebasco International Corporation, creada en 1942 por la American and Foreign Power Co., para realizar estudios sobre la posición financiera de las empresas, los pronósticos, y la investigación de producción y mercado.

Cuando los monopolistas norteamericanos se retiraron, se llevaron sus principales cuadros técnicos de niveles superior e intermedio. Al mismo tiempo, surgía cierto preconceito por parte de los revolucionarios en relación con algunos procedimientos, simplemente por el hecho de estar asociados directamente con los Estados Unidos y con la burguesía.⁵ A causa de problemas de ese

⁵ De acuerdo con Carlos Rafael Rodríguez (1983b: 477), debido al grado de sumisión neocolonial, no solo económica, sino también cultural, a que se llegó en Cuba, había técnicos que estaban «claramente contra el proceso»; estos eran irrecuperables. No obstante, había otro género de técnico que, aunque no convencido por el socialismo, o aún convencido de la necesidad del capitalismo, sin embargo su conciencia nacional le permitía reaccionar en la defensa de su país. O sea, «la experiencia de la Revolución Cubana indica que se debe trabajar con esos técnicos». Para este autor, habría sido el radicalismo de la dirección, principalmente en los niveles locales, el responsable de la baja integración de ese tipo de técnico.

tipo, el nuevo sistema propuesto no lograba alcanzar los mismos estadios de desarrollo que los monopolios extranjeros.

En cierta medida, Guevara concordaba con los presupuestos de economistas como el polaco Oskar Lange —de quien fue lector y admirador—, quien afirmaba que,

para administrar una economía socialista, debemos investigar lo que la economía burguesa realizó en el campo de los problemas de la administración de la empresa capitalista (no obstante, el hecho de que tales realizaciones son directamente nacidas de la experiencia de un tipo de economía burguesa limita la posibilidad de su aplicación a un sistema socialista), método econométrico de análisis del mercado, o sea, el análisis del flujo intersectorial, la metodología del equilibrio de la economía nacional, la programación lineal, y finalmente la más moderna aplicación de la cibernética a los problemas económicos (Lange, 1966a: 73).

El proyecto de Guevara se semejaba bastante al ideal propuesto por los dirigentes soviéticos Bujarin y Preobrajenski⁶ al comienzo de la Revolución Rusa. Es difícil saber si tuvo acceso

⁶ Por otro lado, más tarde Bujarin insistiría en la necesidad de un intercambio equivalente entre industria y agricultura, pensando en un desarrollo de la industria estatal dependiente de la agricultura. La industrialización sería, por lo tanto, lenta, pero solo se podría realizar si no fueran alienadas las capas medias del campesinado. La teoría del desarrollo equilibrado de Bujarin implicaba la necesidad de avanzar muy lentamente, no solo económica, sino también políticamente, hacia el socialismo. Ver Bernard Jobic, 1973: 193-194. Ya Preobrajenski, a su vez, defendía el crecimiento acelerado, afirmando que «en un período de estancamiento, la acumulación solo podría tener éxito mediante una reducción de los salarios o un aumento de los precios; una disminución de los precios solo sería posible en detrimento de la acumulación de los salarios [...]. No obstante, con el aumento

a los textos de aquellos teóricos, pero las bases generales de sus ideas económicas eran, hasta cierto punto, bastante parecidas.⁷ Decían ellos:

La sociedad será transformada en una enorme organización de producción cooperativa. No habrá, pues, desintegración ni anarquía de la producción. En ese orden social, la producción será organizada. Una empresa ya no competirá con la otra: las fábricas, talleres, minas y otras instituciones productivas serán todas subdivisiones, por así decir, de una enorme empresa del pueblo, que abarcará toda la economía nacional de producción. Es obvio que una organización tan amplia presupone un plan general de producción. Si todas las fábricas y talleres juntos, con la totalidad de la producción agrícola, fueran combinados para formar una cooperativa inmensa, es evidente que todo tendrá que ser calculado con precisión. Debemos reconocer anticipadamente el volumen de trabajo necesario a las varias

de la productividad del trabajo se puede resolver globalmente este problema triangular» (Preobrajenski *apud* Miranda, 1980: 172).

⁷ Roberto Massari (1993: 169-170) hace una analogía entre las ideas de Guevara y Preobrajenski. Para el dirigente soviético, el desarrollo acelerado de la industria era la clave de todos los problemas –inclusive los políticos–. Sería necesaria una política de intercambios no equivalentes entre agricultura e industria, en favor de la última, para que pudiera producirse la industrialización. En eso consistiría la acumulación socialista originaria, ya que beneficiaría prioritariamente al sector socialista o estatal, a través de una acumulación basada en el excedente creado por la economía socialista en el período de transición, utilizada para su reproducción y ampliación. Para algunos críticos, eso sería un ejemplo de capitalismo de Estado: la acumulación socialista originaria consistiría en la explotación de un sector capitalista privado por el sector capitalista de Estado, que aseguraría su poder. Para más informaciones, consulte Bernard Jobic, 1973: 192-193.

ramas de la industria; cuáles los productos exigidos y cuánto de cada una será necesario a la producción; cómo y dónde las máquinas deben ser ubicadas. Esos detalles, y otros semejantes, se deben prever anticipadamente, por lo menos con una exactitud aproximada, y el trabajo debe ser guiado de acuerdo con nuestros cálculos. Es así como se llevará a efecto la organización de la producción comunista. Sin un plan general, sin un sistema general director, y sin un cálculo cuidadoso y un registro minucioso, no puede haber organización. Pero en el orden social comunista existe ese plan (Bujarin y Preobrajenski *apud* Ellman, 1980: 32-33).

En aquel momento, el Ministerio de Industrias poseía el 70 % de la producción industrial del país —como las industrias ligera, básica, mecánica, farmacéutica, entre otras—, con aproximadamente 260 mil trabajadores, 48 empresas consolidadas y 1 500 establecimientos en toda la nación (Tablada Pérez, 1989). Pero había una diversidad de problemas que el nuevo ministro tenía que encarar en su gestión. Uno de ellos era la infraestructura del país como, por ejemplo, el puerto de La Habana. Antes de la Revolución, cuando una empresa norteamericana en Cuba tenía algún problema, como falta de piezas de repuesto, recibía otras rápidamente a través de un eficiente sistema de barcos, que en poco tiempo llegaban a la Isla. Pero el puerto de la capital cubana no estaba adaptado a los nuevos tiempos: era pequeño y no admitía los enormes buques cargueros soviéticos que debían cruzar todo el Océano Atlántico para traer materiales y equipamientos.⁸ Cuba tampoco tenía buques modernos y era crucial el desarrollo de una industria naval nacional, por lo cual la Isla firmó

⁸ La Unión Soviética, en aquel momento, vendía a Cuba cuatro millones de toneladas por año de petróleo y llevaba de regreso, en los mismos buques —después de limpiarlos con un detergente especial—, 2 700 000 toneladas de azúcar compradas a los cubanos.

acuerdos con Polonia para la construcción de astilleros en el país; sin embargo, para esto sería necesaria, por ejemplo, una interacción de diversas ramas del sector industrial-metalúrgico, de motores, cuerdas, equipamientos eléctricos y carpintería. Como aún no existía toda esa estructura en Cuba, el país tendría que transportar aproximadamente ocho millones de toneladas de piezas, materias primas, equipamientos y mercancías solamente en el año 1965, cuando estaba programado el nacimiento de esa industria. El volumen de productos, las dificultades de transporte y las distancias hacían que algunos críticos sugirieran continuar simplemente importando ciertos artículos en vez de tratar de construir aceleradamente, y con recursos posiblemente insuficientes, tantas ramas de industrias en el país al mismo tiempo.

Debemos recordar que, desde mediados de 1960, los norteamericanos habían proclamado su intención de no llevar ningún barril de petróleo más hacia Cuba, así como de prohibir la utilización de sus refinerías para procesar el producto venido de la Unión Soviética. El día 28 de junio del mismo año, Fidel Castro firmó la Resolución núm. 188, la cual obligaba a la Texaco a refinar el petróleo crudo comprado por el gobierno a la URSS; en caso de que eso no ocurriera, la empresa sería intervenida. Poco después de firmado el documento, llegaba a las instalaciones de la Texaco, en Santiago de Cuba, el buque *Marie*, con el equivalente a cinco mil barriles de petróleo soviético. En él se encontraban funcionarios del gobierno cubano, quienes comunicaron a Robert T. Carter, superintendente de la compañía, que inmediatamente después llegaría el buque *Cristina*, con 21 mil barriles más. Sería fundamental que el aceite fuera refinado, en caso contrario, las industrias de Santiago podrían quedarse sin combustible en poco tiempo. La empresa norteamericana, sin embargo, se negó a recibir el petróleo, y fue intervenida. El día primero de julio, el buque *Irene* partía del puerto de La Habana, con cinco mil barriles más de petróleo de Rusia, hacia el pueblo de Regla, donde se encontraba la refinería de la Shell. Como el

superintendente Baird Smith se negara a procesar el producto, la refinera también fue intervenida. En aquel mismo mes, llegaba a La Habana el petrolero *Chernovci* con 70 mil barriles, que descargó rápidamente para regresar a la URSS. Ese procedimiento había comenzado el 17 de abril con la llegada del *Andréi Vichinsky* al puerto de Casilda. A continuación llegaba el buque soviético *Klide Field*, con otro gran cargamento de petróleo. La compra del petróleo soviético, su rápida entrega y la nacionalización de las refineras privadas garantizaron el abastecimiento de gasolina y productos derivados del petróleo para la Isla en aquel momento. Pero el aumento del tráfico de buques de gran porte de la Unión Soviética obligaba a los cubanos a invertir en la infraestructura portuaria del país (León Cotayo, 1983: 95-102). De cualquier forma, Cuba adquiriría de la URSS una nueva refinera, y aumentaría hasta 1965 la capacidad de refino en 1,5 millón de toneladas por encima de la producción de la época, que era de cuatro millones de toneladas (Guevara, 1982: 45).

A causa de problemas estructurales como ese, existía la necesidad de planificar en todos los detalles la localización de las industrias, las metas de producción, la distribución de energía y las mejores ramas para las inversiones. Las fábricas, en la concepción de los dirigentes del Ministerio de Industrias, deberían construirse tomando en cuenta la fuerza de trabajo —donde hubiera población desocupada—, factores políticos⁹ y, principalmente, económicos.¹⁰

⁹ La idea era que las poblaciones de algunas regiones, aunque no estuvieran extremadamente necesitadas de trabajo en el momento, merecían una compensación en forma de desarrollo industrial de algún tipo, como premio por su actitud revolucionaria. Un ejemplo sería la zona campesina de la Ciénaga de Zapata, en la región de Playa Girón, donde personas lucharon bravamente contra los contrarrevolucionarios financiados por los Estados Unidos.

¹⁰ De acuerdo con los planes del Ministerio de Industrias, con el objetivo de equilibrar la distribución de las unidades productivas en todo el territorio cubano, no se desarrollarían muchas industrias en La Habana.

En ese sentido, la electricidad desempeñaría un papel fundamental, principalmente porque Cuba se veía en el límite de su capacidad de generación de energía eléctrica. El país, a comienzos de 1960, poseía aproximadamente 620 mil kilowatts, además de 300 mil kilowatts subutilizados, instalados de forma deficiente en algunos centrales y compañías particulares de menor importancia. El proyecto del Ministerio era de, en los cinco años siguientes, adquirir 600 mil kilowatts más de los países socialistas y 65 mil kilowatts de países occidentales. O sea, duplicar la capacidad real instalada en el país (Guevara, 1982: 40). A fines de 1960, la producción de kilowatts ya había aumentado a 2,145 millones, y un año más tarde a 2,237 millones. Hasta 1965, la producción de energía crecería gradualmente, cuando alcanzó la marca de 2,592 millones de kilowatts. Ese aumento, aun siendo estable, no representaba un avance extremadamente significativo en la producción de energía, sobre todo para un país que procuraba a toda costa acelerar el desarrollo de su sector industrial.

Cabe aquí recordar que a comienzos de la Revolución, la General Electric demostraba interés en construir en la Isla una fábrica de lámparas, mientras la Phelps-Dodge Company, empresa holandesa, una de tubos de cobre que costaría US\$ 1,8 millón, de los cuales la mitad vendría del BANFAIC y la otra de la propia multinacional. También estaba en el orden del día la expansión de la Compañía Cubana de Electricidad, subsidiaria de la American and Foreign Power Company, con inversiones de alrededor de los US\$ 147 millones, de los cuales US\$ 77 millones llegarían del exterior. Del total, US\$ 45,5 millones serían invertidos en la generación de fuerza, US\$ 19 millones en transmisión, y el resto dividido en mercancías, servicios, repuestos y distribuciones. El proyecto era construir nueve generadoras más, con capacidad de 280 mil kilowatts, en los cinco años siguientes (Rivero, 1963: 93-94). O sea, una generación de energía eléctrica menor que la conseguida por el Gobierno Revolucionario. No solo

eso, sino que el sector eléctrico todavía se mantendría extremadamente vinculado al capital externo, lo que podría crear problemas para la planificación económica de la Isla.¹¹

Otra preocupación del Gobierno Revolucionario era con los recursos minerales. Para una explotación detallada de los yacimientos en Cuba, los dirigentes recurrieron a los soviéticos, quienes creían poder encontrar minerales metálicos y no metálicos en el país. Como la prospección de petróleo y los minerales podrían ser fundamentales para el desarrollo de la industria cubana, se creó el Instituto Cubano de Investigación de Minería y Metalurgia (ICIMM). Uno de los principales intereses de Guevara

¹¹ Entre 1947 y 1958, los servicios eléctricos de Cuba crecieron significativamente. En ese período, saltó de 248 a 301 el número de localidades que recibían los servicios de energía. La capacidad generadora de las plantas eléctricas también aumentó: en 1947 era de 138 542 kw; en 1950 subía a 163 590 kw; en 1953 llegaba a 191 090 kw, y en 1958 las plantas cubanas generaban alrededor de 429 900 kw. Sin embargo, el grado de electrificación en todo el país todavía era bajo. Durante el gobierno de Batista se eliminaron diversos obstáculos para facilitar las inversiones extranjeras. Entre 1947 y 1958 fueron construidas nuevas plantas y se produjo la ampliación de 4 065 millas (6,6 mil km) de líneas eléctricas para 6 313 millas (10 mil km) a finales de la década. Solamente entre 1954 y 1958, la ganancia de la CCE fue de US\$ 28 128 343, en comparación con los US\$ 14 969 245 entre 1949 y 1953. Las reservas de la empresa aumentaron de US\$ 27,5 millones en 1948 a US\$ 57,5 millones en 1959. El número de empleados también creció, yendo de 4 765 en 1949 a 7 464 en 1958. Para la mayor parte de la población, sin embargo, las tarifas eléctricas eran altas. Aunque hubiera capital cubano en la empresa, el control accionario de la compañía todavía pertenecía a la Foreign Power, que controlaba, a comienzos de 1959, cerca del 88 % de las acciones; los 1 343 accionistas cubanos poseían solo el 4 %. Cuando el Gobierno Revolucionario decretó la disminución en las tarifas, el 19 de agosto de 1959, la CCE, filial de la Foreign Power, intentó negociar con el nuevo régimen, pero un año más tarde, el 6 de agosto de 1960, las empresas extranjeras fueron nacionalizadas y la CCE tuvo que entrar en el sistema de planificación general del Gobierno Revolucionario. Para más informaciones, ver Baudis y García (1973).

era poner en pleno funcionamiento dos modernas industrias de procesamiento de níquel –ambas con tecnología norteamericana avanzada– en el oriente cubano, tarea difícil de realizar. La fábrica de Nicaro tenía capacidad para la obtención de sínter de níquel, que era llevado hacia los Estados Unidos y transformado en níquel metálico, mientras la de Moa podía producir sulfuro de níquel y, en una escala menor, el propio níquel metálico. Todos los materiales utilizados en el proceso de producción eran importados de los Estados Unidos, que no tenían interés en que las fábricas volvieran a funcionar después de la Revolución. Incluso con la ayuda de antiguos técnicos cubanos, que antes habían trabajado en las dos empresas, y de especialistas soviéticos, las dificultades para ponerlas en pleno funcionamiento todavía eran grandes. Ello hizo que Guevara tratara de saber quiénes habían sido los técnicos responsables de la construcción y conducción de aquellas industrias en el período anterior, para intentar traerlos discretamente a Cuba. Uno de los técnicos, el indio P. K. Roy, fue invitado a la Isla para ayudar en lo que pudiera, pero, incluso con la presencia de Roy, la producción proyectada no fue alcanzada, por más que las dos industrias lograron producir en niveles razonables el producto, lo cual agradó a Guevara por entonces.

Al mismo tiempo, la falta de piezas de repuesto se volvía uno de los grandes problemas de los dirigentes cubanos en aquel momento. Como se habían gastado excesivamente sus reservas y sus existencias, comenzaron a producirse paralizaciones en algunas fábricas. El gobierno, para tratar de salir de la crisis, organizó, entre otros factores, una campaña de emulación que incentivó la constitución de comités de piezas, que a su vez estimulaban a los trabajadores a encontrar formas creativas y originales de resolver los problemas en las fábricas. En el nivel ministerial, el Comité Superior de Piezas de Repuesto solo recibía informaciones de asuntos de difícil solución, que no pudieran ser resueltos en los

otros escalones gubernamentales o en las empresas (Guevara, 1988b: 168-169).

El Gobierno Revolucionario preparó otra campaña, titulada «Construye tu propia maquinaria», para incentivar a los obreros a crear equipos de trabajo que copiaran todas las máquinas existentes en la Isla, y después de reproducirlas, aumentar consecuentemente el número de equipamientos industriales hechos con materiales disponibles en el país. Para ayudar al gobierno, la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) insistía con sus afiliados en que era fundamental economizar al máximo, desde gotas y kilowatts hasta materiales y combustibles, cuidar de la maquinaria y trabajar para alcanzar la máxima productividad (Miranda Fernández, 1984: 314-315). Algunos estudiosos creen que, en realidad, los problemas principales de la economía cubana no estaban necesariamente vinculados a la administración, sino eran consecuencia del bloqueo. No obstante, eso no era lo que pensaba Guevara por entonces.

En entrevista concedida al periodista Jean Daniel, él afirmó que «tenemos serias dificultades en Cuba. Pero no causadas por el hecho que el señor llama bloqueo. En primer lugar, nunca hubo un bloqueo completo. No dejamos de aumentar nuestro comercio con Gran Bretaña y Francia, por ejemplo». Y completaba: «Nuestras dificultades provienen principalmente de nuestros errores. El mayor, el que más nos causó problemas, como usted sabe, es la subexplotación de la caña de azúcar. Los otros involucran a todas las inevitables vacilaciones que la adaptación del colectivismo a una situación local implica» (Draper, 1966b: 147).

En aquel período comenzaron a surgir muchas dificultades económicas en el país. La escasez de divisas disminuía las posibilidades de mayores importaciones de productos que estaban en franca demanda en la Isla, a causa del aumento del público consumidor. Comenzaron a faltar, entre otros, productos como pan, galletas, goma, cajas de cartón, bolsas de papel, pasta de dientes, refrescos, botellas y algunos artículos farmacéuticos. En

el caso de la pasta de dientes, por ejemplo, aunque la producción había sido paralizada durante cuatro meses, había existencias suficientes para abastecer irregularmente el mercado interno hasta la llegada de un sulfato bicálcico —la materia prima para producir este artículo—, lo que llevó a los técnicos cubanos a producir, aprisa, una pasta que después de cinco semanas se volvía dura como piedra, y que debería ser obligatoriamente consumida en el mes de fabricación.

En relación con la distribución de productos, también pesaba un aspecto ético. Para el Che, no sería bueno, por ejemplo, que hubiera jabón en La Habana si este artículo no estaba a disposición de los consumidores en el campo. O sea, si no hubiera determinado producto en una localidad, el artículo no podría estar a la venta en ninguna otra parte, hasta que pudiera ser distribuido de forma justa (Guevara, 1988b: 173). Guevara consideraba que muchos podrían ser responsabilizados por los problemas de abastecimiento, desde el Ministerio de Comercio Exterior (MINCEX), el cual tendría la mayor dosis de responsabilidad (ya que debería haber analizado mejor la situación general del país, elaborado balances de existencias y previsiones de falta de productos, y reunido y clasificado las mercancías existentes, avisando a las empresas sobre las importaciones), el Ministerio de Comercio Interior (MINCIN), que había presentado varias fallas en la distribución de los productos, hasta las propias empresas, las cuales utilizaban mal sus instalaciones y no producían lo suficiente (Guevara, 1988b: 176-177).

Ya en 1962 estaba claro que el proyecto de sustitución de importaciones y de una rápida industrialización, no alcanzaba los resultados esperados, ni sería una solución factible a corto plazo para resolver los desequilibrios de la balanza de pagos. Como el propio Guevara admitiría,

nos faltó el énfasis debido en el aprovechamiento de nuestros propios recursos: trabajamos con la vista fija en la sustitución de importaciones de artículos terminados,

sin ver claro que esos artículos se hacen con materias primas que es necesario tener para fabricarlos.

Veamos ejemplos. En los próximos meses, entrará en producción una fábrica de cepillos y brochas; esta fábrica trabajará con materias primas de importación. Una fábrica de tornillos trabajará con materia prima de importación hasta que tengamos la siderúrgica. Fábrica de picos y palas, se harán con materias primas importadas. Fábrica de electrodos para soldar, se trabajará con materias primas de importación. Fábrica de alambre de púa, con materia prima de importación. Algunas más que están en parecida situación.

Todo está indicando que nos ha faltado la base de creación de la materia prima, y, en un país de nuestras características, uno de los pilares fundamentales es la siderurgia. Ya la estamos desarrollando con la ayuda de los soviéticos, y tendremos que hacerlo a muy alta velocidad, a la más alta velocidad posible de acuerdo con nuestras fuerzas y las condiciones reales, pero hasta que no la tengamos no podremos dar el primer paso para caminar solos (Guevara, 1988b: 196).

Desde diciembre de 1961, el gobierno había ampliado la campaña de ahorro a partir de la Resolución núm. 933, firmada por Raúl Cepero Bonilla, entonces presidente del Banco Nacional, que aumentó las cuentas de ahorro ordinarias y depósitos a plazo fijo de 318 millones de pesos a 583 millones en 1962 y 718 millones en 1963, un aumento de más del 100 % en solo dos años (Fernández Font, 1982: 208). Pero en 1962, a causa de la no abundancia de bienes de consumo en la Isla, se introdujo una tarjeta de racionamiento.¹² En realidad, de 1960 a 1962 la

¹² Aun así, el ingeniero Boruch Milman (responsable del proyecto que obtuvo el segundo lugar en el concurso que escogió el plano de Lúcio Costa para

balanza de pagos de Cuba presentó déficits seguidos. La exportación de productos agrícolas no aumentó como había sido planeada, y la capacidad de importación no se alteró. Algunos miembros del gobierno comenzaron a discutir si deberían continuar con su proyecto de diversificación. Aún había otros problemas. Mientras en 1962 el salario medio del trabajador era de 2 264 pesos, en 1963 llegó a 1 928 pesos, en gran parte a causa del ingreso de miles de nuevos trabajadores en el mercado de trabajo. La producción por trabajador, que era de 11 200 pesos, fue de 8 598 pesos en el mismo período (Guevara, 1988b: 228). También se pudieron comprobar problemas de indisciplina financiera de los organismos de planificación, con falta de pagos, de cobros, de

la construcción de Brasilia), que trabajaba en Cuba por esa época, diría, en carta al historiador Caio Prado Júnior que «existe ahora en la prensa [brasileña] alimentada por las agencias americanas gran explotación del tema del racionamiento de la alimentación y de algunos artículos como jabón y pasta dental. Por ironía, por otra parte muy común en esa guerra fría que involucra al mundo actualmente, justamente aquello que más sirve para uso de los enemigos del socialismo es también lo que más conviene al pueblo, al hombre común que dispone de recursos limitados y que constituye la mayor parte de la humanidad. Como gobierno socialista es sinónimo de gobierno del pueblo, racionar significa dar a todos y a cada uno una porción igual de aquello de que se dispone. No es poco; sin embargo, no estamos en el comunismo, de modo que, para dar carne, leche, huevos y frijoles a todos, a precios bajos y accesibles a cualquier obrero, se llegó a la conclusión de que era necesario racionar. Y el racionamiento garantiza: un pollo, cinco huevos, seis litros de leche, 0,3 kg de carne al mes por persona. No están racionados (y existen en abundancia): el pan, las latas de conserva, plátanos, maní, azúcar (lo digo también porque tal vez el *Estado de S. Paulo* tendrá bastante gusto en publicar alguna noticia que sugiera o insinúe que falta azúcar en Cuba...). Existen también todos los demás artículos de alimentación, como pescado, frutas, verduras, en dependencia de la estación del año, de la diligencia de cada uno y de la región del país, la obtención de los alimentos que están a la venta en el mercado libre. [...]». Ver carta de Boruch Milman a Caio Prado Júnior, Camagüey, 21 de abril de 1962, en fondo Caio Prado Júnior en el IEB/USP, código de referencia CPJ-CP-MIL001.

balances y del cumplimiento del presupuesto estatal. En 1963, por ejemplo, los órganos de planificación deberían haber distribuido 687 millones de pesos a las empresas, pero solo entregaron 435 millones, o sea, no cumplieron lo que había sido planeado (Guevara, 1988b: 229). Debemos recordar, no obstante, que en 1961 ocurrió en el país la mayor sequía del siglo hasta entonces, y en octubre de 1963 la Isla sufrió los efectos del huracán Flora, que atravesó las provincias de Oriente y Camagüey, mató a 1 200 personas, causó daños materiales en algunas ciudades y destruyó buena parte de la producción agrícola de la región.

A pesar de todos los problemas, no se puede dejar de consignar que en ese período hubo efectivamente un esfuerzo colosal de industrialización. De acuerdo con Michel Gutelman, entre 1960 y 1963 el país invirtió US\$ 850 millones en el sector, aproximadamente lo mismo que los norteamericanos habían invertido en la Isla durante cincuenta años (Gutelman, 1972: 233). Sin embargo, sabemos que eso no fue suficiente para resolver el atraso tecnológico e industrial del país de forma general. Uno de los motivos para el débil desempeño económico en los primeros años de la Revolución fue la necesidad de importación de grandes cantidades de maquinaria y equipamiento para las nuevas industrias cubanas. Toda la esfera productiva tendría que ser convertida para la maquinaria soviética o de los demás países socialistas. Esas industrias también dependían exclusivamente de piezas de repuesto y materias primas importadas. En palabras del economista René Dumont (1970: 77):

las fábricas levantadas mucho antes de la Revolución representaban [...] una especie de herencia. Pero gran parte del nuevo equipamiento que fue encomendado no podía ser puesto en funcionamiento por la falta de edificios y de personal administrativo calificado. Máquinas extremadamente delicadas, por tanto, se amon-

tonaban en las dársenas, y después en depósitos y hangares temporales. Incluso hasta un término especial fue aplicado como chiste a ellas: las personas hablaban de las máquinas como que estaban en «acumulación primitiva». En el caliente clima tropical, con sus neblinas saladas, esas máquinas estaban amenazadas de rápido deterioro, ya que cuanto más modernas eran, más frágiles se volvían (Dumont, 1970: 77).

Para tener una idea, hasta finales de 1964 solamente el 50 % de la capacidad total de la maquinaria importada estaba funcionando, debido a la falta de mantenimiento, reparaciones y organización (Draper, 1966b: 148). Todavía de acuerdo con Dumont:

La falta de piezas de repuesto muchas veces interfería en el buen funcionamiento de las máquinas; más piezas se podrían haber fabricado dentro del país. Esas piezas de repuesto deberían ser las primeras cosas importadas, ya que resuelven problemas a un costo menor que cualesquiera otras medidas. Las materias primas necesarias para uso en los equipamientos existentes son una demanda más urgente que construir nuevas fábricas, especialmente si no hay garantía de que esas puedan ser usadas [...]. Las dificultades actuales de Cuba se agravaron por la ausencia de una política industrial clara, planeada por un único centro que tuviera que responder a las autoridades políticas, los líderes revolucionarios, por las decisiones (Dumont, 1970: 78-79).

Para tratar de solucionar al menos parcialmente ese problema, Guevara insistía, desde el inicio de su gestión en el Ministerio

de Industrias, en la ayuda soviética. En carta al viceprimer ministro Mikoyán, del 30 de junio de 1961, el Che pedía «el aumento de la capacidad de la primera unidad de hierro fundido construida por la Unión Soviética, de 250 mil a 500 mil toneladas; el aumento de la capacidad de la refinería de petróleo de un millón de toneladas por año a dos 2 millones;¹³ empresas de la industria química y de celulosa con el valor de 157 millones de rublos; una planta termoeléctrica en Santiago de Cuba con potencia de 100 mil kilowatts; diversos técnicos y especialistas» (Castañeda, 1997: 253).

Fueron varios los acuerdos con los países socialistas. Hasta mediados de 1961, Cuba logró firmar contratos con diferentes firmas de aquellas naciones. El gobierno cubano obtuvo de la Unión Soviética una fábrica de limas, una siderúrgica, un proyecto para la industria mecánica, la reconstrucción de una metalúrgica, una fábrica de amoníaco, dos fábricas de ácido nítrico, dos de urea, una de nitrato de amoníaco, dos de abonos compuestos, una de superfosfato triple, una de papel periódico y otros tipos de papeles, una industria de níquel, una de elementos pre prensados, como postes para líneas, así como los pedidos ya citados anteriormente.

Los acuerdos con Checoslovaquia incluían fábricas de candados y cerraduras embutidas, una fábrica de tornillos negros y de precisión, clavos, hachas, martillos, machetes, azadas, cubiertos inoxidable, talleres de fundición bajo presión, palas, bicicletas, velas, lápices, motores diésel y compresores.

Alemania Oriental proporcionaría una fábrica de caolín, otra para beneficiar el sílex y una para procesar calzado. Para el año 1962, capacitaría al país para la producción de 25 mil husos y 500 telares; un año más tarde, 50 mil husos y mil telares; y

¹³ Los números citados difieren aparentemente de los presentados por Guevara en otras ocasiones.

en 1964 serían 65 mil husos y 1 500 telares. También talleres de aprendizaje para la industria metalúrgica, una fábrica para la trefilación de alambre grueso y cabos de acero, una fábrica de cemento blanco y gris, otra de máquinas fotográficas, y, finalmente, una industria de motores eléctricos y montajes de máquinas de escribir.

Polonia se comprometería a proporcionar herramientas manuales e instalar una fundición de acero y de hierro colado y maleable, ampliar una industria de la Owens Illinois de vidrio plano, materiales refractarios, pilas secas y similares, pequeñas prensas, astilleros, ácido cítrico, butanol, radios y televisores. Por su parte, Yugoslavia pondría en funcionamiento fábricas de *catchup*, jugo de tomate y despulpadoras en Colón, Majagua, Batabanó, Bahía Honda, Jatibonico, Los Arabos y El Caney. Bulgaria instalaría una fábrica de carbonato de calcio, de arena sílice, de feldespato y de productos marinos. Los tratados comerciales con Hungría, a su vez, indicaban el compromiso de los húngaros de montar en Cuba instalaciones de vidrios de seguridad y vidrios huecos, tubos y lanas de vidrio, fábrica para bombillos eléctricos y tubos fluorescentes, talleres de reparación y producción de partes de maquinaria agrícola, un centro de enseñanza de fabricación de máquinas-herramientas, de maquinaria agrícola y eléctrica y de manipulación de máquinas, así como una industria de producción de heparina.¹⁴

De China, los cubanos recibirían fábricas para producir cloro, DDT, policloruro de vinilo, cloruro ferroso y cloral, mangueras de gomas para la industria automotriz, correas de transmisión, unidades selladas incandescentes para vehículos, amortiguadores, accesorios para vehículos motorizados, aros para pistones, embragues, forros de frenos, bombas de gasolina, válvulas para industrias, utensilios a vapor, carbón para escobillas, fábricas para pulpa de bagazo para papel y cartón, fábricas de

¹⁴ Producto químico medicinal anticoagulante.

puntas de plumas-fuente, alfileres textiles, una de dinamita y una fábrica textil para aproximadamente 50 mil husos (Guevara, 1988b: 54-55).

Solamente en el año 1960, la Unión Soviética había concedido el equivalente a 100 millones de pesos; Rumanía, 15 millones; Bulgaria, cinco millones, y Polonia, 12 millones (Guevara, 1988b: 194). En teoría, con estos acuerdos Cuba podría garantizar un rápido desarrollo económico para el país, lo que en la práctica no era tan simple como podría parecer por entonces.

La falta de técnicos, administradores y trabajadores especializados era ciertamente un gran problema que todavía creaba dificultades para el aumento constante de la productividad, así como para obtener productos de mejor calidad.¹⁵ De acuerdo con Guevara:

Estas deficiencias deben ser atribuidas directamente al insuficiente desarrollo de los cuadros, que nada tiene de fatal, pero que debe ser atribuido al escaso trabajo realizado por el Ministerio en este punto. No logramos encontrar un sistema que nos permita desarrollar los cuadros y, al mismo tiempo, trasladar a los otros niveles aquellos cuadros que no poseen las condiciones mínimas exigidas para tareas de dirección, pero que podrían ser bien empleados de otra manera. Salvo raras excepciones, en dos o tres meses un hombre demuestra lo que vale. Es raro el caso de un compañero que evoluciona gradualmente, lentamente y con continuidad [...]. E insistimos en mantenerlos en los cuadros de directores sin que posean la cualidad y, lo que es peor, sin darles la ayuda necesaria para que, si

¹⁵ Para más informaciones, ver Huberman y Sweezy, 1970: 73.

poseen fibra, mejoren. Sucede entonces que el director, abandonado a sí mismo, cae en una especie de rutina, de conformismo, hasta que en determinado momento es necesario separarlo [...]. Es necesario seguir atentamente al cuadro, es necesario desarrollarlo; esto exige que sea fijado en una posición estable. No puede ser formado mientras gira desesperadamente como un átomo enloquecido; nuestros cuadros administrativos son lanzados de un lugar a otro sin tener tiempo de hacer una experiencia seria y razonable. Establecimos que un hombre debe permanecer por lo menos seis meses en un cargo antes de ser transferido o promovido, pero esto no fue tomado en cuenta (Guevara, 1982: 63-64).

Para tener una idea, el Ministerio de Industrias, por ejemplo, no llegó a tener más de 473 ingenieros. De los 300 agrónomos que se encontraban en Cuba antes de la Revolución, 270 dejaron el país. Por lo tanto, había una dependencia de técnicos de los países socialistas. Solo a comienzos de 1960, la Unión Soviética envió 53 ingenieros y técnicos, un empleado y cinco traductores para el Instituto Cubano de Minería; nueve ingenieros especialistas para las fábricas termoelectricas; dos especialistas en planificación de energía para el Instituto Cubano del Petróleo; así como un ingeniero de industrias químicas, un economista, un estadístico, un especialista en mano de obra, cinco traductores e intérpretes. Checoslovaquia envió 62 técnicos, entre otros, ingenieros de minas, geólogos, y especialistas en las áreas de electricidad, producción de maquinaria y la industria azucarera. Polonia envió en aquella ocasión tres geólogos; Yugoslavia, un técnico agropecuario. Hungría colaboró con un químico, y de China llegaron diez especialistas en maquinaria industrial.

Según Guevara, los técnicos más importantes que Cuba debería formar cuanto antes para ayudar en el desarrollo industrial del país, eran los de las ramas de minas y petróleo, pues solamente técnicos extranjeros colaboraban con el gobierno. Muchos jóvenes cubanos fueron enviados rápidamente a la Unión Soviética¹⁶ para una capacitación técnica. Pero la relación de los especialistas soviéticos con los cubanos no siempre fue buena, especialmente por la diferencia cultural y las formas de trabajar, lo cual contribuyó a que algunos de esos técnicos, que se encontraban en diversos sectores de la economía de la Isla, le hicieran críticas a los métodos cubanos. De acuerdo con Theodore Draper, el 4 de junio de 1962, Jruschov pronunció un duro discurso en Moscú dirigido a mil jóvenes cubanos después de completado un año de entrenamiento como mecánicos agrícolas en la URSS. El dirigente soviético convino en que más que armas y heroísmo para resolver los problemas de la Isla, era más necesario hacer énfasis en el aumento de la conciencia, la disciplina y la capacidad técnica de la población como un todo. También sería importante que se hicieran concesiones a algunos sectores sociales, más señaladamente a la clase media cubana, para que el desarrollo de la Revolución fuera garantizado (Draper, 1966b: 143). Más tarde, el propio Fidel presentó explicaciones públicas por el hecho de que muchos cubanos estuvieran insatisfechos y resistiéndose a los consejos de los técnicos soviéticos. El

¹⁶ Obsérvese que, aun enviando técnicos a otros países y entrenando estudiantes extranjeros, la Unión Soviética tenía internamente un enorme déficit de personal especializado. Entre 1946 y 1950 hubo un déficit de 17,9 % de ingenieros mecánicos, 17 % de técnicos químicos, 4 % de ingenieros en la industria ligera y textil, 66 % de economistas y 41 % en otros sectores. En 1962, en relación con las especialidades agrarias, había un déficit de 36 % de ingenieros mecánicos, 53 % de ingenieros electricistas y 33 % de veterinarios en el país. Ver Coggiola y Paulino, 2001: 43.

día 29 de junio del mismo año, según Draper, en la despedida a un grupo de técnicos de la Unión Soviética, el máximo líder de la Revolución dijo:

Sabemos de nuestras deficiencias; sabemos de muchos administradores [cubanos] que no tienen ninguna experiencia y que, en algunos casos, ni siquiera están muy politizados; y que, en otros casos, no tienen mucho sentimiento de hospitalidad.

Y por eso sabemos que un técnico [soviético] que fuera a una granja estatal administrada por un camarada experimentado y hospitalario, consciente de sus obligaciones, sería muy bien tratado; pero también sabemos que no fueron pocos los lugares en que el administrador los recibió fríamente o con indiferencia, o no fue lo suficientemente responsable para utilizar los conocimientos que ustedes poseen.

Así es que tenemos informes sobre las ocasiones en que en algunas granjas estatales los técnicos no fueron bien tratados por los administradores, o en que los administradores no hicieron uso del conocimiento de los técnicos; [...] informes como aquellos sobre administradores que pensaran que la manera de tratar bien a los técnicos consistía en llevarlos a pasear u ofrecerles muchachas (Draper, 1966b: 144).

Los técnicos soviéticos, por lo tanto, eran todavía extremadamente necesarios en aquel momento, y los miembros del alto escalón del gobierno cubano lo sabían. Su presencia representaba más que un apoyo político del Kremlin: en la práctica, ellos eran fundamentales para el desarrollo de la Isla en aquella fase específica de reestructuración económica, a pesar

del crecimiento sustancial del número de técnicos y especialistas cubanos en los años subsiguientes. Por otro lado, esos mismos especialistas ejemplificaban, aunque indirectamente, la vinculación y la dependencia cada vez mayores de Cuba con el bloque socialista en esa época.¹⁷

¹⁷ El número de técnicos y especialistas cubanos supervisados por los técnicos soviéticos creció sustancialmente en los años subsiguientes. En 1968 los trabajadores cubanos ya controlaban las máquinas sofisticadas de la planta de níquel de Moa, una de las más avanzadas del mundo. Los cubanos soldaban grietas en *heat exchangers* de titanio, que costaban US\$ 40 000 cada uno y US\$10 000 para reparaciones. Por ahí se puede evaluar el nivel de desarrollo y conocimiento técnico alcanzado. En aquel año había 46 595 trabajadores en institutos tecnológicos y 1 626 cubanos en institutos tecnológicos militares. Ver Huberman y Sweezy, 1970: 46-48.

EL DEBATE ECONÓMICO EN LA UNIÓN SOVIÉTICA Y EN EUROPA ORIENTAL

La presencia de asesores de la Unión Soviética y la mayor circulación de los manuales de economía provenientes de aquel país influenciaron decisivamente a algunos miembros del gobierno cubano en aquel período.¹ La tendencia a la descentralización que se producía en la URSS desde la mitad de los años cincuenta y las ideas de economistas reformistas como Líberman, Kantórovich, Novojílov y Trapéznikov no agradaban a Guevara, quien veía con desconfianza la implementación de prácticas que, según él, no se avenían con la realidad cubana.

Algunas tentativas regionalizadas de descentralización comenzaron a ser promovidas por Jruschov a partir de 1956, siguiendo sugerencias de Alexéi Kosiguin, que proponía una flexibilidad en el sistema de precios en las empresas. Un año más tarde, se inició un reordenamiento industrial que de forma general poco alteró la productividad de la URSS. Con la disminución de la tasa de crecimiento de la economía cada año en los países de Europa Oriental —inclusivo en los más avanzados industrialmente—, las

¹ Un ejemplo es el manual *El partido marxista-leninista*, de Kuusinen. Aunque crítico de esos manuales, Guevara, según Roberto Massari, escribió el prefacio del libro de Kuusinen utilizando las mismas jergas de los textos soviéticos (Massari, 1993: 122). De acuerdo con Ernst Halperin (1967: 47), durante los años de Jruschov la preocupación con la ideología dejó de ser función de los principales dirigentes para ser atribuida a personalidades de «segunda categoría», como el «dogmático Súslov», los «pedantes burocráticos» Pospélov y Ponomáriov y el «locuaz hablantín» Kuusinen. Carlos Rafael Rodríguez (1983b: 192), por otro lado, consideraba a Otto Kuusinen un «gran teórico» y «divulgador del marxismo», que habría escrito el «mejor manual introductorio de marxismo-leninismo publicado en español».

discusiones alrededor de la descentralización volvieron a la superficie a comienzos de los años sesenta en la Unión Soviética.² Durante los años del gobierno de Jruschov, los salarios medios de los obreros soviéticos habían subido solamente el 2,4 % por año, mientras los precios oficiales de la carne y de la leche habían aumentado del 25 % al 30 %; hubo congelamiento de los salarios desde inicios de 1960; se aplazó la puesta en práctica de medidas legislativas para la disminución de las horas de trabajo y el incremento en las rentas bajas y las pensiones para ancianos; el plan de vivienda fue acortado y hubo una disminución en el ritmo general de la actividad económica (Deutscher, 1969a: 14-15). El crecimiento industrial era menor que el previsto y los productos no eran de buena calidad.³

A partir de 1962, el debate sobre los rumbos de la planificación centralizada ganó intensidad, hasta culminar en la reforma económica soviética de 1965 y en los cambios análogos en el

² Para más informaciones sobre la tasa anual de crecimiento de la producción industrial en la Unión Soviética y países de Europa Oriental, consultar a Dobb, 1970: 42-43.

³ Para Isaac Deutscher: «el ritmo general de actividad económica disminuyó. La renta nacional líquida tuvo un aumento en 1964 de solo el 5 %, comparado con la tasa de 7 % a 8 % de crecimiento en los años anteriores (y una tasa de 8 % prevista para el año 1965). La tasa de crecimiento en la construcción y los equipamientos de fábricas sufrió un incremento de solo el 3,3 % en 1964 —previsto en 8,2 % para 1965. La escala de desarrollo industrial permanecía todavía impresionante: la industria metalúrgica, por ejemplo, con sus 85 millones de toneladas de producción anual, casi alcanzó el nivel norteamericano de inicios de la década del sesenta» (1969a: 15). Como en la era estalinista, el crecimiento era una vez más disforme y desigual, relativamente ligero en la industria tradicional (industria pesada y de armamentos), pero lento y vacilante en las nuevas industrias (fibras sintéticas y electrónica). La cantidad de la producción no era igualada por la calidad; las organizaciones comerciales estatales presentaban enormes excedentes invendibles de bienes de consumo de calidad inferior. Para más informaciones sobre la economía soviética del período, ver Baráibar, 1957: 1-8, y Laurat, 1957: 54-57.

mecanismo económico de otros países, como Checoslovaquia y Hungría, en los años subsiguientes. Lo que los reformistas proponían era que el plan para una empresa debería establecer el total de la producción en términos muy generales, pero los pormenores de la implementación de ese total deberían quedar a cargo de la propia unidad, basándose en la necesidad concreta de los consumidores. También sería interesante crear una lista resumida de los resultados de la empresa —para sustituir las múltiples listas que entonces existían—, en forma de un balance de renta líquida o ganancias, así como un fondo único de incentivos vinculado a ella⁴ (Dobb, 1970: 43). El economista Yevsei Líberman, en su influyente artículo «El plan, la ganancia y los premios», publicado en *Pravda* el 9 de septiembre de 1962, afirmaba que:

es esencial [...] construir un sistema de planeamiento y análisis del trabajo de las empresas para que tengan real interés en cumplir las metas del plan al máximo, al introducir nuevas técnicas y productos de alta calidad: resumiendo, en la máxima eficiencia en la producción [...]. El sistema propuesto liberará la planificación central de

⁴ También ocurrieron cambios en otros países, como en Bulgaria. Aunque con un proyecto más cauteloso que los de Alemania Oriental, Checoslovaquia y Hungría, el programa búlgaro tuvo repercusiones profundas en la economía del país. Al contrario de las economías alemana oriental y checa, la búlgara era en gran medida subdesarrollada. Para los líderes búlgaros, ese cuadro de subdesarrollo del país ya era suficiente para intentar otro modelo de gestión económica. Con excepción de la industria pesada, todos los demás sectores y aspectos de la economía, como la calidad de los productos, la rentabilidad y la fijación de precios, por ejemplo, iban mal. Las discusiones alrededor de las ideas de Líberman influyeron enormemente en el cambio de dirección económica del país. En el VIII Congreso del PC de Bulgaria se aprobó una resolución que aceptaba el principio de la necesidad de reforma en el sistema de administración y planeamiento, así como el aumento de los incentivos materiales en toda la economía. Para más detalles, ver Brown, 1966: 17-18.

la tutela irrisoria sobre las empresas, de las tentativas costosas de influir en la producción, por medidas no económicas, sino administrativas. La propia empresa se conoce a sí misma mejor que nadie, y puede descubrir sus potencialidades (*apud* Dobb, 1970: 44).

En relación con la ganancia de la empresa, Líberman dijo:

Nuestra ganancia –si consideramos que los precios expresan correctamente el promedio de gastos de producción de determinada rama de la industria– no es nada más que el resultado del aumento de la productividad del trabajo social concretizado en forma de capital. Ese es el motivo por el cual podemos –basándonos en la lucratividad– incentivar una real eficiencia en la producción. Pero, habiendo dicho eso, debemos recordar que estimulación no significa enriquecimiento [...]. Lo que es de beneficio para la sociedad y para el Estado se debe convertir en beneficio para cada empresa y para cada trabajador en la producción (*apud* Dobb, 1970: 44).

Por uno o dos años se produjeron experiencias en empresas seleccionadas a partir de algunos nuevos métodos defendidos por los economistas reformistas, como en el caso de fábricas de ropas, las cuales tuvieron la libertad de fijar detalles de su programa de producción de acuerdo con los pedidos de las tiendas, o sea, una flexibilización que tendía poco a poco a políticas económicas capitalistas.

En agosto de 1964, al retomar algunas ideas de Líberman, Vladímir Trapéznikov sugirió una reforma macroeconómica en el sistema de precios. Así, alrededor del Instituto de Economía Matemática de Leningrado, dirigido primero por Vasili

Némchinov (uno de los principales promotores del uso de modelos estadísticos para la planificación) y después por Víktor Novojílov (economista preocupado con la asignación de capital en la economía planificada), se desarrolló una escuela económica que apoyaba las ideas de Líberman. Por otro lado, paralelamente a las discusiones académicas y en otros sectores del gobierno, ocurría una disputa de poder dentro del PCUS, la cual culminaría con la separación de Jruschov, en tanto algunos elementos, que poco a poco ascendían en las filas del Presídium, se mostraban contrarios a la forma en que los cambios económicos se venían desarrollando en la Unión Soviética. Aun así, después de más discusiones, el premier Alexéi Kosiguin, en el discurso para el Comité Central del PCUS del 27 de setiembre de 1965 –por lo tanto después de la separación de Jruschov del poder–, introdujo oficialmente la reforma económica, que se extendió hacia la mayor parte de la industria soviética en los tres o cuatro años siguientes, y que fue incorporada al *Estatuto de las empresas industriales socialistas*, aprobado por el Consejo de Ministros el 4 de octubre del mismo año. Su primera cláusula afirmaba: «la empresa industrial socialista deberá ser la unidad básica de la economía nacional en la URSS. Su operatividad deberá basarse en la dirección centralizada combinada con independencia económica e iniciativa por parte de la empresa» (Dobb, 1970: 45).

Esas reformas tenían el objetivo principal de diversificar la producción y estimular la productividad sin, no obstante, renunciar al control estatal, pues las medidas que se venían tomando desde la segunda mitad de los años cincuenta, aun sin ser excesivamente radicales, habían logrado desmontar considerablemente el viejo sistema centralizado. En gran medida, esos cambios económicos se venían inspirando también en las ideas de Leonid Kantoróvich y su obra *Cálculo económico de la utilización de recursos*, publicada en 1960, en la cual defendía la planificación óptima, y recomendaba la aplicación en toda la economía de un método de cálculo que permitiera resolver problemas técnicos

como la distribución más racional de los trabajos relativos a las máquinas, el corte de materias primas con el mínimo de desperdicios y la distribución de las cargas entre los diversos medios de transportes. También defendería los presupuestos de Líberman y Trapéznikov en lo referente a la descentralización administrativa y a la autonomía de las empresas. El modelo de Kantoróvich fue apoyado también por economistas como Némchinov y Novojílov, quienes había elaborado un modelo parecido al suyo. Para él, solo los métodos de programación lineal permitirían obtener la máxima rentabilidad de la empresa (Favrod, 1978: 120-121).

Los críticos de la centralización exacerbada decían que debido a la autonomía muy limitada de la empresa individual, esa organización impedía el reconocimiento más amplio de las condiciones locales y se volvía demasiado compleja para los órganos centrales. Con una estructura poco flexible, con la mayor parte del proceso decisorio venido de Moscú o de las capitales de las repúblicas soviéticas, los administradores de las industrias tenían dificultades en actuar, pues necesitaban con anterioridad obtener instrucciones de los niveles superiores que, a su vez, tenían que recibir los pormenores de las unidades, para solo entonces elaborar el plan y enviar a los supervisores. Así, muchos administradores se veían atados a una situación difícil, como si estuvieran en una camisa de fuerza, ya que no podían depender solamente de sus decisiones. En palabras de I. Mirónov, otro defensor de las reformas:

Debe haber una medida adecuada de saber si una fábrica está trabajando bien o no. Debe ser estable y constante, y no influida por la administración de la propia fábrica. El único indicador de eso es el precio, y este debe ser la ganancia de la fábrica, que actúa como incentivo. El precio de un producto es la palanca económica que estimula o retiene el crecimiento de la producción. Debe llevar a la fábrica no solo a dedicarse a una

producción simple y fácil, sino también a producir lo que la economía nacional necesita (y lo que la economía necesita debe ser una fuente de utilidades y ganancia para la fábrica). Precio y métodos de medir la ejecución del plan deben ser conservados, y todos los otros indicadores obligatorios deben ser reducidos al mínimo (Mirónov *apud* Landauer, 1966: 482).

Las ideas reformistas eran defendidas por otros economistas de varios países socialistas. El profesor Ángel Milochevski, de Bulgaria, proponía la completa adopción del sistema yugoslavo. Más importante fue la intervención de otro teórico búlgaro, el profesor Petko Kunin, considerado uno de los más importantes economistas de su país en la época. Él consideraba que todas las empresas deberían ser autosuficientes financieramente, así como autónomas en relación con el Estado. Kunin proponía un nuevo sistema de planeamiento y contabilidad que permitiera una real competencia entre empresas. También se debería encontrar formas de utilización más racional y económica de los fondos de capital fijo y una mejor utilización de la fuerza de trabajo, principalmente usar la ganancia y la división de la ganancia como medios de incentivo. Para Kunin, la ganancia debería determinar la remuneración de los administradores y ser la principal fuente de aumento en el pago de salarios. Muchos consideraban estas ideas como una vuelta al capitalismo, pero Kunin insistía en que eran prácticas socialistas, y que para llegar al comunismo sería necesario desarrollar y tratar de poner en práctica ideas osadas y dar pasos audaces, realista y competentemente (Brown, 1966: 18-19). Los presupuestos de Kunin tuvieron gran influencia en el gobierno búlgaro, que en poco tiempo comenzó a ponerlos en práctica en el país.⁵

⁵ En enero de 1964, las ideas de Kunin comenzaron a ser probadas en la fábrica textil «Liliana Dimítrova», en Sofía, con innovaciones como el

El propio Iván Mirónov, en un artículo publicado en mayo de 1964 en la *Ikonomicheska Misal*, apoyaba el autofinanciamiento y la autonomía de las empresas. A partir de las experiencias ya realizadas en Bulgaria con las ideas de Kunin, proponía que los salarios y la acumulación de capital fueran vinculados al nivel de lucratividad de cada empresa individualmente; que cada empresa quedara sujeta a un impuesto sobre la propiedad, y una tasa de intereses basada en el capital fijo y circulante. Los trabajadores tendrían un nuevo papel en el sistema. Para él: «cuando las acumulaciones de la empresa y una considerable parte de los salarios dependen del volumen de la ganancia, los trabajadores no pueden quedar indiferentes a los problemas de la administración y a los resultados del trabajo en la empresa» (Mirónov *apud* Brown, 1966: 19).

Aunque algunos dijeran lo contrario, era perceptible la reorientación paulatina hacia prácticas capitalistas. Las ideas de los reformistas soviéticos ganaron varios adeptos en Cuba. La influencia de Líberman fue tan grande en aquel período que llegó a ser acuñado el término «Líbermanismo» para las prácticas de descentralización económica (Halperin, 1967: 47-49). Debemos recordar que Cuba se aproximaba cada vez más a la Unión Soviética, cuya fuerza política era sin duda un importante elemento para inducir a algunos de los dirigentes cubanos en la adopción de medidas parecidas a las suyas. Pero los casos de Cuba y de la URSS eran muy diferentes. Países de tamaño, formación étnica, organización social e historia distintos, deberían ser tratados como casos separados, por más próximos que pudieran estar en aquel momento.

financiamiento no estatal y el sistema de remuneración y premios basado en la ganancia. En el mismo mes, el *politburó* del Partido y el Consejo de Ministros anunciaron experiencias similares en otras 50 industrias a partir del primero de abril de 1964. En 1965, el experimento se extendió, con la utilización del 33,5 % de todos los trabajadores del país y contribuyendo con el 44 % del total de la producción industrial.

A partir de 1957, en la URSS, la mayor parte de los ministerios para industrias individuales –alrededor de veintisiete– fue disuelta, y sus responsabilidades fueron atribuidas a diversos *sovnarjazes*, o consejos económicos regionales, 68 de ellos solamente en Rusia. También se crearon mecanismos de control locales por el PCUS. El problema es que los organismos regionales podrían tender a producir más para su propio consumo o incentivar el desarrollo de industrias más útiles a los intereses de la región. Con miedo de desvíos ideológicos en los *sovnarjazes*, se crearon los consejos de coordinación y planeamiento en diecisiete grandes regiones económicas soviéticas. Eso significó una nueva complicación en el ya complicado sistema de control de las unidades productivas y un aumento en la burocratización del aparato estatal (Landauer, 1966: 482-484).

Tales hechos explicitan las disputas internas en el PCUS, no solo las del campo político, sino también las relativas a las concepciones de gestión industrial. A partir de 1965, los *sovnarjazes*, asociados a la era Jruschov, serían eliminados y darían lugar al Comité Estatal para el Abastecimiento Material y Técnico (GOSNAB), un organismo de proporciones gigantescas que en la época empleaba aproximadamente a 600 mil personas. Su función era repartir las materias primas, máquinas y piezas de repuesto entre las diversas unidades de producción. El GOSNAB dependía del Consejo de Ministros, pero tenía autonomía en relación con la GOSPLAN y los ministerios, que habían sido reconstituidos. Esa institución planificaba cerca de 25 mil productos, 13 mil a través de sus 21 direcciones centrales de productos –como equipamientos eléctricos y agrícolas– y cerca de 12 mil a través de 56 direcciones territoriales. Ese sistema se mostraba excesivamente complejo, pues cualquier empresa que necesitara de nueva maquinaria debería hacer pedidos directamente al GOSNAB, que entonces posibilitaría la compra para la industria; esta contactaba con un abastecedor designado, quien recibiría una orden de venta

y después firmaría un contrato pormenorizado con el comprador. En general, los plazos no eran respetados.

Los problemas en el abastecimiento llevaron al surgimiento y la proliferación de los *tolkachí*, los intermediarios oficiales, generalmente individuos bien relacionados en los servicios de abastecimiento que, por medio de retribuciones, se disponían a examinar los *dossiers* e incomodar a los responsables hasta la conclusión del negocio (Favrod, 1978: 102-103). En otras palabras: los dirigentes que asumieron el poder en lugar de Jruschov, desmontaron la nueva estructura administrativa creada por el antiguo primer secretario del PCUS, pero continuaron apoyando las reformas de Líberman basadas en el mercado, los precios, las ganancias y la iniciativa de los administradores de las empresas. Poco después, el sistema soviético también comenzó a poner énfasis en la propaganda de diversos productos, con anuncios comerciales en la radio, la televisión y los periódicos, especificando las diferencias de marcas en artículos idénticos, e induciendo al público consumidor a comprar, lo que podría llevar al consumismo y al capitalismo (Solganick, 1967: 44-45).

Toda esa tendencia de la primera mitad de la década de los sesenta a la descentralización, la burocratización, la valorización de la ganancia y la aproximación a prácticas capitalistas desagradaba enormemente a Guevara, quien combatió esas ideas de todas las maneras posibles. Pero eso también le trajo problemas con algunos elementos del gobierno de la Isla. En discusiones con miembros del gobierno cubano, el Che expresó:

Están en curso dos procesos extremadamente interesantes, en que deberíamos profundizar. Vean: cuando estuve en Moscú, tuve la ocasión de asistir a diversas discusiones científicas en un instituto de matemática aplicada a la economía, donde trabajaba gente seria, muy preparada, como son en general los soviéticos,

dueños de una fuerza y una capacidad técnica extraordinarias. Comenzamos a discutir respecto de los precios, después abandonamos el tema, pues no nos llevaba a nada. Durante las discusiones sucesivas, se me preguntó si conocía un sistema que se estaba experimentando en una fábrica soviética, que trabaja en relación directa con el público. Su aprovechamiento de productos se basa en la demanda del público y la rentabilidad de la industria se mide por las ventas. Me preguntaron: «¿Usted conoce este sistema?». Vacilé un poco y después dije: «No conozco bien este sistema en la Unión Soviética, pero ya lo vi en otro lugar. En Cuba estaba ampliamente desarrollado antes de la Revolución, pues se trata de capitalismo puro, puesto que una empresa que funciona sobre la base de la demanda del público y mide su ganancia y su criterio de gestión con relación a eso no es un secreto ni una rareza; es el procedimiento del capitalismo. La única dificultad está en que si este sistema se transfiriera de una casa de comercio a todo el complejo social daría lugar a una anarquía productiva, que necesariamente provocaría una crisis, después de la cual se debería reconstruir el socialismo».

Esto está sucediendo en algunas industrias de la Unión Soviética; son experiencias particulares y no pretendo de forma alguna probar con esto que en la Unión Soviética exista el capitalismo. Quiero decir simplemente que estamos en presencia de algunos fenómenos que se producen porque existe una crisis de teoría, y la crisis teórica se produce porque han olvidado la existencia de Marx y porque allí se basan solamente en una parte del trabajo de Lenin (Guevara, 1982: 69).

Guevara afirmó que el gobierno cubano habría sido el responsable de equívocos de varios tipos. De acuerdo con él: «fundamentalmente en el orden de la planificación hicimos dos cosas contrapuestas, imposibles de unir en la forma que estaban planteadas. Por un lado, copiamos bastante detalladamente las técnicas de planificación de un país hermano, cuyos técnicos vinieron a ayudarnos; por otro lado, mantuvimos la espontaneidad de muchas de las decisiones, sobre todo de tipo político, pero con implicaciones económicas, que hay que tomar cada día en el proceso de gobierno» (Guevara, 1982: 12).

Sobre un debate con economistas soviéticos, el Che comentó:

Había una serie de compañeros soviéticos presentes. Entonces los invité a la embajada. Ahora, bueno, vamos a ver los economistas. Enseguida se ofrecieron una serie de voluntarios de automatización, en resumidas cuentas, se me juntaron como 50. Yo fui dispuesto a dar una tremendísima batalla contra el Sistema de Autogestión. Bueno, pues yo nunca había tenido un auditorio en ese tipo de descarga más atento, más preocupado y que más rápido entendió las razones mías. ¿Ustedes saben por qué? Porque estaban ahí muchas de las cosas que yo las digo, y que las digo aquí en forma teórica porque no las sé, ellos sí las saben. Las saben porque están ahí, cuando van al médico; cuando van al restaurante, van al restaurante, cuando van a comprar algo a las tiendas, van a las tiendas, y entonces pasan hoy en la Unión Soviética cosas increíbles.

Entonces esa ligazón que tú dices, de la Autogestión entre la masa, es mentira. En la Autogestión lo que hay es una valoración del hombre por lo que rinde, que eso el capitalismo lo hace perfectamente, perfectísimamente,

pero tampoco hay ninguna ligazón entre la masa y el dirigente, ninguna. Es decir, que si nosotros tenemos defectos que estamos anotando para corregirlos, este defecto no se corrige con el método de darle un peso más a aquel que dé esto o un peso más a aquel que dé aquello, de ninguna manera.

Y aquella gente planteó cosas interesantísimas, salvo uno que hizo una intervención defendiendo los puntos de vista tradicionales. Todo el mundo intervenía y hacían preguntas realmente interesantes sobre una serie de problemas de eso que uno plantea que ustedes más o menos conocen.

De manera que es allí, precisamente en la Unión Soviética, donde se pudo precisar más claramente. ¿Quiere decir eso de revisionismo hasta trotskismo, pasando por el medio? Bueno, cuando empezamos nosotros a plantearnos estas cosas, no sé si aquí queda algún sobreviviente de aquella época. Pues decían, «está revisando», «esto hay que preguntárselo al Partido», «porque esto está feo». Ahí es donde se empezó a plantear, claro, era una cosa violenta. La Biblia, que es el *Manual*, porque desgraciadamente la Biblia no es *El Capital* aquí, sino es el *Manual*. De pronto estaba impugnada en algunos puntos y otra serie de cosas peligrosamente capitalistas, entonces de ahí surge el asunto de revisionismo (Guevara, 1982: 68).

Ciertamente esa era una dura crítica a los que defendían el nuevo modelo soviético de planeamiento.

Incluso hasta estudiosos occidentales veían las dificultades en la aplicación de los modelos de Líberman en el mundo socialista. Para el profesor Ernst Halperin, los soviéticos estarían

dando poca importancia al «Libermanismo», al considerarlo solo como una nueva técnica organizacional. Al mismo tiempo que se aumentaba el número de empresas descentralizadas, se complacía a los antiguos burócratas que habían perdido sus puestos en el viejo sistema, al darles cargos en ministerios en las capitales soviéticas para evitar una resistencia intrínseca en el gobierno. De acuerdo con Halperin:

Los líderes soviéticos aún podían decidir dar a la experiencia de Líberman una fundación ideológica apropiada al proclamar que significaría un nuevo y más alto estadio del avance del socialismo al comunismo, y al instituir algo parecido al «control obrero» en las fábricas. [...] Al presente, sin embargo, no hay ninguna indicación de que los líderes soviéticos estén ni remotamente considerando ese curso. Por el contrario, en la industria, así como en la agricultura, una rehabilitación parcial de Stalin está haciendo que sea cada vez más difícil aportar motivaciones ideológicas para las reformas prácticas urgentes y necesarias. [...] En la ausencia de algún estímulo ideológico, la reforma de Líberman nos parece sentenciada al fracaso —por la misma razón que las dos tentativas sucesivas de descentralización, conducidas igualmente sin imaginación, ideología y de forma puramente pragmática, ya fracasaron en Checoslovaquia. En este caso, puede haber una mayor disminución en la productividad y la tasa de crecimiento, con efectos dañinos para el *status* de potencia mundial de la Unión Soviética, que difícilmente podrán ser evitados (Halperin, 1967: 49).

Era exactamente lo que Guevara pensaba en aquella época. Con la salida de Jruschov y la ascensión de la troica liderada por

Podgorny, Kosiguin y Brézhnev⁶ al poder, a finales de 1964, se advierte la decadencia gradual de la Unión Soviética como superpotencia hasta fines de la década de los ochenta, que culminó, poco después, con la *perestroika* de Gorbachov y la desintegración del país.

Creemos que es útil también comentar rápidamente algunas de las ideas del economista polaco Oskar Lange, uno de los más destacados estudiosos de la planificación socialista. Según Lange, para instituir un sistema planificado sería fundamental primeramente observar con atención las condiciones histórico-concretas de la transición del capitalismo al socialismo en cada caso específico. Esas particularidades determinarían las acciones del Estado y los diferentes tipos de procedimientos de planificación. La planificación estaría constituida por tres aspectos: las metas del plan (prioritaria y realísticamente en escala nacional), la formulación de un plan consistente, y la selección de los medios de su ejecución. En general, los planes surgían como forma de reestructuración económica, con el objetivo de renovar y modernizar técnicamente las economías en cuestión dentro de algunos límites factibles. Como en su mayoría los países en transición al socialismo eran atrasados, las ideas básicas eran la industrialización y la modernización agrícola. Los gobiernos tendrían que preocuparse, por lo tanto, de resolver los problemas de recursos para la acumulación de capital (proveniente de la ganancia de las empresas, las contribuciones de la población rural en diversas formas, y los impuestos) y la asignación de las inversiones. La metodología de inversiones se basaba ante todo en principios de contabilidad y elaboración presupuestaria originarias de las

⁶ Podgorny era el jefe de Estado, ya que ejercía el cargo de presidente del Presídium del Soviet Supremo de la Unión Soviética; Kosiguin, el jefe de gobierno, era presidente del Presídium del Consejo de los Comisarios, y Brézhnev, el primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética, y quien tenía efectivamente la mayor parte del poder político.

empresas capitalistas, creando un sistema de balances, calculados a partir de la producción de diversos artículos del sector productivo, así como de las reservas existentes y de la mano de obra del país. Los balances eran, pues, organizados en un plan de flujo de productos. Por eso, la contabilidad nacional debía considerar la composición de la producción juntamente con el total de los recursos financieros disponibles, con el objetivo de dar un equilibrio en las cuentas del Estado y viabilizar sus proyectos. El balance general de la economía tendría que ser armónico, coordinado con otros balances y sistematizado en forma de inventarios, fuentes de renta nacional y distribución.

Los países socialistas habrían pasado por una primera fase de planificación cuando el objetivo principal sería el desarrollo de la capacidad productiva de la economía. Una segunda fase, sin embargo, se hacía necesaria, y con ella cambios de prioridades. O sea, era importante discutir las finalidades y las direcciones del crecimiento económico, utilizando diversos índices numéricos, diferentes abordajes y las necesidades objetivas de la población. Lange también citaba la importancia de los incentivos, la formulación del plan a través de computadoras y el cálculo de la optimización de los resultados económicos. Él afirmaba, en relación con la empresa en los países socialistas:

Dos extremos pueden poner en riesgo el carácter socialista de la empresa. Uno es la ausencia de delegación del interés público. En ese caso, la propiedad de los medios de producción, cualquiera que sea formalmente su carácter legal, deja de ser la propiedad socialista para convertirse solo en la propiedad grupal destituida de cualquier responsabilidad para con la sociedad. A ese extremo le damos el nombre de degeneración anarcosindicalista.

El otro extremo, al que llamaremos degeneración burocrática, ocurre cuando no hay un autogobierno efectivo de los trabajadores en las empresas. En esos casos, el carácter socialista de la propiedad de los medios de producción se vuelve ficticio, porque los trabajadores tienen una reducida influencia en el uso práctico de los medios de producción. La influencia que acaso exista se procesa a través de los canales de una máquina burocrática centralizada. Surge entonces el peligro de la «alienación» (para usar una expresión bien conocida por Marx) del productor en relación con su producto; lo sigue una deformación del carácter socialista de las relaciones de producción. La propiedad socialista de los medios de producción significa ambas cosas: el uso de los medios de producción en interés de la sociedad como un todo, y la participación democrática efectiva de los productores y otros trabajadores en la administración de los medios de producción (Lange, *apud* Singh *et al.*, 1966b: 92).

Esas afirmaciones están de acuerdo con el pensamiento del Che sobre la empresa socialista. Por más complicado y centralizado que fuera el proyecto de administración del aparato industrial en Cuba, Guevara siempre insistía en que las decisiones fueran tomadas en diversos niveles y que tuvieran la participación efectiva de los trabajadores: «Claro que el Gobierno no puede dictar normas, hacer planes, fijar metas, sin la participación del pueblo, pues en ese caso sería un plan frío, burocrático. Por eso mismo, la empresa debe recurrir a sus funcionarios y obreros para discutir los planes, para incorporar a la gente a la producción y a los problemas de la producción, de tal forma que el resultado final sea algo vivo, producto de discusiones prácticas sobre temas determinados y que puedan ofrecerse conclusiones acabadas» (Guevara, 1982: 132).

Sin embargo, las discusiones de Lange sobre la planificación también se extendían a los países en desarrollo que no eran necesariamente socialistas. Pero, como varios casos que citaba eran de democracias populares, algunos de sus análisis específicos se basaban principalmente en la planificación socialista. Guevara citó extensamente a Lange en su artículo «El Sistema Presupuestario de Financiamiento», publicado en la revista *Nuestra Industria, Revista Económica* en febrero de 1964. En ese texto, el revolucionario argentino una vez más mencionaba la importancia de utilizar las técnicas capitalistas útiles para el desarrollo del país en la transición al socialismo (Guevara, 1982: 186-187). Pero solo para ayudar a mejorar los aspectos tecnológicos y administrativos. O sea, sería posible aprender mucho con las técnicas de las empresas capitalistas, pero se debían utilizar esos conocimientos para desarrollar más profundamente el socialismo, que necesariamente tendría componentes ideológicos y culturales como parte integrante y fundamental en el avance de la construcción de la conciencia comunista.

Para el Che, las industrias soviéticas estaban excesivamente atrasadas en relación con las empresas occidentales, tanto en materia de contabilidad, costos y control de inventario, como en maquinaria. Una delegación cubana, por ejemplo, al visitar una fábrica de productos electrónicos en la Unión Soviética, con aproximadamente cinco mil obreros, observó que la empresa aún utilizaba el ábaco como única forma de cálculo de costos! En cambio, en Cuba, las antiguas industrias norteamericanas nacionalizadas, como la Compañía Cubana de Electricidad, tenían máquinas de perforación de tarjetas IBM, consideradas las más modernas de la época (Borrego, 2001b).

En 1965, las reformas llegaron oficialmente a Polonia, siguiendo la tendencia en otros países de Europa Oriental. Los planes deberían, a partir de entonces, ser más científicos y menos arbitrarios, con el cálculo de costos y ganancias teniendo un papel

cada vez mayor en todos los niveles de decisión, el aumento de reservas y la descentralización de decisiones sobre asignación de recursos.⁷ El objetivo, como en los otros casos, era mejorar la calidad de los productos, aumentar la productividad y desestimular la producción sistemática de bienes con poca posibilidad de venta. O sea, el plan debería dirigirse cada vez más hacia las empresas y sus trabajadores.⁸

La descentralización polaca reorientó varias instancias decisorias de los ministerios hacia las *zjednoczenia*, las asociaciones industriales, cada cual responsable de todas las empresas de determinada rama de la industria.⁹ Esas asociaciones deberían ser autónomas, autofinanciadas, con sus propias inversiones y fondos de incentivos. Las metas para las empresas, consecuentemente, también cambiaron y ya no eran consideradas como criterio principal de desempeño, por lo que fueron sustituidas por una tasa de lucratividad definida como el total de ganancias obtenido antes del pago del impuesto dividido entre el total de los costos de producción. Así, cada empresa tendría una meta de lucratividad que debería aumentar a lo largo de los años. Los

⁷ Para más informaciones sobre los planes económicos polacos anteriores, ver Harris, 1949: 432-453.

⁸ Debemos recordar que en ese momento ya no estaba más la participación de Lange. En relación con Cuba, Guevara tampoco estaba ya participando directamente de los asuntos económicos de la Isla.

⁹ Dirigentes polacos, sin embargo, ya habían mostrado cierto escepticismo en relación con la descentralización y la autogestión obrera. Para W. Gomulka, primer secretario del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP), «si cada fábrica se convirtiera en una especie de empresa cooperativa de trabajadores, todas las leyes que gobiernan la empresa capitalista se revigorarían y producirían todos sus resultados usuales. La planificación central y la administración [...] tendrían que desaparecer». Tal vez eso explique en parte la mayor cautela de las reformas en Polonia en relación con otros países. A pesar de las críticas, los cambios continuaron ocurriendo. Ver McFarlane *apud* Deutscher, 1969b: 106.

premios y bonos estatales serían pagados a partir del cumplimiento de esas metas.¹⁰ En vez de recibir inversiones gratuitas directamente del gobierno, las empresas recibirían un crédito bancario para la construcción de nuevas fábricas, a ser pagado con las ganancias de la empresa, sin intereses, en caso de que no hubiera atraso en el cumplimiento del objetivo. Las decisiones sobre sustitución de material antiguo y modernización industrial estarían en manos de las empresas, que deberían financiarlas a partir de sus ganancias. Las decisiones sobre los precios continuarían siendo centralizadas. Aun siendo menos radicales que en Checoslovaquia, por ejemplo, las reformas polacas avanzaron en dirección al capitalismo, al adoptar la lucratividad como principal indicador del desempeño de las empresas e introducir préstamos para las inversiones y tasas de intereses a ser pagados en dinero. Teóricamente, tales cambios habían sido influenciados por el propio deseo de las empresas. En 1964, una investigación con 354 administradores de fábricas mostró que el 85 % de ellos consideraba al sistema de centralización de asignación de materiales como el mayor impedimento para hacer más eficientes las opera-

¹⁰ Lange aparentemente apoyaba esa medida: «Mencionaremos un ejemplo de la experiencia polaca: el hecho de que los premios pagados al personal administrativo y a los trabajadores en las empresas estuvieran relacionados con la medida en que el plan se ejecutaba provocó, con la regularidad de una ley económica, dos consecuencias: primera, los planes eran demasiado modestos, porque existía el incentivo de un plan modesto que puede ser fácilmente superado; segunda, los planes tendían a ser superados solo ligeramente, de modo que no fueran ampliados en exceso en el año siguiente. [...] Deseamos, por así decir, abolir ese tipo de ley económica. Al contrario de eso, los premios serán basados en los mejoramientos relativos de la empresa en relación con el año anterior» (Lange *apud* Singh *et al.*, 1966b: 90). Hemos de recordar que ese artículo fue escrito en 1957. Los polacos, por lo tanto, ya venían probando diversos mecanismos diferenciados de gestión económica mucho antes de que implementaran oficialmente sus nuevas políticas económicas.

ciones de la empresa. Algunos críticos consideraban que el sistema no tenía muchas posibilidades de ir adelante, pues varias instituciones gubernamentales aún utilizaban prácticas centralizadas, no enviaban en tiempo las metas de producción y ganancia para la empresa y no penaban a las fábricas que no se conformaran al sistema. En algunos casos, las metas de producción anuales llegaban con seis a nueve meses de atraso, después del comienzo del año. O sea, los planes aún eran elaborados de acuerdo con métodos antiguos (Smolinski, 1966). Guevara estaba en contra de esas reformas, que ya se venían experimentando desde hacía algunos años en aquel país. En relación con el sistema polaco, el ministro de Industrias de Cuba afirmó:

Quería decirles que yo estaba leyendo algunas cosas de los análisis que estaban ocurriendo ahora en el campo socialista por los problemas que han tenido, y precisamente estaba leyendo la Resolución del Pleno del XIV Congreso del Partido Polaco,¹¹ una síntesis hecha por el pleno del Partido, por el Presídium. Además, algunas intervenciones de compañeros del Buró Político donde se plantean los mismos problemas que a nosotros nos achacan como debilidad del sistema.

En Polonia, donde nadie puede sospechar que haya otra cosa que el llamado cálculo económico, los problemas de las inversiones, los problemas de los costos, la gente que ingresa, los trabajadores ingresan —hasta ellos estaban hablando—, ingresan de bomberos de las fábricas y de cuidadores de puertas de la fábrica. Los trabajadores administrativos que aumentan, el poco análisis de los costos que hacen las fábricas, cómo se preocupan en aumentar la producción sin cuidarse de

¹¹ El Partido Obrero Unificado Polaco (POUP).

surtir y cómo los productos en la distribución quedan sin distribuir; toda una serie de problemas que se nos achacan a nosotros como característicos del Sistema de Financiamiento Presupuestario, están ahí escritos, uno por uno, por los polacos. [...]

El camino a donde conduce en definitiva el cálculo económico cuando llega desde el punto de vista filosófico, cuando llega como debe llegar a un callejón sin salida, conduce, por la lógica de los hechos, a tratar de resolverlo por el mismo sistema, aumentar el estímulo material, la dedicación de la gente específicamente a su interés material y por ahí al libre fuera de la ley de valor, y por ahí al resurgimiento, en cierta manera, de categorías ya estrictamente capitalistas. Cosa que ha sucedido hace tiempo y que ahora Polonia lo está probando y que creo que también van a aprobarlo otros países socialistas (Guevara, 1982: 57-58).

Cuando Guevara atacaba las nuevas formas de administración de los países socialistas y defendía su esquema, intentaba demostrar que los eventuales problemas no se encontraban necesariamente dentro del Sistema Presupuestario de Financiamiento. Las posibles fallas no serían intrínsecas al modelo, que no podría ser responsabilizado por las dificultades económicas de la Isla. Para él, los problemas de Cuba eran resultado del propio cambio de composición de la economía del país y de la poca experiencia de los nuevos administradores.

Otro caso de descentralización administrativa muy discutido en el mundo socialista a inicios de los años sesenta fue el de Yugoslavia y su forma más flexible de gestión de empresas. Incluso admirando al mariscal Tito, Guevara fue un duro crítico del sistema yugoslavo (Bandeira, 1998: 178).

Yugoslavia era un país pequeño, básicamente agrícola, con pocos recursos naturales y formado por repúblicas asociadas –Croacia, Montenegro, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina y Serbia–, donde se incluían dos regiones autónomas: Kosovo y Voivodina. En tanto la pequeña propiedad rural y la *zadruga* (comunidad patriarcal) eran formas consolidadas en Serbia, las grandes propiedades predominaban en Croacia, Montenegro y Macedonia.

A lo largo de la Segunda Guerra Mundial, Tito, al liberar a varios territorios, comenzó a implementar en ellos diversas reformas sociales, expropiando tierras de los alemanes, de los traidores, de las sociedades anónimas y algunas de la Iglesia, limitando a 45 hectáreas la propiedad rural y redistribuyendo las tierras. En 1946 se produjo la nacionalización de las industrias, anteriormente controladas por alemanes, italianos y colaboradores de los invasores. Inicialmente, 42 sectores fundamentales de la industria fueron nacionalizados, y, a continuación, una segunda nacionalización profundizó las medidas ya tomadas por el nuevo gobierno. Así, el Estado pasó a tener en sus manos todas las industrias, así como los sectores de transportes, minero, bancario, etcétera.

En abril de 1947, el gobierno yugoslavo sentó las bases para un plan quinquenal cuyo objetivo era quintuplicar la producción agrícola e invertir, año tras año, por lo menos el 30 % de todo el PIB, tratando de seguir el ejemplo de los planes tradicionales soviéticos. Con la ruptura con Moscú en 1948, Belgrado comenzó a promover una nueva experiencia administrativa, la cual inicialmente fue exaltada por diversos marxistas independientes y antisoviéticos como un nuevo ejemplo de socialismo humanista, pero que después de algunos años mostró fallas graves que llevaron al país a apartarse cada vez más del socialismo. Las ideas de autogestión obrera, principalmente inspiradas por Kardelj, eran una reacción contra la burocracia y la excesiva centralización anteriores. Para los seguidores de ese modelo, la

centralización se caracterizaría por el colectivismo autoritario, que imposibilita la iniciativa individual, y presenta excesivo control vertical y peor productividad. También habría una nueva forma de explotación, pues una capa social monopolizaría las funciones de administración de la producción y distribución de la ganancia. Los burócratas, actuando en nombre de los trabajadores, serían los nuevos explotadores.

Así, se comenzó a implementar el sistema de autogestión, en 1949 de forma consultiva, y posteriormente con poderes de decisión por la ley, el 27 de julio de 1950. Por supuesto, esa fue una medida mucho más política que económica, pero poco a poco se fue consolidando en el país. Durante un discurso, Kardelj dijo que la Unión Soviética habría exagerado el papel del Estado, por lo que habría asumido una posición económica muy especial dentro del sistema de relaciones sociales. Para él, la evolución hacia el socialismo en Europa Occidental a través de la estructura política existente sería viable y ya estaría ocurriendo. La Revolución yugoslava habría sido necesaria a causa de la inhabilidad de la burguesía local en avanzar en la historia y, por lo tanto, sería tarea del nuevo régimen alterar el equilibrio de las fuerzas sociales en favor del socialismo a través de la industrialización. Por eso también la necesidad de disciplina interna. Pero Yugoslavia habría logrado, a diferencia de la Unión Soviética, evitar el burocratismo al iniciar un *supuesto* intento de gradual desaparición del Estado a través de medidas que daban más poder a la propiedad social, o sea, a los consejos obreros (Brzezinski, 1965: 189).

Las críticas al viejo sistema eran muchas. Los yugoslavos creían que las evaluaciones globales en cantidades y objetivos cuantitativos impuestos a las empresas, imposibilitaban cualquier iniciativa individual. Para ellos, había falta de estímulos, empleo por coerción, predeterminación y racionamiento del consumo, y tendencia a que la planificación pudiera extenderse hasta otras áreas, como artes y ciencias. Así, ese modelo debería ser sustituido

por otro más maleable, con planes más generales, que dieran más libertad a los consumidores y dejaran a las empresas con más poder interno de decisión. A partir de ahí se reestableció el mercado libre en el país, con la posibilidad de creación de empresas que podían escoger su producción e inversiones, vender libremente sus productos y fijar los precios. La planificación yugoslava definiría solo los objetivos generales en términos monetarios, y no en cantidades, y no fijaría autoritariamente las determinaciones a las empresas. Su objetivo era controlar el equilibrio de la demanda y de la distribución, para tratar de asegurar el desarrollo económico a partir de proporciones fundamentales de grandes masas.

El plan general sería elaborado por el departamento federal de planificación económica, con aproximadamente 200 funcionarios, discutido por el consejo ejecutivo y, después de completado, sometido a votación en el propio consejo ejecutivo y en el consejo federal de productores.¹² Cada plan fijaría las líneas generales de desarrollo, o sea, la tasa de crecimiento del PIB (en general del 9 % al año) y el desarrollo de las regiones más atrasadas. El plan también fijaría la relación entre consumo social –la satisfacción de las necesidades colectivas por los servicios públicos– y consumo individual, así como las grandes masas de producción que debían ser desarrolladas. El gobierno yugoslavo terminó con el racionamiento, la entrega obligatoria de cosechas, la distribución

¹² Los consejos de productores eran órganos representativos creados por una ley constitucional de 1953. Existían en diversos niveles. En el nivel nacional, tenían los mismos derechos que la Asamblea Nacional en relación con la legislación económica, social y laboral. Los consejos de productores también existían en repúblicas y comunas. Comprendían solo a los representantes de la agricultura, artesanado e industria, elegidos por los productores proporcionalmente a la participación de cada sector en la renta nacional. Los consejos de productores tenían como función reconocer la situación de diversos sectores y organismos económicos, de los planes, presupuesto y distribución de fondos, y eran un poderoso medio de luchar contra algunas posibles tendencias de particularismos en los órganos locales de poder.

administrativa de los bienes y las materias primas, etc. En la primera fase (1950-1953), la nueva planificación económica tenía como objetivo imponer una tasa mínima de utilización de la capacidad de producción, fijada por rama, que variaba alrededor del 5 %, un fondo de salarios correspondiente, los salarios mínimos en dependencia de cada categoría, un volumen mínimo de inversiones gubernamentales, la contribución para alimentar los fondos sociales de la federación, de las repúblicas y de las comunas a partir de los impuestos y seguro social, y la libertad para que las empresas utilizaran el remanente del capital excedente como mejor quisieran. En 1954, algunos de esos instrumentos fueron abolidos y otros flexibilizados. O sea, Yugoslavia intentó reconstruir su modelo económico a través de medidas graduales en dirección al mercado libre.

Se creó un fondo nacional de inversión, así como los instrumentos similares en las repúblicas y comunas.¹³ Su objetivo era controlar la parte todavía centralizada de las inversiones, en tanto otros serían responsabilidad de las empresas.¹⁴ Como no siempre las empresas estaban en las mismas condiciones financieras, se creó un fondo especial para ayudar a las compañías más pobres. Los bancos eran comunales, con representantes de las empresas locales y un representante del consejo obrero. Sus utilidades no se obtenían mediante los intereses recibidos, sino mediante las

¹³ Las comunas eran los únicos organismos de los cuales las empresas realmente dependían. Eran ellas –y no la administración central–, las que representaban la colectividad ante las empresas. Había 708 comunas en Yugoslavia, con cerca de cinco mil a veinte mil habitantes. La comuna creaba la mayoría de las empresas, designaba a sus directores, recibía parte de las ganancias y les concedía préstamos en algunas ocasiones.

¹⁴ En diciembre de 1963, el Fondo Nacional de Inversiones fue prácticamente abolido. Había sido un instrumento importante para unificar las ramificaciones del conjunto de la economía a partir de la distribución de fondos a los sectores e industrias que necesitaban desarrollarse, considerando su importancia dentro del plan.

comisiones sobre las operaciones. Su papel principal, por lo tanto, sería la atribución de fondos y el control de su utilización. Los recursos del Banco Nacional provenían de donaciones presupuestarias, y de intereses y anualidades pagadas por las empresas endeudadas. En su mayor parte, los fondos serían empleados en programas de desarrollo acelerado de las regiones más atrasadas, así como en obras públicas de gran porte, como construcción de carreteras, drenaje e irrigación, entre otras. Otra parte de ellos sería utilizada para completar las inversiones de las empresas y comunas para ejecutar los proyectos que merecerían el apoyo del Estado.

Se comenzaron a cobrar impuestos progresivos sobre las ganancias líquidas de las empresas, que eran traspasadas a los diversos fondos de la federación y de las unidades territoriales. Otro impuesto se aplicaba a la parte de las ganancias de la empresa cuando estas sobrepasaban el 20 % de las ganancias personales. Los precios de algunos productos básicos eran fijados y otros, como el de ciertos productos industriales, bloqueados. Los aumentos debían ser aprobados por el Estado treinta días antes de ser hechos efectivos. Diversos productos agrícolas tenían sus precios controlados, así como alimentos esenciales, vivienda y transportes. El resto de los precios era libre, principalmente de los bienes de consumo. Algunos contratos comerciales se prohibían a las empresas, si no formaran estatutariamente parte de sus negocios. Las empresas tampoco podían comprar con intermediarios, crear monopolios, imponer mercancías a los consumidores como condición de suministro y vender mercancías entre empresas. El Estado controlaba el comercio exterior (Laserre, 1966).

Para los economistas yugoslavos, el libre mercado sería un criterio de rentabilidad de las empresas, al mostrar cuáles serían las más eficientes y las que merecían continuar existiendo. O sea, sería un estímulo al aumento de la productividad. También

señalaría cuáles empresas habrían logrado adaptar su producción a las necesidades de los consumidores. En 1962 se corrigieron varias medidas de liberalización y descentralización tomadas el año anterior, principalmente en el aspecto de la distribución de los salarios en detrimento de las inversiones y la distribución de las ganancias no realizadas. En ese año, se intensificó el control del comercio exterior, se fundieron varios departamentos profesionales en un único departamento económico y se instituyó una comisión especial de coordinación para seguir más atentamente la ejecución del plan.

Fueron muchas las críticas al sistema yugoslavo. Para algunos, comenzó a producirse un crecimiento del sector de capitalismo privado en la producción de bienes superfluos, mientras el sector privado de la agricultura todavía era responsable del 85 % de las tierras. La autogestión sería una forma que permitiría al capitalismo desarrollarse, y una nueva casta, el burócrata-agente, surgiría a partir de los gerentes industriales (McFarlane, 1969b: 107). Eso, juntamente con la utilización de incentivos materiales, estimularía la motivación por la ganancia.

Desde la ruptura con la Unión Soviética, en 1948, cada vez más economistas formados en instituciones occidentales e influenciados por prácticas capitalistas fueron ganando fuerza dentro del gobierno yugoslavo. Borís Kidric, presidente del Consejo Económico y de la Oficina de Planeamiento Federal, comenzó a defender el uso ampliado de las leyes de oferta y demanda, y no la planificación centralizada, por motivos prácticos (McFarlane, 1969b: 109). Aquellos que querían mantener el sistema centralizado hasta que la economía hubiera alcanzado un nivel más alto, fueron sustituidos poco a poco. Así, personalidades como Nikola Cobelic y Radmila Stojánovic, ambos asesores de la Comisión de Planeamiento, presentaron la dimisión, y en sus lugares fueron incorporados economistas conservadores, que regresaban al país después de haber terminado sus cursos de posgrado en Inglaterra

o en los Estados Unidos. Así, economistas como Branko Horvat y el profesor R. Bicanic se hicieron figuras influyentes dentro del gobierno.

Pero la situación económica de Yugoslavia estaba lejos de ser buena. En 1963, por ejemplo, solo el 54 % de la capacidad industrial se estaba utilizando, en parte porque las máquinas dependían de materias primas que no llegaban y por la falta de energía, que no había sido suficientemente desarrollada, en la prisa por la descentralización. El aumento de los tributos sobre el capital fijo también se mostró ineficiente. Esa tasación fue instituida con el objetivo de compensar la capacidad ociosa de algunas firmas monopolísticas en aumentar la producción y reducir los precios. El caso es que, de hecho, desde 1954 habían surgido algunos sectores monopolizados —incluso siendo contrarios a los estatutos generales del proyecto gubernamental—, y muchas industrias no demostraban una satisfactoria competitividad. La situación económica llegó a tal punto en el período que la capacidad ociosa del sector permitía un aumento de por lo menos el 20 % en la producción sin la necesidad de ninguna inversión (McFarlane, 1969b: 113-114).

Paradójicamente, hubo un aumento en la producción industrial entre 1963 y 1964, ya que parte de las inversiones fue desplazada hacia proyectos de racionalización y optimización de la operacionalización del trabajo en las fábricas, y de reorientación de capitales hacia algunas regiones menos desarrolladas (McFarlane, 1969b: 114). A partir de 1964, los bancos de inversiones fueron abolidos, y en su lugar entraron los bancos económicos, que funcionaban por la motivación de la ganancia, con préstamos a los mercados de inversiones y altas tasas de intereses. Esto también aumentó el derecho de las empresas de conseguir créditos a largo plazo. Ese sistema hizo que los fondos de los bancos fueran canalizados principalmente hacia los sectores más fuertes de la economía. Los órganos centrales solo controlaban el porcentaje de participación del inversor (McFarlane, 1969b: 115).

En los primeros años de la década de los sesenta, hubo un constante aumento en el costo de la vida, que del 7,5 % en 1961, fue al 10,5 % un año más tarde. En agosto de 1964 se aumentó por decreto el costo de la vida al 24 %, mientras los salarios mínimos tuvieron una elevación del 10 % en el mismo año. Entre agosto de 1964 y marzo de 1965 hubo un aumento del 33 % en los precios generales, mientras los salarios crecían solo el 15 % en el mismo período. También había un recelo implícito de que altas tasas de productividad y lucratividad de las empresas, fueran motivo para mayores tasaciones del gobierno. Por eso, con miedo de una tributación sobre las utilidades elevadas, muchas empresas dejaban de invertir en la renovación de maquinaria y las innovaciones tecnológicas que podrían aumentar la producción.

De forma general, se produjo una creciente reacción contra la idea de una planificación centralizada. En el período entre 1961 y 1965, comenzaron a publicarse en Yugoslavia muchos artículos en apoyo a la mayor autonomía de decisión económica de las empresas y comunas.¹⁵ Eslovenia, por ejemplo, se negó en 1964 a implementar el plan sugerido por el gobierno central y decidió adoptar una estrategia general de desarrollo decidida por el propio Parlamento de aquella república. En la práctica, surgieron desigualdades entre las empresas y entre los individuos y una sobrevalorización de la ganancia. También hubo una aproximación cada vez mayor con Occidente y con las prácticas capitalistas de forma general. Algunos años más tarde, muchas

¹⁵ Por ejemplo, el artículo de V. Bakáric, en la revista *Economska Politika*, del 10 de noviembre de 1964, para quien: «hoy en día nos estamos aproximando a cambios en el sistema económico a partir del punto de vista de la centralización *versus* la descentralización. Simplificando la cosa aún más —tengo yo solo el poder o cinco de nosotros lo tienen. En ese particular, la base ideológica, la base de las relaciones económicas o sociales, en esa hazaña, no se altera. Debemos dirigirnos al campo de las relaciones económicas más libres» (McFarlane *apud* Deutscher 1969b: 119).

empresas europeas y norteamericanas comenzaron a invertir en el país. Un artículo publicado en el *New York Times* el 19 de agosto de 1968 afirmaba:

El capital occidental ganó una importante base de apoyo en Yugoslavia y está ayudando a transformar lo que antes había sido básicamente un país agrícola en un nuevo Estado industrial. Inversiones de empresas tan diferentes como la Fiat –gigante automovilística italiana– y la Printing Developments, Inc., de la ciudad de Nueva York –una subsidiaria de la *Time*, Inc.–, representan tanto las demandas voraces por capital para nuevos mercados como la intención consciente del Estado comunista de aceptar la economía de mercado y la mayor parte de sus trampas.

Conversaciones con funcionarios de Belgrado especializados en actividades económicas muestran su firme convicción de que este camino será seguido por otros países de Europa Oriental. Para ellos, Yugoslavia es quien va a dar la dirección en el Este Europeo, así como será una vitrina para el capital occidental. Las compañías occidentales que actúen aquí tendrán enormes ventajas competitivas cuando los mercados sean abiertos en el resto de Europa Oriental.

Continuando las reformas que transfirieron el control de las empresas del Estado hacia ellas mismas e introdujeron las disciplinas del libre mercado y el incentivo a la ganancia, Yugoslavia promulgó una ley igualmente revolucionaria un año atrás para atraer capital extranjero.

La ley no fue hecha efectiva sin antes tener una fuerte oposición de aquellos amedrentados con la idea de que

el capital occidental iría a dominar los sectores clave de la economía. Para salvaguardarse contra esa posibilidad, prohibieron al capital extranjero adquirir más del 49 % de las acciones de las empresas yugoslavas. [...] [Estas] son controladas por los propios trabajadores a través de consejos obreros, los cuales, a su vez, nombran una junta de profesionales, como contadores e ingenieros de producción, para administrar sus fábricas.

Al inicio, las compañías extranjeras estaban reacias a involucrarse porque creían que su posición minoritaria no les daría ningún control directo sobre su inversión. [...] Los extranjeros tienen el permiso de transferir las ganancias fuera del país con la condición de que depositen el 20 % en los bancos yugoslavos. Pueden vender su participación a otras compañías extranjeras con la condición de que primero ofrezcan la venta de las acciones de vuelta para la compañía yugoslava.

La ley produjo algunos resultados impresionantes.

La Fiat, que está aportando la tecnología y la mayor parte del equipamiento para una gran fábrica de automóviles soviética, invirtió US\$ 10 millardos en la compañía yugoslava Crvena Zastava (Bandera Roja), que produce los carros Fiat bajo licencia.

La compañía norteamericana, de acuerdo con la información publicada aquí, entró en una *joint venture* con la Beogradski Graficki Zavod (Compañía de Impresión Gráfica de Belgrado) para impresión en colores utilizando un nuevo y especialmente rápido equipamiento de procesamiento de los Estados Unidos (*apud* Sweezy, 1972: 6-7).

Para el economista Oskar Lange, las fases iniciales del desarrollo de una economía socialista deberían seguir un patrón determinado, o sea, algo parecido a la economía de guerra. En otras palabras: consideraba que si las fuerzas productivas de un país estaban en una fase atrasada, sería fundamental la centralización política y económica, tratando de racionalizar al máximo las fuentes de producción, la fijación de precios y las técnicas de control. Lange creía que, por más duro que fuera ese período, esa sería una necesidad histórica. La flexibilización política y económica solo vendría gradualmente, cuando la economía nacional estuviera en una fase más desarrollada y madura. No obstante, para los defensores del sistema yugoslavo lo que había ocurrido era lo opuesto. Yugoslavia supuestamente habría probado que el mercado socialista sería posible en el período de transición. Con una mayor abundancia de mercancías y un mejor nivel de vida de la población, se podría entonces planificar la economía a partir de mejores condiciones materiales (McFarlane, 1969b: 127-128). Algunos estudiosos marxistas se mostraron extremadamente críticos a las innovaciones económicas en Yugoslavia durante aquel período. Ernest Mandel llegó a decir que, para los economistas de aquel país:

la economía de mercado no es necesariamente nociva durante el período de transición entre el capitalismo y el socialismo; por eso se debe mantener aún después de finalizada la construcción del socialismo. Algunos de ellos todavía argumentan que la producción de mercancías eventualmente desaparecerá «bajo el comunismo». Pero esos argumentos, de hecho, son inconsistentes. Los teóricos más coherentes, como Horvat, conciben con osadía una sociedad comunista con pleno florecimiento de la producción de mercancías. [...] Es evidente

el origen pragmático y apologético de esta concepción. Lo que realmente interesa a los teóricos yugoslavos es explicar y justificar lo que está ocurriendo en su propio país. Porque, o no tienen conciencia de las implicaciones teóricas de esas justificaciones a largo plazo o, francamente, las desprecian (Mandel, 1967: 22).

Como dijimos anteriormente, Che Guevara también fue en extremo crítico en relación con el caso yugoslavo. Sus opiniones iniciales parecían mostrar que él todavía no conocía suficientemente el sistema para discutir sobre el tema de forma más profunda. Con el pasar de los años, sin embargo, se puede notar una posición clara contra aquel método de administración económica. A finales de 1959, al regresar de un viaje oficial por diversos países, escribió una serie de artículos para la revista *Verde Olivo* sobre cada uno de ellos, y llegó a afirmar que Yugoslavia acaso habría sido el lugar más interesante entre todos los visitados por él. El Che analizó:

Todas las colectividades de Yugoslavia, ya sean campesinas u obreras industriales, se guían por el principio de lo que ellos llaman la autogestión. Dentro de un plan general, bien definido en cuanto a sus alcances, pero no en cuanto a su desarrollo particular, las empresas luchan entre ellas dentro del mercado nacional como una entidad privada capitalista. Se podría decir, a grandes rasgos, caricaturizando bastante, que la característica de la sociedad yugoslava es la de un capitalismo empresarial con una distribución socialista de las ganancias, es decir, tomando cada empresa, no como un grupo de obreros, sino como una unidad, esta empresa funcionaría aproximadamente dentro de un sistema capitalista, obedeciendo las leyes de la oferta

y la demanda y entablando una lucha violenta por los precios y la calidad con sus similares; realizando lo que en economía se llama libre competencia. [...] El sistema, difícil de entender en pocas palabras, está bien coordinado y da muy buenos resultados en cuanto a la satisfacción de los pequeños lujos de la población, que está bien y variadamente vestida, bien nutrida y alegre, aunque no haya, en mi concepto, una insistencia lo suficientemente grande en recalcar los grandes rumbos de la industrialización, lo que debería llevarse a cabo en un país pobre y subdesarrollado como es Yugoslavia, en base a un mayor sacrificio de la población, privándose de todos estos pequeños lujos que he detallado (Guevara, 1988a: 67-69).

Algunos años más tarde, en 1964, la opinión de Guevara era más incisiva. Aparentemente ya no sentía tanta complacencia con el caso yugoslavo. En una reunión con miembros del gobierno cubano, él insistía en que:

en Yugoslavia hay la ley del valor; en Yugoslavia se cierran fábricas por incosteables, y en Yugoslavia hay delegados de Suiza y Holanda que buscan mano de obra ociosa y se la llevan a su país a trabajar, ¿en qué condiciones?, en las condiciones de un país imperialista con la mano de obra extranjera, donde hay toda una serie de reglamentos y regulaciones para que sea la última cosa. Así van esos compañeros yugoslavos a trabajar como agricultores o como obreros a esos países donde escasea la mano de obra y expuestos por supuesto a quedar en cualquier momento en la calle. Prácticamente son, en ese sentido, puertorriqueños en Estados Unidos (Guevara, 1982: 70).

Y completaba:

Ahora, eso sucede en Yugoslavia. En Polonia, se va por el camino yugoslavo, claro, se retira toda una serie de colectivización, se vuelve a la propiedad privada de la tierra, se establece toda una serie de sistemas cambiarios especiales, se tiene contacto con los Estados Unidos. En Checoslovaquia y en Alemania ya se empieza a estudiar también el sistema yugoslavo para aplicarlo. Entonces tenemos que ya hay una serie de países que están todos cambiando el rumbo, ¿frente a qué? Frente a una realidad que no se puede desconocer, y es que, a pesar de que no se diga, el bloque occidental de países europeos está avanzando a ritmos superiores al bloque socialista de la democracia popular. ¿Por qué? Ahí, en vez de ir al fondo, de ese por qué, que hubiera de resolver el problema, se ha dado una respuesta superficial, y entonces se trata el mercado [*inaudible*], reforzar el mercado, empezar la ley del valor, reforzar el estímulo material, todos los directores ganan más. [...] Todo eso está sucediendo por fallas de principios que no son suficientemente analizadas. Por eso insisto tanto en eso y ya no hablo más (Guevara, 1982: 70).

Lo que podemos advertir es que el Che era extremadamente crítico de todo el proceso que se venía produciendo en la Unión Soviética y en Europa Oriental, así como tenía ideas muy claras sobre la construcción del socialismo, principalmente en el caso cubano. Sus críticas hicieron que se separara ideológicamente cada vez más de esas experiencias y que fuera visto como un elemento con posiciones disonantes y radicales en relación con las concepciones defendidas por algunos teóricos de aquel período.

EL DEBATE ECONÓMICO CUBANO

Las discusiones económicas en la Unión Soviética y en Europa Oriental tuvieron repercusiones en otras partes del mundo, y ciertamente influyeron en diversos miembros del gobierno cubano. Lo que se convino en llamar debate económico en Cuba se caracterizó por un conjunto de artículos publicados en revistas de instituciones oficiales de la Isla. El aporte guevariano al debate comenzó con el artículo «Consideraciones sobre los costos de producción como base del análisis económico de las empresas sujetas al sistema presupuestario», escrito por el Che y publicado en *Nuestra Industria, Revista Económica*, en junio de 1963, y terminó con el texto «La planificación socialista, su significado», del mismo autor, que se publicó en *Cuba Socialista* (la publicación teórica más influyente del gobierno) en junio de 1964 (las últimas intervenciones de otros autores serían las de Luis Álvarez Rom: «Sobre el método de análisis de los sistemas de financiamiento», *Cuba Socialista*, julio de 1964; Alexis Codina: «Experiencias sobre el control en el sistema presupuestario», *Nuestra Industria, Revista Económica*, diciembre de 1964; y la de Mario Rodríguez Escalona: «La concepción general de las finanzas en la historia y el sistema presupuestario en el período de transición», *Nuestra Industria, Revista Económica*, diciembre de 1964). Sus temas principales eran la planificación, la gestión industrial, el Sistema Presupuestario de Financiamiento, el cálculo económico, el sistema de incentivos, el papel de los bancos, la teoría del valor, la emulación socialista y el trabajo voluntario como forma de aumentar la conciencia y la productividad de los trabajadores.¹

¹ Discutiremos el sistema de incentivos, la emulación socialista y el trabajo voluntario en el sexto capítulo, «El socialismo y el hombre nuevo».

El debate económico, por lo tanto, estaba insertado de forma más amplia como reflejo y continuación de las discusiones que ocurrían en el mundo socialista, y también mostraba la preocupación por discutir específicamente temas relacionados con el desarrollo económico de Cuba en aquel período. Participaron del debate desde miembros del gobierno, como Alberto Mora y Carlos Rafael Rodríguez, hasta intelectuales extranjeros, como Charles Bettelheim y Ernest Mandel. De acuerdo con Mandel:

La unidad de la teoría y de la práctica revolucionarias se encuentra, por tanto, constantemente amenazada por los riesgos paralelos del pragmatismo, por una parte, y del dogmatismo, por la otra. Será imprescindible una larga serie de experiencias socialistas efectivas —desde el punto de vista de la práctica— antes que la teoría pueda codificar de manera definitiva las «leyes económicas» de la construcción del socialismo, que nosotros no podemos descubrir, en la etapa actual de la experiencia, sino a través de múltiples tanteos y de múltiples errores, según el método de la aproximación sucesiva. En consecuencia, la unidad entre la teoría y la práctica en la época de transición debe necesariamente incluir un grado determinado de autonomía de la teoría, sin el cual la práctica misma corre el riesgo de ser mal aclarada y mal guiada, y de ver multiplicarse los riesgos de desvíos y de error. [...]

Los participantes en el debate económico de 1963-1964 no fueron todos conscientes de esas relaciones dialécticas recíprocas entre la teoría y la práctica revolucionarias. Pero puede afirmarse sin vacilaciones que buscaron instintivamente conciliar el imperativo de la autonomía relativa de la teoría y de la eficacia de la práctica inmediata. Es esto lo que da al debate un tono de

sinceridad y de seriedad digno de elogio, aunque en ciertas contribuciones se reconozcan los balbuceos de un pensamiento que se busca, más que la expresión madura de un pensamiento que ya ha adquirido plena conciencia de la realidad social de la que ha surgido (Mandel, 1982b: 166).

Durante todo el debate, Guevara defendería que Cuba debía consolidar el Sistema Presupuestario de Financiamiento, ya discutido anteriormente. Para él, el principio que rige el capitalismo sería la ley del valor, que se expresa en el mercado. En Cuba, sin embargo, a pesar de la carencia de mercancías, que podría haber llevado a un aumento lógico en los precios y al regreso de la relación oferta-demanda, el gobierno había impuesto un congelamiento en los precios y aumentado el racionamiento, impidiendo que el valor de las mercancías se expresara a través del mercado. Los precios, así, serían definidos a partir de un conjunto de factores interrelacionados, desde las materias primas hasta los gastos de todo tipo en el proceso de producción y distribución de las mercancías.² Si los productos actuaran de

² En palabras de Guevara: «En la teoría de la formación de los precios tenemos también divergencias profundas. En la autogestión se forman los precios “atendiendo a la ley del valor”, pero no se explica –hasta donde nuestros conocimientos alcanzan– cuál expresión de la ley del valor se toma. Se parte del trabajo socialmente necesario para producir un artículo dado, pero se ha descuidado el hecho de que “trabajo socialmente necesario” es un concepto económico-histórico y, por tanto, cambiante, no solo a nivel local (o nacional), sino también en términos mundiales; los continuos avances en la tecnología, consecuencia en un mundo capitalista de la competencia, disminuyen el gasto del trabajo necesario y, por tanto, el valor del producto. Una sociedad cerrada puede ignorar los cambios durante determinado tiempo, pero siempre habría que volver a estas relaciones internacionales para cotejar su valor. Si una sociedad dada los ignora durante un lapso largo, sin desarrollar fórmulas nuevas y exactas en su reemplazo,

acuerdo con los precios interrelacionados –una relación distinta de la que ocurre en el mercado capitalista–, surgiría una nueva relación de precios, diferente de lo que, de forma general, sucede en el mercado mundial.

Para que los precios coincidieran con el valor, se debería manejar conscientemente la ley que lo rige, con el objetivo de obtener un equilibrio del fondo mercantil y al mismo tiempo reflejar los precios verdaderos. Eso sería una tarea difícil, pero, con mayor centralización y desburocratización, se podría comenzar ese proceso.

El revolucionario argentino creía que poco a poco sería posible desarrollar nuevas técnicas de control, más eficientes, aprovechando los avances en las técnicas de contabilidad general de las empresas capitalistas. Un producto, además, solo sería así considerado cuando ya hubiera pasado por un largo proceso de flujo interno, y solo se volvería mercancía cuando hubiera transferencia de propiedad, o sea, cuando estuviera en las manos del consumidor. Por lo tanto, mientras el artículo estuviera circulando dentro del sector productivo estatal, no sería mercancía.

El análisis de costos sería fundamental en ese caso, ya que dentro del socialismo habría una necesidad de coincidencia, de relación íntima entre costo de producción y precio. Los precios del mercado internacional serían diferenciados de los propuestos solamente para el ámbito interno de la Isla, que en la práctica representarían una forma de medida ideal.

Para evitar las distorsiones entre precios internos e internacionales, se podría constituir un sistema que se basara en cierta

creará interconexiones internas que configuren su propio esquema de valor, congruente en sí mismo, pero contradictorio con las tendencias de la técnica más desarrollada (el ejemplo del acero y el plástico). Esto puede provocar atrasos relativos de alguna importancia y, en todo caso, distorsiones a la ley del valor en escala internacional que hagan incomparables a las economías» (Guevara, 1982: 195).

medida histórica de los precios utilizados en el mercado mundial capitalista. Con eso, los precios serían fijados y se mantendrían así por un período determinado, sin alteraciones. Guevara consideraba que, si se tomaran los precios de los artículos fundamentales de la economía y si se establecieran los precios de los otros productos basados en aquellos, a partir de cálculos aproximados, sería posible llegar al nivel histórico de los precios del mercado mundial. Según él, el precio de las mercancías vendidas a la población podría ser diferente del precio interno de las empresas. Lo más importante para las empresas, a su vez, sería el análisis de costos, el principal índice de gestión industrial.³ Para eso, los técnicos del gobierno tendrían como obligación desarrollar todo un sistema de análisis de costos, normas de consumo de materias primas, de gastos indirectos, de productos en proceso de fabricación, inventarios y productos terminados, así como la sistematización del control de inventarios y la elaboración de trabajos económicos exactos sobre esos índices.

Nuevas tecnologías que evitarían el desperdicio, economía en el consumo de energía eléctrica y combustible, mayor control administrativo, capacitación de dirigentes, mayor análisis económico y, principalmente, mayor productividad en el trabajo, serían elementos importantes para controlar y disminuir los costos de producción y los precios finales al consumidor. Todos esos factores deberían formar parte de un sistema de dirección centralizada de la economía, que, a su vez, debería posibilitar que las decisiones fueran tomadas en diferentes niveles y con amplia participación de los trabajadores (Guevara, 1982: 172-177).

El Sistema Presupuestario de Financiamiento, por lo tanto, sería esencial para que la administración de la economía cubana

³ El Ministerio de Industrias dividió los costos en costos de materias primas, de materiales directos, de materiales indirectos, de la fuerza de trabajo, de depreciación y de seguridad social.

fuera eficiente y caminara efectivamente hacia el socialismo. Como mostramos anteriormente, en ese sistema una empresa sería un conglomerado de fábricas y unidades productivas con igual base tecnológica, destino común para la producción y localización geográfica similar, en tanto en el cálculo económico las empresas serían unidades de producción con personalidad jurídica propia. En el Sistema Presupuestario de Financiamiento, el dinero era usado solo como medida aritmética, como reflejo de la gestión de las empresas en los precios, a partir de los cuales el análisis de los órganos centrales se haría para establecer controles en el funcionamiento de tales empresas; en el sistema de autogestión financiera, era usado no solo para los mismos propósitos, sino también como instrumento indirecto de control. Existiría, pues, una mayor relación individual entre las empresas. En el sistema propuesto por Guevara, las empresas no tendrían fondos propios, sino recibirían las inversiones a partir de cuotas extraíbles de los depósitos de las cuentas creadas para cada una de ellas, pero a partir de las decisiones de los organismos centrales y del presupuesto. Todos los depósitos de las empresas, a su vez, irían directamente hacia un fondo general del Estado, que más tarde transferiría nuevamente el dinero hacia las cuentas de la forma que mejor le conviniera. En el sistema de cálculo económico, por otro lado, las empresas contarían con fondos propios y recibirían créditos de los bancos, los cuales otorgarían los préstamos mediante el pago de intereses.

Un diccionario de economía soviético ampliamente divulgado en Cuba, afirmaba que el cálculo económico era un método de gestión planificada para alcanzar el máximo de efectividad en la producción, utilizando leyes económicas del socialismo y relaciones monetario-mercantiles, y en el cual la empresa o el consolidado de empresas tendría que tener ganancia, o sea, ser rentable (Savin, Fonte y Jorsov, 1981: 11). El texto iba más lejos, y daba a entender que ese sistema era el más eficiente en

términos generales. Decía que las empresas tenían el derecho de hacer convenios económicos con otras compañías, proveedoras o consumidoras; poseer cuentas de cobros y pagos en el banco; obtener créditos bancarios; organizar el empleo de su fuerza de trabajo y, a partir del plan de producción, tener autonomía para adquirir materiales, combustibles y para hacer sus productos. Cuanto mejor trabajara la empresa, mayor la ganancia, lo que aumentaría los fondos de estímulo a la empresa. Habría, por lo tanto, reducción de los índices creados para ellas por los organismos centrales. También aumentaría la importancia del precio, de la ganancia y del crédito, la independencia económica, los intereses y mayores estímulos materiales. O sea, algo muy parecido al capitalismo.

Para ese mismo manual, la ganancia en el socialismo se caracterizaría solo por la efectividad económica de la empresa y por el instrumento de estímulo económico (Savin, Fonte y Jorsov, 1981: 55). El Che pensaba que, para estabilizar el fondo mercantil y la demanda, sería función del Ministerio de Comercio Interior (MINCIN) nivelar la capacidad de compra de la población con los precios de las mercancías, poniendo especial énfasis en los productos esenciales para la población, garantizando, pues, un precio bajo. En otras palabras: el Ministerio debería, en ciertos casos, ignorar la ley del valor e indicar los precios para cada caso específico (Guevara, 1982: 195). De acuerdo con Guevara:

Todas las materias primas de importación tendrán un precio fijo, estable, basado en una medida del mercado internacional, más unos puntos, por el costo de transporte y el aparato de comercio exterior. Todas las materias primas cubanas tendrán el precio de su costo de producción real en términos monetarios. A ambos se les agregarían los gastos de trabajo planificado, más el desgaste de los medios básicos para elaborarlas y

ese sería el precio de los productos entregados entre empresas y al comercio exterior, pero constantemente estarían afectados por índices que reflejarán el precio de esa mercancía en el mercado mundial, más el índice de los costos de transporte y de comercio exterior. Las empresas que operan por el régimen de financiamiento presupuestario trabajarían sobre la base de sus costos planificados y no tendrían beneficios; todos los lograría el MINCIN (naturalmente, esto se refiere a aquella parte del producto social que se realiza como mercancía, en lo fundamental como fondo de consumo); los índices nos darían continuamente (al aparato estatal y la empresa) cuál es nuestra real efectividad y evitaría tomar decisiones equivocadas. La población no sufriría nada con todos estos cambios, ya que los precios por la mercancía que compra están fijados independientemente, atendiendo a la demanda y la necesidad vital de cada producto (Guevara, 1982: 196).

A partir de un intrincado sistema, los órganos centrales proporcionarían los cálculos pertinentes a toda la esfera productiva, desde maquinaria importada hasta materias primas, costos de los salarios y gastos con equipamientos, lo que redundaría en los costos reales de cada obra, en su costo idealizado y en los costos comparados con el mercado internacional; ello abriría una mayor posibilidad de decisión sobre qué tipo de material emplear, con el objetivo de trabajar siempre con los menores costos posibles, sin preocuparse tanto en ese momento con la optimización matemática —ya que se podrían tomar en cuenta otros factores, como la política y el mercado externo—, pero logrando tener una idea básica de los costos reales de producción y comercialización con la utilización de esa técnica (Guevara, 1982: 196). En caso de que este sistema fuera adoptado en otros países socialis-

tas, sería posible crear, en la concepción del guerrillero argentino, un mercado socialista mundial de precios mejor que el utilizado en la época.

En la práctica, no obstante, el Sistema Presupuestario de Financiamiento tenía varios problemas. El propio Guevara admitía que las empresas no funcionaban de modo adecuado: las fábricas no eran abastecidas de la forma ni en el momento estipulados por el plan; recibían materias primas para procesos tecnológicos diferentes de los suyos —lo que obligaba a cambios que acarrearán aumento en los gastos de la empresa y en el costo de los productos—, y también había dificultades de inversiones y modificaciones en el plan. Por no existir aparatos automáticos que identificaran esos problemas y los resolvieran inmediatamente, estos eran informados al Ministerio, que servía solo como receptor de informaciones. Como, además, había burocracia y los planes eran complicados, todo el proceso terminaba atrasándose. En dependencia de la situación, los funcionarios tenían que resolver personalmente los problemas, mientras en otros casos los problemas se resolvían por teléfono o por el CILOS, el cual tenía que analizar los problemas inmediatos y tomar las decisiones administrativas pertinentes.

Para el Che, también había falta de madurez en el sistema, escasez de cuadros especializados, fallas en el abastecimiento de materiales y transportes y en el control de calidad, así como la necesidad de una mayor difusión del sistema en todo el país, de desarrollar un aparato central más eficiente, y de mejorar las relaciones entre órganos de distribución del gobierno y con los organismos abastecedores de materiales (Guevara, 1982: 199). Por otro lado, él creía que el sistema tenía ventajas, ya que, por ser extremadamente centralizado, posibilitaba un uso más racional de los fondos nacionales, así como del propio aparato de la administración industrial, ahorrando fuerza de trabajo, aumentando la productividad y facilitando el control de las inversiones. Con el

tiempo, sería posible crear fábricas más productivas y desarrollar el socialismo en el país.

Participarían también del debate, Luis Álvarez Rom, entonces ministro de Hacienda («Las finanzas como un método de desarrollo político», *Nuestra Industria, Revista Económica*, junio de 1963, y «Sobre el método de análisis de los sistemas de financiamiento», *Cuba Socialista*, julio de 1964); el viceministro de Hacienda, Mario Rodríguez Escalona («La concepción general de las finanzas en la historia y el sistema presupuestario en el período de transición», *Nuestra Industria, Revista Económica*, diciembre de 1964); Miguel Cossío («Contribución al debate sobre la ley del valor», *Nuestra Industria, Revista Económica*, diciembre de 1963); Alexis Codina («Experiencias sobre el control en el sistema presupuestario», *Nuestra Industria, Revista Económica*, diciembre de 1964), y Joaquín Infante Ugarte, director de Finanzas y Precios del INRA, quien escribió un artículo defendiendo el cálculo económico («Características del funcionamiento de la empresa autofinanciada», *Cuba Socialista*, No. 34, junio de 1964).

Uno de los principales críticos de Guevara en aquella ocasión fue el importante economista francés Charles Bettelheim, defensor del cálculo económico, quien pasaría por una transición teórica que culminaría con un cambio de posición algunos años más tarde. En la conferencia pronunciada en la Universidad de La Habana en 1963, Bettelheim expuso diversos temas que más tarde defendería en su artículo «Formas y métodos de la planificación socialista y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas», publicado en la revista *Cuba Socialista* en abril de 1964, y que trataba de asuntos relacionados con el planeamiento y la gestión industrial en el período de transición al socialismo. Bettelheim creía que en todos los países socialistas, independientemente de su nivel de desarrollo, continuarían existiendo las categorías mercantiles. En otras palabras: el cálculo del valor, la moneda, un sistema de crédito y un sistema financiero. Por lo tanto, habría un

uso consciente de las categorías mercantiles. Eso ocurriría por el hecho de que en la época existían distintas formas de propiedad socialista que coexistirían en un mismo ambiente económico.

El economista francés decía que la idea de que no existen categorías mercantiles dentro del sector socialista de producción —o, para él, considerar ese sector como un trust único de Estado, con productos circulando, pero no necesariamente siendo intercambiados, constituyendo, por lo tanto, un pseudomercado—, era una forma equivocada e irrealista de analizar la situación. «Es precisamente por ahí por donde se llega, creo yo, al aspecto fundamental: en la fase actual de la socialización de las fuerzas productivas, el tiempo de trabajo socialmente necesario (en todos los sentidos de ese término) no es todavía plenamente mensurable de modo directo, y es por eso que las categorías mercantiles se imponen objetivamente como el único medio de medida, y de medida indirecta, del tiempo de trabajo socialmente necesario» (Bettelheim, 1976b: 23).

Sería difícil que un órgano central pudiera determinar la asignación de todos los recursos financieros para el desarrollo armónico del sector industrial y de la distribución. En la práctica, sería ideal un sistema en el que pudiera convivir una gestión centralizada general, en el ámbito de la planificación nacional, al mismo tiempo que hubiera una flexibilización en el sector económico, posibilitando una gestión descentralizada en algunas instancias, ya que existirían dentro del socialismo centros de producción diferenciados, los cuales podrían ser independientes unos de los otros (Bettelheim, 1976b: 24).

Aun sabiendo que la forma superior de propiedad socialista sería supuestamente la estatal, todavía serían necesarias las formas inferiores, asociadas a un momento histórico específico, vinculadas al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de un país determinado. Las decisiones gubernamentales se deberían tomar en el sentido de reconocer los tipos de colectividad más

eficientes para ciertos procesos de producción. Sería el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción las que actuarían gradualmente en la transformación de la estructura del sector socialista (Bettelheim, 1976b: 27). La relación y la interdependencia de ese sector, de acuerdo con él, crecían en diversos países, y sería ese proceso de integración lo que llevaría a una mayor planificación, proceso que debería tener respetada su dinámica. Mientras la integración no ocurriera, en el aspecto financiero las unidades productivas deberían mantenerse relativamente autónomas. Esa interdependencia representaría, en la práctica, el comienzo de la integración, y sería la responsable de crear la necesidad de una planificación real en el socialismo (Bettelheim, 1976b: 28).

Los precios representarían las decisiones (que podrían variar de acuerdo con cada empresa) en la gestión de los recursos y en la elaboración de métodos que permitieran una coincidencia entre la optimización productiva de cada compañía y la situación social concreta, a partir de lo que había sido elaborado en el plan. El cálculo económico, de cualquier forma, no se podría consolidar si tomara en cuenta solo los precios corrientes, sino principalmente los precios probables en el futuro, para que entonces se pudiera tener una idea más objetiva del desarrollo de la empresa. La planificación y los cálculos de tiempo de trabajo, de este modo, serían fundamentales para la mayor eficiencia económica en esa modalidad específica defendida por él, siempre indicando, no obstante, la necesidad de una mayor libertad de actuación de las empresas socialistas. Bettelheim defendía algunas concepciones de Stalin presentes en el libro *Problemas económicos del socialismo en la Unión Soviética* (Stalin, 1953), principalmente en relación con la vigencia de la ley del valor en el período de transición al socialismo.⁴ Para Stalin:

⁴ Michael Löwy (2001) es uno de los defensores de esa teoría. Más tarde, en 1970, Bettelheim, habiendo mudado ya de posición y gradualmente co-

Algunos camaradas niegan el carácter objetivo de las leyes de la ciencia, particularmente de las leyes de la economía en el socialismo. Niegan que las leyes de la economía política reflejen la regularidad de procesos que se realizan independientemente de la voluntad de los hombres. Consideran que, en vista del papel peculiar reservado al Estado soviético por la Historia, el Estado soviético y sus dirigentes pueden abolir las leyes existentes de la economía política, pueden «formar» nuevas leyes, «crear» nuevas leyes.

Esos camaradas están profundamente errados. Como se ve, ellos confunden las leyes de la ciencia, que reflejan procesos objetivos de la naturaleza o de la sociedad, que se realizan independientemente de la voluntad de los hombres, con las leyes promulgadas por los gobiernos, creadas por la voluntad de los hombres y que solamente tienen fuerza jurídica. De ningún modo, sin embargo, ellas se pueden confundir. [...]

Una de las peculiaridades de la economía política consiste en el hecho de que sus leyes, diferentemente de las leyes de las ciencias naturales, no son permanentes. Por lo menos la mayoría de ellas actúa en el transcurso de un período histórico determinado, después del cual cede lugar a nuevas leyes. Pero esas leyes no son destruidas, pierden, sí, su validez, en consecuencia de nuevas condiciones económicas, y salen de escena para dar lugar a nuevas leyes, que no se crean por la voluntad

menzado a admirar las concepciones maoístas, citó en su *Cálculo económico y formas de propiedad* el texto de Stalin con más moderación. Ese autor explica varias veces que las respuestas del dirigente de la Unión Soviética sobre las categorías mercantiles dentro del socialismo no eran falsas, sino insuficientes. Ver Bettelheim (1972).

del hombre, pues surgen sobre la base de nuevas condiciones humanas (Stalin, 1953: 3-6).

De acuerdo con las elaboraciones de Stalin, una ley de desarrollo armonioso de la economía nacional posibilitaría a los organismos centrales del Estado planificar mejor la producción social, lo cual no significa que la ley del valor pudiera ser abolida o transformada. El dirigente rechazaba las críticas de que la producción mercantil conduciría necesariamente al capitalismo, pues, para él, producción mercantil y producción capitalista serían cosas distintas. Stalin decía que:

la producción capitalista es la forma superior de la producción mercantil. La producción mercantil lleva al capitalismo solo en este caso: *si* existe propiedad privada de los medios de producción, *si* la fuerza de trabajo los presenta en el mercado como mercancía que puede ser comprada y explotada por el capitalista en el proceso de producción; *si*, consecuentemente, existe en el país el sistema de explotación de los obreros asalariados por los capitalistas. La producción capitalista comienza donde los medios de producción están concentrados en manos de particulares y los obreros, privados de los medios de producción, son obligados a vender su fuerza de trabajo como mercancía. Sin esto, no hay producción capitalista (Stalin, 1953: 14-15).

Así, la ley del valor existiría y actuaría, considerando el hecho de que habría producción mercantil. Esa ley no sería tan importante como reguladora de la producción socialista, pero influiría en la producción. Eso haría que los dirigentes calcularan todo el potencial del sector productivo, analizando la realidad concreta, así como mejoraría los métodos productivos para

reducir costos, iniciaría la autonomía financiera, aumentaría la rentabilidad de las empresas y prepararía mejor a los nuevos dirigentes (Stalin, 1953: 20). Por otra parte, paralelamente actuaría la ley del desarrollo armonioso de la economía, que ocuparía el lugar de la competencia y la anarquía de la producción, juntamente con los planes quinquenales que, como un todo, limitarían la acción de la ley del valor. Como categoría histórica, ella desaparecería solo cuando se terminara la producción mercantil. Para Stalin, la ley del valor solo podría ser reguladora de la producción en el capitalismo (Stalin, 1953: 24). Se debe recordar que, desde 1928, con la publicación de *Economía política*, de Lapidus y Ostrovityánov –quienes defendían que la ley del valor estaba en proceso de desaparición en la Unión Soviética–, hasta comienzos de los años cincuenta, la idea de leyes económicas objetivas en el socialismo no existía en la URSS de la forma como fueron analizadas en un período posterior. En 1952, con el libro de Stalin, la concepción cambió radicalmente. Así, por ejemplo, el director del Instituto de Economía del Mundo Socialista de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética (ACUS), G. Sorokin, llegaría al punto de decir que:

en el período de transición del capitalismo al socialismo y en una sociedad socialista realizada, la planificación es una forma de administración económica por el Estado, basada en el conocimiento y la utilización de leyes económicas socialistas objetivas, independientes de deseos o voluntades personales. Si los prerequisites materiales necesarios fueran dados para el desarrollo económico planeado, la eficiencia de cualquier planeamiento depende de cuán correctamente los órganos del Estado aplican las leyes económicas básicas (*apud* Magdoff, 1985: 118-119).

O sea, la interpretación de la economía comenzó también a ser orientada —aunque dijeran lo contrario y a pesar de las características políticas del período posterior— a apoyar las tesis estalinistas, mostrando un sesgo mucho más político que económico en las discusiones. Como mostró Harry Magdoff (1985), lo que los teóricos soviéticos llamaban leyes económicas eran a lo máximo tendencias y líneas de actuación. Para Magdoff:

la ley del valor gobierna la distribución del trabajo social y su reproducción cuando los medios de producción son propiedad privada y la interconexión del trabajo social se logra por el intercambio privado de los productos del trabajo. Más importante, por encima de todo: la ley opera como una tendencia objetiva no porque es una ley de la naturaleza, sino a causa de la disciplina del mercado. A partir del momento en que el último no controla más, la ley del valor pierde su pertinencia. Por ejemplo, si las *commodities* se continúan intercambiando de acuerdo con el trabajo social necesario incorporado en ellas (un atributo fundamental de la ley), ¿cómo se puede saber cuánto trabajo es socialmente necesario y cuánto innecesario? Bajo el capitalismo esta determinación se hace por la competición del mercado. Pero no hay ningún mecanismo o sustituto significativo para ella en una sociedad planificada (Magdoff, 1985: 125).

Esas propuestas ciertamente eran contrarias a lo que pensaban muchos economistas que apoyaban las tesis estalinistas en las economías planificadas del mundo socialista.

Es interesante observar que gran parte de las ideas de Bettelheim está relativamente en concordancia con los presupuestos de Stalin, por más que el economista francés criticara y no aceptara la teoría del dirigente sobre los orígenes de la super-

vivencia de las categorías mercantiles en la economía soviética.⁵ Bettelheim creía que saber quién tenía efectivamente la posesión de los medios de producción en un país socialista era más importante que discutir sujetos jurídicos. Para él, en la Unión Soviética los agentes no serían los trabajadores, sino el sector estatal, por intermedio de los directores de las empresas nombrados por el gobierno. O sea, serían los directores de las empresas quienes tendrían la disposición efectiva de los medios de producción y de sus productos, creados por los obreros. En otras palabras: la idea de que el Estado se impondría sobre la propiedad de los medios de producción crearía límites en las propias empresas. El grado de autonomía de las empresas, por lo tanto, dependería exclusivamente de las decisiones de burócratas. Así, para él, los poderes de disposición del Estado sobre los medios de producción y sus productos constituirían solo un hecho de las relaciones de producción socialistas, en la medida en que estos poderes pudieran asegurar verdaderamente el dominio de los trabajadores sobre las condiciones de producción.⁶

⁵ Se trata del tema de la supervivencia de las categorías mercantiles en la Unión Soviética a partir de la existencia de dos tipos de propiedad socialista, la del pueblo y la koljoziana, lo que sería intentar explicar las categorías económicas a través de la superestructura jurídica, algo que Bettelheim no aceptaba.

⁶ Años más tarde, Bettelheim afirmaría que «la competencia entre capitales en la economía soviética se manifiesta concretamente en la existencia de unidades de producción y comercialización *separadas*. Esas unidades son puestas bajo la autoridad de los directores que, en realidad, poseen gran espacio de autonomía. [...] La planificación económica es ella misma una de las áreas en la cual ocurre una forma específica de competición. [...] Esta forma de competición es obviamente una competición de un tipo especial [...] diferente de la “libre competencia” que los economistas clásicos discuten y de la “competición monopolista” analizada por la economía política contemporánea. Esas diferencias son vinculadas a las características particulares del capitalismo soviético, señaladamente del que está sujeto a

La forma más avanzada, para Bettelheim, sería el establecimiento de comunas populares, si estas estuvieran insertadas en relaciones económicas que fueran parte orgánica de una formación social controlada por los trabajadores. Según él, lo que diferenciaría la comuna popular de la cooperativa es que la primera sería solo una unidad económica, mientras la segunda sería una unidad económica y política, en la cual las exigencias sociales y políticas estarían por encima de las económicas.

La autogestión de las empresas podría tener un carácter capitalista cuando hubiera una ausencia de planificación socialista, pues estaría dominada por relaciones de producción capitalistas, trabajando por la ampliación del capital. Aun así, esa modalidad puede ser útil para los trabajadores en una fase de

un modo de regulación específico. [...] Los ajustes hechos están sujetos a correcciones impuestas por las relativamente intensas faltas de productos existentes en un sistema donde la oferta es generalmente menor que la demanda (o que engendra un proceso inflacionario, en parte abierto, en parte oculto). Así, los “objetivos” del plan resultan de un *proceso conflictivo que no está bajo control*. Ellos son raramente “realistas” y constantemente deben ser modificados en la medida en que surgen faltas de productos no previstas o cuando la balanza de fuerzas entre las empresas, otros agentes económicos y diferentes grupos sociales cambian. [...] El plan no es el instrumento a través del cual el Estado impone sus decisiones en una economía que ya no funciona autónomamente. Él está compuesto por un conjunto de números modificados tan comúnmente, bajo múltiples presiones, que nadie realmente sabe hasta qué grado sus diferentes “objetivos” fueron alcanzados» (Bettelheim, 1986: 31-32). Es de señalar que esa crítica de Bettelheim, hecha muchos años más tarde, expresa cierto descontento con la «autogestión financiera» en un sistema que no pueda imponer mecanismos de control verdaderamente socialistas. O sea, la «autogestión financiera» de las empresas, en el ambiente denominado por él «capitalismo soviético», llevaría a un distanciamiento del socialismo y de regreso al capitalismo. Esas observaciones son, de cierto modo, similares a las que Guevara hacía cuando era ministro de Industrias de Cuba. Para más informaciones sobre los orígenes de la degeneración del sistema soviético, ver Bettelheim (1976a).

transición, ya que, como aparato capitalista *per se*, sería el ambiente en el cual se articularían y se reproducirían las relaciones sociales capitalistas, lo que llevaría a una alternativa de revolucionarización de la empresa, única manera de sustituirla por un aparato de nuevo tipo, con relaciones sociales socialistas. Pero esa revolucionarización no podría ser decretada, sino ocurrir gradualmente, a partir de las exigencias de la realidad objetiva y a través de la práctica (Bettelheim, 1972: 104-108). Para el economista:

Por un lado, ilusiones «economicistas» y «jurídicas» que consideran como «dado» de una vez por todas el carácter «social» de la propiedad del Estado, que la identifican con una relación de producción siempre activa y que *tenden, en consecuencia, a reducir el papel correspondiente al nivel político*, con el pretexto de que su interferencia con el nivel económico sería «arbitraria».

Por otro lado, las ilusiones «subjetivistas» y «voluntaristas» que tienden a identificar el papel *dominante* del nivel político con un tipo de papel *determinante* en última instancia. Voluntarismo y subjetivismo caracterizan especialmente los planes económicos que no son elaborados a partir de un riguroso análisis social y económico (Bettelheim, 1972: 185-186).

Esta era una crítica implícita al tipo de planificación y gestión industrial defendida por diversos dirigentes del mundo socialista, incluso Guevara y su grupo.⁷ Aunque esas ideas

⁷ Solius, autor de *Economía política del socialismo*, uno más de los manuales oficiales de la ACUS, afirmaba: «El carácter objetivo de las leyes económicas del socialismo consiste en que su vigencia viene determinada por las relaciones socialistas de producción que existen objetivamente. Estas últimas dependen, a su vez, del nivel y el carácter de las fuerzas productivas. [...] Las deformaciones idealistas del carácter de las leyes económicas tuvieron

hubieran sido explicitadas algunos años después del debate económico cubano, representaban en buena parte las opiniones de Bettelheim durante toda la década de los sesenta.⁸ Como afirma Roberto Massari: «en los años del debate él tenía una actitud fríamente académica, pero en realidad era un apologista del sistema soviético, y sobre todo de sus criterios de planificación. Después cambió, para transformarse en maoísta y apologista del sistema económico chino. Al final, se autocriticó de todo (en sus tomos sobre la Revolución Rusa), pero esta vez sin convencer a nadie» (Massari, 2001a). Bettelheim posiblemente creía en la época del debate que el Che quería pasar por encima de la realidad objetiva e imponer un modelo que no concordaba con el momento histórico y la realidad concreta del país. Estas diferencias de concepción se mostraron claras entre los dos teóricos marxistas. En los años setenta, Bettelheim se haría una autocrítica y, al hablar de Cuba, defendería las mismas ideas de Guevara, sin, no obstante, apoyarlo nominalmente en aquella ocasión (Massari, 2001a). Las divergencias entre Bettelheim y Guevara en los años sesenta, sin embargo, ciertamente influenciaron a otros miembros del gobierno cubano.

Tal vez el más importante dirigente y teórico marxista de la Isla en debate con el ministro de Industrias en la época haya

lugar en varios países socialistas en el período de transición del capitalismo al socialismo. Los portadores de semejantes concepciones en la Unión Soviética eran los trotskistas, que, pasando por encima de las exigencias objetivas de las leyes económicas, trataron de imponer al partido y al gobierno un ritmo de industrialización socialista sin sustentación. [...] La incompreensión del carácter objetivo de las leyes económicas del socialismo o su negación, así como también la subestimación de los factores objetivos y la exageración de los subjetivos, conducen al voluntarismo en la política económica y ofrecen posibilidades para actos aventureros por parte de unos y otros dirigentes de la economía nacional» (Solius, 1976: 58-59).

⁸ Para más informaciones sobre el desarrollo intelectual de Bettelheim, ver Porcaro (2001).

sido Carlos Rafael Rodríguez, entonces presidente del INRA y conocido intelectual del país. En su artículo «El nuevo camino de la agricultura cubana», presentado en *Cuba Socialista* en noviembre de 1963, Rodríguez también defendió el cálculo económico, sin, no obstante, citar o criticar a Guevara abiertamente (él también escribiría «Cuatro años de reforma agraria», *Cuba Socialista*, mayo de 1963). Algunos años más tarde, Rodríguez diría que sentía por el Che un «afecto profundo, polémica permanente e identidad esencial» (Rodríguez, 1984: 133). En su artículo, afirmaba que:

la centralización engendra serios vicios y peligros. El centralismo burocrático es el peor de ellos. El método de trazar directivas generales sin tomar en cuenta las peculiaridades específicas de cada localidad conduce a la agricultura a graves errores. Si a eso se acompaña la rigidez centralista que exige que cada decisión local de los administradores esté en consonancia con el centro nacional, sin que los administradores tengan una esfera de competencia dentro de la cual puedan actuar por su propia responsabilidad, teniendo la formación sistemática de «puntos de estrangulamiento», se llega al estancamiento de los problemas y a la desesperación de los trabajadores en la base. Al mismo tiempo, en vez de proponerse por esta vía la creación de administradores responsables, enérgicos, capaces de tomar decisiones y de desarrollarse como cuadros, se crean títeres administrativos carentes de capacidad de decisión, incapaces de abordar seriamente los problemas que tienen ante sí y desprovistos de todo movimiento que no sea el que producen los hilos administrativos que los unen al aparato central [...]. Ningún reglamento puede sustituir la iniciativa consciente y técnica derivada del análisis

y las experiencias locales. Por eso, también este año de estudio de las condiciones de desarrollo de nuestra agricultura nos conduce a los dirigentes del INRA a la conclusión de que era imperativo eliminar las administraciones generales que dirigían desde La Habana el conjunto de las granjas, fueran granjas de poblado o granjas de irrigación, para sustituirlas por una descentralización en que las granjas estuvieran agrupadas sobre una base regional (Rodríguez *apud* Guevara, 1982: 276).

El hecho es que, durante algún tiempo, tanto el cálculo económico como el Sistema Presupuestario de Financiamiento convivieron en el país. Aun siendo un gran defensor del cálculo económico, muchos años más tarde Rodríguez diría que «con la distancia del tiempo, el sistema presupuestario se nos aparece como una contribución de excepcional valor» (Rodríguez, 1988: 3). Para él:

Se ha escrito mucho en el extranjero, y hay hasta libros hablando de las contradicciones del Che con algunos compañeros, y particularmente se me señala a mí. Yo tengo como orgullo el poder decir que, aunque algunas contradicciones existieron, en lo fundamental, en lo esencial, al abordar el problema económico, estuvimos siempre profundamente identificados y trabajamos juntos, con otros compañeros, para imponer un poco de orden en la economía cubana, por lograr la máxima eficiencia de la economía cubana y por establecer aquello que para nosotros es vital: el control económico, cualquiera que sea el punto de partida. Y el Sistema Presupuestario se basaba, en primer término, en el uso

de las técnicas contables más avanzadas y una concepción muy moderna —y yo diría que anticipada— sobre el uso de la computación electrónica. En este terreno, Che, anticipándose a su tiempo, con una visión larga que él tuvo siempre, comprendió lo mucho que la nascente utilización de la computación podía dar a la economía como auxiliar valioso del control económico en todos los aspectos. Y una contabilidad fuerte, junto con una computación utilizada universalmente, eran la base del Sistema Presupuestario que él defendía (Rodríguez, 1988: 3-4).

Para discutir el tema del sistema bancario en Cuba, Marcelo Fernández Font, que había sustituido a Raúl Cepero Bonilla como presidente del Banco Nacional, elaboró el artículo «Desarrollo y funciones de la banca socialista en Cuba», publicado en *Cuba Socialista* en febrero de 1964, en el cual, después de esbozar un breve recorrido histórico de los bancos en general,⁹ y más específicamente en la Unión Soviética, defendía que el sistema bancario en Cuba no estaba movido por interés en la ganancia, para entonces explicitar las principales funciones del Banco Nacional del país, que serían: regulación de la circulación monetaria, concesión de créditos, financiamiento de inversiones,¹⁰ administración de divisas, operaciones internacionales, organización del

⁹ Guevara argumentó que Fernández Font mostró la génesis de los bancos en forma de divulgación, con poca profundidad teórica. Por ese motivo habrían surgido sus equívocos sobre cómo se deberían desempeñar este organismo y sus dirigentes. Ver Guevara, 1982: 223-224.

¹⁰ Para el Che, los bancos solo podrían financiar inversiones si lo hicieran con sus propios recursos, lo que para él sería absurdo en una economía socialista. El banco debería distribuir los recursos del presupuesto nacional establecidos por el plan de inversiones y colocarlos a disposición de los aparatos inversionistas correspondientes. Ver Guevara, 1982: 219.

ahorro¹¹ y control económico bancario, lo que fue motivo para duras críticas del ministro de Industrias de la Isla. Más adelante, entraría nuevamente en desacuerdo con Guevara al afirmar que:

En nuestra opinión, el sistema financiero que mejores características brinda en la actual etapa de desarrollo en Cuba es el Sistema de Autonomía Económica. Estimamos que este sistema ofrece mejores condiciones para lograr dos metas impostergables en nuestra economía: disciplina financiera y control económico. [...]

En cuanto a la *disciplina financiera*, hay que señalar las relaciones de cobros y pagos que se originan en las empresas presupuestarias. Algunas de estas empresas no parecen estimuladas a cobrar sus mercancías y servicios, por cuanto tienen sus gastos cubiertos, y para ellas solo representa dejar de aportar al presupuesto; si para

¹¹ Guevara consideraba que Fernández Font se dejaba llevar en demasía por la idea de divulgación y propaganda, sin explicar sus ideas claramente. Font decía: «El dinero ahorrado deja de circular, lo cual coadyuva a restablecer el equilibrio entre el fondo de mercancías y el fondo adquisitivo de la población, cosa particularmente útil en las condiciones actuales de Cuba. Además, los ahorros de la población constituyen una importante fuente del banco para otorgar créditos destinados al financiamiento del desarrollo de la economía nacional». Guevara afirmaba: «el dinero ahorrado deja de circular temporalmente y esta fuente de recursos solo tiene aplicación en sentido económico cuando se emplea para financiar en sentido de préstamos bancarios a la actividad privada, ya que sería absurdo creer que en una economía socialista el costo por interés que se le paga al ahorrista se compensa con el interés que se le cobre a las empresas estatales» (Guevara, 1982: 219). Para él sería mucho más interesante y útil conocer la composición del ahorro y su costo, porque en tal caso se ahorraría a partir de la escala de las personas que lo hacen y entonces se tomarían las medidas económicas más aconsejables.

pagar sus salarios tuvieran que presionar el cobro de sus cuentas, la situación sería otra.

Lo mismo se puede decir en cuanto a sus pagos (Fernández Font *apud* Guevara, 1982: 210-211).

Además, diría que:

Durante los años 1961, 1962 y 1963, el presupuesto estatal ha sido deficitario. En estos mismos tres años, las empresas presupuestadas dejaron de aportar cantidades sustanciales al presupuesto, o sea, incumpliendo sus ingresos netos programados, constituyendo ello una de las razones fundamentales de los déficits presupuestarios habidos. Lo que ha sucedido, en realidad, es que el banco ha financiado sus déficits presupuestarios con el otorgamiento automático de créditos de cuantías iguales a los déficits (Fernández Font *apud* Guevara, 1982: 211).

Pero completaba, aparentemente resignado: «Es decisión del Gobierno Revolucionario que se mantengan, por ahora, estos dos sistemas financieros. La obligación del banco, por tanto, consiste en prestar el mejor servicio y realizar el grado de control más eficiente posible, a ambos tipos de empresa» (Fernández Font *apud* Guevara, 1982: 212)

Otro crítico de las ideas de Guevara en la época fue Alberto Mora, entonces ministro de Comercio Exterior del país. Mora creía que la ley del valor sería reguladora de la producción y funcionaría a través del plan. Para él, ella se expresaría en el sector estatal por el hecho de que los productos serían intercambiados de acuerdo con el valor de cada uno. Influidor por los economistas reformistas soviéticos, principalmente Novojílov (al cual citó en su texto «En torno de la cuestión del funcionamiento de la ley

del valor en la economía cubana en los actuales momentos», en la revista *Comercio Exterior*, en junio de 1963), Mora decía que la ley del valor no solo era válida en la transición del capitalismo al socialismo, sino también del socialismo al comunismo. El ministro de Comercio Exterior insistía en que el hecho de que las empresas nacionalizadas fueran propiedad de la sociedad, no implicaría que constituyeran de forma alguna, en Cuba, una única gran empresa. Para defender sus concepciones, recurrió al famoso manual de Stalin, así como a textos de Rosa Luxemburgo y de Bujarin. Completando su crítica, Mora reafirmaba que la ley del valor solo dejaría de operar cuando el desarrollo de las fuerzas productivas pudiera crear recursos ampliamente suficientes para satisfacer las necesidades del hombre, y que en Cuba continuaría teniendo validez plena, como valor económico y también dentro del sector estatal.

El debate contó también con la participación del economista trotskista belga Ernest Mandel, quien defendió a Guevara y discutió directamente con Bettelheim, en la tentativa para demostrar algunos problemas de sus concepciones económicas. Para Mandel, Bettelheim habría cometido diversos errores metodológicos, habría hecho deducciones equivocadas de las obras de Marx y Lenin, habría confundido nociones y hecho una aplicación insuficiente del método dialéctico. En el artículo «Las categorías mercantiles en el período de transición» (Mandel, 1982a: 241-260), dijo que «mientras exista la producción mercantil, subsistirá un cierto juego de la ley del valor», o sea, que «la ley del valor desempeña entonces *en cierto sentido* un papel antes del capitalismo, durante el capitalismo y después del capitalismo», pero que, en un período de transición, se debería luchar tenazmente contra ella, a partir de un proyecto a largo plazo, con la utilización de la planificación socialista. En otro texto (Mandel *apud* Guevara, 1982a: 168) afirmaba que seguía siendo partidario: «de un sistema de autogestión democráticamente centrali-

zado, en el cual el doble peligro de la burocratización —que emana de una centralización excesiva y de la utilización excesiva de los mecanismos de mercado— pueda ser ampliamente neutralizado por el paso de la gestión a manos de los trabajadores, en los centros de trabajo, sometidos a una disciplina estricta impuesta por una autoridad central elegida directamente por los consejos obreros».

En relación específicamente con la ley del valor en la transición al socialismo, el teórico marxista afirmaba:

Aquí también existe una relación evidente entre el debate teórico y las divergencias respecto de la planificación económica en Cuba. Quien confunde la supervivencia de las categorías mercantiles con el papel regulador de la ley del valor debe necesariamente atribuir un papel mayor en los mecanismos de mercado en el conjunto de la economía planificada, no solamente en lo que concierne a los medios de consumo —y esto se justifica ampliamente a nuestro ver—, sino también, y sobre todo, en lo que atañe a los medios de producción industriales. De ahí, por otro lado, la insistencia con que tratan de introducir el juego de la ley del valor en las relaciones entre las empresas estatales (donde los «intercambios» se relacionan en gran parte con los medios de producción). Y este «juego» implica la necesidad de la autonomía en materia de inversiones, confirmando así, a su modo, que existe un antagonismo histórico entre los imperativos de una planificación real y los imperativos de una economía de mercado (aunque sea designada como socialista).

Los que rechazan que la «ley del valor» continúe regulando la producción directa o indirectamente en la época de transición del capitalismo al socialismo, no

niegan de modo alguno que las categorías mercantiles sobrevivan inevitablemente en esta época. No niegan tampoco que en muchos campos los planificadores puedan abandonar tranquilamente a los mecanismos de mercado ciertos ajustes entre la oferta y la demanda. Pero ellos comprenden el carácter fundamentalmente contradictorio entre el mercado y el plan, y concuerdan así de manera amplia en el establecimiento de precios administrados en numerosos campos, aunque sea para asegurar ciertos imperativos del desarrollo económico nacional. Por eso reafirman que la influencia de la ley del valor es más limitada que en el modo de producción capitalista, y que ciertos sectores —en especial la circulación de los medios de producción en el seno del sector estatal— puedan escapárseles (Mandel *apud* Guevara, 1982a: 170-171).

De acuerdo con Mandel, pues, serían necesarios objetivamente, en la transición al socialismo: un cálculo serio, que pudiera ser eficiente en el control de los costos de *todas* las empresas socializadas, comenzando por el sector de los medios de producción; una política global de precios (utilizando las operaciones de subsidio y de impuesto indirecto); la tentativa de evitar distorsiones en los precios; la comparación *constante* de los costos de producción con los precios medios del mercado internacional; el estímulo a la pequeña producción, principalmente en la agricultura (ofreciendo mercancías industrializadas en intercambio de los productos agrícolas de los pequeños productores), y la constitución de una política de precios que refleje aproximadamente los valores reales en el sector de bienes de consumo (Mandel *apud* Guevara, 1982b: 254-255). Para él, el aumento del nivel de vida de los productores sería, consecuentemente, un estímulo para incrementar también el rendimiento y la productividad

del trabajo. Pero esas medidas economicistas serían contrapuestas o balanceadas por políticas estatales de control estricto y estímulos morales. Todo el análisis de las categorías económicas debería ser vinculado necesariamente a la situación histórica concreta. En el caso de la transición al socialismo, eso debería ser tomado en cuenta para evitar equívocos que podrían comprometer el avance económico, así como el de la conciencia. Para ese autor:

En consecuencia, si se quiere evitar excesos que minarán ciertamente toda la planificación socialista («excesos» que implicarían créditos para pagos de salarios a las empresas que trabajan con pérdidas, lo que provocaría la aparición de la «bancarrota socialista», de las «destituciones socialistas» y del «desempleo socialista»), no se puede en realidad hablar de autonomía financiera a no ser dentro de *ciertos límites*. En lugar de discutir abstractamente este tema, sería preferible examinar concretamente estos límites y las posibilidades de autonomía que ellos dejan subsistir.

Aun así, se tropieza inmediatamente con una dificultad metodológica cuando se examina el problema de esta manera. La ventaja de un criterio de «rentabilidad» (hablando vulgarmente: de la «ganancia») reside precisamente en el hecho de que la rentabilidad resulta ser el sentido de *todas* las actividades económicas y comerciales que se realizan en el seno del organismo examinado (economía nacional; industria en su conjunto; sectores industriales; grupos de empresas; empresas separadas). Pero a esta ventaja corresponde también una *exigencia*: que los que toman las decisiones en el organismo en cuestión puedan efectivamente poner en movimiento *todas* las palancas de la actividad

económica. A partir del momento en que se bloquea un conjunto de palancas porque su manejo es *teledirigido*, la rentabilidad pierde inmediatamente una gran parte de su eficacia como criterio óptimo de la actividad económica *parcial* examinada. Esta es la razón por la cual, en el interior de una empresa capitalista gigante que pone en movimiento decenas de miles de trabajadores, no se emplea siempre esa rentabilidad para regir las relaciones de interconexión entre los diferentes talleres o fábricas que componen el trust (Mandel *apud* Guevara, 1982b: 257).

De acuerdo con Mandel, el problema central en el debate provocado por Bettelheim sería la lucha por el aumento del rendimiento y de la productividad del trabajo. Pero eso no significaba construir un sistema a partir de términos solo técnicos, sino tener la capacidad de elaborar estructuras que al mismo tiempo sean eficientes en términos administrativos y económicos y que *efectivamente* construyan el socialismo. El Che llegó a leer el artículo de Mandel, que concordaba con sus ideas. Las posiciones del dirigente de la Cuarta Internacional y de Guevara eran parecidas y seguían básicamente la misma lógica. Quedaba clara la posición del Che sobre la organización y administración del aparato industrial de Cuba en aquel momento de transición al socialismo, posición que indirectamente se hacía eco de las elaboraciones de Mandel y de otros intelectuales marxistas heterodoxos, que muchas veces no estaban vinculados directamente a ninguna experiencia práctica de la construcción del socialismo.

ORGANIZACIÓN SINDICAL Y TRABAJADORES

Guevara mostraba claramente su posición sobre la forma ideal de administración económica del país. Sin embargo, a partir de ahí surgían nuevas interrogantes que debían ser discutidas. Uno de los motivos para la descentralización económica en varios países socialistas y, en el caso de Yugoslavia, la implementación de la autogestión financiera y obrera, sería dar mayor poder de decisión y participación a los trabajadores en las industrias. Pero, entonces, ¿qué papel efectivo tendrían los obreros en el sistema propuesto por el Che? Los sindicatos ciertamente continuarían existiendo en Cuba. Pero, ¿cuál sería su función? En relación con eso, Guevara era categórico, y manifestó sus opiniones en varias oportunidades. No obstante, para discutir las posiciones del revolucionario argentino sobre los sindicatos y la actuación de los trabajadores en las fábricas, es importante que mencionemos de forma breve cómo estos se organizaban y qué papel tuvieron las organizaciones sindicales en Cuba antes de la Revolución. Nuestra intención es delinear algunos eventos importantes de la historia del movimiento obrero cubano y de los sindicatos de la Isla para, más adelante, discutir las concepciones de Guevara.

Los trabajadores cubanos estaban acostumbrados a organizarse en asociaciones y sindicatos desde el siglo XIX, y esas tradiciones difícilmente podrían ser dejadas de lado. La creación de la Asociación de Tabaqueros, en 1866, así como la publicación del periódico *La Aurora*, fueron elementos importantes en el embrionario movimiento obrero cubano, ya que, con denuncias contundentes sobre las duras condiciones del proletariado en la industria del tabaco, estimulaban las discusiones y lecturas en los locales

de trabajo, aumentando la conciencia política de un importante sector del proletariado de la Isla. Incluso con la prohibición de las lecturas en las fábricas durante el período de la primera guerra de independencia, se crearon otros agrupamientos, y en el año 1878 se aglutinaron en el Gremio de Obreros del Ramo de Tabaquerías; mientras tanto, los anarquistas comenzaban a volverse más activos, reestructurando a partir de 1885 la Junta Central de Artesanos, que tenía como plataforma la unificación de las asociaciones de trabajadores y la promoción de diversas huelgas en el país (Alonso Júnior *apud* Coggiola, 1998: 30). Los anarquistas fundaron a continuación el Círculo de Trabajadores de La Habana, así como el periódico *El Productor*.

A comienzos de los años noventa del siglo XIX, en Cuba se realizó el Congreso Regional Obrero, con la presencia de los delegados de diversas organizaciones de cinco provincias de la Isla, con la excepción de Oriente; en él se decidió defender la implementación de una jornada diaria de ocho horas y un modelo de organización para la clase obrera. También se discutieron el trabajo femenino e infantil, la discriminación racial y el impulso a la agrupación de los trabajadores en secciones autónomas organizadas por categorías, que después integrarían la Federación de Trabajadores de Cuba. Paralelamente a estos eventos, se pudo advertir un gran aumento de la represión del gobierno contra los trabajadores (Del Toro, 1969: 58-60), en tanto la prensa obrera crecía y se volvía cada vez más activa, con diversas publicaciones, como *El Artesano* (1886), *El Obrero* (1888), *El Clarín* (1889), *La Claridad* (1890), *La Antorcha* (1890), *El Obrero Cubano* (1890), *El Acicate* (1891) y *La Batalla* (1891), entre otras, que divulgaban las ideas del movimiento obrero en la Isla.

En 1900 surgió el Partido Popular, liderado por Diego Vicente Tejera, que duraría algunos meses y daría lugar, en 1901, al Partido Popular Obrero, compuesto por militantes de la Federación Cubana del Trabajo (FCT) (Del Toro, 1969: 64-65).

Aunque de 1907 a 1920 los grupos anarquistas tuvieron una fuerte presencia en huelgas y organizaciones obreras, de forma general no tuvieron aliento para mantener su ritmo de participación en las luchas proletarias durante los períodos subsiguientes. Por más que intentaron tener alguna actividad real en la vida política del país, poco a poco fueron perdiendo espacio, principalmente a partir de la segunda mitad de la década de los veinte del siglo XX, ante los comunistas.

Los socialistas también fueron muy activos en el movimiento obrero cubano en los años que antecedieron a la Revolución. Desde la formación del Club de Propaganda Socialista fundado por Carlos Baliño en 1903 (considerado el primer grupo marxista cubano y que después cambió de nombre para el de Agrupación Socialista Internacional), y la creación, un año después, del Partido Obrero Socialista y de su periódico *La Voz Obrera*, dirigido por Ramón Rivera, los marxistas comenzaron a actuar de forma que se pudiera politizar a los trabajadores e influir en la lucha por el socialismo en el país (Del Toro, 1969: 67). El partido se fue radicalizando poco a poco, e incluyó en sus nuevas tesis la conversión de la propiedad individual o corporativa en propiedad colectiva o común y la emancipación completa del proletariado, a partir de la abolición de las clases sociales (Del Toro, 1969: 68).

En 1918, al año siguiente de la Revolución de Octubre, hubo un aumento de las huelgas y protestas del movimiento obrero cubano. Durante las conmemoraciones del Primero de Mayo, se produjeron diversas agitaciones y paralizaciones en la industria y en las actividades comerciales en La Habana y en otras ciudades de la Isla. También se produjeron huelgas de los mineros en Matahambre, y de los zapateros y tabaqueros en la capital (Baliño *et al.*, 1967: 5-6). En ese año fue creada la Agrupación Socialista de La Habana.

El Primero de Mayo de 1919, los trabajadores reunidos en el teatro Payret, en La Habana, protestaron contra el envío

de tropas intervencionistas a Vladivóstock, mientras en el teatro Alhambra «se oían gritos de exaltación al bolchevismo durante una pieza teatral» (León Expósito *apud* Chávez Álvarez, 1975: 327-336). En abril del año siguiente se celebró en La Habana el primer Congreso Nacional Obrero, y en noviembre diversas entidades se reunieron para organizar la Federación Obrera de La Habana, formalmente creada once meses más tarde (Baliño *et al.*, 1967: 7). En 1923, Baliño fundó la Agrupación Comunista, que en 1925 ayudaría a formar el Partido Comunista cubano, con diversos líderes sindicales en sus filas. El primer Comité Central del partido estaba compuesto por dirigentes de la Unión de Cigarreros, del Sindicato de Tabaqueros de San Antonio de los Baños, del Gremio de Pintores, Decoradores y Tapiceros, de la Federación Obrera de La Habana y también de la Universidad de La Habana. O sea, un grupo relativamente representativo (Alonso Júnior *apud* Coggiola, 1998: 34).

En 1925 se creaba la Confederación Nacional Obrera Cubana (CNOC), la primera central sindical nacional. En ese caso, los comunistas tuvieron gran influencia, ya que en el año de su fundación la CNOC tuvo como segundo secretario a César Villar, lo que dio al partido un mayor campo de actuación dentro de la central. A partir de ese momento, tanto el PC cubano como sus miembros de fila dentro de la CNOC comenzaron a convocar varias huelgas, aunque más tarde hayan sido impedidos de actuar dentro de los marcos de la legalidad por la dictadura del presidente Gerardo Machado.

Para contraponerse a la CNOC, se creó la Federación Cubana del Trabajo (FCT), influenciada por la American Federation of Labor (AFL) y por la Confederación Obrera Panamericana (COPA), organizaciones conservadoras que apoyaban el colaboracionismo de clases. Para Blas Roca, la CNOC representaba la tendencia revolucionaria, antimperialista y clasista del proletariado cubano, mientras la FCT sería una organización reformis-

ta, la cual apoyaba a Machado y a los intereses de los Estados Unidos en el país (Roca, 1961: 162). También vale la pena mencionar otro importante hecho resultante de las huelgas promovidas por los comunistas: la creación del Sindicato Nacional Obrero de la Industria Azucarera (SNOIA).

Con el continuo aumento de las huelgas y de la insatisfacción popular, el presidente Machado fue depuesto y huyó del país, siendo sustituido por Carlos Manuel de Céspedes, que permanecería poco tiempo en el poder. Después de la revuelta de los sargentos, liderada por Fulgencio Batista, asumió la presidencia Ramón Grau San Martín, depuesto en 1934 y sustituido por Carlos Mendieta. En ese año fue constituido el Partido Revolucionario Cubano (PRC), también conocido como Auténtico.¹ De ahí en adelante, la sucesión de mandatarios muestra la complicada situación política del país: Batista y José A. Barnet asumieron el gobierno, y, en 1936, Miguel Mariano Gómez fue «elegido» y depuesto en aquel mismo año y sustituido por Federico Laredo Brú. Todo ello con Batista como la figura central entre bastidores y, de hecho, teniendo el poder en aquel período. En 1939, Grau San Martín fue presidente de la Asamblea Constituyente, y en 1944 retornó a la presidencia del país.

En 1938, sin embargo, todavía durante el mandato de Laredo Brú, la CNOC fue disuelta y en su lugar fue creada la

¹ El Partido Revolucionario Cubano, o Auténtico, fue constituido por Grau San Martín y líderes estudiantiles del Directorio Estudiantil. Creado para dar continuidad a las luchas por la Revolución en Cuba, frustrada por la intervención de Fulgencio Batista, se inspiró en el primer Partido Revolucionario Cubano, fundado por José Martí el 5 de enero de 1892. El programa de los auténticos defendía el nacionalismo político y económico, la justicia social y las libertades civiles. El partido hizo oposición a Batista durante los años treinta y mitad de los años cuarenta. Cuando Grau San Martín fue elegido presidente en 1944, el partido comenzó a usar la violencia contra los opositores y fue conocido por diversos casos de corrupción.

Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), que reunió su primer Consejo Nacional y eligió al comunista Lázaro Peña como secretario general. A partir de ahí, la CTC logró unir prácticamente a todas las organizaciones sindicales del país. Después de discutir con sus bases, la central decidió adherirse a la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), organizada en aquel mismo año en México. Para combatir a la nueva central fue instituida la Comisión Obrera Nacional (CON), vinculada al PRC, la cual, no obstante, no logró dividir a los sectores más avanzados de los trabajadores de la Isla.

Batista venció en las elecciones de 1940, y una estrecha colaboración con los comunistas comenzó a surgir. El PC cubano, en ese entonces, llegó a ocupar algunos cargos ministeriales en aquel gobierno. En 1942, el propio partido llegó a afirmar que los trabajadores, a través de la CTC, estarían dispuestos a colaborar con todos los que se dispusieran a mantener la unidad nacional para luchar contra el enemigo externo de la patria, o sea, Alemania, aunque las alianzas significaran un contrasentido en relación con las políticas del partido en épocas anteriores (Alonso Júnior *apud* Coggiola, 1998: 44).

En aquella década, el partido cambiaría el nombre para Partido Socialista Popular (PSP), mientras importantes dirigentes, como Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez, se convertían en ministros. Como el partido apoyó a Batista en las elecciones de 1944 y éste perdió, la CTC comenzó a ser perseguida por el gobierno del presidente Grau San Martín, quien decidió que la central ya no podría ser instrumento de maniobra de los comunistas en el medio sindical, por lo cual inició una política de represión contra la Confederación e implementó una línea de actuación que protegía a los miembros de la CON. El resultado fue el ataque a oficinas de organizaciones opositoras, asesinatos de dirigentes socialistas, imposición de cuotas de partici-

pación obligatorias a los trabajadores, la creación de un sistema de exclusión y división dentro de la CTC, de las federaciones y de los sindicatos, y la eliminación de diversas prácticas democráticas dentro del movimiento sindical (Roca, 1961: 162-163). Para Blas Roca, con el aumento de la represión contra los comunistas, la CON, a partir de 1947, impuso el mujalismo en la CTC, lo que significó la institucionalización de prácticas de corrupción, divisionismo y conservadurismo en las organizaciones obreras. También separó a la CTC de la CTAL, y afilió la central a la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT). En la misma época, la Juventud Obrera Católica (JOC) comenzó a penetrar más activamente en los sindicatos, defendiendo principios de conciliación de clases y ataques a los comunistas. Muchos dirigentes sindicales, en general vinculados al gobierno, acumularon grandes fortunas en ese período.

En 1948, Carlos Prío Socarrás fue elegido nuevo presidente de Cuba y tuvo que enfrentar la oposición de diversos sectores del país, desde elementos del Ejército hasta los propios comunistas. Después del golpe de Batista, en 1952, y su «elección» en 1954, los comunistas, aunque inicialmente tuvieron algunos elementos dentro del nuevo gobierno en el Ministerio del Trabajo, poco a poco se hicieron opositores del régimen. La CTC, vinculada a los auténticos y dirigida por Eusebio Mujal, tenía en sus manos la mayor parte de los sindicatos del país y pasó a trabajar en estrecha colaboración con Batista. Para algunos, como Rufo López-Fresquet, la dirigencia de la CTC tenía muchas razones para permanecer neutra en la lucha contra el movimiento revolucionario, ya que podría obtener favores del gobierno. Mientras tanto, Batista advirtió la importancia de trabajar con la central, considerando que tendría un aliado en el medio obrero, así como podría evitar problemas con otros sectores nacionales (López-Fresquet, 1969: 37). En ese período se comenzó a descontar el

1 % de los salarios de todos los trabajadores para que fuera transferido por el gobierno hacia la Confederación (Alonso Júnior *apud* Coggiola, 1998: 51).

Durante mucho tiempo, las relaciones del PSP con el M-26-7 no fueron las mejores. Inmediatamente después del ataque al cuartel Moncada, en 1953, el partido anunció que repudiaba aquellos métodos de lucha, considerados por ellos como «putchistas», peculiares de las facciones políticas de la clase media. Aquella habría sido una tentativa aventurera, a partir de un heroísmo estéril y falso, guiado por concepciones burguesas (Draper *apud* Drachkovitch, 1966a: 35). De acuerdo con Carlos Rafael Rodríguez, los comunistas no consideraban posible:

que un grupo de revolucionarios, pequeñoburgueses fuera suficientemente firme para mantener una Revolución antimperialista y transformarla después en la Revolución socialista. [Fidel] no era pequeñoburgués de origen. Él es hijo de un antiguo gran terrateniente, y esto sería, naturalmente, en términos formales, peor, si hiciéramos un enfoque formal del problema. Fidel era ortodoxo y expresaba –hasta la Revolución– ideas pequeñoburguesas. Si explicáramos solamente el problema desde el punto de vista de los orígenes de clase y examináramos a Fidel, a Raúl, al Che, a Dorticós, todos ellos eran pequeñoburgueses, ninguno de ellos tenía un origen proletario (Rodríguez, 1983b: 441).

En la *Carta del Comité Nacional del Partido Socialista Popular al Movimiento 26 de Julio*, publicada en junio de 1957, el PSP decía tener un «desacuerdo radical» con las tácticas y los planes del grupo de Fidel, y que el M-26-7 todavía no había tomado posición de forma suficientemente vehemente contra el imperialismo (Draper *apud* Drachkovitch, 1966a: 294).

De acuerdo con Serafino Romualdi, en su *Presidents and Peons*, los comunistas sabotearon la huelga general promovida por Castro, y aparentemente intentaron una reaproximación con Batista entre junio y julio de 1958, enviando una Comisión, compuesta por Blas Roca y Joaquín Ordoqui, para conversar con el dictador. Ellos habrían propuesto combatir a Fidel Castro si el presidente cubano les concedía algunos favores, como la legalización del PSP, el control de la CTC, la devolución del derecho de propiedad del periódico *Hoy* a los comunistas, la estación de radio 1010-4 y mucho dinero para preparar una gran campaña contra el líder guerrillero (Romualdi, 1967: 194). Ninguna de las propuestas fue aceptada. Poco tiempo después de la conversación con el presidente Batista, los comunistas se aliaban con Fidel Castro. En la oposición, ayudaron a crear los Comités de Defensa de las Demandas Obreras e integraron el Frente Obrero Nacional Unido (FONU), que encabezó la huelga general de enero de 1959 contra la tentativa de mantener un gobierno fantoche inmediatamente después de la Revolución.

Con el triunfo de la Revolución, no obstante, los sindicatos poco a poco deberían cumplir un papel diferente y adaptarse gradualmente al nuevo momento de la historia que vivía el país.²

² Desde el inicio de la Revolución Cubana, la AFL-CIO intentó destruir al nuevo gobierno a través de los antiguos contactos con dirigentes sindicales de la Isla que podían ser útiles en la subversión interna. Pero todos los antiguos líderes fueron separados y Eusebio Mujal fue depuesto; la mayoría de los dirigentes fue para Miami y de inmediato se vincularon a organizaciones apoyadas por la AFL-CIO. Eusebio Mujal se convirtió en líder de la CTC en el exilio en México; José Artigas Carbonell, antiguo tesorero de la CTC, en representante del Instituto Americano por el Desarrollo del Trabajo Libre (IADTL), en América Central, y Esteban Rustan, antiguo secretario general de la Confederación de los Bancarios, se convirtió en el hombre de la ORIT en Costa Rica. La CIA y la AFL-CIO influyeron por años en la política sindical en la Isla. Ver Morris, 1967: 77-79.

Algunos años después del triunfo de la Revolución, Guevara afirmó:

El sindicato es la asociación de los obreros para estar contra el patrón. Es la asociación de clase para luchar contra otra clase. Al desaparecer el dominio de una clase sobre la otra, al pasar los medios de producción a todo el mundo, las contradicciones no existen. Las contradicciones... Lenin lo decía. Entonces, ¿qué es lo que pasa aquí? Si nosotros quitáramos las palabras de Lenin, prácticamente para todo el mundo estaría bien claro que el sindicato no tiene razón de ser. Ahora, Lenin explicaba la necesidad de los sindicatos, yo también dije que el sindicato en las fábricas era necesario para evitar una serie de abusos que se pudieran cometer. ¿Qué es lo que pasa? Las contradicciones que existen, hay que buscar una fórmula original y convirtiendo a cada obrero que deja de trabajar manualmente para pasar a un cargo administrativo, en un enemigo de la clase obrera que debe luchar por el sindicato de alguna forma, porque si no hubiera tal contradicción, ya el sindicato no debiera existir, sencillamente (Guevara, 1982: 72).

En la misma conversación, Guevara recordaba los debates sobre los sindicatos que se produjeron a inicios de la Revolución Rusa. En ese sentido, mencionaba más específicamente las discusiones entre Lenin y Trotski. Para el ministro de Industrias de Cuba:

Vale la pena leer con atención y anotar lo que Lenin dice a propósito de estos problemas. Pero es necesario leer sus palabras con mucha atención, pues deben ser ubicadas en el marco de la polémica con Trotski, que en aquella

época estaba iniciando un trabajo que después debería volverse divisionista. Trotski adelantaba una serie de afirmaciones sobre la actividad de los sindicatos, sobre la dirección económica por parte de los sindicatos, y Lenin debía hacer algunas concesiones, puesto que Lenin, entre otras cosas –y disculpen si soy repetitivo, porque ya dije esto muchas veces y tal vez hasta en este mismo lugar–, más que un revolucionario, más que un filósofo, es un político, y los políticos deben hacer concesiones. De cualquier forma, sea lo que fuera, en algún momento debe decir cosas que no corresponden a su pensamiento. Y ante la propuesta de otorgar mayor poder a los sindicatos, de confiarles una serie de responsabilidades económicas, de crear consejos para la economía, ante la fuerza real que tuvo el sindicato... en Rusia, Lenin se vio obligado a usar un lenguaje que, personalmente, tengo la seguridad de que no representaba su pensamiento (Guevara, 1982: 73).

Debemos recordar que Lenin creía que si los sindicatos permanecieran cerrados dentro de horizontes limitados, en una lucha «autosuficiente», no tendrían nada de socialistas, como ocurría en diversos casos. Para el revolucionario ruso, el proletariado estaba formado por una masa heterogénea, que constaba de los más diversos elementos y niveles de concientización. Muchos trabajadores, por tanto, serían conservadores y solamente estarían interesados en los beneficios materiales inmediatos y en la mejoría de su estándar de vida. Por consiguiente, no sería función del sindicato, *sino del partido revolucionario*, organizar a los trabajadores de forma cohesionada en la lucha por el socialismo.

En los primeros años después de la Revolución de Octubre, un intenso debate tomó forma en Rusia en relación con el papel

de los sindicatos. Mijaíl Tomski, el más importante líder sindical bolchevique, defendía que en aquel momento, cuando el proletariado ya había tomado el poder político y económico del país, y retirado a la burguesía de la administración de las industrias, la lucha de los trabajadores por la mejoría de sus condiciones sociales debería tomar nuevas formas, en una acción organizada, usando a los sindicatos y otros órganos reguladores para tratar de la política de forma general, haciendo que los intereses específicos de las diferentes categorías de trabajadores rusos quedaran subordinados a los intereses de la clase como un todo (Deutscher, 1950: 18-19). Los mencheviques argumentaban que la Revolución de Octubre continuaba siendo una Revolución burguesa y que los sindicatos deberían continuar desempeñando sus actividades acostumbradas. Para ellos, el capitalismo probablemente regresaría en breve tiempo al país con toda su fuerza; por eso, sería importante que los sindicatos se fortalecieran y se prepararan para actuar de la forma tradicional en ese caso (Deutscher, 1950: 19).

Algunos líderes bolcheviques llegaron a dudar del futuro de la Revolución y del nuevo papel de los sindicatos. Riazánov consideraba que mientras la Revolución socialista no hubiera triunfado en otros países de Europa Occidental, los trabajadores rusos deberían mantener su única arma de lucha, los sindicatos (Deutscher, 1950: 20), los cuales, por lo tanto, serían instrumentos para protegerse de una contrarrevolución que podría venir en cualquier momento. Para rebatir esas afirmaciones, Grigori Zinóviev preguntaba por qué y de quién los sindicatos deberían ser independientes, ya que formaban parte de su propio gobierno. Algunos, como Solomon Lozovski, no aceptaban las tesis de Zinóviev de que los sindicatos deberían ser órganos del poder del Estado, ya que podría haber coerción y falta de solidaridad de clase espontánea. Para él, si los sindicatos fueran solo «órganos del poder estatal», eso significaría que las decisiones sindicales

serían hechas compulsivamente, sin conexión con la actividad real de los trabajadores (Deutscher, 1950: 22).

En el Primer Congreso Sindical, la resolución aprobada afirmaba que los sindicatos deberían, en el proceso de profundización de la Revolución, volverse órganos estatales, pero que aun así serían organizaciones híbridas, desempeñando diversas funciones vitales para el Estado, aunque manteniéndose fuera de la esfera organizacional del gobierno. Con la guerra civil, los sindicatos asumieron un nuevo papel en el país, dando mayor apoyo al Ejército Rojo al proporcionar soldados y equipamientos. Ellos ayudarían al gobierno también a presionar para una aceleración del proceso de socialización de todas las industrias rusas. En ese período terminó el control obrero en las fábricas, y en 1918 fue creado el Comisariado del Trabajo: los sindicatos se convertían rápidamente en apéndices del Estado soviético.

El Segundo Congreso, en enero de 1919, marcó un mayor énfasis en las funciones del gobierno central, con la fusión casi completa de los sindicatos al poder estatal, una idea defendida por varios líderes bolcheviques, entre ellos Tomski y Lenin. En ese mismo Congreso, no obstante, fue elaborado el famoso «punto 5», el cual decía que, en el futuro, los sindicatos deberían concentrar en sus manos la administración de toda la economía nacional, o sea, teóricamente una forma de lucha contra la burocratización del aparato económico. Otros puntos disminuían y frenaban las afirmaciones del punto 5, pero eso sería motivo para enconadas discusiones.³

³ El punto 6 afirmaba que la próxima tarea del gobierno soviético sería la máxima utilización de toda la fuerza de trabajo disponible, su correcta distribución y redistribución, geográficamente y en las diversas ramas de la economía. El punto 7 defendía una reeducación de las masas, a través de su trabajo disciplinado, que sería coordinado por los sindicatos, los cuales deberían adoptar y poner en práctica la contabilidad del trabajo, las normas de producción y responsabilidades de los trabajadores. En el punto 8, el

Fueron muchos los debates alrededor de las funciones y atribuciones de los sindicatos, principalmente contra la Oposición Obrera, considerada por algunos como anarcosindicalista. En ese período, Lenin y Trotski defendían básicamente las mismas ideas y atacaban a aquel grupo, considerado peligroso para la estabilidad del régimen. Fue solamente a partir del Cuarto Congreso Sindical que las controversias y los desacuerdos entre Lenin y Trotski surgieron de forma más delineada. Mientras la Oposición Obrera era favorable a que toda la organización de la economía pasara a manos de los sindicatos, los dos dirigentes bolcheviques apoyaban la tesis de la militarización económica. Pero, para Trotski, el partido debería, en aquel momento, dejar de defender la llamada democracia obrera y sustituirla por una democracia de productores. En otras palabras: un régimen construido sobre un aparato industrial público, produciendo para satisfacer las necesidades sociales, que representarían los verdaderos intereses del proletariado, en contraposición con algunos beneficios corporativos temporales. Así, el Estado tendría el derecho de imponer sus políticas a la clase obrera, mientras los sindicatos, concomitantemente, deberían servir al poder estatal, sin la posibilidad de confrontarlo con sus demandas tradicionales.

Lenin también apoyaba la tesis de que los sindicatos debían defender al Estado soviético, que para él todavía no era un Estado obrero, sino campesino y obrero, deformado burocráticamente. Eso implicaba que los trabajadores tendrían el deber de defenderlo, evitando atacar al gobierno sistemáticamente: el ideal sería una actitud constructiva en relación con el Estado. Pero los obreros, por otro lado, también tendrían el derecho de

programa pedía a los sindicatos que aprendieran con los técnicos y especialistas burgueses, para acabar con el ultraradicalismo y la desconfianza. Así, el Estado pagaría mayores salarios a los especialistas burgueses por sus conocimientos técnicos y el igualitarismo sería solo un proyecto para el futuro.

defenderse del aparato estatal, ya que la política de este podría representar las presiones conflictivas de diferentes sectores de la población. También sería importante la posibilidad de protegerse de eventuales actos arbitrarios del aparato burocrático. Los sindicatos, por lo tanto, podrían tener cierta autonomía frente al gobierno. La adhesión de los trabajadores a los sindicatos no debería ser obligatoria, como defendía Trotski, sino hecha por persuasión. Aun así, Lenin también insistía en los derechos históricos del partido en la dirigencia de la Revolución en el país (Deutscher, 1950: 54-56). La diferencia entre los dos era principalmente en el énfasis que daban a ese asunto: mientras Trotski insistía en la supremacía del partido, Lenin enfatizaba el carácter democrático, voluntario y educacional de los sindicatos. De acuerdo con el historiador Adam Ulam, en esa época Lenin habría tenido una conducta extremadamente hábil en las discusiones:

Primero él [Lenin] desempeñó el papel de moderador entre las dos facciones del partido. Trotski, cuya impaciencia con los trabajadores era tan grande como la de él, pero cuya habilidad política y cuyo tacto eran considerablemente inferiores, propuso un ataque mucho más abierto al «*nonsense* sindicalista». Su experiencia del tiempo de la guerra inspiró a Trotski a tener respeto por la *expertise* profesional, disciplina militar y desconfianza de la «iniciativa de las masas». Él creía que los sindicatos deberían estar estrictamente subordinados a las agencias del Estado, que no solo había que rechazar vigorosamente sus exigencias de dirigir la vida económica del país, sino también había que ponerlos en su lugar, o sea, convertirlos en subagencias del Estado y de la burocracia del partido. Con sus instintos políticos correctos, Lenin gastó tanto tiempo atacando las «tesis» de Trotski, que eran cercanas a su propio pensamiento,

como a las de Kollontay y Shlyápnikov, que él detestaba. Dentro del partido, Trotski ahora se había convertido en una especie de pararrayos, atrayendo hacia sí las acusaciones de autoritarismo y pensamiento militar, y permitiendo que Lenin desempeñara el papel de un conciliador de mente abierta (Ulam, 1969: 615-616).

Probablemente fue esa la interpretación que Guevara tuvo de aquel episodio. Sabiendo de la necesidad de pragmatismo y habilidad política en un momento extremadamente delicado de la Revolución, el Che creía que Lenin había actuado de forma correcta de acuerdo con las necesidades de las circunstancias, que no necesariamente correspondían a sus ideas.⁴ Todo indica que el ministro de Industrias de Cuba consideraba que las opiniones del líder bolchevique eran parecidas a las suyas en lo que atañe al papel de los sindicatos en la transición al socialismo.⁵ Fue en ese sentido que citó el debate con sus colegas dentro del gobierno. Che Guevara consideraba que se debería buscar una forma de terminar con las contradicciones inherentes al período de transición al socialismo. Él decía:

El hecho es que no se trata tanto de poseer el sindicato, o una asociación de los obreros, como de resolver esas contradicciones. Y esto se puede realizar, por ejemplo,

⁴ En relación con Lenin y los sindicatos, ver Lenin, 1979a: 433-462; 1979b: 408.

⁵ Desde el punto de vista económico, debemos recordar que, en cierta medida, las ideas del ministro de Industrias eran similares a las de Preobrajenski, o sea, sería importante una elevación de productividad a corto plazo, una aceleración económica. Los sindicatos, en ese sentido, tendrían que ser interpretados por su función económica y, así como otros instrumentos del proletariado, estarían directamente condicionados por el hecho de que la industria era estatal y debían fundirse al Estado proletario. Ver Miranda, 1980: 172-173.

con el sistema –que estamos experimentando– de «comisiones de arbitraje laboral», en las cuales están representados tanto los administradores como los obreros. Es un primer paso, una prueba; veremos cómo se desarrollará y como reaccionarán. Lo que ya llegamos a comprobar –y que era elemental– fue la importancia que las personas dan a la selección de sus representantes. En efecto, no podemos olvidarnos de que la democracia sindical es un mito. El partido se reúne y propone a las masas tal o cual candidato único, y es ese el que es elegido, con mayor o menor consenso por parte de la base, sin que él haya participado realmente en el proceso de su elección. En compensación, en el sistema actual de las «comisiones de arbitraje» los trabajadores escogieron realmente a sus representantes, y, por lo que yo sé, con gran entusiasmo (Guevara, 1982: 73).

Podemos decir que Guevara no estaba enteramente de acuerdo con la preservación del papel tradicional de los sindicatos, ya que eso podría acarrear mayores problemas con la dirección del gobierno. Pero consideraba que acaso las comisiones de arbitraje pudieran ser una forma interesante de tratar de implementar la democracia en las fábricas y una mayor eficiencia en las relaciones entre trabajadores, administradores y órganos del Estado. En la concepción del revolucionario argentino, los únicos que no estarían satisfechos con ese nuevo modelo serían los dirigentes y burócratas sindicales (Guevara, 1982). La mayoría de la fuerza de trabajo cubana, no obstante, se mostraría completamente de acuerdo con ese sistema. El ministro de Industrias creía que:

el dirigente obrero y el obrero en general tendrán, entonces, participación en el proceso productivo y

responsabilidad en el proceso productivo. Nosotros no hemos podido avanzar más porque, incluso, hay muchas fábricas donde no se puede discutir, porque hay un sindicato hostil o porque los obreros no han comprendido todavía la médula de la cuestión. Y si el Sindicato habla con la administración, creen que el Sindicato, la jefatura del Sindicato, es una jefatura claudicante. Todas esas cosas deben desaparecer, porque nuestra tarea, la tarea de la industrialización del país, la más grande tarea de la Cuba actual, no puede hacerse, de ninguna manera, por la voluntad de unos cuantos, ni por el genio de unos cuantos, ni de uno. La tarea nuestra es ver el mejor camino y explicarlo, pero la tarea del pueblo es ayudar a ver ese buen camino, contribuir con todo su esfuerzo a que la marcha por ese camino sea acelerada y corregir siempre los errores por un método constructivo (Guevara, 1988b: 72-73).

En el proyecto de Guevara, la dirección administrativa y la responsabilidad deberían ser únicas, siempre a partir de discusiones colectivas. Por eso, los directores de empresas tenían por obligación: supervisar y dirigir personalmente —o a través de funcionarios de confianza— los trabajos en las secciones, oficinas y unidades productivas; ser los responsables de la elaboración final y el cumplimiento del plan estatal relacionado con su empresa; supervisar el cumplimiento de las directrices establecidas en relación con trabajo, salarios, contratos, tecnología, finanzas, leyes, reglamentos, seguridad, higiene y uso correcto de los recursos; dictar las resoluciones internas; informar, orientar, estimular, entrenar y capacitar al personal de la empresa; firmar los documentos de las empresas sin exceder los límites fijados por el plan; presidir los consejos de la administración; colaborar con los sindicatos; y promover la participación activa de los traba-

jadores en la dirección y el cumplimiento del plan (Guevara, 1988b: 132). Los sindicatos tendrían dos funciones distintas: una de ellas sería comprender las metas del plan estatal y discutir las en las empresas; la otra, defender los intereses de los trabajadores en las fábricas. La transición al sistema socialista no acabaría de una vez con las contradicciones, pero modificaría las formas de solucionarlas. De este modo, el sindicato fundamentaría las opiniones de sectores del proletariado, tratando de que sus necesidades fueran satisfechas sin el perjuicio del interés nacional, o sea, la construcción del socialismo y la rápida industrialización (Guevara, 1988b: 133). En relación con la compatibilización de los intereses del Estado y de los sindicatos, Guevara consideraba que no habría contradicción intrínseca entre los dos, ya que, mientras el gobierno intentaba desarrollar el país de la forma más acelerada posible, con la utilización de todos los recursos disponibles para el beneficio de la mayoría de la población, este sería también, teóricamente, el interés de los sindicatos, los cuales deberían tener la obligación de adaptar las condiciones reales locales a los proyectos estatales. De acuerdo con el Che:

el sindicato debe llevar esta doble función de velar por las condiciones de trabajo de los obreros y empleados, y dar, él mismo, orientación revolucionaria del sacrificio o el esfuerzo necesarios a las masas con toda la honestidad de que son capaces los miembros del proletariado, pues las líneas generales de la política económica de la Revolución Socialista están regidas por el deseo de crear mayores riquezas para mayor bienestar de la clase obrera, de los campesinos, de todo el pueblo (Guevara, 1988b: 266).

Los sindicatos, por lo tanto, serían responsables también del aumento de la productividad, de la disciplina en el trabajo,

y de la preparación de administradores eficientes, elevando, de esa forma, su nivel técnico y político. Además, tendrían como función preocuparse por los intereses materiales y espirituales de los trabajadores, utilizando la discusión y la persuasión como métodos básicos para actuar correctamente, y debiendo cumplir todas sus metas. Las relaciones entre los directores y los sindicatos tendrían que ser cordiales y armoniosas, con mutua cooperación.⁶ Toda contradicción debería ser resuelta mediante discusiones, evitando al extremo mayores tensiones y huelgas obreras, que serían pésimas en la construcción del socialismo, no solo porque demostrarían el fracaso de la administración, sino también por indicar una baja conciencia política de los trabajadores (Guevara, 1988b: 134). O sea, la concepción de los sindicatos para Guevara era muy cercana de la concepción leninista. Ellos serían escuelas del comunismo, organizaciones que deberían englobar a toda una clase, elevar la conciencia política de los trabajadores y estar estrictamente vinculados al partido revolucionario (Losovsky, [198-]: 198).

Para posibilitar las mejores relaciones dentro de la fábrica, se creó el Consejo Técnico Asesor (CTA), compuesto por los obreros más calificados de cada departamento de producción, que asesoraban a los administradores en la gerencia de las fábricas. El CTA tendría la función de resolver problemas técnicos, como

⁶ Para el Che: «cada agrupación humana es más importante que el individuo, y todo el grupo de un sector obrero es más importante que el Sindicato de un centro de trabajo, y todos los obreros son más importantes que uno. Eso es algo que hay que comprender; hay que organizarse nuevamente para cambiar la mentalidad anterior». O sea: «Cambiar la mentalidad del jefe del Sindicato, que no tiene como función ser el que grita más contra el patrón, ser el que impone algunas veces medidas absurdas dentro del orden de la producción, pero que tienden a, falsamente, hacer que un obrero esté allí ganando algo, aunque no haga nada. El obrero que hoy cobre un sueldo sin ganar nada, sin hacer nada, está en realidad conspirando contra la Nación y contra sí mismo» (Guevara, 1988b: 71-72).

falta de piezas de repuesto. Sería un laboratorio experimental donde los obreros desempeñarían actividades fundamentales para el desarrollo industrial del país a nivel local. El CTA, por lo tanto, incentivaría la instrucción técnica de los funcionarios de las empresas, trabajando íntimamente vinculado a los sindicatos. El administrador de la unidad de producción sería también el presidente del CTA, y sus decisiones serían irrevocables. Pero, si hubiera abusos del administrador, el CTA podría denunciarlo al director de la empresa pública, y acusarlo de estar actuando contra las determinaciones del Ministerio; en consecuencia, perjudicando a la producción. Si la denuncia no fuera oída, podría ser llevada incluso hasta el subsecretario del Ministerio vinculado a aquella fábrica. O sea, ese sistema, teóricamente, posibilitaría un real control en eventuales casos de abusos y corrupción. El CTA, de forma general, también estaría preocupado por la racionalización de los procesos de producción y el aumento de la productividad del trabajo, así como en ayudar a estructurar, juntamente con el Ministerio del Trabajo y otros órganos del gobierno, las normas laborales (Guevara, 1988b: 135).

Para Guevara, por lo tanto, el Consejo Técnico Asesor, los sindicatos y la administración tendrían un conjunto de tareas y relaciones comunes y deberían trabajar juntos, con una amplia integración. Pero algunos elementos, especialmente los trotskistas, criticaron los consejos, lo que incomodó al revolucionario argentino. En una conferencia por la televisión, para la inauguración del VII Ciclo Economía y Planificación, a mediados de 1961, Guevara dijo:

Hace unos días estábamos leyendo un pequeño periódico que hay aquí, no vale mucho la pena referirse a él, pero es un periódico trotskista, no sé bien cómo se llama... *Voz Proletaria*, hacía una crítica de los Consejos Técnicos Asesores desde el punto de vista

trotskista. Entonces decía que los Consejos Técnicos Asesores habían sido creados por esta pequeña burguesía timorata que hay en el Gobierno como un intento de darle algo a las masas que están reclamando la dirección de las fábricas, sin entregar nada en realidad (Guevara, 1982: 51).

Y continuaba:

Y eso desde el punto de vista teórico es un absurdo, pero desde el punto de vista práctico es una infamia o una equivocación garrafal. Precisamente el pecado que tienen los Comités Técnicos Asesores es que no fueron creados por la presión de las masas; fue una creación burocrática de arriba para abajo, para darle a las masas un vehículo que no había pedido; y es donde está el pecado de las masas. Nosotros, «pequeña burguesía timorata», fuimos a buscar el conducto para poder escuchar la voz de las masas y creamos, bien o mal, con las imperfecciones que muy probablemente tengan porque es idea nuestra, creación nuestra, de gente que les falta experiencia en estos problemas, los Consejos Técnicos Asesores. De lo que sí no hay de ninguna manera es de que haya sido la presión de las masas, y es en lo que quiero insistir. Porque sí tiene que haber presión de las masas en una serie de cosas, porque las masas tienen que tener interés en saber lo que es un plan económico, lo que es la industrialización, lo que le toca hacer a cada fábrica, lo que es su deber, cómo ese deber lo puede aumentar o cómo lo puede disminuir, lo que son los intereses de la clase obrera dentro de cada fábrica. Todos esos problemas que tienen que agitar a las masas (Guevara, 1982: 51).

En la práctica, la participación de los trabajadores acaso no fuera tan considerable. En la elaboración del plan, por ejemplo, la JUCEPLAN indicaba los términos principales, siguiendo las directrices del Consejo de Ministros. Después de esa fase, el documento era enviado para su evaluación por los ministerios y otros organismos gubernamentales, y con posterioridad ser entregado a las empresas, las cuales lo transferirían a las industrias. En los centros de trabajo, entonces, los trabajadores se reunirían para discutir el plan elaborado en los niveles superiores, harían sugerencias y enviarían el esbozo de regreso hacia cada instancia de decisión, hasta llegar nuevamente al Consejo de Ministros, que haría las modificaciones necesarias y daría la aprobación para ese documento (Mesa-Lago, [197-]: 41).

Aun así, para algunos estudiosos, una mezcla entre la organización centralizada en los estratos superiores y una relativa flexibilización en los niveles inferiores acaso fuera una forma de gestión industrial y de participación obrera posible y eficiente. Para Maurice Dobb:

es verdad que tales actitudes y respuestas no surgirán de un día para otro: ellas no serán creadas automáticamente por una proclamación del gobierno diciendo que la industria fue socializada... Por esta misma razón, la estructura institucional de una economía socialista puede hacer una gran diferencia en el resultado. Excesiva centralización –un período de centralización económicamente necesario llevado por demasiado tiempo– puede restringir y sofocar cualesquiera nuevas actitudes y responsabilidades en la medida en que nuevas situaciones socialistas («la industria ahora pertenece a *nosotros*») pueden surgir espontáneamente. Por otro lado, situaciones en las cuales la iniciativa venida *de abajo* es estimulada y apropiadamente mezclada

con una coordinación planeada venida *de arriba*, en la cual la participación democrática es combinada con la «disciplina colectiva» que las modernas técnicas productivas exigen —esto puede servir para desarrollar esas nuevas actitudes, llevando a nuevos niveles de «conciencia colectiva» que, en sociedades individualistas y explotadoras [...] no se conocían (Dobb, 1970: 58-59).

Como dijimos anteriormente, después del triunfo de la Revolución los sindicatos deberían adaptarse a un nuevo momento histórico. En abril y mayo de 1959, se convocó a elecciones sindicales. A partir de ahí, la CTC comenzó a ser controlada mayoritariamente por el M-26-7. Durante los meses que siguieron, congresos de diversas federaciones de sindicatos industriales nacionales intentaron asegurar los principales puestos para elementos anticomunistas. Un poco antes de las elecciones de la Federación de Trabajadores de la Industria Azucarera —que detentaba cerca del 40 % del total de los asociados en la CTC—, el periódico *Hoy* hizo ataques directos a diversas dirigencias que consideraba anticomunistas. Los ánimos estaban tan enconados que un grupo de sindicalistas contrarios al PSP invadió las oficinas del periódico, y obligaron a los redactores y periodistas a pedir la protección policial.

Con las disputas entre comunistas y anticomunistas cada vez más tensas, se formó en mayo de 1959 el Frente Obrero Humanista Cubano (FOHC), compuesto por 28 federaciones industriales, dirigidas principalmente por líderes anticomunistas del M-26-7 que habían salido victoriosos en las elecciones sindicales. Esta fue una tentativa de controlar e incluso hasta de impedir que los miembros del PSP dominaran en los sindicatos (Rivero, 1963: 41-42). En aquella época, en una reunión en la CTC en la cual participaron varios comandantes, ministros, dirigentes sindicales, miembros del M-26-7 y de otras organi-

zaciones revolucionarias (pero que no contó con la presencia de Raúl Castro, Ramiro Valdés y Che Guevara, algunos de los elementos más notoriamente prosoviéticos del nuevo régimen en aquel momento), se discutió la infiltración comunista y las formas para detenerla. Esa reunión fue fundamental para definir a los dos grupos comunistas, así como para marcar de una vez la posición de los elementos anticomunistas del gobierno (Franqui, 1981: 63). De acuerdo con Carlos Franqui, como los comunistas eran minoritarios en la CTC, decidieron usar otros métodos para apoderarse de la máquina de la central. Raúl Castro personalmente habría señalado a Augusto Martínez Sánchez para ocupar el lugar de Manuel Fernández en el Ministerio del Trabajo, y así tener la posibilidad de controlar el movimiento sindical.

El 18 de noviembre de 1959, la CTC realizó su Congreso, con voto secreto, directo y libre, para la selección de 3 200 delegados entre todos los sindicatos del país, de los cuales 3 000 eran del M-26-7 y los otros 200 del PSP y de las demás organizaciones participantes en el evento (Franqui, 1981: 72). En el Congreso fue impuesta la llamada boleta de unidad entre los miembros del M-26-7 y los comunistas, aparentemente a pedido de Fidel, Raúl y el Che. Los delegados sindicales del movimiento habrían estado de acuerdo, incluso siendo amplia mayoría. Aun así, no aceptaron la posibilidad del aumento de la influencia de los comunistas (Franqui, 1981: 73). Independientemente de este hecho, a partir de ahí prácticamente todos los jefes sindicalistas anticomunistas fueron expulsados de la CTC, inclusive obreros católicos y líderes anticomunistas del propio M-26-7, ya que la poderosa máquina del Ministerio del Trabajo estaba en manos de prosoviéticos del gobierno. En la misma época, se creó una comisión de depuración con el objetivo de rastrear y expulsar a todos los dirigentes sindicales que hubieran sido contrarios a la ascensión de los comunistas en la CTC.

Hasta aquella convención, los comunistas tenían menos del 15 % de los delegados en la Confederación. Otro grupo, liderado por los auténticos, comandaba una alianza de tamaño considerable, con varios sindicalistas experimentados. David Salvador personalmente separó a Conrado Bécquer, Reinol González y J. A. Plana, tres dirigentes anticomunistas influyentes que formaban parte de la dirección de la CTC desde enero de aquel año. En su lugar entró Octavio Loit, conocido anticomunista, el número 2 de la antigua directiva. A pesar de eso, fue colocado en una posición de poco relieve, sin ningún poder real. Eso garantizaría, según algunos críticos, la apariencia de una división de poderes entre diversos grupos, pero preservando la mayor fuerza para los dirigentes vinculados a los comunistas. En esa ocasión, también fue aprobada una resolución que exigía la retirada de la CTC de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) y de la Organización Regional Interamericana de los Trabajadores (ORIT). Es interesante recordar que, inmediatamente después del triunfo revolucionario, la CIOSL había divulgado una nota en la cual mostraba satisfacción por la retirada de Batista del poder, pero al mismo tiempo expresaba la preocupación de que la CTC pudiera convertirse en blanco de medidas de fuerza, insistiendo en que el movimiento obrero continuara teniendo el derecho de votar por sus dirigentes.

El secretario general de las ORIT, Alfonso Sánchez Madariaga, ya había declarado, el 3 de enero de 1959, que le gustaría que el nuevo gobierno fuera auténticamente democrático y que facilitara el ejercicio de todos los derechos sindicales en el país (Romualdi, 1967: 202). De inmediato había sido enviado a Cuba Luis Alberto Monge, un representante de la ORIT, quien pudo comprobar que la gran preocupación de los sindicalistas cubanos era con el tema del mujalismo. A todos los antiguos colaboradores de Eusebio Mujal los estaban separando de sus cargos. Monge también advirtió que pocos líderes sindicales revolucionarios es-

taban dispuestos a continuar sus relaciones con la ORIT. Poco tiempo después, George Meany, principal líder de la AFL-CIO, hacía su primer pronunciamiento sobre la Revolución, en una carta enviada a David Salvador, dirigente de la CTC. En ella, Meany afirmaba que «nuestra organización, habiendo luchado continuamente contra regímenes dictatoriales, se alegra con las perspectivas de consolidación de la democracia en Cuba a través del fortalecimiento de un movimiento obrero democrático e independiente, libre de cualquier control o influencia totalitaria» (Romualdi, 1967: 203).⁷

El Comité Ejecutivo de la ORIT, con el desarrollo de la Revolución, comenzó a demostrar preocupación y, en una sesión

⁷ Para tener una idea de cómo los sindicalistas norteamericanos interpretaban el movimiento obrero cubano es útil leer la declaración de Ernst Schwarz, secretario ejecutivo del Comité de Asuntos Latinoamericanos de la CIO, de 1956, de la cual reproducimos un fragmento: «La Confederación de Trabajadores de Cuba resistió brillantemente la última tempestad política causada por el golpe de Batista, en marzo de 1952. Pudo, así, preservar su unión y fuerza como poderosa institución cubana a la cual ni siquiera el nuevo régimen dictatorial osó tocar. La CTC permitió a los trabajadores cubanos establecer un ejemplo, para otros, de qué se puede realizar por la unión y por la fuerza de los trabajadores. Los salarios están muy por encima de los que se pagan en muchas otras partes del Caribe e incluso de América Latina [...]. La jornada de ocho horas de trabajo es la base para todos en los contratos colectivos concluidos por las organizaciones afiliadas a la CTC. Normas modernas de protección y seguridad sociales se encuentran dispuestas en leyes, reglamentos o contratos de los sindicatos; al mismo tiempo, fondos mantenidos y administrados en común por los trabajadores, empleadores y autoridades, aseguran medios adecuados para ponerlos en práctica. [...] Además de eso, la CTC asumió un papel de completa responsabilidad dentro de la comunidad cubana como un todo, y presentemente desarrolla su propio programa económico para compensar la naturaleza periódica del empleo y de la producción en la industria azucarera» (Rivero, 1963: 59). Esas opiniones son muy diferentes de lo que pensaban el PSP y el M-26-7 sobre el mismo tema en aquella época.

de emergencia realizada en Ciudad de México en los días 3 y 4 de febrero de 1959, concluyó que los miembros de los sindicatos deberían tener el derecho exclusivo de elegir a sus líderes, y sugirió que se realizaran elecciones en los sindicatos cuanto antes (Romualdi, 1967: 203). O sea, las organizaciones sindicales internacionales vinculadas a los norteamericanos comenzaron gradualmente a presionar y a tratar de influir en el movimiento obrero cubano, lo que era algo inadmisibles para el nuevo gobierno del país.

Todos los sindicatos, en todos los niveles, se incorporaron al FONU, representado en la época por todos los grupos revolucionarios. Más tarde, el FONU fue reorganizado, manteniendo solo individuos vinculados al M-26-7, que en su mayoría no eran comunistas. Los líderes sindicales que habían luchado contra Batista en el exilio también fueron separados de cargos de dirección. Por ejemplo, a Ángel Coffío, antiguo dirigente de los trabajadores eléctricos, al regresar a Cuba le prohibieron continuar sus actividades en su categoría, y fue suspendido de sus funciones de liderazgo por diez años. Ya Vicente Rubiera, líder del sindicato de los trabajadores de las compañías de teléfonos y telégrafos, que había sido un opositor al antiguo régimen, había sido sustituido por miembros del Movimiento.

Todavía a inicios de 1959, Serafino Romualdi, enviado de la AFL-CIO por invitación de la CTC, fue a La Habana a conversar con los dirigentes sindicales cubanos. Paradójicamente, fue ignorado por todos al llegar a la Isla, y vehementemente atacado por el periódico *Revolución*, dirigido en la época por Carlos Franqui, quien lo acusó de estar vinculado a Eusebio Mujal, así como de ser un millonario y un gángster. Romualdi salió de Cuba de inmediato (Romualdi, 1967: 204). Aunque algunos líderes sindicales anticomunistas todavía quisieron mantener a la CTC en la ORIT, la presión para que la Confederación se retirara de aquella organización comenzó a aumentar. Con el paso de los

meses, la oposición creció, y culminó con la retirada de la CTC de ambas organizaciones internacionales de inspiración e influencia de los Estados Unidos.

El 7 de enero de 1960, el nuevo Comité Ejecutivo de la CTC adoptó una resolución propuesta por Jesús Soto, el nuevo directivo de la organización, quien defendía la depuración de todos los anticomunistas. A partir de ahí, diversos dirigentes fueron encarcelados o perdieron sus posiciones en los sindicatos del país.

Muchos cambios comenzaron a producirse en la legislación laboral. En marzo de 1960, una ley terminó con el contrato colectivo. Eso significaba que el derecho de negociación con la patronal, que antes era del sindicato, pasaba ahora a manos del Ministerio del Trabajo, el cual tendría la autoridad máxima en una disputa laboral. Seguidamente, diversas leyes fueron promulgadas, extendiendo la jurisdicción del Ministerio hacia todos los aspectos de las relaciones entre trabajadores y dueños de empresas, inclusive en relación con las condiciones de trabajo, la organización y los salarios. El contrato colectivo fue virtualmente abolido en abril de 1962, cuando el Ministerio tuvo la autorización del gobierno para suspender todos los acuerdos colectivos que a su ver infringieran cualesquiera reglamentos socioeconómicos legales. En setiembre, el ministro del Trabajo, Martínez Sánchez, anunció públicamente que el sistema de contratos colectivos sería transformado en un sistema que garantizara el cumplimiento de los planes de producción (Romualdi, 1967: 214).

Ya había sido concedida al Ministerio del Trabajo, en junio de 1960, la autoridad para intervenir libremente en las organizaciones obreras. Ese hecho favoreció a los nuevos dirigentes comunistas para que retiraran a los dirigentes electos que no eran de su agrado y los sustituyeran por hombres de confianza. En enero de 1961, la huelga fue considerada como acto contrarrevolucionario y prohibida, en tanto la Ley de Organización Sindical,

del 3 de agosto de 1961, terminó completamente con la antigua estructura laboral del país, al concebir que los trabajadores de un mismo establecimiento deberían formar parte de una misma unidad organizacional, independientemente de su ocupación.

En el congreso de la CTC, en noviembre del mismo año, su líder histórico, Lázaro Peña, regresó como secretario general de la organización. En aquella ocasión, el número de federaciones fue reducido de 33 a 25, y los miembros de las ocho extintas fueron redistribuidos en las que restaron. La convención también resolvió algunos beneficios para los trabajadores cubanos. Se aprobaron resoluciones que garantizaban 30 días de vacaciones remuneradas; nueve días remunerados de ausencia por enfermedad; 26 días de pago extra, en el rango de cuatro horas por semana, aunque las horas de trabajo semanal hubieran sido reducidas de 48 a 44 horas y el pago continuara en el mismo patrón de 48 horas; un bono de Navidad anual; fines de semana más extensos en el verano, o sea, durante los cuatro meses de la estación, entre uno y un día y medio se adicionaron al final de semana, resultando en 26 días de vacaciones pagadas a causa de una semana de días útiles más corta; cuatro días de feriados nacionales, y cuatro días de otros feriados opcionales. Con la tercera Ley Orgánica, de mayo de 1962, todos los trabajadores fueron obligados a portar sus carnés de trabajo, un documento de 14 páginas con informaciones detalladas sobre cada individuo, así como su actitud en relación con el trabajo, al régimen y a los métodos de adoctrinamiento. Para obtener empleo, todos deberían portar su carné. El gobierno negaba el carné a los ciudadanos que estaban contra del régimen. Hasta aquella ocasión, los trabajadores no podían cambiar libremente de empleo en el momento que quisieran.

Ya en 1960 —o sea, antes incluso de regresar a la dirección de la CTC—, Lázaro Peña mostraba su concepción de cómo debería ser el papel de los sindicatos en la Revolución. Para él:

el papel, la posición, las responsabilidades y las tareas del movimiento sindical no pueden ser las mismas ahora que existe el Gobierno Revolucionario que cuando existía la tiranía producto del golpe de Estado, ahora que están en el poder las clases populares que cuando estaban en el poder los servidores de los imperialistas yanquis y las clases de los peores y más voraces explotadores de los trabajadores y del pueblo...

La derrota de la tiranía batistiana y del régimen semicolonial, con el establecimiento subsecuente del régimen revolucionario, creó las condiciones para restaurar todo el movimiento sindical de la CTC, a las federaciones y a los sindicatos su verdadero papel y su funcionamiento internamente democrático (Miranda Fernández, 1984: 284-285).

Siendo así, para él, se debería erradicar a los elementos mujalistas de los puestos dirigentes, acabar con los métodos y procedimientos de estos individuos y eliminar lo que llamaba falsos conceptos de subordinación al imperialismo, al economicismo, al egoísmo, al anticomunismo y al divisionismo, los cuales habrían sido promovidos por los agentes del imperialismo (Miranda Fernández, 1984: 285-286). También serían tareas del movimiento sindical la defensa de los intereses de los trabajadores, la protección de sus derechos y sus condiciones de trabajo, siempre apoyando al Gobierno Revolucionario. Según él, no se podría confundir la protección de los trabajadores con los intereses de grupos específicos. Las demandas inmediatistas serían efímeras e insustentables si no contribuyeran a llevar adelante la Revolución, el desarrollo agrícola e industrial y el aumento de la productividad. Por eso, Peña creía que los trabajadores deberían tener una actitud revolucionaria y no pedir aumentos de salarios. O sea, los sindicatos tendrían como obligación principal elevar la conciencia

de los trabajadores y apoyar al nuevo régimen. Para eso, deberían estimular más reuniones, discutir los discursos de Fidel, explicar los problemas de la Revolución y atacar a los enemigos de la Revolución de manera continua (Miranda Fernández, 1984: 291). También sería fundamental que los miembros de los sindicatos aprendieran a usar armas y se integraran a las milicias de trabajadores. Y practicar la solidaridad internacionalista, que debería expresarse al mejorar las relaciones con otras organizaciones sindicales del continente, prestando solidaridad y cualquier tipo de ayuda necesaria.

En teoría, esas eran concepciones muy similares a las defendidas por Guevara a inicios de la Revolución. Por otro lado, en la práctica, con el pasar de los años, fue posible comprobar diferencias salariales no muy favorables a una buena parte de la clase trabajadora cubana. En 1968 —por lo tanto, varios años después de las declaraciones de Peña—, las diferencias de salarios eran grandes. Mientras un juez del Tribunal Supremo recibía 900 pesos al mes; los profesores universitarios, 750 pesos; los ministros del gabinete, 700 pesos; y funcionarios del gobierno, 250 pesos; los trabajadores de la construcción ganaban 166 pesos; los metalúrgicos, 161 pesos; los cortadores de caña, 96 pesos, y los jóvenes en el servicio militar obligatorio solamente siete pesos por mes (Bonachea y Valdés, 1972: 363). Como equilibrar los pagos para los ciudadanos de forma general se mostraba difícil y los niveles de productividad no siempre presentaban los índices deseados en determinados momentos, se puso, en ciertas ocasiones, mayor énfasis en los estímulos morales y en el desarrollo de la conciencia comunista. Incluso varios años después de la Revolución, los trabajadores de La Habana continuaban recibiendo y consumiendo más que otros del resto del país. En aquel mismo año, en 1968, La Habana, con el 27 % de la población de la Isla, recibía el 38 % de la renta nacional, consumía el 35 % de los bienes y poseía el 49 % de todos los servicios comerciales (Bonachea y Valdés, 1972: 364).

De acuerdo con James O'Connor, sin embargo, a partir de las informaciones divulgadas en la época,⁸ «la gran mayoría de los trabajadores creía que tenía más influencia en el gobierno después de la Revolución que antes; una gran mayoría rehusaba las elecciones generales, y casi tres cuartas partes de los trabajadores tenían actitudes “favorables” en relación con la Revolución, en tanto el resto estaba indeciso o era hostil» (O'Connor, 1969: 53). Los trabajadores que habían sufrido con el desempleo o subempleo antes de la Revolución tenían mayor tendencia a apoyar al Gobierno Revolucionario y habían sido, en el período anterior, el grupo más favorable a los comunistas. También la Revolución recibió igual apoyo tanto de los trabajadores que recibían bajos salarios como de aquellos de alto nivel salarial (O'Connor, 1969: 53). Los negros demostraban más apoyo a la Revolución que los blancos de forma general, pero tanto los trabajadores sin especialización como los especializados apoyaron al nuevo régimen de manera similar (O'Connor, 1969: 53-54). Los hombres tenían una actitud más favorable hacia el Gobierno Revolucionario que las mujeres, en tanto no había grandes diferencias en el apoyo a la Revolución entre grupos de trabajadores de orígenes sociales diferentes. Los trabajadores de las empresas pequeñas y grandes también apoyaron a la Revolución de la misma forma en aquella época (O'Connor, 1969: 54).

Lo que se puede verificar es que en los primeros años de la Revolución había un gran empeño por parte de la CTC, de los sindicatos y del Ministerio del Trabajo, así como de dirigentes como Guevara, en hacer que los trabajadores efectivamente tuvieran un nivel de vida mejor y al mismo tiempo desarrollaran su conciencia y apoyaran las medidas del gobierno.

⁸ James O'Connor se basó en las informaciones preparadas por Maurice Zeitlin (1970).

EL SOCIALISMO Y EL HOMBRE NUEVO

El concepto de hombre nuevo ha sido muchas veces analizado de forma vulgarizada y simplista por los críticos que tratan el tema, al resaltar comúnmente solo los aspectos éticos, filosóficos y humanistas del término, lo cual, en la práctica, poco contribuye al entendimiento de su real significado histórico y solo reproduce visiones románticas y desprovistas de mayor sentido político o económico. Fidel Castro, por ejemplo, al triunfo de la Revolución, diría que el humanismo cubano sería una tercera vía, una opción entre el capitalismo y el comunismo. Él afirmaba que no debería haber «ni dictaduras de los hombres, ni dictaduras de las clases, ni dictaduras de los grupos, ni dictaduras de casta, ni oligarquías de clase: gobierno del pueblo sin dictadura y sin oligarquía, libertad con pan y sin terror —o sea, humanismo» (Castro citado en Draper *apud* Drachkovitch, 1966a: 302). Además, decía que «el capitalismo puede matar al hombre de hambre» y que «el comunismo mata al hombre acabando con su libertad» (Castro citado en Draper *apud* Drachkovitch, 1966a: 302). Después de declarar que consideraba que no debería haber pan sin libertad ni libertad sin pan, concluía: «Llamamos a esto humanismo. Deseamos que Cuba sea un ejemplo de democracia representativa con auténtica justicia social» (Castro citado en Draper *apud* Drachkovitch, 1966a: 302). Está claro que Fidel Castro hizo estas afirmaciones en un momento histórico específico —en 1959— y por tanto estas afirmaciones eran susceptibles a las influencias y necesidades concretas de la coyuntura vigente. Pero, para el Che, el humanismo, por cierto, no podría estar disociado de los aspectos políticos y económicos del socialismo.

De cualquier manera, la propia terminología humanista es genérica y puede ser aplicada en distintos casos, ofreciendo solo una referencia genérica a tendencias mucho más complejas y concretas de lo que el término puede abarcar.¹

Michael Löwy sugiere una diferenciación entre el humanismo burgués, filantrópico, más allá de las clases, y el humanismo revolucionario de Guevara. El esfuerzo de Löwy es en el sentido de mostrar la importancia de los aspectos humanistas de Marx y Engels, en contraposición con algunas interpretaciones secas difundidas principalmente en la Segunda Internacional, con carácter más científico y menos vinculadas a elaboraciones supuestamente sentimentalistas. Para él, Guevara habría comprendido mejor en las obras de Marx este carácter humanista, que no estaría contrapuesto al científicismo marxista, sino se relacionaría con él de forma dialéctica y recíproca (Löwy, 1976). Löwy se entusiasmó con los aspectos del humanismo revolucionario de Guevara:

¿Cuáles son los trazos característicos de ese hombre nuevo, el hombre comunista o «el hombre del siglo XXI»? Rechazando la utopía, el Che se limita a algunas hipótesis generales, necesariamente abstractas, hipótesis basadas, por lo demás, en la propia realidad cubana, en la que se distinguían ya las primeras prefiguraciones de ese futuro: los revolucionarios, los guerrilleros que disputan entre sí para obtener las tareas más peligrosas sin otra satisfacción que la del deber cumplido («la actitud de nuestros combatientes mostraba ya al hombre del futuro»); las propias masas populares, por su coraje

¹ Sería posible argumentar que Castro estuviera aludiendo al humanismo como fue defendido por Marx en sus escritos de la juventud, pero es poco probable que esta fuera su intención en aquel momento.

y sacrificio en los momentos críticos de la Revolución: la invasión por Playa Girón, la Crisis de los Misiles en 1962, la juventud comunista, ejemplo vivo de fervor revolucionario y de espíritu internacionalista. El hombre comunista debe ser necesariamente un hombre más rico interiormente y más responsable, unido a los otros hombres por un vínculo de solidaridad real, de fraternidad universal concreta, un hombre que se reconoce en su obra y que, una vez quebradas las cadenas de la alienación, «alcanzará la conciencia plena de su ser social, su total realización como criatura humana». Un hombre cuya condición de posibilidad es lo que Marx llamaba, en las *Tesis sobre Feuerbach*, «la humanidad socializada»: quiere decir, la superación de la escisión operada por la sociedad burguesa entre lo «privado» y lo «público», el interés «particular» y el interés «general», el «hombre» y el «ciudadano», el individuo y la comunidad (Löwy, 1976: 37-38).

Löwy se basó en artículos y discursos del propio Guevara para hacer sus observaciones, que están correctas. Sin embargo, dejó de lado un análisis de las condiciones históricas y de las motivaciones que llevaron al revolucionario argentino a emitir tales opiniones. De la forma como Löwy hizo sus afirmaciones, tenemos en Guevara a un hombre conducido más por factores de inspiración ética y casi religiosa –y ahí no queremos hacer ninguna relación directa con la Iglesia, sino solo sugerir una supuesta actitud de fe cercana a los fenómenos religiosos–, dejando como factor minoritario los aspectos prácticos del concepto del hombre nuevo, asociados al desarrollo de las fuerzas productivas cubanas, la movilización de las masas, el perfeccionamiento tecnológico y la concientización política. Löwy (1976) trata de estos temas en capítulos subsiguientes de su obra sobre Guevara, pero no hace

una mayor asociación de los aspectos económicos del pensamiento del revolucionario argentino con el concepto del hombre nuevo.

Incluso hasta Leopoldo Zea se deja llevar por la emoción y por la corriente actual de una izquierda más generalizadora, al hablar del hombre nuevo de Guevara como «el hombre capaz de reconocerse a sí mismo en los otros hombres» (Zea, 1997: 84). De acuerdo con el intelectual mexicano: «separarse de lo convencional sería lo importante para la creación del hombre nuevo. Nuevo, no porque niega sus orígenes, sino asumiéndolos para superarlos» (Zea, 1997: 84).

El cubano Raúl Fernet-Betancourt, en su obra *El marxismo en América Latina*, es quien, quizás, mejor expone la relación de Guevara con el humanismo revolucionario. Trazando de forma más elaborada esa tendencia, Fernet-Betancourt afirma que: «la tarea del continuo examen crítico del proceso social en el socialismo representa, según Guevara, una tarea que señala hacia la visión del nuevo hombre, en la medida en que la percepción consciente de esta tarea, en el fondo, no refleja otra cosa sino la subjetivación concreta de los hombres [...]. Pero esta comprensión es precisamente la calidad que Guevara sitúa en el centro del humanismo del nuevo hombre» (Fernet-Betancourt, 1995: 272).

Y comenta:

Ya que, según Guevara, el comunismo de Marx representa un programa humanista, cuya especificidad consiste precisamente en que este «objetivo de humanidad solo puede ser alcanzado conscientemente», él interpreta la teoría de Marx en el sentido del humanismo del nuevo hombre, para, con eso, acentuar precisamente la decisiva importancia de la subjetivación del hombre en el desarrollo histórico, como resultado de un proceso conscientemente ejecutado de autolibera-

ción. Pues el humanismo del nuevo hombre significa, para Guevara, progreso en el curso de aquella dialéctica de la emancipación que, exactamente, es libertadora porque es ejecutada por el hombre concreto en su situación histórica. El hombre crece con esta dialéctica. Ella es la figura histórica de su propia humanización. Pues esta dialéctica de la emancipación —expresada de otra manera— es una convergencia exitosa entre las modificaciones en el dominio socioestructural de la sociedad y la transformación en la conciencia de los hombres (Fornet-Betancourt, 1995: 273).

El autor demuestra conocimiento sobre el asunto y lo explica de forma profunda, pero no se dispone a aventurarse en un estudio más específico de otros factores que también componen esta temática. Aun sabiendo de la relación entre el humanismo y el concepto del hombre nuevo en Guevara, creemos que es más importante analizar otros puntos relevantes que el término denota —los cuales no son discutidos normalmente como integrantes de nuestro tema—, en especial los relativos a las necesidades cubanas de la época cuando el Che formaba parte de la cúpula dirigente del país. Es necesario, pues, observar algunos detalles vinculados a la formulación y la concretización de esta idea, detalles situados en los ámbitos político y económico.

Para que se pueda comprender en la práctica al hombre nuevo de Guevara, es necesario, pues, explicar tres momentos fundamentales que componen esta idea: *el sistema de incentivos*, *el trabajo voluntario* y *la emulación socialista*. Esos conceptos, vinculados entre sí y parte intrínseca del proyecto político-económico del Che, experimentados en la Isla principalmente durante su gestión como ministro de Industrias, están íntimamente asociados a la creación del hombre nuevo, y por eso deben ser más atentamente discutidos aquí.

En una Cuba que necesitaba un rápido desarrollo de las fuerzas productivas y el aumento y la diversificación de la producción agrícola e industrial en poco tiempo, las discusiones acerca de la construcción del socialismo a través de incentivos morales o materiales, la utilización del trabajo voluntario y la competencia fraternal se mostraron útiles y necesarias en los primeros años de la Revolución. Hablar sobre el hombre nuevo solo discutiendo los aspectos técnicos y economicistas, en detrimento del plan espiritual y ético, sería una desvirtuación completa de su sentido más universal; pero discurrir acerca de esta idea como algo abstracto y excesivamente romántico, dejando de lado los factores concretos del momento histórico en que se elaboró y se trató de implementar el concepto, sin señalar los elementos políticos y económicos de que el hombre nuevo estaba imbuido, demuestra una falta de conocimiento más profundo sobre el asunto y poco cuidado al habérselas con algo tan vasto e importante. Como los aspectos humanistas han sido resaltados en exceso en la mayor parte de los textos acerca del hombre nuevo, nos preocuparemos por destacar principalmente los aspectos históricos y económicos que motivaron la elaboración del concepto, más allá de sus consecuencias en la escena cubana.

Como hablamos anteriormente, en 1959 Cuba venía de una situación de completa dependencia en relación con los Estados Unidos, que controlaba la industria exportadora, la energía eléctrica, el crédito bancario y el abastecimiento de combustible. Los norteamericanos poseían aproximadamente 1,2 millón de hectáreas de tierras, entre estas el 25 % de las mejores propiedades agrícolas del país. Cuba era una nación básicamente agraria, y el azúcar era su principal producto. Había desempleo y subempleo permanentes, en niveles proporcionalmente muy superiores a los de otros países del continente, con estimados de más o menos 300 mil trabajadores desempleados constantemente (Rodríguez, 1978: 66).

Para algunos críticos, la Revolución Cubana no habría sido hecha en un solo bloque, como algo único y estanco. Iniciada como Revolución democrático-burguesa –o, para algunos, democrático-nacional o solo democrática–, se habría movido en etapas aceleradas hacia el socialismo. Así, algunos autores –como Abelardo Villegas (1986: 272-273) y Carlos Rafael Rodríguez– no la consideran como indicativo de la revolución permanente de Trotski, como afirma, entre otros, Kevin Devlin (1968). Para ellos, sería ejemplo de la revolución ininterrumpida de V. I. Lenin,² quien en sus presupuestos básicos no concebía la

² Para V. I. Lenin: «de la Revolución democrática comenzaremos a pasar enseguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la Revolución socialista. Somos partidarios de la Revolución ininterrumpida. No quedaremos a mitad de camino». De acuerdo con E. Batálov: «el proceso revolucionario, siendo un proceso *ininterrumpido* que solamente al llegar a su fin se concluye con la instauración del régimen socialista, puede durar más o menos tiempo y dar a la luz estructuras *transitorias*, intermediarias, de tipo revolucionario-democrático, que, como dijera Lenin, “todavía *no sería* el socialismo, pero *ya no sería* el capitalismo” [...]. En los países de bajo nivel de desarrollo del capitalismo, donde el proletariado está en la etapa inicial de su formación, donde es fuerte (en la economía y en la cultura) la supervivencia de las relaciones precapitalistas, donde aún están en proceso de formación las premisas materiales del socialismo, surgen las condiciones para un Estado revolucionario-democrático de orientación socialista. La aparición de ese Estado y de todo el sistema de la dictadura revolucionario-democrática es, como regla, resultado del movimiento de liberación nacional, de la lucha de las fuerzas revolucionario-democráticas nacionales contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo. La dictadura revolucionario-democrática es capaz de realizar medidas que abran el camino hacia el socialismo y preparen las condiciones para el sucesivo paso de poder a manos de la clase trabajadora» (1985: 96 y 100-101). Los defensores de la teoría de la Revolución ininterrumpida eran los marxistas prosoviéticos o vinculados políticamente a la Unión Soviética, muchas veces utilizando este y otros esquemas teóricos para contraponerse al trotskismo u otras corrientes de izquierda, y también para legitimar sus posiciones.

fase democrática como obligatoriamente prolongada ni estable, sino como etapa transitoria e importante; la Revolución Cubana vio la necesidad de dirigirse al socialismo por las contingencias externas y las demandas político-económicas internas.³

Diversas fueron las interpretaciones de aquel período. Para Sergio de Santis, la fase redistributiva, con facetas identificables con tendencias democráticas y socializantes, indicaría el inicio del proceso revolucionario, que en 1959 se distingue por la promulgación de la Ley de Reforma Agraria. Con la fase de transición —y ahí resaltamos que el término denota un momento específico de la Revolución Cubana y no la transición del capitalismo al socialismo o del socialismo al comunismo, en términos más amplios, que se discuten en el ámbito del marxismo—, hubo una tentativa, difícil, de relación con los Estados Unidos, aproximación lenta con la Unión Soviética, nacionalizaciones y capitalismo de Estado, con tendencias cada vez más antimperialistas. Y, finalmente, la fase socialista, a partir de 1961, cuando predominó la ideología marxista-leninista y el alineamiento con la Unión Soviética.

³ El etapismo de la Revolución Rusa y mundial está presente en varios artículos de V. I. Lenin. Él afirma, por ejemplo, que, «a juzgar por los escasos datos de que se dispone en Suiza, la primera etapa de esta Revolución, concretamente de la Revolución *rusa* del primero de marzo de 1917, terminó. Esta [...] ciertamente no será la última etapa de nuestra Revolución». Insiste: «Sin los tres años de formidables batallas de clase y la energía revolucionaria del proletariado ruso en 1905-1907, sería imposible una segunda Revolución tan rápida, en el sentido de haber concluido su *etapa inicial* en pocos días». O todavía: «En otro artículo [...] mostraremos en qué consiste la peculiaridad del momento actual, de la *transición de la primera* etapa de la Revolución hacia la segunda, y la razón por la cual la palabra de orden, la “tarea del día”, en este momento, debe ser: obreros, *ustedes realizaron prodigios de heroísmo proletario y popular en la guerra civil contra el zarismo, deben ahora realizar prodigios de organización proletaria y de todo el pueblo para preparar su victoria en la segunda etapa de la Revolución*» (Lenin, 1978: 1-9).

tica (De Santis, [197-]). Se podría argumentar, por lo tanto, que hasta cierto punto la Revolución Cubana en su ámbito general estuviera quizás más próxima del concepto de revolución permanente como fue elaborado por Mao Tsé-tung, y también vinculada al proceso de revolución ininterrumpida, como es discutida por algunos autores.⁴ Como se sabe, en este caso específico los dos términos no serían excluyentes y podrían convivir teóricamente como partes integrantes de un mismo proceso. Otros modelos o esquemas teóricos también fueron elaborados para comprender aquel período. Según el trotskista italiano Roberto Massari, la Revolución Cubana habría pasado por fases diferentes de las propuestas por De Santis: para él, habría existido una primera fase, de 1959 hasta los primeros meses de 1960, con los primeros actos de agresión de los Estados Unidos contra Cuba, la creación de la JUCEPLAN y la Reforma Agraria; una segunda fase, a partir de aquella fecha hasta el comienzo de 1962, con una potencialización del sector público, el inicio del bloqueo económico, el aumento de las relaciones con la Unión Soviética y la declaración del carácter socialista de la Revolución; y una tercera fase, con la Crisis de los Misiles, la reestructuración ministerial y la segunda Ley de Reforma Agraria (Massari, 1993: 157). Es difícil decir cuál de esos modelos está correcto, ya que todos están imbuidos de un sentido político grande, al mismo tiempo que se autojustifican muchas veces por argumentos de autoridad. De cualquier forma, un estudio de la Revolución a partir de un modelo etapista –con todos los problemas que estos modelos puedan presentar– tendría al menos una utilidad didáctica, ya que podría ayudar a comprender algunas características más sutiles del proceso.

⁴ La revolución permanente de Mao sería «la idea de que la consecución del comunismo solo podría ocurrir a través de olas de lucha incesante, en las cuales el avance ideológico radical acompañaba (o inclusive era condición para) un aumento en la producción económica» (Bailey, 1996: 443).

En el año 1961, Guevara había trazado los planes para el desarrollo industrial de Cuba, elaborados antes de que Fidel Castro proclamara el carácter socialista de la Revolución. Las intenciones eran: una producción anual de 500 mil toneladas de acero; construcción de varias estaciones generadoras de energía eléctrica con capacidad aproximada de 600 mil kw, para duplicar la producción hasta la mitad de los años sesenta; duplicación de la producción de cemento en cinco años; autosuficiencia en la producción de tejidos; producción de dos mil tractores, cinco mil camiones, tres mil motores de motocicletas, cien motores fijos, además de la capacidad de construir automóviles hacia 1965; y la creación de un astillero para la construcción de barcos de pesca y posteriormente de buques de 10 mil toneladas para el comercio exterior (Rivero, 1963: 89-90). Como se puede apreciar, los proyectos cubanos eran ambiciosos y exigían un gran esfuerzo de la población para ser cumplidos. Como diría Florestan Fernandes:

Sin embargo, si era difícil abatir la república satélite y erigir la base económica de la Revolución, más difícil todavía venía a ser levantar, uno a uno, el andamiaje del nuevo orden social. En verdad, la Revolución se había superado varias veces. Al alcanzar el eslabón socialista, que era su nivel histórico posible *más alto*, confirió al movimiento revolucionario, y especialmente a su vanguardia, la dura tarea de atravesar, de 1959 a 1964, la distancia cultural y política que otras revoluciones proletarias de este siglo recorrieron *antes de la conquista del poder*. Era necesario hacer simultáneamente dos cosas vitales. Primero, la Revolución debía generar su *filosofía política*: el núcleo de ideas que marcaría su sentido histórico y, al mismo tiempo, su potencial utópico. Segundo, transferir estas ideas, como aquello que K. Mannhein designaría como *principia*

media, hacia el terreno de la realización, de la formación de una sociedad planificada en Cuba. Dada la rápida superposición de «fases» y de «pasajes» (que hasta hoy confunde a los analistas de esa Revolución), las dos cosas se interpenetran. Y con frecuencia sucedía que lo que debería venir antes aparecía después, en un clima de urgencia histórica y de tensión política que precipitaba la cristalización de las ideas-clave por la presión de los hechos, o, viceversa, erigía la conciencia revolucionaria directamente en matriz de clarificación de actividad práctica (Fernandes, 1979: 145-146).

E insistía en que:

En el desarrollo de la Revolución, que cambia constantemente de formas y contenidos después que la conciencia socialista se universaliza y hegemona, surge el nuevo hombre y *la nueva sociedad*. La interacción de los dos engendra una civilización (esto es, una tecnología, una pedagogía y una cultura) que conduce el socialismo al apogeo y lo agota. Abstraído del momento inmediato de la crisis histórica que alimenta la eclosión del socialismo, el elemento económico es fundamental –porque es el sustrato de la existencia o de la supervivencia y el eje de la reproducción social–, pero aparece bajo la realidad que debe tener bajo el plan plenamente constituido y desarrollado (y no bajo el mercado, como en el capitalismo). Por consiguiente, el elemento económico no sirve de pretexto para imputar al socialismo una esencia estática o una impulsión estabilizadora. El plan reduce y, por fin, extingue el determinismo económico. Dentro de él y a través de él, el trabajo surge como el factor sociodinámico de la liberación del individuo y de la sociedad (Fernandes, 1979: 147).

Y completaba diciendo que se debería «considerar *el hombre nuevo y la nueva sociedad* a partir de su percepción y de la explicación del propio comportamiento en situaciones concretas de la vida cotidiana» (Fernandes, 1979: 154).

La idea del hombre nuevo y la tendencia a la *sobornost* (la conciencia colectiva, que representa lo contrario del individualismo liberal occidental) no son novedades traídas a la superficie por los cubanos, ni tampoco originarias del pensamiento guevarista. Desde Marx y Engels hasta Mao Tsé-tung y otros pensadores socialistas, tenemos elaboraciones constantes sobre estos temas. A inicios de la Revolución Rusa, por ejemplo, había la idea de la libertad como un cambio activo del mundo, un acto realizado por el hombre no solo como individuo, sino también como ser social. Esa actitud, por más que pueda parecer desfasada con el posterior desarrollo de la Unión Soviética, era difundida en los comienzos del proceso revolucionario de aquella nación, incluso como parte de la tradición de los esclavófilos y *narodniki*, así como de las ideas del socialismo utópico francés, propagadas en el siglo XIX, y del propio marxismo (Normano, 1945). El *furor technicus* ruso incentivaba la creación de una nueva sociedad. Como decía J. F. Normano: «la Unión Soviética abandonó la idealización e idolatría del obrero industrial lo mismo que del campesino, poniendo a ambos al servicio de la industrialización intensiva. Y en cuanto a la pequeña nobleza y la burguesía, la Unión Soviética las unía a la nación, y las identificaba con la clase obrera que abraza a todos» (Normano, 1945: 170).

La creación del hombre nuevo y la edificación del socialismo, y, posteriormente —en caso de que se realizara—, del comunismo, pasaban necesariamente por la moral; pero la moral comunista, de acuerdo con V. I. Lenin, debería ser vista de forma diferente y tenía funciones específicas y objetivos claros, que se asociaban específicamente a la construcción del Estado soviético. Por sus implicaciones político-económicas en determinado

período histórico, las observaciones de Lenin se acercan mucho a las concepciones de Guevara. En otras palabras: la moral comunista no era algo trascendente, disociado de la humanidad, sino subordinada por entero a la lucha de clases. Al mismo tiempo, esta moral del futuro tendría un carácter edificador, y los jóvenes, principales constructores del socialismo, deberían desarrollar la conciencia de las condiciones objetivas, trabar una lucha feroz contra la burguesía y luchar contra la alienación del trabajo (Chambre, 1960: 226-229).

Otro revolucionario que mostraba preocupación con la problemática del hombre nuevo era Trotski, quien también discutió el asunto. En 1924, escribió:

El ser humano que fuere capaz de mudar ríos y montañas de lugar, de construir palacios populares en la cima del Mont Blanc y en el fondo del Atlántico, naturalmente también sabrá cómo otorgar no solo riqueza, colorido e intensidad a su vida diaria, sino también la mayor dinámica posible [...]. El ser humano determinará para sí mismo la tarea de dominar sus propios sentimientos, de levantar sus instintos al nivel máximo de la conciencia, dejándolos transparentes, de instalar una comunicación directa entre el querer y la conciencia, de manera que se elevará a sí mismo a un grado superior, o sea, se transformará en un tipo más elevado desde el punto de vista social y biológico, o incluso, si quisiéramos, se transformará en un superhombre [...]. El ser humano se hará incomparablemente más fuerte, más inteligente, más refinado. Su cuerpo, más armónico; sus movimientos, más rítmicos; su voz, más musical; las formas del ser ganarán una teatralidad dinámica. El promedio humano se elevará al nivel de un Aristóteles, de un Goethe, de un Marx. Y sobre ese nivel se elevarán nuevas cimas (Trotski *apud* Leonhard, 1977: 23).

Pero Trotski iba más lejos. También explicaba otros detalles de cómo serían las relaciones sociales a partir de la creación de ese hombre nuevo. Él decía:

Las preocupaciones relacionadas con la alimentación y la educación, que actualmente pesan como una lápida de mármol sobre la institución de la familia, le serán quitadas, y se convertirán en objetivos de la iniciativa social y de las inagotables acciones colectivas. La mujer, finalmente, se liberará de su estado de semiesclavitud. Al lado de la técnica, la pedagogía —en su sentido más amplio de formación psicofísica de nuevas generaciones— se convertirá en la reina de la idea social. Sistemas pedagógicos reunirán poderosos «partidos» alrededor de sí. Las experiencias de educación social y la competencia entre diversos métodos pasarán por un desdoblamiento que hoy ni siquiera podemos imaginar. El estilo de vida comunista no se desarrollará ciegamente [...] él será formado de manera consciente: verificado, calibrado y corregido en función de la idea (Trotski *apud* Leonhard, 1977: 23-24).

Muchos años más tarde, en el propio *Nuevo Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética*, publicado el 30 de junio de 1961, teóricamente elaborado en un período de socialismo burocrático y poco asociado a una imagen idealista, tenemos algunos indicativos de la concepción del PCUS en relación con la nueva sociedad. Es interesante recordar que ese fue considerado en la Unión Soviética como el Manifiesto Comunista del siglo xx, ya que sería el programa científico para la construcción del comunismo. Guevara leyó y exaltó algunos aspectos del programa; según él: «Marx, en su visión genial de todo esto que iba a suceder, hablaba del trabajo en el comunismo como una

necesidad moral del hombre, y eso ya está recogido, por ejemplo, en el programa de la construcción del comunismo del Partido Comunista de la Unión Soviética» (Guevara, 1982: 145). Dice el documento que el nuevo orden sería compuesto «por un nuevo hombre que combinará armoniosamente salud espiritual, pureza moral y un físico perfecto» (Eastman, 1969: 23). Además,

Los organismos con la tarea de planeamiento, contabilidad, gestión económica y avance cultural –actualmente organismos del gobierno– perderán su carácter político y se convertirán en órganos públicos de un autogobierno. La sociedad comunista será una comunidad altamente organizada de trabajadores. Reglas universalmente reconocidas de conducta comunista serán establecidas y su fiscalización se convertirá en una necesidad orgánica y hábito de todos (Eastman, 1969: 23).

Las tesis del programa también afirmaban que la Unión Soviética se convertiría en comunista en 1980, pues las bases materiales se desarrollarían enormemente en las próximas décadas. La URSS, de acuerdo con el documento, sobrepasaría a los Estados Unidos en la producción *per capita* de la población entre 1961 y 1970, y todos los obreros tendrían buena calidad de vida y vivienda de calidad. Las haciendas colectivas y estatales se transformarían en empresas altamente productivas con elevados rendimientos, y los trabajos físicos desaparecerían hacia 1970, lo cual haría que la Unión Soviética se volviera la nación con la jornada de trabajo más corta del mundo. Para 1980, las diferencias entre la ciudad y el campo desaparecerían, considerando que las aldeas colectivas se transformarían en aglomerados urbanos. Se constituiría también un valor medio de salarios para toda la población. Además, serían eliminadas las fronteras nacionales entre las diversas repúblicas soviéticas. En relación con el partido,

habría elecciones cada cuatro años, para la renovación de por lo menos una cuarta parte de los miembros del CC y del *politburó*, con la alternancia de dirigentes escogidos por el pueblo (Leonhard, 1977: 78-80). Pero ya no habría lo que llamaban elecciones políticas. Esas serían elecciones apolíticas, solo para funciones técnico-económicas.

Aun después de la desaparición del Estado, no obstante, el partido todavía continuaría existiendo en el comunismo, con la función de coordinar las diversas actividades de las distintas organizaciones, que funcionarían con el sistema de autogestión. El partido solo dejaría de existir con la victoria de la Revolución mundial (Leonhard, 1977: 84-85).

En el comunismo imaginado por los soviéticos, la producción sería altamente organizada, y el carácter del trabajo, modificado. De esta forma, cada persona podría trabajar en lo que mejor entendiera y tendría solo entre 20 y 25 horas semanales de trabajo, que deberían gradualmente ir disminuyendo. Para que eso ocurriera, se deberían eliminar las tareas mecánicas con una mayor automatización y un planeamiento computarizado. Solo entonces los incentivos materiales serían sustituidos por los morales. Las personas tendrían más horas de entretenimiento y ociosidad, ya que en esos momentos los individuos tendrían tiempo para dedicarse a la ciencia, las invenciones, la literatura y el arte. Eso haría que surgieran miles de nuevos científicos y artistas. Las necesidades naturales, como alimentación y sueño, ocuparían 10 horas por día, mientras el trabajo obligatorio no sobrepasaría las cuatro horas diarias, dejando más tiempo libre a disposición de los trabajadores. También habría distribución gratuita de todas las mercancías y no habría más la obsesión por la ganancia. Pero el manual oficial *Fundamentos del marxismo-leninismo* afirmaba que el orden comunista no intentaba satisfacer todos los deseos y caprichos exagerados. Según el documento, las personas ya serían cultas y suficientemente conscientes para no exigir

absurdos, como cambiar de carro o televisión todas las semanas. En caso de que eso ocurriera, sin embargo, sería una minoría, la cual no lograría desestabilizar el nuevo orden y además tendría la reprobación de la mayoría de la población consciente. La propiedad particular sería abolida y restringida solo a objetos de uso personal, como ropas y zapatos, aunque, por ejemplo, todavía fuera posible continuar poseyendo artículos como instrumentos musicales y libros (Leonhard, 1977: 82-86).

De acuerdo con Jruschov, el nuevo hombre tendría como características principales la fidelidad al comunismo, la no conciliación con sus enemigos, la conciencia del deber social, la participación activa en el trabajo en pro de la sociedad, la camaradería, la solicitud, la honestidad, la sinceridad y la intolerancia al irrespeto al orden. Los hombres comunistas tampoco tendrían apego a las costumbres capitalistas y no serían egoístas (Leonhard, 1977: 86). Para él:

La sociedad comunista, que tendrá una abundancia de riquezas materiales y espirituales, es capaz de satisfacer las necesidades de cada individuo, así como de cada nación [...]. En estas condiciones, los viejos conceptos de fronteras desaparecerán. Con la victoria del comunismo a escala mundial, las fronteras de los Estados desaparecerán, como enseña el marxismo-leninismo. Es probable que solamente las fronteras étnicas sobrevivan por algún tiempo, e incluso hasta estas existirán solo como convención. Naturalmente, esas fronteras, si es que podrán ser llamadas así, no tendrán guardias, funcionarios de aduanas ni incidentes. Ellas simplemente demarcarán la localización histórica de determinado pueblo o nacionalidad en un determinado territorio [...]. Los fundamentos de las relaciones comunistas entre los pueblos fueron asentados en la Unión Soviética y en

todo el campo socialista [...]. La cooperación extensa en todas las esferas de la vida económica, social, política y cultural se está desarrollando en los países soberanos del campo socialista. Por hablar de futuro, me parece que un mayor desarrollo de los países socialistas probablemente seguirá en la dirección de la consolidación de un sistema económico mundial único socialista (Brzezinski, 1965: 401-402).

Ideas similares en relación con el hombre nuevo se pueden encontrar también en diversos manuales oficiales, como *Eos fundamentos del comunismo científico*, de V. Afanásiev, que describe sus características de forma muy cercana a las ideas del dirigente soviético, aunque su autor lo haya escrito más tarde, después de su separación y pérdida de prestigio dentro del partido (Afanásiev, 1985: 176-177). Según el manual *Fundamentos del marxismo-leninismo* no habría más crímenes en el comunismo y la mitad de la población tendría nivel universitario, mientras la otra tendría educación especializada de nivel superior. Las personas ya no vivirían en casas, sino en palacios comunales, edificios construidos en áreas de hasta 40 mil metros cuadrados y que admitirían entre 2 000 y 2 500 personas. En esos palacios comunales habría áreas de mantenimiento, enfermería, correo, peluquería y lavandería. En algunos pisos vivirían los adultos, en otros los niños y, también en pisos diferentes, ancianos que necesitaran de cuidados especiales. Asimismo habría pisos específicos reservados para casados, solteros, jóvenes trabajadores y estudiantes. En cada piso existiría un área de 800 a 1 000 metros cuadrados para salas de alimentación, lectura, entretenimiento y música. Nadie estaría obligado a habitar en esos palacios, pero, de acuerdo con los intelectuales del partido, ¡pocos querrían perder esa oportunidad!

Los científicos de la ACUS llegaron al punto de decir cómo sería la vida del hombre nuevo comunista en el siglo XXI, así como las principales características tecnológicas de la época. Para ellos, los hombres del siglo XXI entrarían en la fase sintética, y se vestirían y alimentarían de productos sintéticos de calidad superior a los naturales; por su parte, los metales podrían durar siglos, serían más ligeros y de más fácil manipulación. Las minas de carbón, hierro, cobre y sal serían cosas del pasado: el hombre produciría metales de acuerdo con la composición deseada y la metalurgia nuclear daría origen a una nueva rama de la industria. En ese sentido, sería posible transformar energía nuclear directamente de la corriente eléctrica. Las redes de transmisión eléctrica tendrían tensiones normales de aproximadamente dos millones de voltios, mientras las redes de larga distancia tendrían voltajes más altos. Con el desarrollo tecnológico, sería posible crear explosiones convencionales capaces de destruir cadenas de montañas como la del Himalaya y, por lo tanto, crear nuevas posibilidades de construcción de vías de transporte y comunicación. Todas las enfermedades conocidas en el siglo XX serían eliminadas hacia el 2007, lo que llevaría a los médicos y científicos a dejar de preocuparse por ese problema y a trabajar en el perfeccionamiento del organismo humano, principalmente del sistema nervioso superior.

En el sector agrícola serían desarrollados abonos químicos que estimularían el crecimiento de las plantas, actuando al mismo tiempo contra la posibilidad de surgimiento de enfermedades y otros elementos perjudiciales. Muchos minerales serían obtenidos del fondo del mar y las plantas marinas serían mucho más utilizadas en la alimentación de las personas.

Los hombres del nuevo milenio también construirían un sol artificial, colocado en una altura de 20 o 30 kilómetros, que tendría la capacidad de iluminar un área equivalente a toda la ciudad de Moscú. A través de rayos electromagnéticos emitidos por cuatro estaciones de alta frecuencia, que se cruzarían encima

de la Plaza Roja, una reacción provocaría la incandescencia de moléculas de nitrógeno y oxígeno, que posibilitaría la iluminación de toda la región de la capital soviética.

En relación con los transportes, algunos creían que habría aceras móviles, formadas por fajas paralelas que se moverían lado a lado en sentido horizontal a una velocidad de 20 km/h, y recorrerían todas las calles en ambos sentidos. Probablemente habría bancos o sillas en las aceras, así como puestos de venta de jugos y cigarros. Esas súperaceras cubrirían toda el área urbana de las ciudades; los ómnibus y tranvías circularían solo en las periferias. También habría un aumento en la utilización de helicópteros en los perímetros urbanos. El hombre comenzaría a conquistar la Luna y a crear ciudades en ella y en otros planetas.

Todas esas discusiones, sin embargo, aparentemente pasaron inadvertidas por la población, la cual no se interesó, o por lo menos no fue debidamente informada de lo que se discutía. En realidad, se puede concluir que en la era Jruschov hubo mucha exageración y poco pragmatismo. Su gobierno mostró hasta dónde podía llegar el entusiasmo inconsecuente para el desarrollo del socialismo. Con la ascensión de Kosiguin y Brézhnev al poder, las expectativas exageradas de alcanzar a los Estados Unidos en la producción *per capita* hasta 1970 y de llegar a la total abundancia y al comunismo hasta 1980 fueron puestas de lado y cambiadas por pronósticos más realistas. A pesar de eso, ningún nuevo programa político fue presentado en el XXIII Congreso y, por lo tanto, oficialmente el programa de Jruschov, a pesar de todas sus extravagancias, continuó siendo el documento oficial del partido.

Interesante también era la concepción maoísta. A diferencia de las ideas de pensadores como Marx, Engels y Lenin, Mao defendía los conceptos del hombre nuevo y de la nueva sociedad en una línea centrada, en buena parte, en las propias tradiciones seculares chinas. El líder chino no creía en la eventual

desaparición de una autoridad política y defendía la idea de la inevitabilidad de un liderazgo dominante en cualquier situación histórica (Eastman, 1969: 21). Según Mao, el comunismo se caracterizaría por la abolición de las clases; aun así, continuaría habiendo contradicciones de otras naturalezas y actitudes antisociales dentro de la sociedad, ya que el hombre sería un ser imperfecto, que mantendría estas características en cualesquiera circunstancias. Para algunos maoístas, la obra del joven Marx debería incluso hasta ser despreciada y considerada contrarrevolucionaria, pues habría sido escrita por alguien con una mente inmadura, influenciada por el materialismo mecánico y por el socialismo utópico (Eastman, 1969: 25). De acuerdo con Chu Yang, algunos marxistas creen que, para «eliminar la “alienación del hombre”, es necesario destruir la dictadura del proletariado y el sistema socialista. Al defender el retorno a él mismo, ellos están en realidad defendiendo la libertad individual absoluta y pidiendo al pueblo que vive en el socialismo regresar a la naturaleza humana del individualismo burgués y restaurar el capitalismo que lo crea» (Eastman, 1969: 25).

Creemos que es importante, por lo tanto, comentar brevemente la relación de Guevara con las ideas del joven Marx, así como su interpretación del tema. En el artículo «El Sistema Presupuestario de Financiamiento», publicado en *Nuestra Industria, Revista Económica* en febrero de 1964, el revolucionario argentino citó los manuscritos económicos del joven Marx, aunque, de acuerdo con él, las ideas del filósofo alemán sobre economía todavía fueran imprecisas. Para el Che, Marx en aquella ocasión estaba en la plenitud de su vida y ya había abrazado la causa de los humildes, aunque no tuviera el mismo rigor científico de su producción posterior. Según él, el hecho de que la cita de Marx fuera de la juventud no tendría menos valor, ya que era expresión del pensamiento del filósofo (Guevara, 1982: 183-184).

En este sentido, Guevara parecía concordar con algunas corrientes que se oponían a una lectura estructuralista de la obra

de aquel pensador que comenzaba poco a poco a delinearse en los medios académicos. Algunos intelectuales, como Louis Althusser,⁵ por ejemplo, comenzaron a realizar cortes epistemológicos que pudieran identificar el proceso de desarrollo de las ideas del autor de *El capital*, con un propósito mucho más academicista y filosófico que necesariamente de intervención política práctica.⁶ Análisis de discursos, el uso de técnicas psicoanalíticas y la decodificación de textos pasaron a ser vistos como importantes instrumentos para comprender la obra del autor alemán. La búsqueda del consciente y el inconsciente en las líneas y entrelíneas, la formación y las lecturas de Marx, la búsqueda del discurso oculto en cada capítulo de sus obras, formaban un enmarañado de ideas que supuestamente presentarían una mayor

⁵ Debemos recordar que Althusser ya había escrito diversos artículos sobre el joven Marx desde 1960 en revistas francesas, que más tarde fueron reunidos y publicados en 1965 en el libro *Pour Marx*. De cualquier forma, Althusser no participó directamente en ningún momento del debate económico. Ver Althusser (1966).

⁶ Para el profesor George Kline, de la Bryn Mawr College, los escritos del joven Marx serían una adaptación y una variación ingeniosa de temas hegelianos, pero no serían filosóficamente originales ni profundos. Para Irving Fetscher, de la Universidad de Frankfurt, solamente a partir de la comprensión de los textos de la juventud sería posible descubrir los motivos que lo llevaron a escribir la crítica a la economía política, que contiene, implícita o explícitamente, una crítica a la alienación, que es parte central en sus textos de juventud. El académico soviético E. V. Iliénkov, de la ACUS, a su vez, consideraba que no había una diferencia esencial en el pensamiento del joven Marx, del Marx maduro y del Marx viejo. En la práctica, lo que habría ocurrido es que específicamente la fraseología de los escritos de la juventud fue cambiada por una fraseología más concreta y elaborada. Ver Demaitre, 1966: 29-35. Otro autor que disiente de un corte entre el joven Marx y el Marx maduro es Stanley Rothman (1966: 52), quien afirma que los trabajos del filósofo en su fase de madurez estaban basados en los conceptos del período anterior, a pesar de cambios en su vocabulario y en algunas de sus preocupaciones.

complejidad del filósofo y permitirían una comprensión más amplia de sus libros.

Los trabajos, así, podrían entenderse como una superposición de textos explícitos e implícitos, que se articularían y se enriquecerían, haciendo que una lectura simultánea de esas dos dimensiones fuera esencial. De forma general, para ciertos autores, se podría dividir la vida de Marx comenzando con el período de 1840 a 1844, con la fase de las obras de la juventud, época en que el filósofo escribió su tesis de doctorado y la *Sagrada familia*; después, en 1845, las obras de corte, con *La ideología alemana*; a continuación, el primer período de la madurez, de 1845 a 1857, explicitado en *El capital*, y, finalmente, la segunda fase de madurez, de 1857-1883, o sea, hasta su vejez. Para Althusser, las obras de la juventud también podrían ser separadas en dos momentos distintos: el racionalista-liberal, con los artículos de la *Gazeta Renana*, y el racionalista-comunitario, en los años 1842-1845, con algunas obras supracitadas. Los marxólogos se preguntaban si había una continuidad y una unidad en el pensamiento de Marx, qué cambios o variaciones podrían haber ocurrido en sus ideas, etc. El joven Marx, por lo tanto, sería Marx, pero no necesariamente marxista; o sea, no el mismo Marx de *El capital* y de las otras obras de la madurez.

En la juventud, Marx habría elaborado sus ideas relacionando la historia con la esencia humana, comprendida a partir de algunos criterios, como libertad y razón. A partir de 1845 hubo una ruptura, y Marx discutiría la Historia basado en conceptos como formación social, fuerzas productivas, relaciones de producción, superestructura, ideologías y economía. O sea, eso representaría la negación de una supuesta científicidad del humanismo filosófico, ya que este concepto no poseería ninguna relación concreta con la realidad de la economía política. Está claro que estas corrientes estructuralistas fueron criticadas por diversos intelectuales y marxistas militantes de la época (Glucksmann, 1971;

Coutinho, 1972; Prado Júnior, 1971). La distinción entre objeto real y objeto del conocimiento no agradaba a muchos de esos críticos. O sea, ir de lo concreto a lo abstracto, no para volver a lo concreto, sino solamente para producir pensamiento a partir de otros conocimientos, sería algo inadmisibles para algunos estudiosos comprometidos.

En la práctica, por más que se quisieran señalar las diferencias entre el joven Marx y el Marx científico, el hombre fue siempre el centro de sus preocupaciones. En ese sentido, aunque el enfoque haya sido diferente, con variadas elaboraciones y profundización de temas de economía política, la creación de un hombre desalienado y completo, que rompiera las amarras del capitalismo para construir un mundo donde pudiera desarrollar plenamente sus capacidades, siempre estuvo presente en sus elaboraciones (Oelgart, [ca. 1970]: 131-167). Queda claro que Guevara, al leer a Marx, otorgó especial importancia al factor de la conciencia y no se preocupó en exceso por diferenciar las fases de Marx, inclusive por estar más preocupado con asuntos prácticos de la construcción del socialismo en Cuba que con discusiones académicas (o academicistas), que para él no tenían interés directo, principalmente en aquel momento.

Desde sus tiempos de estudiante, Marx ya mostraba su preocupación social y su interés en la transformación de los hombres.⁷ En la universidad él fue más lejos, al defender explí-

⁷ En la adolescencia, Marx afirmó: «La Historia llama a aquellos hombres de mayor grandeza, que se ennoblecen al trabajar por lo universal. La experiencia concede mayor felicidad a aquel que hizo felices a más personas. [...] Cuando escogemos la vocación a través de la cual podemos contribuir más con la humanidad, los fardos no pueden doblegarnos, ya que son solo sacrificios para todos. Entonces, no vivenciamos ninguna alegría falsa, egotista; nuestra felicidad pertenecerá a millones, nuestros hechos continuarán viviendo [...] y lágrimas radiantes de nobles hombres caerán sobre nuestras cenizas» (Marx *apud* McLellan, 1970: 38).

citamente la importancia de la conciencia en su tesis de doctorado. De ahí en adelante, la autoconciencia llegaría a ser un concepto central en su pensamiento político. La filosofía del futuro tendría que ser orientada hacia la sociedad, y convertirse en algo práctico, que ayudaría al desarrollo de la conciencia. Decía él:

La filosofía tiene, por tanto, que renunciar a sí misma para convertirse en filosofía *aplicada*; y así como la poesía del arte se transforma en prosa de pensamiento, la filosofía debe descender de las alturas de la teoría hacia la praxis. La filosofía práctica, o, más precisamente, la filosofía de la praxis (cuyo impacto en la vida y en las condiciones sociales equivale al empleo de ambos dentro de la actividad concreta) —este es el futuro destino de la filosofía en general [...]. Así como el pensamiento y la reflexión superaron a las *beaux-arts*, la acción y la actividad social ahora superarán a la filosofía (Marx *apud* McLellan, 1970: 65).

El pensamiento de Marx puede haber variado durante su vida, pero él siempre mantuvo la idea de la posibilidad de crear un hombre completo. Cada individuo, libre, plenamente realizado, relacionándose humanamente con otros, sería el ejemplo de un nuevo hombre, que no equivaldría necesariamente a un deseo ingenuo ni solo a un postulado ético. Lo que se buscaría no sería el ideal, algo creado para contraponerse al hombre deshumanizado e individualizado, tampoco un sueño utópico.

Ni Marx ni Guevara, al hablar del hombre nuevo, querían utilizar el término para proyectar la imagen remota de una sociedad idílica, fantasiosa, un mundo hecho de abstracciones. Al esbozar los rasgos del hombre del futuro, Marx lo hizo con la misma seriedad con la cual describió a los individuos dentro del capitalismo, asociando la aparición del hombre nuevo con

la evolución de la sociedad capitalista, de donde surgirían las condiciones necesarias para la transformación de los individuos. El trabajador adquiriría conciencia de su propia degradación y, a partir de ese momento, comenzaría un proceso que lo convertiría verdaderamente en hombre, al reconocer como suyos los productos del trabajo. Para la construcción de la nueva sociedad, los trabajadores tendrían que reconocer lo que significa la alienación en relación con el producto del trabajo, con su actividad y con los medios de producción. Tendrían que crear, por lo tanto, condiciones para que su actividad se convirtiera en plena realización humana, así como condenar las propias bases del capitalismo, tratando de evitar reproducir sus relaciones. Esa conciencia impulsaría la lucha revolucionaria.

Pero el hombre nuevo no es solo el producto de la Revolución: él se construye en su proceso, ya que es la creación de la praxis humana, o sea, de la transformación de la naturaleza y de las relaciones sociales. Ese proceso revolucionario, por consiguiente, es largo. En su *La ideología alemana*, Marx decía:

La transformación en amplia escala de los hombres se hace necesaria para la creación en masa de esta conciencia comunista, así como también para el éxito de la propia causa. Ahora, tal transformación solo se puede operar por un movimiento práctico, por una *Revolución*; esta Revolución es necesaria, sin embargo, no solo por ser el único medio de derrocar a la clase *dominante*, sino también porque solo una Revolución permitirá a la clase que *derroca a la otra*, barrer toda la podredumbre del viejo sistema y hacerse capaz de fundar la sociedad sobre bases nuevas (Marx y Engels, 1986: 108-109, cursivas del autor).

O sea, la necesidad de la Revolución se justifica no solo por la toma del aparato de la superestructura burguesa, que será

utilizado para mantenerla en el poder, sino también por ser la única posibilidad de real transformación de los hombres; en otras palabras: el proceso, de hecho, de la creación del hombre nuevo. Al cambiar los medios y las relaciones de producción, el hombre se cambiaría a sí mismo. El hombre nuevo, por lo tanto, se puede encontrar después de la Revolución, pero también durante esta y en medio de otros hombres que la realizaron. El filósofo alemán afirmaba:

Cuando los trabajadores comunistas se asocian, su finalidad es inicialmente la doctrina, la propaganda, etc. Pero al mismo tiempo adquieren con eso una nueva necesidad, la necesidad de la sociedad, y lo que parecía medio se convierte en fin. Se puede contemplar este movimiento práctico en sus más brillantes resultados cuando se ven reunidos los trabajadores socialistas franceses. No necesitan ya medios de unión o pretextos de reunión como fumar, beber, comer, etc. La sociedad, la asociación, la conversación, que a su vez tienen a la sociedad como fin, les bastan. Entre ellos, la fraternidad de los hombres no es una frase, sino una verdad, y la nobleza del hombre brilla en los rostros endurecidos por el trabajo (Marx *apud* Guijarro, 1975: 317).

Los trabajadores revolucionarios serían el modelo inicial para el hombre del futuro. En la concepción de Marx, ellos habrían sentido la necesidad de asociación y construcción de una sociedad en nuevos términos. Con su integración fraterna, habían construido las bases para una verdadera comunidad de hombres. Esa no sería la nueva sociedad, pero en ella ya se vería el embrión para la construcción del socialismo. Sería en la escuela del trabajo donde el hombre nuevo se forjaría. Ella formaría el carácter moral del proletariado, mostrando en su ambiente la

realidad que ha de ser transformada. La firmeza de carácter de los trabajadores y la posibilidad de tener compromiso con ideas avanzadas serían propiciadas por su propio ambiente y su propia actitud en relación con este.

El hombre, dentro de la sociedad burguesa, se había convertido en un individuo, pero su individualidad, en vez de estar relacionada con la comunidad, se expresaba en una intensa competitividad contra ella. Como insistía Marx, la libertad como un derecho del hombre no se fundaría sobre las relaciones entre hombre y hombre, sino sobre la separación de los hombres. En otras palabras: «ninguno de los supuestos derechos del hombre va más allá del hombre egoísta, del hombre en tanto miembro de la sociedad civil; quiere decir, en tanto individuo separado de la comunidad, confinado en sí mismo, en su interés privado y en su capricho personal» (Marx, 1964a: 58). Para él:

Así, el hombre no se liberó de la religión; recibió la libertad religiosa. No quedó liberado de la propiedad; recibió la libertad de la propiedad. No fue liberado del egoísmo del comercio; recibió la libertad para empeñarse en el comercio. [...] El hombre *egoísta* es el resultado *pasivo*, solo *dado*, en la disolución de la sociedad, objeto de certeza inmediata y, consecuentemente, un objeto *natural*. La *Revolución política* disuelve la sociedad civil en sus componentes sin *revolucionar* estos componentes y someterlos a la crítica. Esta *Revolución* considera la sociedad civil, el mundo de las necesidades, el trabajo, los intereses privados y la ley civil como la *base de su propia existencia*, como un presupuesto enteramente subsistente; por tanto, como su *base natural*. Finalmente, el hombre como miembro de la sociedad civil es identificado como el hombre *auténtico*, el *homme* como distinto del *citoyen*, porque es el hombre en su existencia

sensible, individual e *inmediata*, al paso que el hombre *político* es únicamente el hombre abstracto, artificial, el hombre como persona *alegórica, moral*. De este modo, el hombre tal como es en la realidad, se reconoce solo en la forma del *hombre egoísta*, y el hombre *verdadero*, únicamente en la forma del *ciudadano abstracto*.

Toda emancipación constituye una *restitución* del mundo humano y de las relaciones humanas al propio *hombre*. La emancipación política es la reducción del hombre, por un lado, a miembro de la sociedad civil, individuo *independiente* y *egoísta* y, por otro, el *ciudadano*, la personal moral.

La emancipación humana solo será plena cuando el hombre real e individual tenga en sí al ciudadano abstracto; cuando, como hombre individual, en su vida empírica, en el trabajo y en sus relaciones individuales, se haya vuelto un *ser genérico*, y cuando haya reconocido y organizado sus propias fuerzas (*forces propres*) como fuerzas sociales, de manera de nunca más separar de sí esta fuerza social como fuerza *política* (Marx, 1964a: 61-63).

Lo importante sería, pues, transformar a ese hombre individualizado en el hombre socialista, que necesitaría de la comunidad para desarrollar su individualidad. Para el joven Marx, el socialismo comenzaría con un sentido de percepción teórico y práctico del hombre y de la naturaleza como elementos esenciales, no partiendo solo de la negación de la religión y del capitalismo, sino también de una autoconciencia positiva, que más tarde se desarrollaría en el comunismo. Este, no obstante, incluso siendo una forma necesaria para un futuro próximo, no sería el objetivo del desarrollo humano, la forma de comunidad

humana ideal, sino la búsqueda por el humanismo positivo, o sea, la vida del hombre como expresión completa y plena de todas sus capacidades (Fischer, 1978: 21). El comunismo, por lo tanto, significaría el comienzo del desarrollo de la humanidad; pero, para alcanzar ese nivel histórico, el papel del pensamiento y de las ideas precedería a las acciones.

La conciencia, pues, tiene un papel preponderante en la formación del hombre nuevo y supera los límites del progreso histórico. Al desarrollar la conciencia, el hombre logra adelantarse en relación con su momento y facilitar la llegada a fases más avanzadas de organización social. Incluso alcanzando el comunismo, el proceso de autoconciencia debería continuar, ya que la conciencia iría más lejos que el propio objetivo inicial de la superación de las contradicciones y de los conflictos del capitalismo. En la madurez, Marx continuaría creyendo en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, en la naturaleza científica del trabajo, y en el uso máximo de la maquinaria en favor de los trabajadores como elementos que liberarían al hombre y le posibilitarían utilizar y desarrollar de forma completa todas sus potencialidades.

La lectura de Guevara en relación con Marx, por lo tanto, nos parece correcta. Como afirmamos anteriormente, el ministro de Industrias de Cuba se preocupaba por los aspectos prácticos del desarrollo económico de la Isla. Pero su interpretación filosófica de las ideas marxistas también es importante. En discusiones con compañeros del gobierno, afirmaba que algún falso marxista podría decir que los hombres son iguales y que no se podrían cambiar ni su inteligencia ni su carácter. Eso sería un dogmatismo estrecho. Para él, los cubanos habían construido el primer sistema marxista, socialista, cuyo centro sería el hombre, en el cual se habla del individuo, de la persona y de la importancia que los hombres tienen para la Revolución. Pero insistía en que, a pesar de haberlo logrado, ellos todavía no eran capaces de lograr que

ese hombre diera todo lo que podía, y que había la tendencia a convertirlo en una máquina (Guevara, 1982: 66). La conciencia, en última instancia, sería el aspecto principal. Para él: «Marx pensaba en la liberación del hombre y veía el comunismo como la solución de las contradicciones que produjeron su enajenación, pero como un acto consciente. Vale decir, no puede verse el comunismo meramente como el resultado de contradicciones de una sociedad de alto desarrollo, que fueran a resolverse en una etapa de transición para alcanzar la cumbre; el hombre es el actor consciente de la historia. Sin esta *conciencia*, que engloba la de su ser social, no puede haber comunismo» (Guevara, 1982: 184).

SISTEMA DE INCENTIVOS Y EMULACIÓN SOCIALISTA

El sistema de incentivos fue uno de los puntos más discutidos en los primeros años de la Revolución. Mientras un grupo, encabezado por Charles Bettelheim y Carlos Rafael Rodríguez, defendía el uso de estímulos materiales, Guevara y sus colaboradores más cercanos eran grandes propagandistas de los incentivos morales. Bettelheim creía que el comportamiento de los hombres no sería determinado por la conciencia, sino por su inserción en determinado proceso de producción, fundamentalmente influenciado por la fase de desarrollo en que se encontraban las fuerzas productivas.⁸ El comportamiento de las personas, pues, solamente

⁸ Una opinión similar se puede encontrar en algunos textos de Stalin, quien afirmaba: «Si la conciencia de los hombres, sus usos y costumbres son determinados por las condiciones exteriores, si la inadecuación de las formas jurídicas y políticas se basa en el contenido económico, es claro que debemos contribuir a la transformación radical de las relaciones económicas, a fin de que juntamente con ellas cambien por su base los usos y costumbres del pueblo y su orden político» (Stalin, 1990: 121-122).

se alteraría en relación directa con el proceso de producción. Para él: «las técnicas de estímulo pueden ser reducidas al nivel de las diferentes unidades técnicas que constituyen una unidad de producción propiamente dicha (por ejemplo, en el nivel de las oficinas, por la institución de premios atribuidos en ese nivel); pueden así descender, evidentemente, hasta los equipos y hasta los puestos de trabajo. En ese último caso, se trata de una técnica de estímulo vinculada a una política determinada de salarios» (Bettelheim, 1976b: 255). O sea: política de precios, salarios y créditos. Más tarde, Bettelheim estaría de acuerdo en que sería importante agregar más estímulos no económicos a los económicos, como espíritu de solidaridad, sentido del honor y emulación socialista. Tales principios deberían crecer a lo largo del proceso, aunque se continuara priorizando los estímulos materiales. El economista checo Ota Sik también creía que, «en la presente etapa de desarrollo de las fuerzas de producción, y debido a la naturaleza actual del proceso de trabajo, los incentivos materiales son, indudablemente, el estímulo primordial» (Sik *apud* Solganick, 1967: 46).

Che Guevara tenía una opinión antagónica a los presupuestos básicos de Bettelheim. Para el dirigente del gobierno cubano, era necesario crear al hombre nuevo al mismo tiempo que se desarrollaba la técnica. Sería un absurdo creer que los estímulos materiales se disiparían con el tiempo, a partir del momento en que los bienes de consumo comenzaran a ser producidos en exceso y abundaran en el mercado.⁹ Eso acarrearía una contradicción en términos de una sociedad socialista, ya que ese tipo de

⁹ Intelectuales occidentales y del bloque socialista criticaron el predominio de los incentivos materiales en la transición al socialismo. Los editores de la revista *Monthly Review* son un ejemplo de eso, así como los albaneses y chinos. Para los editores de la *Monthly Review*: «si las recompensas de los trabajadores y directores estuvieran íntimamente relacionadas con utilidades materiales, germinarán ahí las semillas de la desintegración del socia-

estímulo llevaría a la individualización y al egoísmo, sin facilitar ni propiciar el surgimiento y perfeccionamiento de una conciencia comunista. En otras palabras: el estímulo material sería un resquicio del mundo capitalista, que debería ser dejado de lado en pro de una argumentación económica más eficiente en términos prácticos y culturales. Guevara, pues, consideraba que los estímulos materiales podrían crear una capa burocrática dentro de los órganos estatales y de las empresas e industrias de forma general, así como grupos elitistas y tecnocráticos que se convertirían en una casta parasitaria dentro de la sociedad socialista en construcción. Él no negaba la necesidad objetiva del estímulo material, solo insistía en que no podría ser la palanca impulsora fundamental de la economía y del desarrollo del Estado socialista (Guevara, 1982: 189-190).

Ernest Mandel mostró bien la situación. Para él:

los que plantean el postulado absoluto del desarrollo *previo* de las fuerzas productivas, antes de que pueda expandirse la conciencia socialista, pecan todos de un pensamiento mecanicista al igual que aquellos que creen por suscitar, por medios puramente subjetivos (la educación, la propaganda, la agitación, etcétera), idéntica conciencia de manera inmediata. Hay una interacción constante entre la creación de una infraestructura material necesaria para la expansión de la conciencia socialista, y el desarrollo de esta misma conciencia (Mandel *apud* Guevara, 1982b: 169).

Tenemos que observar también los aspectos económicos más concretos. Cuba, en aquel momento, era un país con escasez

lismo y de la restauración del capitalismo, aunque no sea esta la intención de las partes interesadas» (Solganick, 1967: 42).

material y financiera, y relativamente poco industrializado. Los defensores de los estímulos morales veían la posibilidad de incentivar la producción a través de un medio más barato, que exigiría más del trabajador sin la remuneración extra. Los estímulos morales cumplirían, pues, el papel de crear un espíritu de grupo y una conciencia de la importancia de cada trabajador en la construcción del socialismo. Ese ímpetu revolucionario, premiado con bonos, medallas y diplomas, sería valorizado en todo el país e induciría a otros a seguir el ejemplo de los proletarios más dedicados. Es claro que el estímulo material todavía sería necesario, ya que la nación estaría pasando por una fase de transición y trabajando con hombres de la antigua sociedad capitalista. Pero, para Guevara, estos incentivos deberían ser aplicados con restricciones, utilizados juntamente con los estímulos morales, siempre como coadyuvantes, de forma secundaria; deberían ser eliminados poco a poco, principalmente a través de la educación, y la prioridad debería ser dada a los estímulos materiales de cuño social, como la ayuda a centros de trabajo que demostraran mayor dedicación en relación con el socialismo; en la construcción de casas, escuelas y centros de salud; regulando salarios por aptitudes de los proletarios, y proporcionando condiciones para que los obreros tuvieran mejores condiciones de estudio y así pudieran perfeccionar su nivel educacional y técnico. La intención del Che era eliminar gradualmente los incentivos materiales, principalmente a partir de condiciones concretas, como el aumento de los bienes de consumo en el país. De cualquier forma, él era consciente de las implicaciones de su proyecto. En términos comparativos, para él —aun sin haber una forma de medición ni cálculos sobre ese asunto—, en un tiempo relativamente corto el desarrollo de la conciencia traería resultados más favorables en términos económicos que el estímulo material (Guevara, 1982: 190).

Guevara estudió, por entonces, diversas variantes del sistema de incentivos. Entre estos estaban: incentivos materiales

sobre la base de la escala salarial más un pago de bonos por completar o sobrepasar las normas de trabajo y los planes de producción; desestimulaciones materiales por no lograr alcanzar las metas de productividad o calidad; incentivos materiales en forma de premios colectivos, y mejoría en la calidad de vida de los trabajadores (Tablada, 1989: 194).

En la concepción del Che, el sistema de normas que él defendía tenía el mérito de establecer la obligatoriedad de la capacitación profesional, que permitiría el ascenso de una categoría a otra, lo que posibilitaría un aumento del nivel técnico de los profesionales de las empresas. Por lo tanto, quien no cumpliera la norma estaría dejando de cumplir su deber social y sería reprendido por la sociedad con un descuento en su sueldo. Fundamental en ese caso sería la acción del control administrativo con el control ideológico, con el partido actuando como motor ideológico, utilizando todas las formas de ejemplo para los trabajadores, fuera en el trabajo productivo, en la capacitación o en la participación de los asuntos económicos de la fábrica, para convertirse efectivamente en parte de la vida de los trabajadores (Guevara, 1982: 193).

El economista polaco Oskar Lange veía en los incentivos un tema importante en la construcción del socialismo. Pero estos se definirían de acuerdo con cada caso específico y con la fase de avance del país en cuestión. Para él, las personas que participaban de las empresas tendrían que estar interesadas económica y moralmente en la realización satisfactoria de la compañía. O sea, los incentivos «deben ser creados de forma que el interés personal y colectivo del cuadro de personal de la empresa sea idéntico con la tarea social que ella tiene que ejecutar» (Lange, 1966b: 91). Pero él recordaba que hay dos tipos de propiedades de empresa socialista de los medios de producción: la nacional y la grupal, como las cooperativas. Ambas son depositarias de los intereses de los trabajadores, pero funcionan de maneras

diferentes. Teóricamente, las empresas grupales permitirían, en algunos sectores, una mayor armonización de los incentivos de los propios empleados con el interés social general, en tanto en las empresas nacionales debería haber un autogobierno sustancial de los trabajadores; en caso contrario, los incentivos económicos y morales no funcionarían y la empresa se volvería burocratizada e ineficiente (Lange, 1966b: 91-92). Para él:

en consecuencia de la propiedad social de los medios de producción, los incentivos también pueden ser determinados por la superestructura administrativa de la economía, los métodos de planeamiento y realización del plan, los principios de la contabilidad económica adoptados, los métodos de pago de salarios, los tipos de participación en las ganancias de las empresas, el papel del mercado, y así por delante. Todo eso ayuda a determinar los incentivos de los trabajadores. Así, la organización adecuada de la superestructura administrativa de la economía es esencial para promover la operación de los incentivos necesarios para garantizar el ajuste de la producción a las necesidades de la sociedad, el uso racional de los recursos y la promoción del progreso técnico (Lange, 1966b: 93).

En otros países socialistas, como China, el sistema de incentivos también fue ampliamente discutido. Mao Tsé-tung creía que el atraso económico chino y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en el país a finales de los años cincuenta, eran una ventaja para el pueblo del Imperio del Centro, ya que posibilitarían un mayor entusiasmo en la edificación del comunismo. En la primera fase de la economía china, coincidente con su primer plan quinquenal (1953-1957), el PC chino siguió el modelo soviético y el uso de incentivos materiales. No obstante, con el gran

salto adelante, iniciado en 1958, se puso énfasis en los incentivos morales, ya que, creían los maoístas, al apelar a las virtudes del desprendimiento personal, del ascetismo y del bienestar colectivo, lograrían recorrer más rápidamente el camino al comunismo. Los cuadros del PC chino se volverían especialistas, con formación ideológica y técnica depuradas, tratando de disminuir la distancia entre el campo y la ciudad al llevar la industrialización al interior del país, así como crear un mayor número de escuelas y puestos de salud. Los intelectuales del partido también deberían ser enviados al campo a realizar trabajo manual, y niños y campesinos deberían ir a las ciudades, en régimen de mitad trabajo, mitad estudio, para convertirse en maestros en tecnología y, de ese modo, disminuir la separación entre los dos tipos de labor de la población. Con todo lo anterior, habría una mayor eficiencia económica y quizás, entonces, la creación de un hombre nuevo.

Como se sabe, el gran salto adelante fue un enorme fracaso.¹⁰ Aun así, en lo que se refiere a algunos de sus presupuestos y al uso de incentivos morales, fue admirado por Guevara. Principal defensor de los incentivos morales, Guevara tuvo que enfrentar la crítica de muchos opositores dentro del propio gobierno cubano, los cuales veían sus opiniones como irreales y poco prácticas. Uno de los argumentos de los defensores de los estímulos morales era que no podría haber incentivos materiales si no había bienes de consumo para satisfacer las necesidades o «caprichos» de los trabajadores. Para Adolfo Gilly: «la escasez de bienes de consumo, como en Cuba hoy, después de cierto punto afecta mucho al trabajador, ya que este no puede comprar lo que quisiera. Consecuentemente, si las preocupaciones materiales estuvieran en sus

¹⁰ Entre los motivos del fracaso del gran salto adelante están catástrofes naturales, sistemas de transportes ineficientes, utilización de trabajadores del campo para proyectos gigantescos de irrigación y proyectos industrializantes exagerados. Hubo una disminución considerable en la producción agrícola y hambre en gran parte del país. Ver Bailey, 1996: 443.

perspectivas, él preferiría ganar menos y hacer menos esfuerzo» (Gilly *apud* Mesa-Lago, [197-]: 122).

Poco a poco, sin embargo, las ideas de Guevara comenzaron a perder fuerza, a medida que su proyecto económico, aparentemente, no daba los resultados esperados. En 1965, a partir de las sugerencias de Carlos Rafael Rodríguez, se produjo el regreso de los incentivos materiales como preeminentes. Los incentivos propuestos por Fidel fueron los viajes a otros países socialistas, refrigeradores y motocicletas. En aquel año fueron distribuidos 1 500 refrigeradores, 1 000 motocicletas, 500 viajes a países socialistas y 2 000 viajes a la playa de Varadero. De los viajes internacionales, no obstante, solo 80 fueron aceptados: la mayoría de los trabajadores prefirió cambiarlos por bienes de consumo duraderos (Mesa-Lago, [197-]: 141).

Los premios morales, por otro lado, eran representados por medallas, banderas, *buttons* y diplomas. Los mayores títulos que se podían obtener eran los de Héroe Nacional del Trabajo y Vanguardia Nacional. Los castigos morales serían la divulgación, en las industrias cubanas, de los nombres de los trabajadores y de los centros de trabajo que hubieran producido menos, denunciando ante todos los obreros quiénes eran los trabajadores más perezosos del país. Al comienzo de los experimentos con incentivos materiales y morales, se otorgaba, además de bienes de consumo y diplomas, dinero, el cual, con el tiempo, fue dejando de formar parte de las premiaciones a los trabajadores más innovadores y productivos. Aun así, algunos mecanismos continuaron existiendo, con el objetivo explícito de premiar a los trabajadores de vanguardia, que se dedicaran a la Revolución sin intereses materiales. Una ley de seguridad social promulgada el 27 de marzo de 1963 concedía beneficios por enfermedad a todos los trabajadores cubanos, ofreciendo pago en dinero durante el período integral necesario para el tratamiento de salud hasta un año, o para la jubilación. El ciudadano podría tomar hasta el 40 %

de su salario de los fondos de pensión si estuviera hospitalizado y el 50 % si se estuviera tratando en su propia casa. Pero los trabajadores vanguardia tendrían el 100 % de sus salarios en beneficios en la misma situación (Bonachea y Valdés, 1972: 361).

En 1968 el gobierno fue más lejos al ampliar los beneficios solamente a los trabajadores que demostraran una actitud comunista en relación con el trabajo. Eso significaba la renuncia al pago por tiempo extra, 40 horas o más de trabajo por semana, ninguna ausencia no autorizada del servicio, exceder las normas de trabajo y ser un participante activo del trabajo voluntario. Sin embargo, un año después solo el 6 % de los ciudadanos cubanos se enmarcaba en esas características (Bonachea y Valdés, 1972: 362).

El sistema de incentivos estaba íntimamente relacionado con la emulación socialista, que sería una manera de construir el socialismo a través del aprovechamiento máximo de la mano de obra del país, un medio de obtener un aumento en la productividad, así como un instrumento para elevar la conciencia de los trabajadores. El método consistía en premiar a los mejores trabajadores y mostrarlos a los otros como ejemplo, utilizando una intensa campaña publicitaria y propaganda política. Los demás obreros, entonces, se sentirían estimulados a producir más y mejor, inspirados en esos compañeros. Tanto en la Unión Soviética (donde la emulación fue implementada a partir de las formulaciones de V. I. Lenin y ganó impulso principalmente a partir de 1929, con el primer plan quinquenal) como en China, la idea fue usada para promover un desarrollo más rápido de las naciones. El principal objetivo de la emulación sería el aumento de la productividad de cada trabajador y el aumento en la producción de forma general, estimulando un control de calidad, y al mismo tiempo haciendo presión sobre los obreros para que produjeran más; funcionaría también como elemento ideológico, ya que estimularía una emulación fraternal entre los trabajadores y exaltaría las virtudes del socialismo.

La emulación se comenzó a implementar en Cuba a partir de 1960, inicialmente en el corte de caña, después en la agricultura en general, y más tarde en las industrias, en parte para tratar de resolver el problema del absentismo, que crecía en el país. A mediados de 1962, el absentismo había alcanzado proporciones inaceptables para los dirigentes cubanos, lo que hizo que se comenzara a tomar medidas coercitivas. Sanciones graduales se introdujeron en Cuba a partir del 27 de agosto de aquel año, las que contemplaban desde reducciones salariales hasta transferencia de empleo. Aun así, los resultados continuaban insatisfactorios, en tanto, parte de la población expresaba descontento. En 1964 se tomaron otras medidas con el fin de desestimular la indisciplina y aumentar la productividad, por lo que se puso en ejecución un sistema de metas y normas con el objetivo de garantizar que cada obrero alcanzara determinados niveles de producción para recibir su salario íntegro. En caso de que el trabajador no lograra alcanzar la meta, tendría su salario disminuido proporcionalmente. Si el individuo produjera más, tendría un aumento salarial.

A pesar de una aparente poca efectividad de la emulación en diversos sectores, el gobierno resolvió extender el sistema a todas las áreas de la economía nacional (Mesa-Lago, [197-]: 131). Sin embargo, hasta finales de 1962 solo el 9 % de toda la fuerza de trabajo del país participaba de esa actividad (Bonachea y Valdés, 1972: 369).

La emulación sería dividida en formas individuales y colectivas. La primera incentivaría al trabajador a producir el máximo con el máximo de esfuerzo y dedicación y lo premiaría con incentivos materiales o morales. La segunda organizaría una emulación entre sectores, secciones y departamentos de las fábricas, granjas o centros de trabajo en general. Este proceso se produciría en lugares donde los diferentes sectores dependieran unos de otros y haría que estos, compitiendo por una mayor pro-

ductividad, entusiasmaran a los otros a seguir el ejemplo y mantener, e incluso aumentar, el ritmo de la producción (Bonachea y Valdés, 1972: 136-138). Como el sistema aún no estaba funcionando como deseaban los líderes de la Isla y el absentismo todavía frenaba el aumento de la producción, una nueva ley laboral se divulgó en 1964, considerando como faltas graves el no cumplimiento de las cuotas de trabajo u horarios, ausencia injustificada, daños a las herramientas de trabajo, negligencia e irrespeto a los superiores. Esa ley sería administrada por los propios trabajadores a través de sus consejos, compuestos por miembros que deberían llenar algunos requisitos, como tener una actitud socialista ante el trabajo, tener disciplina, no ser considerado absentista, y nunca haber sido reprendido por ningún órgano de la justicia del trabajo. A partir de 1965, no obstante, al notar que esas medidas no se mostraban muy populares, el gobierno decidió gradualmente cambiar su énfasis, disminuyendo o eliminando sanciones y exaltando la necesidad de desarrollar la conciencia socialista de los trabajadores (Bonachea y Valdés, 1972: 370-371).

TRABAJO VOLUNTARIO

El trabajo voluntario también desempeñó un papel ideológico, al mismo tiempo que cumplió una función económica de extrema importancia, ya que, por ejemplo, muchas veces fue decisivo para la cosecha de la caña de azúcar. El trabajo voluntario sería un vínculo concreto entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; debería ser cumplido con placer y significaría una participación consciente de los trabajadores; y los apartaría de la alienación y aceleraría la transición al socialismo. Como diría Michael Löwy: «las tesis de Che sobre el trabajo voluntario y su significado para el desarrollo del hombre nuevo no dependen únicamente de una problemática “voluntarista”, “utópica”,

extraña al marxismo (como pretendieron algunos de sus críticos “materialistas”), sino se insertan en una tradición auténticamente *leninista*» (Löwy, 1976: 101).

El trabajo sin remuneración podía ser de varios tipos. Entre ellos estaban los desempeñados por trabajadores empleados en una rama determinada de producción, actuando gratuitamente en otra área fuera de su horario de servicio; el trabajo de mujeres desempleadas; el trabajo gratuito de estudiantes, como parte de la educación socialista; tareas impuestas a presos políticos como forma de rehabilitación social, y el trabajo considerado como parte del servicio militar obligatorio (Mesa-Lago, 1972: 385). El trabajo hecho por hombres y mujeres empleados fuera de su horario normal podía ser desempeñado de maneras diferentes, por ejemplo, horas extras después de su jornada laboral; en los fines de semana, especialmente los domingos; durante las vacaciones, o por un período de varios meses seguidos, cuando estuvieran ausentes de sus empleos regulares. Esta última modalidad era conocida como trabajo voluntario a largo plazo y significaba una ausencia por seis meses de sus centros de trabajo para trabajar principalmente en el campo. Aquellos que permanecieran en las industrias deberían esforzarse para mantener los niveles de producción —sin la presencia de los compañeros voluntarios—, aunque eso significara trabajar más de lo normal. Entre 1962 y 1967, el número de trabajadores voluntarios aumentó de 15 mil a 70 mil en los más variados sectores, desde el corte de caña y la cosecha de café hasta las reparaciones en casas de ciudadanos damnificados por huracanes y la construcción de edificios. Los trabajadores no recibían una remuneración por esos servicios, pero tenían derecho a hospedaje, además de recibir las herramientas para realizar sus tareas. A partir de 1963, podían utilizar las horas de trabajo voluntario como tiempo de servicio para recibir la jubilación.

En los comienzos de la Revolución, esa modalidad de trabajo era en gran parte espontánea, pero a partir de 1962 los ciu-

dadanos comenzaron a ser reclutados y organizados en batallones y brigadas. Era incumbencia del Estado reglamentar el trabajo, y se introdujo un conjunto de medidas: autocrítica entre los trabajadores; contratos anuales estipulando determinado número de horas de trabajo no remunerado; administración e inspecciones de los sindicatos para garantizar la cantidad y calidad del trabajo realizado; informes semanales hechos por los propios batallones sobre su desempeño; equipos de inspección para mantener la disciplina, y sanciones por violaciones disciplinarias de los reglamentos (Mesa-Lago, 1972: 388-389).

Tanto la Federación de Mujeres Cubanas como la Unión de Jóvenes Comunistas fueron extremadamente activas en la difusión y consolidación del trabajo voluntario. Miles de amas de casa fueron reclutadas para el trabajo en el campo, mientras un gran número de estudiantes realizó su trabajo durante las vacaciones escolares. En 1964, el Ministerio de Educación convirtió en obligatoria esa actividad.¹¹ Un año más tarde, el mismo Ministerio solicitó a las universidades que sus alumnos participaran del trabajo voluntario por un período de tres a seis meses por año, con derecho a alimentación y alojamiento durante las actividades.

Otros tipos de trabajo no remunerado incluían la participación de presos políticos y militares. Funcionarios del gobierno que cometieran faltas y transgresiones en el desempeño de sus funciones, así como prisioneros por motivos ideológicos recibían como sanción la obligatoriedad de cumplir determinadas tareas no remuneradas como forma de rehabilitación y reeducación, lo

¹¹ De acuerdo con Carmelo Mesa-Lago (1972: 389), entre 150 mil y 180 mil alumnos de la enseñanza secundaria trabajaban en granjas estatales y fábricas, en los fines de semana y en las vacaciones, y aproximadamente 1,28 millón de estudiantes de la escuela primaria desempeñaban un trabajo llamado socialmente útil, con el objetivo de suprimir las diferencias entre el trabajo físico y el intelectual, así como para inculcar en los niños un sentido de obligación para con el país.

que también servía como un elemento más en el aumento de la mano de obra y en una pequeña elevación de la productividad general del país. Los «crímenes» eran juzgados por la Comisión Disciplinaria Administrativa (CODIAD), que después de analizar cada caso enviaba a los culpables hacia campos de trabajo administrados por el Ministerio del Interior. De acuerdo con números presentados por Carmelo Mesa-Lago, entre 1964 y 1965 había de 15 mil a 20 mil presos políticos en la Isla.¹² Como en los otros casos, los presos también recibían alimentación, ropa y alojamiento.

Con el objetivo de terminar con la ociosidad de un número considerable de personas, en 1963 fue instituido el Servicio Militar Obligatorio para hombres de 16 a 45 años por un período de tres años. Los reclutas eran divididos en dos grupos: los no completamente integrados políticamente y los confiables. En el primero, los soldados eran trasladados hacia las Unidades Militares de Apoyo a la Producción, y trabajaban en el sector agrícola mientras durara su período en el servicio, mientras los confiables, militares de mayor confianza, entraban en el entrenamiento regular combinado con trabajo productivo. En 1966, el número de reclutas en el servicio militar cubano llegaba a por lo menos 84 mil soldados (Mesa-Lago, 1972: 391).

En 1967, la contribución de los trabajadores no remunerados era sustancial. De una fuerza de trabajo de 2,5 millones de personas, entre 200 mil y 300 mil trabajadores trabajaban gratis para el Estado cubano. La mayor cuota de participación era la de trabajadores del sexo masculino empleados regularmente: entre 60 mil y 70 mil hacían trabajo voluntario. A continuación, las mujeres, entre 5 mil y 10 mil, que también participaban de la misma actividad. Con un número que variaba entre 18 mil y

¹² Otras fuentes indican que los números variaban entre 50 mil y 75 mil presos políticos. Ver Mesa-Lago, 1972: 390.

23 mil jóvenes, los estudiantes de las escuelas secundarias componían un importante sector más de apoyo al trabajo gratuito. Más de 90 mil reclutas del servicio militar ayudaban a aumentar la producción sin recibir una remuneración. Y, finalmente, los presos políticos, que eran obligados a desempeñar esas funciones como forma de castigo (Mesa-Lago, 1972: 391-392).

En el propio Ministerio de Industrias, Guevara decidió crear el que fue designado en la época como Batallón Rojo, con 120 a 130 militantes, que tendrían como obligación cumplir por lo menos 240 horas de trabajo voluntario por individuo para obtener el certificado de trabajo comunista y continuar siendo miembro del batallón. El Che llamaba supervanguardia de la Revolución al grupo del Ministerio que lideraba, y consideraba que este tenía como objetivo no solo contribuir al aumento de la producción, sino principalmente dar el ejemplo (Guevara, 1982: 144). El guerrillero argentino resaltaba que, en conversaciones con otros miembros del gobierno, había pensado en hacer obligatorio que todos trabajaran 240 horas en un período de seis meses para obtener su certificado, pero explicaba que esa debería ser una obligación voluntaria.

Guevara también insistía en el éxito de su proyecto, aunque algún tiempo después se comprobara que los resultados alcanzados no eran tan favorables como se quisiera. Aun así, hubo casos impresionantes de esfuerzo individual. El 11 de enero de 1964, en un discurso en la CTC-R, Guevara mencionó algunos ejemplos de excepcional dedicación al trabajo voluntario, como el caso de varios obreros que en cuatro meses habían trabajado 980 horas, o sea, más de ocho horas voluntarias por día en ese período. La mujer que trabajó más tiempo sin remuneración acumuló 340 horas. Hasta el inicio de aquel año, el órgano del gobierno que había acumulado más horas voluntarias había sido el Viceministerio para la Industria Ligera, con 774 344 horas. Dentro de este, estuvo en primer lugar la rama mecánica, con 404 mil

horas; a continuación la textil, con 141 mil horas; después la química, que contabilizó 117 mil horas, y finalmente el sector alimentario, con 110 mil horas.

En el acto de entrega de los premios a los cuarenta y cinco trabajadores de mayor relieve en el Ministerio de Industrias, el 30 de abril de 1962, el Che, después de exaltar a los obreros que habían cortado miles de arrobas de caña en períodos relativamente cortos, expresó su concepción de lo que debería ser uno de los objetivos del trabajo voluntario. De acuerdo con él, la consigna debería ser producir cada día más, con mayor entusiasmo, y trabajar con ahínco para aumentar la producción en cada empresa del país. El 15 de agosto de 1964, sin embargo, en otro acto de entrega de certificados de trabajo comunista, esta vez para los obreros del MININD en el teatro de la CTC, en La Habana, Guevara dio otro enfoque al tema:

el trabajo voluntario no debe mirarse por la importancia económica que signifique en el día de hoy para el Estado; el trabajo voluntario, fundamentalmente, es el factor que desarrolla la conciencia de los trabajadores más que ningún otro. Y todavía más cuando esos trabajadores ejercen su trabajo en lugares que no les son habituales, ya sea cortando caña, en situaciones bastante difíciles a veces, ya sean nuestros trabajadores administrativos o técnicos que conocen los campos de Cuba y conocen las fábricas de nuestra industria por haber hecho en ellas el trabajo voluntario, y se establece, también, una nueva cohesión y comprensión entre dos factores que la técnica productiva capitalista mantenía siempre separados y enconados porque era parte de su tarea de división constante para mantener un fuerte ejército de desempleados, de gente desesperada, lista a luchar por un pedazo de pan contra todas las conveniencias a largo

plazo y, a veces, contra todos los principios (Guevara, 1982: 76).

E insistía: «El trabajo voluntario se convierte entonces en un vehículo de ligazón y de comprensión entre nuestros trabajadores administrativos y los trabajadores manuales para preparar el camino hacia una nueva etapa de la sociedad donde no existirán las clases y, por lo tanto, no podrá haber diferencia ninguna entre trabajador manual o trabajador intelectual, entre obrero o campesino» (Guevara, 1982: 76).

Durante el primer semestre de 1964, la única delegación provincial que ganó el certificado fue la de Matanzas, con un trabajador. Entre las empresas, la que tuvo menor notoriedad en el período fue la empresa consolidada de la Química Básica, con solo un trabajador del sector administrativo. En el Ministerio de Industrias, 1 002 trabajadores lograron ganar su certificado (Guevara, 1982: 82).

Como podemos advertir, el Che poco a poco fue dando mayor importancia a los aspectos educativos de este tipo de actividad. El aspecto fundamental sería el desarrollo de la conciencia, ya que esto permitiría un acceso más rápido al socialismo. El propio Guevara demostraba un enorme esfuerzo en sobresalir en el trabajo voluntario. Sus actividades muestran que hacía más que simplemente dar el ejemplo y utilizar el método como propaganda. En los molinos «José Antonio Echeverría», en el poblado de Regla, La Habana, participó en una jornada intensa el 31 de julio de 1962 y fue quien cerró el saco de harina de trigo número 1 000 producido en aquel mes. Entre el 4 y el 12 de febrero de 1963, trabajó operando una máquina de cortar caña en varias localidades de la provincia de Camagüey, durante doce horas por día. En esa ocasión, cortó 81 900 arrobas de caña (Pérez-Galdós, 1987: 125). Pero él sabía de las dificultades de

convertir el trabajo voluntario en parte intrínseca de la vida de los ciudadanos de Cuba:

actualmente el trabajo voluntario se debe volver un fenómeno de masas; que exige también un salto cualitativo en la organización, para que quien trabaja voluntariamente no tenga la sensación de estar perdiendo su tiempo, que es la sensación más desagradable que existe. El domingo pasado me cansé de hacer trabajo voluntario y me sucedió una cosa que nunca me había pasado, salvo cuando trabajo con la caña, mirar para el reloj cada 15 minutos para ver cuándo terminaba el horario y me podría ir, porque lo que estaba haciendo no tenía sentido. Quiero decir que la identificación del hombre con su trabajo es una cosa que tiene que ser construida, que tiene que ser organizada (Guevara, 1982: 59).

Más adelante, insistía en que:

nosotros todavía no logramos encontrar la forma por la cual el hombre dé algo suyo. Creamos un aparato mediante el cual la sociedad chupa el trabajo voluntario [...]. Que el hombre se sienta impelido al trabajo por determinación interna propia o acaso por el ambiente que lo rodea son cosas diferentes [...]. El ambiente debe ayudar al hombre a sentir interiormente esta necesidad, pero si solo fuera el ambiente, si se trata solo de una presión moral que lo empuja; quiere decir, no realizará algo suyo, algo nuevo hecho en libertad. Continuará siendo esclavo del trabajo (Guevara, 1982: 67).

Por eso, el trabajo voluntario debería permear la vida de los ciudadanos cubanos desde la infancia, y ser una forma efectiva

de exponerlos a valores de compañerismo y ayuda mutua. En el caso de los adolescentes, el entrenamiento militar y el trabajo no remunerado en equipo intentaban también evitar la constitución de una capa parasitaria en la nueva generación, así como instruirla en trabajar en conjunto para el desarrollo del país. Los adultos tendrían esa actividad como una forma de educación tardía. Burócratas gubernamentales que, supuestamente, tuvieran los vicios de épocas anteriores y cometieran faltas que pudieran herir a la Revolución, utilizarían esa modalidad de trabajo para rehabilitarse y dar también su contribución al nuevo Estado que se constituía.

Podemos decir que el antecedente directo de los trabajos voluntarios en Cuba fueron los sábados comunistas instituidos por Lenin en los primeros años de la Revolución Rusa. Ese ejemplo ciertamente inspiró a Guevara en la construcción del socialismo en la Isla. Para Lenin:

Los «sábados comunistas» tienen una inmensa importancia histórica precisamente porque nos muestran la iniciativa consciente y voluntaria de los obreros en el desarrollo de la productividad del trabajo, en el paso a una nueva disciplina del trabajo y en la creación de condiciones socialistas en la economía y en la vida. [...] [Ellos] fueron iniciados no por obreros que se encuentran en condiciones excepcionalmente favorables, sino por obreros de diversas especialidades, incluyendo también a obreros no especializados, operarios que se encuentran en las condiciones *habituales*, esto es, las más *duras*. Todos conocemos muy bien la condición fundamental de la caída de la productividad del trabajo que se verifica no solo en Rusia, sino en todo el mundo: la ruina y la miseria, la exasperación y el cansancio provocados por la guerra imperialista, las enfermedades y

la subalimentación. Por su importancia, esta última ocupa el primer lugar. [...] Y para suprimir el hambre es necesario elevar la productividad del trabajo en la agricultura, al igual que en los transportes y en la industria. Nos encontramos, por consiguiente, ante una especie de círculo vicioso: para elevar la productividad del trabajo es preciso escapar del hambre, y para escapar del hambre es preciso elevar la productividad del trabajo. [...] Y estos obreros hambrientos, cercados por la maldita agitación contrarrevolucionaria de la burguesía, de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios, organizan los «sábados comunistas», trabajan horas extraordinarias sin *ninguna remuneración* y logran un *aumento enorme de la productividad del trabajo*, a pesar de encontrarse cansados, atormentados y extenuados por la subalimentación. ¿No será esto un heroísmo grandioso? ¿No será el comienzo de un viraje de importancia histórica universal? [...] La gran iniciativa de los «sábados comunistas» debe ser aprovechada también en otro sentido, a saber: para *depurar* el partido. Era absolutamente inevitable, en los primeros tiempos después de la Revolución, cuando la masa de las personas «honestas» y de espíritu pequeño-burgués estaba particularmente amedrentada, cuando la intelectualidad burguesa, incluyendo, claro está, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, saboteaba sin excepción, como lacayos de la burguesía, [...] que se adhieran al partido dirigente aventureros y otros elementos nocivos. [...] Lo importante es que el partido dirigente, apoyándose en la clase avanzada, sana y fuerte, sepa depurar sus filas (Lenin, 1979c: 152-158).

Los sábados comunistas fueron instituidos en 1919 y un año más tarde fueron superados en importancia por modalidades de trabajo obligatorias y más coercitivas. El propio Lenin cambiaría relativamente sus posiciones anteriores, y trabajos voluntario y obligatorio coexistirían durante cierto tiempo en Rusia. Como el proletariado (el grupo consciente y confiable vinculado a los bolcheviques) era pequeño en comparación con el resto de la población, miles de obreros fueron desplazados hacia diversas funciones, ingresando en las filas del Ejército, formando parte de destacamentos de abastecimiento, grupos de propaganda, dirección política y sector administrativo, disminuyendo, consecuentemente, su presencia constante en las fábricas. De esta manera, los sábados comunistas tendrían también la función de mantener ese antiguo proletariado —transferido hacia el Ejército Rojo o hacia funciones burocráticas en el aparato del Estado soviético— en contacto directo con el sector productivo (Linhart, 1983: 144-145). En ese caso, la ideología funcionaría como elemento de incentivo a las actividades. O sea, los estímulos ideológicos *serían* los más importantes en esa situación, sin la utilización de ningún incentivo material. Durante los sábados comunistas, los trabajadores intelectuales y manuales se mezclarían, sin que hubiera, no obstante, una tentativa explícita de eliminación de los dos tipos de actividad. Los burócratas que participaban del trabajo voluntario podrían aproximarse a la realidad de los trabajadores manuales, pero lo contrario no ocurría, ya que no había ninguna política de elevación del nivel técnico o intelectual del proletariado específicamente en esa modalidad de tarea. Aunque Lenin defendiera en tesis el fin de las diferencias entre el campo y la ciudad, entre trabajadores manuales e intelectuales, en la práctica la principal función de los sábados comunistas era aumentar la productividad y el desarrollo económico sin mayores gastos para el gobierno soviético. Lo fundamental, teóricamente,

sería unir la ciencia y la técnica capitalistas a los individuos conscientes, trabajando juntos por la construcción del socialismo.

El trabajo voluntario era uno de los mejores medios para resolver el grave problema estructural de la economía cubana, principalmente en lo que se refería a la falta de mano de obra en la agricultura, así como del excedente del sector terciario, concentrado en las ciudades. En los inicios de la Revolución ocurrió una fuerte migración interna hacia ciudades como Santiago de Cuba y La Habana. Esos trabajadores fueron en gran parte absorbidos por las Fuerzas Armadas, diversas organizaciones de masa y el sector de la construcción. Pero un número considerable de cubanos no encontraba trabajo, lo que acarreó el desempleo o subempleo, derivados principalmente de los problemas en el sector industrial. Con la nacionalización, muchas de las compañías extranjeras salieron de Cuba, lo que disminuyó el número de plazas vacantes en el sector; con la eliminación de las empresas privadas, responsables de la construcción inmobiliaria, muchas personas igualmente perdieron sus antiguos empleos. Esos factores combinados ejercieron una influencia decisiva en la situación del empleo en la Isla. A partir de la necesidad de incrementar el sector agrícola, gran parte de ese excedente de mano de obra debería ser desplazada al campo. Los trabajadores voluntarios en la agricultura, por lo tanto, eran reclutados mayoritariamente en los grandes centros urbanos. En 1967, los trabajadores voluntarios llegaban a representar del 8 % al 12 % de la mano de obra del país (Bonachea y Valdés, 1972: 359).

De alguna forma, la idea de construir el hombre nuevo puede ser relacionada con la propia vida de Guevara y sus concepciones del mundo, a partir de su experiencia personal. Por otro lado, no podemos dejar de dar el debido valor a los aspectos concretos y prácticos de sus teorías, no solo en el ámbito del marxismo, sino también en los eventos de la Revolución Cubana. Las ideas del guerrillero argentino ciertamente tuvieron gran influencia, no

solo en las concepciones generales del gobierno de la Isla, sino también en el imaginario de muchos movimientos de izquierda de América Latina, así como presentaron algunas consecuencias reales en la economía de Cuba en la época en que él fue uno de los principales dirigentes del país.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

CHE GUEVARA Y LAS TENDENCIAS MARXISTAS

Aunque exhaustivamente analizado por varios estudiosos, el pensamiento político de Che Guevara continúa siendo objeto de discusiones enconadas en los medios académico y partidario. Su carácter antidogmático y antiburocrático, y su marxismo heterodoxo y dinámico hicieron de Guevara el blanco de diversas críticas de sus contemporáneos, quienes muchas veces lo acusaron, entre otras cosas, de tener tendencias trotskistas y maoístas, por más que él no concordara de forma alguna con ese tipo de juicio. Pero, ¿cuál sería, a fin de cuentas, la verdadera relación entre Guevara y las tendencias marxistas? ¿De qué manera él interpretaba el ideario de personalidades como Stalin, Mao Tsé-tung y Trotski? A diferencia de los capítulos anteriores, que enfatizaron los aspectos económicos de su pensamiento, nuestra intención aquí es trazar el proceso de aproximación del Che a los debates alrededor de algunas de esas corrientes políticas, especialmente en América Latina, no solo para entender mejor el lado ideológico que ciertamente influyó en sus ideas económicas, sino también para intentar componer una imagen más completa del revolucionario.

Como se sabe, la maduración política del Che se produjo tardíamente. Está claro que en la juventud Guevara era consciente del ambiente sociopolítico argentino y de los problemas económicos que su país vivía. Hijo de padres antiperonistas,¹ el joven

¹ Aun así, a Guevara le parecía considerar importante apoyar a Perón. En carta al padre, en febrero de 1955, afirmaba que la «Argentina es el oasis de América, hay que darle a Perón todo el apoyo posible para evitar entrar en la guerra, que promete ser terrible; te guste o no, así es» (Gálvez, 1997: 335).

Ernesto estaba expuesto a todo tipo de discusión que se entablaba en su casa. No solo los asuntos relativos a la Argentina permeaban su ambiente familiar, sino también sobre la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial. Sabemos también que leyó libros de Bertrand Russell, Aldous Huxley, Joseph Stalin, el *Manifiesto comunista*, algunos textos de Lenin y partes de *El capital*, de Marx, pero no profundizó exclusivamente en el estudio del marxismo, aunque hubiera escrito durante algunos años sus *Cuadernos filosóficos*, una colección de anotaciones sobre temas generales. La política en sí, no obstante, no era su principal preocupación, y él no formaría parte orgánicamente de ningún partido o movimiento social, así como no tendría participación activa en los acontecimientos durante su período estudiantil. De hecho, Guevara solo tendría contacto con una experiencia revolucionaria en su segundo gran viaje, a partir de 1953, cuando vería personalmente el proceso de reforma agraria de la Revolución boliviana, que había triunfado el año anterior y estaba en pleno desarrollo.

La Revolución boliviana del 9 de abril de 1952 fue sin duda un hito en América Latina, pero tuvo, no obstante, un carácter claramente reformista. A pesar de apelar a las masas —especialmente mineros y campesinos— y teóricamente proponer cambios que mejorarían la vida de la población marginada (en aquella época, aproximadamente el 78 % de la población boliviana era rural y de origen indígena), aumentando la participación de los indios y analfabetos, además de fortalecer, hasta cierto punto, a los mineros —a través de la nacionalización de las minas y de la creación de la Central Obrera Boliviana (COB)—, no fue acompa-

Debemos recordar que Guevara en la lucha revolucionaria en Cuba apodó a su grupo guerrillero Los Descamisados, y que más tarde, cuando era miembro del gobierno cubano, conversó con grupos peronistas de izquierda para tratar de conseguir un eventual apoyo a su proyecto revolucionario.

ñada por transformaciones económicas o técnicas profundas y demostró, como afirma Halperin Donghi (1989: 256), «ser solo una versión más radical de la política favorable a la redistribución del poder político y, hasta cierto punto, del bienestar en el interior de una estructura fundamentalmente invariada». El propio Guevara diría más tarde que aquella era «una revolución burguesa muy tímida, muy debilitada por las concesiones que debió hacer su economía totalmente ligada a la economía imperialista y totalmente monoprodutora, pues son exportadores de estaño, burguesía que ha debido ser en parte mantenida por el imperialismo» (Guevara *apud* Guerra Vilaboy, y De la Nuez, 1989: 308).

A pesar de eso, las discusiones sobre el desarrollo de la Revolución y su posible progresión al socialismo estaban presentes en aquel período. En ese sentido fue importante la contribución del Partido Obrero Revolucionario (POR), de tendencia trotskista, fundado en Córdoba, Argentina, en 1934, por Guillermo Lora (asociado al trotskismo), José Aguirre Gainsborg (vinculado a las ideas leninistas de revolución) y Tristán Maróf (considerado un nacionalista de izquierda). Tanto el POR como Maróf se asociaban al marxismo heterodoxo de Mariátegui, con un carácter duplamente indigenista y proletario, que buscaba su inspiración, entre otras, en las tradiciones colectivistas incaicas. En 1938, Maróf fundó el Partido Socialista Obrero Boliviano (PSOB). El POR se desprendió poco a poco de la influencia de Maróf a partir de los años cuarenta, cuando otros grupos comenzaron a ganar voz dentro del partido.

Más notoria fue la creciente importancia y ascendencia de Lora en el medio político-intelectual. En 1946, por ejemplo, obtuvo la aprobación de sus *Tesis de Pulacayo* por la Federación Minera de Bolivia, hecho que evidenciaba, por primera vez en América Latina, la aceptación oficial, por un grupo de trabajadores de peso, de las ideas de revolución permanente de León

Trotsky. Pero el POR perdió su gran oportunidad en la Revolución de 1952. Para Maria José Lourenço:

lo que nadie sabe muy bien es cuál fue la política del POR, el partido que se reivindicaba trotskista y que era el más fuerte de toda la izquierda. El POR hizo lo contrario de todo lo que los bolcheviques hicieron en Rusia y de lo que el trotskismo viene planteando en todas las revoluciones. Este partido, impresionado por los discursos «revolucionarios» del MNR [Movimiento Nacionalista Revolucionario], impresionado porque reproducían casos como el de Lechín (el mayor burócrata sindical) que decía que era «trotskista clandestino», esto es, no asumía esa posición públicamente y que dio un «apoyo crítico» al gobierno burgués del MNR, no luchó para que la COB se mantuviera independiente del gobierno y se preparara para la toma del poder. En lugar de luchar contra el MNR, lo fortaleció. Con estas posiciones, el POR renunció en la práctica al principio más elemental de una dirección revolucionaria, que es el de jamás apoyar a un gobierno burgués, por mayor que sea su fraseología socializante. En ese sentido el POR es el gran responsable de la derrota del proletariado boliviano (Lourenço, 1980: 5).

De acuerdo con Omar de Barros Filho, después de la Revolución de 1952 el Partido Obrero:

no sería el caudillo de las masas bolivianas. Serviría como un puente entre ellas y el MNR, y no se preparó para (y no entendió en toda su profundidad) la situación revolucionaria que acompañaba un sentimiento visible en las clases dominantes, incapaz de controlar el país,

de superar su propia crisis de poder y de mantener a los trabajadores bajo permanente fustigamiento. Las masas quemaban etapas, y tanto el POR como la propia dirección de la Cuarta Internacional, bajo la dirección del griego Michel Pablo, caducarían ante la cruda realidad de la Revolución boliviana (Barros Filho, 1980: 33).

El ambiente revolucionario y los debates entablados entre estalinistas del Partido Comunista Boliviano, trotskistas del POR y miembros del MNR no podrían haber pasado inadvertidos para Guevara. El joven viajero, en su estancia en el país, tuvo la oportunidad de ver de cerca las diferentes formas de interpretar aquel momento histórico, hablar con políticos y tener contacto directo con trabajadores mineros. Guevara era crítico en relación con el doble poder, donde coexistirían en una misma realidad el gobierno nacional y la COB, milicias obreras y campesinas y Ejército, en constante contradicción y contraposición. De acuerdo con él, ese equilibrio inestable favorecía la absorción del poder por la burguesía, lo que ocurrió. El proletariado y el campesinado deberían ser capaces de agarrar el poder y mantenerlo. De lo contrario, la burguesía, reconstituyendo el Ejército, masacraría a las masas obreras y campesinas, absorbería los movimientos populares y daría cuenta de la Revolución (Almeyra y Santarelli, 1994: 37).

La otra experiencia fundamental para el joven Ernesto fue su permanencia en Guatemala. El golpe militar contra el gobierno de Jacobo Arbenz, en 1954, acabó con un proceso de cambios sociales inspirados, en parte, por los propios comunistas del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT). Arbenz había afirmado que los tres objetivos fundamentales de la Revolución serían: convertir al país, de nación dependiente y de economía semicolonial, en un país económicamente independiente; de país atrasado y de economía predominantemente feudal, en un país capitalista

moderno; y elevar el nivel de vida de las masas (Ariet, 1988: 45). A pesar de que el proyecto era en gran medida ingenuo y conceptualmente equivocado, influyó en Guevara, quien declaró defender las posiciones del gobierno de Arbenz y, dentro de él, del grupo del PGT (Ariet, 1988: 47). Después de la derrota del gobierno, ocurrió un gran debate sobre el carácter de la Revolución guatemalteca, principalmente entre los estalinistas y los trotskistas. Como afirmó Raúl Fernet-Betancourt:

La Revolución boliviana y la guatemalteca [...] además, contribuyen a la comprensión más exacta del contexto sociopolítico de esta etapa, porque la discusión realizada entre el estalinismo y el trotskismo, en el marco de sus experiencias, esclarece la circunstancia de que, en ese tiempo, se originan en América Latina formas de análisis social, así como de programática política, que se enmarcan conscientemente en la izquierda del comunismo oficial y exigen una interpretación más radical de la herencia marxista. Al lado del trotskismo, aquí se debe, naturalmente, hacer mención al maoísmo, cuya influencia, no obstante, se vuelve sistemática solo a partir de 1956 [...] (Fernet-Betancourt, 1995: 221-222).

Guevara, como observador y participante de algunos eventos políticos importantes de su época, no podría permanecer ajeno a los debates entablados por diferentes tendencias políticas, ni dejar de tomar posición, aunque todavía con una base instrumental restricta, en relación con las posiciones discutidas. Pero el contacto directo con fuentes trotskistas y maoístas era todavía muy limitado, para no decir casi nulo. Con una formación marxista básica, proveniente de sus observaciones, las discusiones con su primera esposa, Hilda Gadea, y con algunos militantes

de izquierda, y lecturas de algunos clásicos en los «momentos de descanso, que eran raros», como él mismo afirmaba, el joven Che aún no poseía un conocimiento *profundo* del marxismo. Una de sus referencias, en los años cincuenta, inclusive, era Stalin. Como se sabe, Guevara llegó incluso hasta a firmar cartas como «Stalin II» (Gálvez, 1997: 336). En 1953, por ejemplo, llegaría a decir, en una carta, que había «jurado ante una fotografía de papá y llorado sobre el compañero Stalin que no tendré reposo hasta ver destruidas estas sanguijuelas capitalistas» (Massari, 1993: 108). Aun así, nunca ingresó en el PC argentino, tampoco en el PGT cuando estaba en Guatemala, pues consideraba que estos poseían una disciplina excesivamente rígida (Massari, 1993: 109).

Es verdad también que entre 1963 y 1964, durante el debate económico en Cuba, él en algunos momentos citó a *Uncle Joe*² en sus textos. Pero su actitud cambiaría radicalmente en relación con los estalinistas y la URSS, y las afirmaciones de que Guevara era «un gran amigo y admirador de la Unión Soviética» (Grigulévich, 1988), como insistían algunos, distorsionan los hechos. En realidad, fue justamente en el periodo del debate económico cuando Guevara comenzó a tener un mayor contacto con la literatura trotskista, así como se convirtió en el interlocutor de algunos intelectuales vinculados a la Cuarta Internacional, como el propio Ernest Mandel, quien defendía en buena medida las ideas del guerrillero argentino. Pero en los inicios de los años cincuenta, Guevara difícilmente tendría acceso a materiales más críticos en relación con la URSS, Stalin y el propio Trotski. Debemos recordar que la mayor parte de los libros publicados por la ACUS era de calidad dudosa, así como su contenido era excesivamente tendencioso. La ACUS tuvo la potestad de publicar, por ejemplo, una larga biografía de Lenin en la cual Trotski prácticamente no era

² Stalin era apodado de esa forma en algunos países occidentales, como, por ejemplo, los Estados Unidos.

citado. El nombre del fundador del Ejército Rojo aparecía en raros pasajes, como si no hubiera tenido ninguna participación en la Revolución Rusa (Academia de Ciências da União Soviética, 1984).

Stalin, por otro lado, casi siempre era exaltado en las publicaciones soviéticas como el líder genial de los pueblos y el gran continuador intelectual de la obra de Marx, Engels y Lenin, y era descrito como uno de los mayores hombres de su época. *Stalin y las fuerzas armadas de la Unión Soviética*, texto de K. Vorochílov publicado en 1953, describía al líder soviético como un hombre incansable, que estaba en varios lugares casi al mismo tiempo, pasando noches en claro estudiando, días seguidos organizando a los militantes del partido, preparando el Ejército Rojo, dirigiendo el país. Al mismo tiempo, era implacable contra los enemigos, contra los sembradores del pánico y los saboteadores. Es claro que Trotski prácticamente no aparece en el libro y, cuando su nombre se menciona, en general es atacado. En discusiones con Trotski, el camarada Stalin estaba siempre acertado, inclusive en relación con el Ejército Rojo, ya que era, de acuerdo con Vorochílov, su amigo más cercano y más querido. Para ese autor, Stalin habría sido el verdadero fundador del Ejército Rojo y, juntamente con Lenin, uno de los mayores estrategias militares de la Historia. De acuerdo con Vorochílov: «Stalin no es solamente la personificación del bolchevismo y del poder soviético, es también el nombre del socialismo triunfante que alienta e inspira a nuestro pueblo en la acción heroica y en el trabajo creador, infundiéndole arrojo; es el nombre de las esperanzas, los afanes y horizontes de los trabajadores del mundo entero. Stalin es un nombre que traspasó todas las fronteras, convirtiéndose en la bandera de combate por los grandes ideales de la humanidad» (Vorochílov, 1953: 46-47). El libro termina con diversas exaltaciones a Stalin, descrito como sabio, genial jefe y maestro de los trabajadores y de la humanidad progresista, así como hombre magnífico y gran amigo de todas las personas progresistas del universo, o sea, un hombre con casi todas

las cualidades que alguien podría poseer (Vorochílov, 1953: 134). Considerando que muchos de esos materiales eran divulgados en América Latina y que a inicios de la década la Unión Soviética y Stalin eran vistos como símbolos de la lucha victoriosa contra el nazi-fascismo, como contrapunto al imperialismo norteamericano y como una alternativa al capitalismo, es comprensible que Guevara (y muchos otros), hasta aquel momento, pudiera entusiasmarse y apoyar al régimen soviético.³

A partir del 16 de mayo de 1934, Stalin y Molotov firmaron un decreto relativo a la enseñanza de la Historia en la Unión Soviética, introduciendo una línea completamente opuesta a la anterior, que era liderada por el historiador Mijaíl Pokrovsky, autor de la famosa *Historia de Rusia*, considerada la Biblia de la historiografía soviética, admirada por el propio Lenin y que tuvo ediciones vendidas en diversos países. A partir del decreto firmado por Stalin, muchos de los antiguos discípulos de Pokrovsky fueron acusados de enemigos del pueblo, agentes del trotskismo e incluso hasta fascistas. En poco tiempo, los textos del profesor fueron proscritos y un libro de la ACUS, *Contra la concepción de la historia de M. N. Pokrovsky*, con 500 páginas, fue utilizado para acabar de una vez con su reputación. Esa nueva historiografía divulgaba que la URSS representaría las aspiraciones de toda la humanidad y hacía previsiones o anticipaciones de lo que ocurriría en el futuro a partir de la lógica del desarrollo de la

³ De acuerdo con Jorge Castañeda, en 1956, cuando estaba en México, Guevara estaría leyendo el libro *Fundamentos del leninismo según Stalin*, y habría afirmado que el informe de Jruschov en el XX Congreso contra el exdirigente soviético habría sido solo una propaganda imperialista. Ver Castañeda, 1997: 108. El revolucionario brasileño Carlos Marighella, por ejemplo (junto con importantes personalidades del PCB), también fue un gran admirador, a su tiempo, tanto de Stalin como de la Unión Soviética. O sea, esa era una actitud muy común en aquel entonces entre muchos revolucionarios y militantes comunistas en el continente.

humanidad en dirección al comunismo. Palabras como proletariado y trabajadores se fueron sustituyendo poco a poco por pueblo, mientras ocurría cada vez más una exaltación del Estado soviético y de algunos dirigentes. Incluso hasta los términos patria y patriotismo, por mucho tiempo fuera de uso, se comenzaron a usar nuevamente, con mayor énfasis. Así se produjo la historia de la Unión Soviética, que comenzaba con las primeras civilizaciones del planeta, ya que, para la nueva escuela, todo lo que había acontecido en el mundo a lo largo de varios siglos llevaba hasta la Revolución Rusa y al nuevo Estado soviético. La historia de la Unión Soviética se convirtió en la historia del mundo. Una visión mesiánica de la Historia fue adoptada oficialmente en el país. En el quinto aniversario de la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial, el periódico *Pravda* publicó un artículo que afirmaba:

el pueblo ruso creó la cultura más exuberante: él ofreció al mundo una constelación completa de grandes académicos, escritores, compositores, artistas, pensadores e inventores. Rusia se convirtió en el hogar del leninismo, que es el ápice de la ciencia y de la civilización del mundo. El pueblo ruso ofreció a la humanidad el pensador de mayor genialidad, Lenin [...]. La clase trabajadora rusa jugó un papel eminente en la historia de toda la humanidad. Fue la primera en el mundo en hacer una Revolución soviética, y a partir de ahí instituir una nueva era [...]. La gran Unión Soviética hoy sigue como la guardia avanzada de toda la humanidad progresista (Mehnert, 1952: 31-32).

Aparentemente, el propio Stalin leía y revisaba diversos materiales antes de su publicación. Algunos afirman que la *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética* habría sido escrita por él (Mehnert, 1952: 108). El hecho es que, a partir de la

nueva escuela historiográfica soviética, una visión un tanto distorsionada de la realidad y el culto a la personalidad se volvieron hechos comunes en las publicaciones del país.⁴ Incluso hasta los manuales de economía política eran extremadamente tendenciosos, con poca profundidad teórica y sin mucha originalidad. Y eran esas mismas publicaciones, más parecidas a instrumentos de propaganda, las que eran divulgadas en otras partes del mundo, inclusive en América Latina.

La primera relación informal que Guevara tuvo con los soviéticos fue en México, poco después de mudarse a aquel país. En la capital mexicana, en 1956, fue presentado por Raúl Castro a Nikolái Leónov, un joven funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética que el hermano de Fidel había conocido algunos años antes. Como el joven Ernesto no tenía conocimientos más detallados sobre lo que sucedía realmente en la URSS, discutió extensamente con su interlocutor de la «Cortina de Hierro», quien le contó qué pasaba en su patria y le indicó algunos libros del realismo socialista. Desde fines de 1955, el Che frecuentaba el Instituto de Intercambio Cultural Ruso-Mexicano, donde participaba en cursos para aprender ruso y aumentar sus conocimientos sobre la Unión Soviética. Esos hechos, aparentemente poco significativos, hicieron que años más tarde algunos autores insinuaran que Guevara habría sido un agente entrenado e infiltrado por los soviéticos en el M-26-7 durante el proceso revolucionario en Cuba, para influir en los dirigentes del Movimiento, lo que en la práctica no sucedió.

Durante la guerra revolucionaria en Cuba, el Che también se relacionó con individuos de diversas tendencias. Los miembros del M-26-7 en su mayoría no eran comunistas, y los que se consideraban próximos al marxismo no se vinculaban a ningún

⁴ Para más informaciones sobre la nueva historiografía soviética, ver Ulam (1964). Otra crítica contundente a la falsificación de la Historia puede ser encontrada en Mandel (1979).

partido, ni siquiera al PSP, defensor, en la época, de la vía pacífica de la toma del poder (el dirigente de mayor importancia política del M-26-7 en el PSP era Raúl Castro). También se sabe que algunos trotskistas de la región de Oriente tuvieron una pequeña participación durante el proceso revolucionario, pero no hubo ningún dirigente de peso que saliera de sus filas (Martínez Heredia, 1999). *Algunos* estudiosos creen inclusive que el propio Cienfuegos habría sido trotskista cuando más joven, algo, sin embargo, *muy poco probable y sin cualquier comprobación* (ya Tad Szulc, a su vez, diría que Camilo parecía haber sido un «*closet Communist*»).⁵

La desilusión de Guevara con los soviéticos comenzó en el año 1962 con la Crisis de los Misiles, principalmente porque se sintió traicionado por la Unión Soviética, que retiró su armamento de Cuba sin avisar al gobierno de la Isla y capituló frente a los Estados Unidos. Seguidamente, se decepcionó con el equipa-

⁵ Ver Bandeira, 1998: 175, y Robert J. Alexander: *Trotskyism in Latin America*, Stanford, Hoover Institution Press/Stanford University, 1972, p. 230. Empero, ninguno de los entrevistados extranjeros o cubanos, incluso William Gálvez, brazo derecho de Camilo, ni la bibliografía consultada, indican que el guerrillero fuera o hubiera sido trotskista en algún momento. El intelectual trotskista Samuel Farber, por ejemplo, diría: «Dudo muchísimo que Camilo hubiera sido miembro de alguna organización excepto el 26 de Julio» (Samuel Farber, en entrevista concedida a Luiz Bernardo Pericás vía internet). El escritor Julio Travieso afirmaría, más categórico, que decir «que Camilo Cienfuegos fuera trotskista es un disparate» (Julio Travieso, en entrevista concedida a Luiz Bernardo Pericás vía internet). Ya el italiano Roberto Massari cree que la información «no tiene ningún fundamento» (Roberto Massari, en entrevista concedida a Luiz Bernardo Pericás vía internet). La misma opinión expresan el estudioso de la Revolución Cubana y profesor de la Universidad de Texas, Jonathan C. Brown, el argentino Guillermo Almeyra y el historiador Osvaldo Coggiola (Jonathan C. Brown, Guillermo Almeyra y Osvaldo Coggiola, en entrevistas concedidas a Luiz Bernardo Pericás, los dos primeros vía internet y el último en São Paulo). Ver, también, Tad Szulc: *Fidel, A Critical Portrait*. New York: Avon Books, 1986: 520.

miento industrial adquirido por Cuba del bloque socialista, que consideró superado y de pésima calidad. El aumento en la producción industrial siempre preocupó al Che, pero la calidad de los productos para él era algo fundamental.⁶

Guevara ciertamente iba perdiendo poco a poco su fe en la burocracia de la URSS. Para Alberto Granado, el Che había quedado impresionado por Stalin a causa de los libros que había leído, pero después, ya como dirigente del gobierno cubano, «comenzó a encontrar un mundo que no era solo de *slogans* y manifiestos —un mundo importante—, y considero que eso lo dejó entusiasmado e hizo que considerara que en la Unión Soviética estaba la solución para la vida, creyendo que allá se aplicaría todo lo que había leído. No obstante, en 1963 y 1964, cuando se dio cuenta de que estuvieron engañándolo —tú sabes que el Che no soportaba que le mintieran—, entonces vino una reacción violenta» (Granado *apud* Anderson, 1997: 645).

Entre el 4 y el 18 de noviembre de 1964, Guevara visitó Moscú, liderando una delegación cubana. Después de discutir con Vladímir Trapéznikov —uno de los principales defensores de las reformas económicas en la Unión Soviética—, con miembros del PCUS y con estudiantes, fue acusado de trotskista. Decepcionado, más tarde escribiría apuntes como esbozo de un libro contra los manuales de economía política soviéticos, criticando abiertamente los principios del llamado socialismo científico y defendiendo su teoría del Sistema Presupuestario de Financiamiento. Para él,

⁶ Durante un discurso de inauguración de la fábrica de galletas «Albert Kuntz», el ministro de Industrias de Cuba afirmó que «nosotros debemos pensar cada día que trabajamos aquí, que estamos produciendo para que consuma nuestro pueblo, que es como decir: nuestros hermanos, nuestros padres o nuestros hijos, todo el pueblo de Cuba. Por lo tanto, la lucha por la calidad del producto es una lucha revolucionaria y de vanguardia. Y nunca se equivoquen en pensar que por el hecho de ser revolucionario se puede dar al pueblo un producto de mala calidad, eso sería atentar contra la Revolución» (Pérez-Galdós, 1987: 106-107).

después de Lenin poco se había agregado para actualizar las interpretaciones del marxismo, con una u otra excepción, y la URSS se convertiría en el futuro en un país capitalista, en caso de que continuara en el curso de sus reformas. El libro con sus comentarios, no obstante, no sería divulgado oficialmente durante décadas (Borrego, 2001a). En relación con las acusaciones de trotskismo, Guevara afirmó que, «por otra parte [volaban] las acusaciones de trotskismo. En este sentido, yo creo que, o tenemos la capacidad de destruir las opiniones contrarias o tenemos de dejar que se expresen [...]. No es posible destruir las opiniones con la fuerza, porque esto bloquea todo el desarrollo libre de la inteligencia». Continúa: «También del pensamiento de Trotski se puede tomar una serie de cosas, incluso si, a mi entender, sus conceptos fundamentales eran erróneos, fue errónea su actuación posterior, y en el último período incluso no clara». Y concluye: «De todas las maneras hay siempre quien lanza la acusación de trotskismo» (Massari, 1993: 113). De cualquier forma, el Che había leído muy poco de Trotski en la época, no solo porque no había ediciones oficiales de la obra de ese revolucionario en Cuba, sino porque las informaciones sobre él venían, en general, de libros soviéticos (Massari, 1993: 114). La primera obra seria que Guevara leyó sobre Trotski fue la trilogía de Isaac Deutscher. A partir de ahí, comenzaría a conocerlo de forma más profunda.

Pero Guevara fue muchas veces malinterpretado, tanto por marxistas ortodoxos, quienes lo acusaban de trotskista, como por algunos grupos trotskistas, que lo veían como prosoviético. En Punta del Este, en agosto de 1961, Guevara concedió una entrevista a la revista *Quatrième Internationale*, a pesar de la oposición del PC uruguayo. Ese gesto no fue bien visto por los comunistas, y pareció ser una concesión extrema a los trotskistas. El embajador de la Revolución Cubana, sin embargo, supuestamente había atacado en la televisión a un periódico publicado por los trotskistas cubanos. La noticia fue rápidamente divulgada, con el objetivo

de hacer parecer que el Che era enemigo de los miembros de la Cuarta Internacional. Algún tiempo después, él se disculpó con los «compañeros trotskistas» por haber sido interpretado de manera equivocada. Así, mientras grupos como el Socialist Labour League (SLL), liderado por Gerry Healy, eran contrarios al apoyo dado por otras agremiaciones trotskistas a la Revolución Cubana *de la forma como ella se desarrollaba* (Healy decía que la Revolución Cubana no era socialista, que Cuba continuaba capitalista, y que el país solo sería un Estado obrero *de verdad* cuando un partido revolucionario basado en el programa de la Cuarta Internacional derrumbase el Estado capitalista instaurado en la Isla) y a sus interpretaciones del proceso, otras organizaciones, como el Socialist Workers Party (SWP), de Joseph Hansen, defendían abiertamente a la Revolución de la manera que la llevaban a cabo los dirigentes de la Isla —aunque por momentos tuvieron que defenderse de acusaciones de algunos críticos cubanos—, y apoyaban incondicionalmente al Che.

Después del triunfo de la Revolución Cubana, distintas corrientes trotskistas presentaron muchas veces posiciones divergentes en relación con su carácter. Los seguidores del griego Michel Pablo consideraban que las posiciones castristas estaban, *en cierta medida*, alineadas a la Cuarta Internacional, exaltando los acontecimientos en Cuba como un fenómeno inédito. El Secretariado Unificado (SU) consideraba a Cuba como Estado obrero, y mantenía una posición de apoyo al gobierno de Castro; al contrario de otras tendencias trotskistas, el SU consideraba que Fidel y su grupo prestaban una gran contribución a la victoria de la Revolución en el continente. Mientras tanto, el Comité Internacional —los lambertistas y el SLL, por ejemplo— no veía a la Isla como ejemplo de Estado obrero, y tenía dificultades en enmarcar a la Revolución dentro de sus esquemas tradicionales. Para el CI, no habría ocurrido revolución en Cuba; la expropiación de los intereses de los Estados Unidos sería resultado solo

de la presión de aquel país sobre el nuevo gobierno; y las masas solo habrían participado del proceso después de ser convocadas por los líderes de la Isla. Gerry Healy habría llegado incluso a apoyar a Aníbal Escalante y su microfracción –vinculada a los grupos más conservadores de la Unión Soviética– contra Fidel, considerado por el agrupamiento como semifascista. En Argentina, algunas tendencias influenciadas por Nahuel Moreno (que mantenían vínculos con el peronismo de izquierda) llegaron a clasificar el gobierno cubano de «gorila» –un término que hacía fuerte alusión a los reaccionarios de derecha y a las dictaduras militares–, asociando a Fidel Castro y su grupo a tendencias pequeñoburguesas y favorables al imperialismo norteamericano, una posición ciertamente tendenciosa (Coggiola, 1990: 90-97). Sin embargo, el propio dirigente trotskista más tarde llegaría a decir que su admiración por los líderes del gobierno cubano no tenía límites, y que, juntamente con Lenin y Trotski, los dos guerrilleros estarían entre los mayores genios revolucionarios del siglo aunque mantendría, no obstante, varias críticas a ambos (Massari, 2001b: 348; Moreno, 1997).⁷

⁷ Para Carlos Miranda: «la independencia del castrismo es la característica que reivindicaron entonces Moreno y su corriente. Y, aunque nuestro autor reconoce y aclara sobre el carácter no obrero del castrismo, él y el sector del trotskismo que representaba tuvieron la correcta posición de colocarse claramente como parte del movimiento» (Carlos Miranda *apud* Nahuel Moreno: *Che Guevara, héroe y mártir*. Buenos Aires: Ediciones La Montaña, 1997, p. 5). A pesar de ello, el propio Moreno diría que el carácter de la dirección cubana explicaría «por qué pudo transformarse posteriormente, sin mayores sobresaltos y sin ningún salto cualitativo, en un partido estalinista: porque su carácter de clase la unía al estalinismo mundial [...]. La dirección cubana permanentemente ha sido una dirección pequeñoburguesa, que se transformó de nacionalista revolucionaria a directamente burocrática» (ibíd, p. 6). Para el mismo Moreno, en el artículo «Guevara: héroe y mártir de la revolución permanente», publicado en 1967, el Che había comenzado como «revolucionario pequeñoburgués en nuestro país que no comprende

Dentro de Cuba, los trotskistas eran en la época un grupo pequeño, especialmente situado en Guantánamo y con poca fuerza política. Pero eso no impidió que el periódico *Hoy* los atacara. No solo reproducía las mismas versiones sobre Trotski divulgadas en la Unión Soviética, sino también trataba de acusar a Eusebio Mujal, antiguo miembro del PC cubano e íntimo colaborador de Batista, de ser «el líder del trotskismo en Cuba» (Hansen, 1994: 296). Además, el periódico llegó a afirmar que George Meany, principal dirigente sindical de la AFL, tenía características trotskistas! Para el periódico *Hoy*, los trotskistas trabajaban para «combatir la Revolución al presentarse como más revolucionarios que la propia Revolución» (Hansen, 1994: 299), y su esfuerzo sería «tratar de sembrar la confusión, desviar a las personas del trabajo revolucionario serio con el objetivo de lanzarlos a discusiones y más discusiones sin sentido, sembrar la duda en el futuro de la Revolución y crear los obstáculos que puedan encontrar en su desarrollo» (Hansen, 1994: 299). Y las críticas continuaban. Para ese periódico:

Los trotskistas se quejan de que en los Estados socialistas ellos no tienen libertad de actuación.

En la Unión Soviética ellos la tenían hasta 1927.

el peronismo» y cambiado a «dirigente del movimiento pequeñoburgués más revolucionario de Latinoamérica, el encabezado por Fidel», aunque los dos líderes «fueron los mejores voceros de la estrategia y la teoría revolucionaria de la dirección cubana» (ibíd, p. 10). Para el autor, Guevara, a pesar de cometer errores y no ser un teórico del calibre de Marx, Lenin o Trotski, sería uno de los grandes del proletariado y la revolución universal (ibíd, p. 14). Y entonces, en su «Dos métodos frente a la revolución latinoamericana», Moreno, aunque dice que «nuestra admiración, respeto, reconocimiento hacia ellos [Che y Fidel], como jefes del proceso revolucionario latinoamericano, no tienen límites», hace una crítica *muy dura y, a veces, agresiva*, a muchas de las ideas y concepciones de Guevara en este trabajo (ver ibíd, pp. 21-42).

¿Para qué la usaron?

Para atacar al Partido, para fomentar la división, para distraer militantes del trabajo revolucionario constructivo con discusiones interminables, para debilitar la confianza en la posibilidad de la Revolución soviética de triunfar frente a sus enemigos y construir el socialismo entre los pueblos de la vieja Rusia, para conspirar y sabotear.

El pueblo soviético, a causa de eso, tuvo que acabar con su libertad de actuación (Hansen, 1994: 300).

El 23 de junio de 1962, *Hoy* continuó sus ataques, ahora reaccionando ante un discurso de J. Posadas en Brasil, publicado más tarde en la edición del 7 de mayo del *Voz Proletaria*, de Buenos Aires. En relación con los trotskistas, *Hoy* decía:

Para ellos, «la política de la dirigencia cubana continúa siendo la de limitar la extensión de la Revolución latinoamericana».

¿Por qué?

Porque en todos los discursos, en toda la prensa cubana, ninguna palabra siquiera aparece indicando que la victoria definitiva de la Revolución Cubana depende del triunfo de la Revolución socialista mundial o del triunfo de la Revolución colonial. Todo es puesto exclusivamente en relación con la construcción del socialismo en Cuba.

Esta es la concepción del socialismo en un solo país (Hansen, 1994: 302).

En relación con la libertad de oposición y propaganda, nuevamente el periódico atacaba a los trotskistas. Afirmaba:

Con esa propaganda, ellos continúan contribuyendo directamente a la campaña del imperialismo sobre la falta de libertad en Cuba. Consecuentemente, ellos exigen:

«Las masas del continente deben tener el sentimiento de que una oposición revolucionaria existe en Cuba».

Ni las masas del continente ni las masas de Cuba necesitan, en la menor forma que sea, de la existencia de una oposición en Cuba, la cual, sea con frases de la izquierda o con argumentos de la derecha, serviría al imperialismo en su intento de promover disturbios en nuestro país y preparar condiciones económico-sociales para sus planes criminales de una nueva intervención armada contra la Revolución (Hansen, 1994: 304).

Más tarde, cuando el Che no estaba actuando más como miembro del gobierno cubano, Fidel Castro hizo ataques vehementes a los trotskistas, considerados por él como «los principales portavoces en la campaña imperialista de intriga y difamación contra Cuba en relación con el compañero Guevara», y que «el trotskismo se volvió, en los años recientes, un instrumento vulgar del imperialismo y de la reacción». Este hecho hizo que el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional publicara una carta abierta a Castro, manteniendo su apoyo a la Revolución, pero defendiéndose de todas las acusaciones.

Es sabido que Guevara llegó a conversar con posadistas en Cuba el 15 de abril de 1965, cuando aparentemente les informó que «muy pronto todas las obras del revolucionario, León Trotski, serán publicadas en Cuba»; en la misma entrevista, él habría dicho que «los comunistas me llaman trotskista y ustedes, trotskistas, me llaman aventurero» (Hansen, 1994: 318). Y habría completado: «Muy pronto nosotros barreremos a todos estos burócratas

conservadores» (Hansen, 1994: 319). Esas afirmaciones, sin embargo, deben ser vistas con todas las precauciones necesarias. Las críticas de Castro se dirigían a los trotskistas en un momento extremadamente delicado, y las acusaciones de que él se habría librado de Guevara venían tanto de los países capitalistas como de sus críticos de izquierda, entre ellos Adolfo Gilly y J. Posadas. Por eso, tal vez, una reacción tan violenta del líder cubano. En aquel momento específico, no le era posible a Fidel revelar dónde estaba Guevara ni cuál era su misión. En realidad, a pesar de todas las críticas, Fidel y el Che siempre estuvieron íntimamente vinculados por lazos de amistad, lo que es algo incontestable. Castro, por lo tanto, no traicionó a Guevara de forma alguna, como algunos todavía insisten en afirmar. Cuando el Che fue a luchar en Bolivia, con total apoyo de Fidel, intentó, entre otras cosas, crear una retaguardia para la Revolución Cubana, pues ya no confiaba demasiado en los soviéticos y creía que Cuba no podría permanecer de ninguna manera aislada. Él no exportaría la Revolución, pero incentivaría y ayudaría a preparar las condiciones para que ocurrieran revoluciones con características propias en otros países del continente.

Aun con una mayor apertura de Guevara en relación con los trotskistas y los maoístas, la posición de algunos dirigentes prosoviéticos del gobierno cubano, algunos años más tarde, propiciaría la publicación o divulgación de libros extremadamente contrarios a esas tendencias.⁸ El libro *La lucha del Partido Bolchevique*

⁸ En el diccionario de comunismo científico, de Rumiántsev (1981: 387-389), muy divulgado en Cuba, y que representaba la posición oficial soviética, el trotskismo aparece como una corriente político-ideológica oportunista pequeñoburguesa hostil al marxismo-leninismo, que reflejaba las ideas de parte de la intelectualidad urbana pequeñoburguesa propensa a un revolucionarismo retórico, pero que se mantenía apartada de las batallas clasistas y difundía concepciones capituladoras en todos los temas fundamentales de la lucha revolucionaria. Según el diccionario: «la base ideológica del trotskismo

contra el trotskismo después de la Revolución de Octubre, de la Editorial Progreso de Moscú, es un ejemplo claro de ese tipo de comportamiento. El texto intenta destruir la reputación de Trotski y lo acusa de revisionista y contrarrevolucionario. Después de atacar a los trotskistas de América Latina de forma general, insiste en que China seguía una línea muy cercana al trotskismo, y también afirma que Mao defendía el culto a la violencia y a la guerra y que, por lo tanto, sería un irresponsable. El libro va más lejos al afirmar que Mao hacía coro a la Cuarta Internacional, combatiendo la coexistencia pacífica, el desarme general y considerando que China sería el centro del movimiento revolucionario mundial, subordinando los movimientos comunistas y de liberación nacional a sus intereses egoístas, aprovechándose del bagaje retórico e intelectual desarrollado por los trotskistas. O sea,

fue la “teoría de la Revolución permanente” que, nutrida parasitariamente de la idea de la Revolución permanente de Marx y Engels, apuntaba contra la doctrina leninista de la transformación de la Revolución democrático-burguesa en Revolución socialista. Son características de esta “teoría”: la falta de fe en la capacidad de la clase obrera para agrupar aliados a su alrededor; la negación del papel revolucionario del campesinado; la tendencia aventurera de “fustigar” a la Revolución, a saltar fases no terminadas de esta; la negación de los movimientos democráticos generales; la orientación hacia un desarrollo de “guerras revolucionarias”; la negación de la posibilidad de construir el socialismo en un solo país. En los años 1920-1930, esta “teoría” incorporó un elemento esencial más, un antisovietismo tosco, y se transformó en la plataforma unificadora de las fuerzas antisocialistas más heterogéneas [...]. Las proposiciones voluntaristas de Trotski sobre el traslado de la Revolución de un país a otro excluían la posibilidad de una coexistencia duradera de Estados con diferentes sistemas sociales. Para los trotskistas, la Rusia soviética debería estar en conflicto continuo con el mundo capitalista, arriesgarse al extremo, hasta el sacrificio de sí misma, “estimulando” de esta manera la Revolución en otros países [...]. El trotskismo es un elemento nocivo para el movimiento revolucionario, liberador, internacional y objetivamente sirve a los intereses de la reacción. Por eso, para los partidos comunistas, luchar contra el trotskismo es una tarea ideológica importante».

los maoístas tenían como objetivo desorganizar y desunir a los diversos movimientos revolucionarios que luchaban juntos contra el imperialismo (Ignátiev, [197-]).

De acuerdo con un diccionario de comunismo científico publicado por los soviéticos, el maoísmo sería una doctrina pseudomarxista estrechamente vinculada al culto a la personalidad de Mao, una ideología estatal de un régimen antipopular y burocrático-militar, que también tenía características nacionalistas, antisoviéticas, voluntaristas, aventureristas e igualitaristas, y se apartaba de lo que consideraban que era el verdadero socialismo (Rumiántsev, 1981: 253-255).

En relación con los maoístas, Guevara también habría tenido una posición más flexible que la de muchos otros miembros del gobierno cubano. De acuerdo con el biógrafo Jorge Castañeda (quien debe ser visto con restricciones, por sus posturas políticas bastante conservadoras e ideologizadas), el Che tuvo tres encuentros con Mao y supuestamente habría salido de las reuniones persuadido de la pureza del maoísmo como variante más dinámica del marxismo de su época (Castañeda, 1997: 217). Él habría dicho que «algunos compañeros soviéticos tienden a entender mis puntos de vista —sobre temas como la guerra de guerrillas como principal medio para la liberación de los pueblos latinoamericanos, o el problema de la autogestión financiera contra el financiamiento presupuestario— como posiciones chinas, y sacan de ahí la conclusión de que Guevara es pro China» (Castañeda, 1997: 295). Y entonces preguntaba si no podía tener su propia opinión, independientemente de lo que pensaban los chinos. Aparentemente, en 1963 él habría reprendido al embajador Alexeiev por haber dejado de visitarlo al considerarlo favorable a los chinos. El diplomático, de acuerdo con el biógrafo, comenzó a dejar de encontrarse con Guevara para evitar problemas en su cancillería (Castañeda, 1997: 295). De cualquier forma, el revolucionario

argentino afirmaba que «la dirección china tiene una posición en relación con Cuba que es difícil de criticar. Nos dispensa una ayuda considerable, que no podemos despreciar. Pedimos, por ejemplo, armas a los checos, y ellos se negaron. Los chinos concordaron en cuestión de días y ni siquiera cobraron, diciendo que no se venden armas a amigos» (Castañeda, 1997: 296). Por este y otros motivos, él fue considerado por la CIA como admirador de Mao Tsé-tung y sus ideas.⁹

Debemos recordar que entre 1950 y 1960, China hizo un enorme esfuerzo de propaganda en América Latina, y esa política de diplomacia cultural posiblemente puede haber influido en el joven Ernesto, aunque la literatura venida de la Unión Soviética todavía fuera predominante entre los grupos de izquierda del continente. Aunque en los primeros años de la década del cincuenta, los chinos todavía no tuvieran ni los recursos materiales ni un interés más profundo en la región, comenzaron a intensificar sus actividades a medida que advertían la importancia de una postura más activa entre los movimientos de izquierda que comenzaban poco a poco a incomodar a los Estados Unidos. Esta política también creaba una posición favorable a China entre los latinoamericanos, y era un contrapunto a la influencia soviética. Ya en 1958, el primer ministro Chu En-lai afirmaba que los pueblos de América Latina representaban la vanguardia de la lucha contra el imperialismo (Ratliff, 1969: 55). En ese mismo año, se publicó en aquel país una larga justificación para la lucha armada

⁹ De acuerdo con un documento de la CIA: «a pesar de su dependencia de la Unión Soviética por la ayuda económica, Guevara parece seguir la línea ideológica del Partido Comunista Chino. Una indicación de su militancia y desprecio por la política soviética fue su amenaza, aunque vacía, durante la crisis de octubre de 1962, de lanzar cohetes contra los Estados Unidos. Admirador de Mao Tsé-tung, persistentemente incentivó la expansión de la guerra de guerrillas en toda América Latina» (Estados Unidos de América, 1964).

en América Latina, aunque los dirigentes chinos consideraran poco probable que estuviera en condiciones de ocurrir por algún tiempo. Incluso con la victoria de la Revolución Cubana, ellos todavía creían en tener una participación mayor en el campo de la propaganda ideológica que necesariamente en el apoyo directo a la guerrilla. A mediados de 1960, sin embargo, un artículo en el periódico *Hung Ch'I (Bandera Roja)*, órgano oficial del CC del PC chino, exaltaba la guerra de guerrillas en Cuba y señalaba a la Isla como ejemplo para todo el continente. En noviembre de aquel año, en una comida en honor al Che, el primer ministro Chu En-lai afirmó que el pueblo cubano era la esperanza y el ejemplo para todos los pueblos de la región. En un comunicado conjunto firmado por los dos dirigentes, estos decían que:

El lado chino expresa admiración y alegría por la gran victoria del pueblo cubano que, manteniendo la unidad y persistiendo en su lucha armada, aumentó sus fuerzas de pequeñas a grandes, de débiles a fuertes, y finalmente logró derrocar a la dictadura reaccionaria de Batista. Consideramos que la lucha y la victoria del pueblo cubano aportaron una experiencia abundante y dieron un ejemplo para todos los pueblos oprimidos del mundo, especialmente los pueblos de América Latina, en sus luchas para ganar y mantener su independencia nacional (Ratliff, 1969: 56).

La propaganda china en el continente tenía como objetivos principales difundir un sentimiento anti-Estados Unidos en la región; propagar el modelo maoísta de lucha revolucionaria, y mejorar la imagen de su país para obtener eventuales apoyos en los foros internacionales. Entre las diferentes formas de intercambio «cultural», hubo un gran aumento en el número de chinos que visitaban países de América Latina, así como diversas dele-

gaciones latinoamericanas que iban hacia China.¹⁰ Allí, esas delegaciones, compuestas por artistas, intelectuales, periodistas y dirigentes políticos, visitaban ciudades, poblaciones, plantaciones y fábricas, eran presentadas a importantes líderes chinos y estimuladas a escribir sobre los progresos de la Nueva China en sus respectivos países (Ratliff, 1969: 56).

Los chinos comenzaron igualmente a enviar su personal hacia América Latina, como estudiantes, bailarines, músicos y hasta una ópera. Todavía en 1960, fueron enviados algunos jóvenes para participar en el Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes y para integrarse al trabajo voluntario. El embajador chino y sus funcionarios llegaron a La Habana en diciembre del mismo año. En la capital cubana ya funcionaba, desde abril de 1959, la Agencia de Noticias Nueva China, que difundía las ideas chinas hacia todo el continente latinoamericano. La ANNC cooperaba con la agencia Prensa Latina, que llegó inclusive a organizar y divulgar extensamente un festival de cine chino. En marzo de 1961 se realizó en el Museo de Bellas Artes de La Habana la Exposición de la Edificación Económica de la República de la China, con muestras de maquinaria de las industrias ligera y pesada, así como de otros sectores de la economía, el arte y la cultura chinos. Esa exposición fue un éxito y contó con gran asistencia del público cubano.

Una gran cantidad de publicaciones chinas traducidas al español comenzó a ser distribuida en la región, mientras autores

¹⁰ Mientras la mayoría de los países latinoamericanos vio una disminución gradual en los viajes a China, de 1959 a 1961 Cuba los aumentó sustancialmente. La mayor parte de los visitantes iba para las conmemoraciones del Primero de Mayo o para el primero de octubre. Muchos latinoamericanos eran invitados por organizaciones chinas, entre otras: la Federación de Literatura y Arte, la Federación Sindical, el Comité de Paz, la Asociación Popular para las Relaciones Culturales con Países Extranjeros y la Asociación de Amistad Chino-Latinoamericana.

como Euclides da Cunha, Jorge Amado, Pablo Neruda, Ricardo Güiraldes, Nicolás Guillén y José Martí, entre otros, tuvieron sus obras traducidas al chino. Muchas exposiciones de arte y filmes de aquella nación asiática fueron divulgados, así como asociaciones culturales en esos países. Con las restricciones impuestas por diversos gobiernos de América Latina a los materiales de propaganda chinos y el ataque de los soviéticos a las políticas del Imperio del Centro, la influencia de China en el continente disminuyó relativamente, incluso habiendo adeptos en algunos partidos maoístas de la región, que tenían poca influencia en las luchas políticas de la época. Aun así, es comprensible que el Che *de alguna forma* hubiera sufrido la influencia de las ideas maoístas, que traspasaba la simple discusión chino-soviética y las presiones concretas de la política pragmática del gobierno cubano.

Debemos recordar también la Carta de Anshan, reeditada por Mao Tsé-tung en 1960, y que estipulaba un conjunto de principios esenciales para revolucionar las relaciones de producción. El documento defendía que se debería colocar la política como elemento principal sobre las decisiones económicas, reforzar la dirección del partido, estimular movimientos de masa, incentivar la participación de los cuadros en el trabajo productivo y de los trabajadores en la gestión de las empresas, reformar los reglamentos que no demostraran eficiencia, aumentar la cooperación entre cuadros, obreros y técnicos, y estimular las innovaciones técnicas (Jobic, 1973: 200). Los dirigentes chinos llegaron a resaltar que hacer la Revolución y promover la producción era un principio totalmente justo, que mantenía correctamente la relación entre el espíritu y la materia, entre la superproducción y la infraestructura económica, entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, o sea, dando una dimensión igual a los aspectos políticos y económicos en el sector productivo (Jobic, 1973: 201).

Durante la era Jruschov, el gobierno chino afirmó en un documento que el dirigente soviético: «preconizando el estímulo material, redujo las relaciones entre los hombres a relaciones de dinero y desarrolló el individualismo y el egoísmo. Fue él quien rebajó de nuevo el trabajo manual y dispensó elogios a los placeres obtenidos con la apropiación de los frutos del trabajo ajeno. El clima moral y las costumbres estimulados por Jruschov están a diez mil leguas del comunismo» (Baby, [ca. 1970]: 281).

Cuando Kosiguin y Brézhnev asumieron el poder, los chinos continuaron las críticas. De acuerdo con ellos:

El informe sobre los problemas industriales presentados por el presidente del Consejo de Ministros, A. Kosiguin, en el transcurso de la última sesión plenaria del Comité Central del PCUS, y la resolución que fue adoptada, muestran el gran paso dado en la economía soviética hacia la restauración del capitalismo [...].

El «nuevo sistema» de gestión industrial que la nueva dirección del PCUS introdujo, en esencia, vuelve a aplicar el principio de la ganancia capitalista, al «reforzar los estímulos económicos» y al hacer de la búsqueda de la ganancia la principal fuerza motriz de la producción en las empresas [...].

Otorgó a los directores de empresas el derecho de admitir y despedir a los obreros, de fijar las normas de los salarios y los premios, y de disponer libremente de fondos importantes, de suerte que ellos son, de hecho, los dueños de las empresas y pueden, a voluntad, maltratar, oprimir a los obreros y apropiarse de los frutos del trabajo de ellos. Eso significa, en realidad, la restauración del capitalismo, la sustitución de la propiedad socialista del pueblo todo y la transformación gradual de las empresas socialistas de la Unión

Soviética en empresas capitalistas de una especie particular. Eso nada tiene de «creación nueva». Es copia desarrollada de la vieja «experiencia» de restauración del capitalismo en Yugoslavia por la claqué de Tito (Baby, [ca. 1970]: 282).

Guevara, como uno de los principales dirigentes responsables del desarrollo económico de Cuba y de la gestión industrial de la Isla, probablemente era consciente de esos documentos. La influencia relativa de los chinos, de acuerdo con declaraciones del propio Che, no estuvo solo relacionada con la lucha revolucionaria, sino se extendió también, ciertamente, hacia diversos aspectos de la industrialización y de la economía cubana de forma general.

Como vimos, las posiciones de Che Guevara en relación con los estalinistas, trotskistas y maoístas cambiaron gradualmente en los primeros años de la Revolución. Miembros del POR (T) cubano —un partido pequeño y con poca penetración en la gran masa de trabajadores de la Isla—, acusados de mujalistas y agentes provocadores, eran constantemente detenidos y separados de sus centros de trabajo. Además, eran vigilados periódicamente, sus publicaciones censuradas y muchas veces embargadas. Además, las supuestas tentativas de algunos militantes de invadir la base norteamericana de Guantánamo causaron disgusto a las autoridades cubanas, para quienes ese tipo de actitud podría complicar todavía más la ya delicada situación del país.

Por algún tiempo, Che Guevara apoyó las medidas del gobierno. La sucesión de los hechos es significativa: el día 18 de agosto de 1962, se produjo la prisión de Juan León Ferrera Ramírez, por hacer propaganda trotskista; seguidamente, las conmemoraciones por el vigésimo segundo aniversario del asesinato de Trotski se prohibieron en Guantánamo; poco después, Idalberto Ferrera, secretario general del POR (T), y José Lungarzo, repre-

sentante de la sección argentina de la Cuarta Internacional (posadista), fueron encarcelados (Lungarzo sería, en seguida, enviado a su país). Sin embargo, cuando se inició un proceso contra militantes trotskistas por ser agentes imperialistas, la actitud de Guevara ya había cambiado lo suficiente para que interviniera personalmente en el asunto (Tennant, 1998: 172-173). Así, varios militantes, como Roberto Tejera y Ángel Fanjul, fueron liberados. Guevara también comenzó a recibir periódicamente en su oficina en el Ministerio de Industrias una copia de *Voz Proletaria*. Y Roberto Acosta Hechavarría, miembro del buró político del POR (T), fue nombrado director de Normas y Metrología (él llegaría a publicar el *Boletín Informativo de IV Internacional-Sección Cubana*, de distribución semanal). Cuando ocurrió la detención de Acosta, este dijo al Che que no podría abandonar sus actividades trotskistas. Guevara habría estado de acuerdo y afirmado que, si él y los trotskistas creían en sus ideas, debían continuar luchando hasta alcanzar su objetivo (Tennant, 1998: 174).

Diversos trotskistas trabajaban en el Ministerio de Industrias con el permiso de Guevara, que cierta vez recibió reclamaciones de miembros de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), quienes se quejaban de que aquellos hacían propaganda política durante el trabajo voluntario, así como dentro de ese órgano del gobierno. El Che habría respondido a los jóvenes comunistas que no se puede atacar las ideas con la fuerza o por la censura, sino con otras ideas y con el ejemplo. Si quisieran combatir a los trotskistas, tendrían que demostrar que sus concepciones eran mejores y trabajar más que de costumbre. De inmediato, convocó a los trotskistas a su salón y les preguntó qué libros de Trotski habían leído. Cuando dijeron que ninguno, el Che sugirió que trataran de conocer la obra del fundador del Ejército Rojo para que pudieran discutir con más profundidad sus ideas (Borrego, 2001b). Con la salida de Guevara de Cuba, algunos trotskistas encarcelados fueron liberados, con el compromiso de interrumpir

sus actividades políticas independientes y dejar de publicar sus periódicos (el POR, por ende, sería prohibido en 1965).

En Bolivia, Guevara entró en contacto con diversas organizaciones de izquierda, y tenía como intención que grupos distintos participaran de la lucha revolucionaria. Para él, incluso con las eventuales diferencias conceptuales, había una realidad y un enemigo en común, lo que facilitaría la unificación de las diferentes organizaciones socialistas. Por eso, no encontró problemas en conversar con partidos diversos y pedirles apoyo, inclusive al POR, trotskista, y el PC-ml, maoísta. Es preciso observar, no obstante, la diferencia de concepción de los trotskistas y maoístas bolivianos y de Guevara, para entender la forma de actuación de cada uno de estos actores políticos.

Para Guillermo Lora, principal líder del POR, una guerrilla solo podría tener éxito en un país donde existiera un gobierno electo democráticamente si los militares estuvieran claramente subordinados a un poder imperialista, como los Estados Unidos, o si existiera un partido lo suficientemente organizado para liderar la Revolución (Liss, 1984: 187). La guerrilla, así, *debería estar siempre subordinada a un partido*. Según Lora, esperar por las condiciones ideales para iniciar la lucha guerrillera era cosa para socialdemócratas y miembros de los partidos comunistas ortodoxos. Con eso demostraba que no solo creía en la viabilidad de la guerrilla, sino también consideraba que ella podría y debería llevarse a cabo, incluso sin todas las condiciones necesarias en el momento, ya que las condiciones podrían *ser creadas* en caso de que hubiera un partido como vanguardia. A pesar de eso, Lora pensaba que el nivel de desarrollo político e histórico era diferente en los países latinoamericanos, y que, por eso, no se podría aplicar el modelo cubano en todos los casos, como una fórmula de Revolución. Juan Lechín (1995) afirmó que Lora y su grupo se incorporaron a la lucha pacífica y no quisieron apoyar a Guevara. Solamente más tarde aquel habría comenzado a abo-

gar por la lucha armada. De acuerdo con Lechín, Lora y el POR no aceptaban someterse a un frente único contra un enemigo común, el imperialismo, por ejemplo.¹¹ El POR no habría aceptado participar de ese tipo de bloque en algunos momentos, como cuando insistía en enfrentarse con Lechín y el Partido Revolucionario de Izquierda Nacional (PRIN) dentro del movimiento de los mineros.

Otra versión señala hacia un camino distinto. Loyola Guzmán, tesorera de la guerrilla, afirma que a inicios de 1966 algunos miembros del ELN –incluyéndola a ella misma– iniciaron contactos con un sector del POR dispuesto a luchar en la guerrilla. Fueron organizados, pues, pequeños grupos para dar entrenamiento a los poristas, a fin de iniciar actividades en las ciudades. Ese grupo del POR, no obstante, estaba vinculado al sector de González Moscoso, quien envió direcciones a Rodolfo Saldaña, contacto urbano del ELN, de probables colaboradores en La Paz. De cualquier forma, aunque con participación ínfima, limitadísima y extraoficial en el proyecto continental de Guevara, sabemos que el POR intentó participar del Congreso de la Tricontinental, mostrando claramente interés en las articulaciones que se daban sobre la guerra de guerrillas en América Latina, aunque fue, sin embargo, obstaculizado por recomendación del PC boliviano.

Guillermo Lora afirma que «el POR boliviano [fue] el [partido] que más atención le ha prestado al problema de las guerrillas, no solamente que ha discutido y escrito sobre este método de lucha, sino que ha realizado trabajos preliminares para su constitución» (Lora, 1978: 159). Él creía que una guerrilla en

¹¹ Es interesante observar que en el golpe de Hugo Bánzer, el 21 de agosto de 1971, el POR integró el Frente Revolucionario Antimperialista juntamente con el PC, el PC-ml, la otra facción del POR, el ELN, el MIR, el PS, el PRIN y el general Torres.

Bolivia solo podría haber obtenido éxito teniendo como dirigente al Partido Obrero Revolucionario. Según el dirigente porista, el antitrotskyismo de Fidel Castro representaba un sectarismo suicida, que se volvió regla cuando se trataba de acuerdos de apoyos para movimientos guerrilleros y probó ser desastroso. Para Lora, lo que antes era imposición de los soviéticos acabó por convertirse en norma de conducta. Además, «la situación boliviana exige otro tipo de guerrilla, aquella que sea el resultado del frente único de las tendencias obreras» (Lora, 1978: 159). Aun así, en el documento oficial en relación con las guerrillas publicado en el periódico *Masas*, el POR demostró su solidaridad con el ELN y su apoyo, aunque afirmando que este no resolvería por sí solo el principal problema del proceso revolucionario, que para ellos era el asunto de la dirección, y tampoco creía que los guerrilleros podrían situarse al margen de los problemas del país. Para el POR, los guerrilleros, «a pesar de todas las limitaciones» que podrían tener, eran parte de la vanguardia armada del pueblo.

De acuerdo con el líder trotskista, la idea de la Revolución continental como disculpa para intentos guerrilleros en la región de Ñancahuazú era bonita, pero la subversión simultánea en varios países a partir de ese concepto sería simplemente utópica. Como él mismo afirma:

No puede ser una justificación el argumento de que Ñancahuazú era un simple eslabón de un plan continental: instalar focos guerrilleros en la mayor parte de los países latinoamericanos, moviéndose bajo la dirección cubana, para facilitar la lucha contra el imperialismo y las dictaduras criollas. Si se observa desde ese plano, la aparición de nuevas guerrillas constituye un hecho de importancia enorme porque coadyuva al movimiento continental; sin embargo, su aislamiento, su falta de ligazón con las masas se transformará, a la larga, en

una de las causas de su progresivo debilitamiento. La revolución latinoamericana comenzará incorporándose dentro de las fronteras de un país y luego se proyectará al plan continental (Lora, 1994: 182).

Lora nunca se entrevistó personalmente con Fidel en la época de la guerrilla —a pesar de haber representado el POR en el CODEP, en la Tricontinental—, tampoco se movilizó *claramente* en favor de la lucha armada de Guevara. Por otro lado, él y su partido no fueron invitados oficialmente por la dirección cubana ni buscados por ella para engrosar las filas del ELN, o para propiciar cualquier tipo de apoyo para los guerrilleros, aunque se hayan hecho contactos por algunos miembros del grupo urbano en este sentido.

El PC-ml, disidencia del PC boliviano prósoviético, fundado en abril de 1965 y dirigido por Oscar Zamora, no tuvo ninguna participación efectiva en la guerrilla liderada por el Che ni la apoyó oficialmente. Para Zamora, sería necesario promover una guerra popular, que tendría que ser liderada por su partido. Algunos disidentes del PC-ml lucharon en el ELN junto a Guevara, pero ninguno de ellos estaba ya vinculado formalmente al partido.

Y el PC boliviano, que durante años venía trabajando en estrecha colaboración con los cubanos en otros intentos guerrilleros, dando apoyo logístico a los combatientes que irían a luchar en el Perú y en el norte de Argentina, en el caso específico de la campaña del ELN en Bolivia dejó de lado su trabajo con el gobierno cubano y prefirió no apoyar a Guevara en el país. Aunque Mario Monje, primer secretario del partido, había decidido no ayudar al Che, algunos disidentes del PC, ya sin ninguna vinculación con su organización, participaron y se destacaron en la guerrilla.

Por su carácter internacionalista, antiburocrático y libertario, Guevara fue muchas veces acusado de trotskista —término

que no aceptaba—, y hasta llegó a ser considerado por algunos implícitamente como el «Trotski de la Revolución Cubana» (Radosh, 1974: 60). Es muy cierto que hombres como Ernest Mandel y Roberto Santucho simpatizaban con las ideas de Guevara y las defendían. Santucho, a quien agradaba un sincretismo entre diversas tendencias marxistas en la lucha contra un mismo enemigo, ejemplificó la incorporación del guevarismo al espectro de líneas político-militares de relevancia para la guerra revolucionaria, siendo protagonista guerrillero en su país de origen, Argentina. Pero el Che nunca se consideró trotskista, aunque algunos críticos hayan señalado similitudes entre su ideario y el de Trotski. Guevara cierta vez mencionó:

Ahora, sí está claro que del pensamiento de Trotski se pueden sacar una serie de cosas. Yo creo que las cosas fundamentales en que Trotski se basaba estaban erróneas, que su actuación posterior fue una actuación errónea e incluso oscura en su última época. Y que los trotskistas no han aportado nada al movimiento revolucionario en ningún lado y donde hicieron más, que fue en Perú, en definitiva fracasaron porque los métodos son malos. Y aquel compañero, Hugo Blanco, personalmente un hombre sacrificado, como parte de una serie de ideas erróneas, pues va a un fracaso necesariamente.

Los trotskistas lo plantean desde ese punto de vista y entonces toda una serie de gente murmuran del trotskismo. Creo que en esto hay una implicación política que no se refiere solamente a la actitud que uno toma frente a los problemas, tales como el Sistema Presupuestario, sino que como hay una bronca encendida ahí, muy violenta, muy amarga y, como todas las broncas de este tipo, poco flexible, poco generosa en el reconocimiento de las opiniones ajenas. Y en toda una serie

de aspectos yo he expresado opiniones que pueden estar más cerca del lado chino. En la guerra de guerrillas, en la guerra del pueblo, en el desarrollo de todas esas cosas, el trabajo voluntario, el estar contra el estímulo material directo como palanca, toda esa serie de cosas que también las plantean los chinos y como a mí me identifican con el Sistema Presupuestario también lo del trotskismo surge mezclado. Dicen que los chinos también son fraccionalistas y trotskistas y a mí también me meten el «San Benito». Por otra parte, cuando estoy en el exterior represento al gobierno y, siendo disciplinado, no represento estrictamente la opinión que implicaría definir como trotskista al gobierno de Cuba, cosa imposible (Guevara, 1982: 68).

Tanto Guevara como Trotski estaban a favor de un bloque internacional contra el capitalismo. Siendo así, la coexistencia pacífica para ellos era una propuesta ilusoria. Pero el argentino, a diferencia del dirigente soviético, ponía más énfasis en el papel de la guerrilla y del campesinado que propiamente en las luchas proletarias en las ciudades, pero nunca, es claro, descartándolas. Favorable a la libertad de pensamiento y expresión, Guevara había condenado, en 1961, la destrucción de las placas de impresión de la obra *La revolución permanente* por culpa de un funcionario subalterno, afirmando que «esto no debería haber sucedido».

Es muy cierto que Guevara llevaba en su mochila y que leía, en los últimos meses de su vida, cuando combatía en Bolivia, una copia del libro de Trotski, *Historia de la Revolución Rusa*, encontrado por el ejército boliviano en un campamento guerrillero. Esto muestra, por cierto, el interés de Guevara por conocer mejor la obra del fundador del Ejército Rojo.

El pensamiento de Guevara se modificó rápidamente desde el inicio de la Revolución Cubana hasta su lucha guerrillera en

Bolivia, transitando de un marxismo en fase de desarrollo hacia un marxismo heterodoxo, ágil y dinámico, abierto a diversas lecturas e interpretaciones. Como diría el historiador cubano José Tabares del Real: «el Che no era trotskista, ni titoísta, ni maoísta. El Che era el Che, solamente eso» (Tabares del Real, 1999). En este sentido, es comprensible su interés por las obras de autores tan diversos como Stalin, Mao y Trotski, y su mayor apertura para discutir con militantes de diferentes corrientes políticas. Guevara nunca fue trotskista ni maoísta, pero sin duda demostró respeto por las diferencias de opinión y por los debates abiertos en relación con sus ideas.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

CONCLUSIONES

*Observar, aprender y pensar, no copiar
a nadie, y después comenzar a caminar,
tal es la forma que nosotros aplicamos.*

CHE GUEVARA

Para que podamos elaborar un análisis general sobre el debate económico cubano y sus resultados, nos parece necesario exponer aquí los diferentes temas discutidos en la época y presentados a lo largo de nuestro trabajo. La transición al socialismo fue un objeto polémico que estuvo extremadamente en boga en los círculos académicos y políticos durante buena parte del siglo XX, siendo foco de enconadas contiendas entre marxistas de posiciones y tendencias variadas. A partir de experiencias concretas y modelos ideales, autores distintos opinaron sobre los caminos que debería seguir una revolución socialista.

En el caso específico de Cuba, Che Guevara tal vez haya sido la personalidad que más se destacó en los debates que se entablaban en relación con ese asunto. Otros intelectuales, sin embargo, fueron también extremadamente importantes en las discusiones sobre un conjunto de lucubraciones que tenían como preocupación central el desarrollo económico del país y la creación de un hombre nuevo, no alienado y consciente de su papel en la construcción de un nuevo modelo de relaciones sociales en aquella experiencia histórica concreta. Así, desde las elaboraciones hechas por la CEPAL y sus despliegues en la Isla, a partir de figuras que fueron activas dentro de la Comisión, como Regino Boti y Juan Noyola, hasta las posiciones de los comunistas endógenos, representados principalmente por Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez, tenemos un cuadro, en los primeros años de la Revolución, que ciertamente favoreció el debate y una apertura

para que se expresaran las más diferentes opiniones sobre los cambios fundamentales que venían ocurriendo en el país en aquel momento.

La presencia de técnicos y asesores latinoamericanos, soviéticos y de Europa Oriental también colaboró a enriquecer el ambiente de discusiones e intercambios de experiencias entre los varios interlocutores en aquel período. Durante el debate económico que ocurrió en las revistas de organismos del gobierno cubano, podemos advertir nombres de peso como Charles Bettelheim y Ernest Mandel, mientras teóricos que no tuvieron una participación directa en la discusión, como Leo Huberman, Paul Sweezy y otros miembros de la *Monthly Review*, constantemente iban al país, así como daban su apoyo al nuevo gobierno a través de artículos en sus publicaciones.

Como se sabe, Guevara no era economista ni teórico académico. Por su posición de dirigente político y su propio carácter objetivo, tenía más preocupaciones de orden práctico que de orden intelectual y, aunque se esforzara en mantener rigor y seriedad en sus escritos —demostrando que había leído a autores marxistas importantes y que estaba a la par de lo que sucedía en el mundo socialista—, mostraba que su propósito principal era actuar en la realidad concreta y tratar de reconstituir el molde social de la Isla, al mismo tiempo que se esforzaba por impulsar de una vez el pleno desarrollo de las fuerzas productivas del país.

En las discusiones que se produjeron en Cuba en aquel período, se podía notar claramente las posiciones de cada uno de los involucrados en el debate. Mientras un grupo teóricamente buscaba soluciones más pragmáticas en el trato del aparato estatal, por medio de la sobrevalorización de los incentivos materiales, descentralización administrativa, autogestión financiera y utilización de índices de ganancia como factor primordial de evaluación del desempeño de la empresa, otro grupo se preocupaba por exaltar aspectos que supuestamente presentaban una capa idealista y que eran teóricamente menos eficientes en

términos económicos, con el uso de estímulos morales y mayor centralización gestionaaria del aparato industrial cubano, lo que en la práctica no necesariamente se correspondía con la realidad, ya que la defensa de esas posiciones estaba intrínsecamente vinculada a un momento histórico y a una realidad específica en la transición al socialismo en la Isla. Lo cual significa que esos presupuestos podrían ser modificados y readaptados en la medida en que la realidad coyuntural exigiera alteraciones.

Guevara era extremadamente crítico del proceso que estaba ocurriendo en la Unión Soviética y en diversos países de Europa Oriental. Para él, construir el socialismo con elementos del capitalismo sin modificarlos en su significado llevaría a un modelo político y económico inviable, que gradualmente obligaría a nuevas concesiones que lentamente harían al sistema volver al capitalismo (Guevara *apud* Borrego, 2001a: 410). Eso quedó claro con los comentarios que escribió atacando a los manuales de economía política de la Unión Soviética, los cuales consideraba repletos de equívocos. El Che creía que si aquel país continuaba el camino que estaba tomando, en algunas décadas se degeneraría por completo y se apartaría de una vez por todas de la dirección del comunismo. Por eso, la necesidad constante de trabajar con mecanismos ideológicos que permitieran la elevación de la conciencia de los trabajadores, a través del uso de los incentivos morales, la emulación socialista y el trabajo voluntario.

En los inicios de la Revolución, uno de los objetivos principales era industrializar el país a cualquier precio. Eso significaba dar prioridad a la diversificación agrícola y promover la construcción de una base industrial sólida. Estos factores hicieron que fueran desestructuradas grandes porciones de tierra, lo que acarreó una disminución sustancial de la zafra cañera y una menor producción azucarera, aunque hubiera, paralelamente, un relativo aumento en la producción de otros productos alimenticios. Algunos años más tarde, notando las dificultades en

industrializar la nación sin tener el volumen de capital necesario en las reservas del gobierno, y sabiendo que el producto tradicional del país proporcionaría mayor rentabilidad a corto y mediano plazos a través de las exportaciones, hubo un esfuerzo de los dirigentes de la Isla en cambiar la dirección de las inversiones y la política de producción agrícola e industrial, con el regreso del azúcar como la locomotora de la economía cubana. De forma general, Cuba vio un aumento significativo en su comercio con el bloque socialista, así como el crecimiento de su productividad global, aunque ese crecimiento no alcanzara los niveles necesarios para convertir a la Isla en un país desarrollado.

Cuba tuvo que pasar por una conversión de prácticamente toda su maquinaria hacia el sistema soviético. Los técnicos de la JUCEPLAN, por otro lado, recomendaron que se compraran fábricas completas de la Unión Soviética y de los países de Europa Oriental. Estas industrias, en general, trabajaban con tecnología obsoleta y producían artículos de baja calidad. La falta de muchas materias primas obligaba a los cubanos a traer del exterior materiales necesarios para el funcionamiento de sus fábricas. Por otro lado, la burocracia, el atraso en las inversiones y la falta de conocimientos técnicos hacían que muchos de esos equipamientos y materiales venidos del exterior quedaran detenidos en almacenes, se echaran a perder o fueran subutilizados. Solo con el tiempo y una mejor preparación de los especialistas cubanos fue posible hacer que el aparato industrial funcionara mejor. A finales de los años sesenta, el país ya contaba con técnicos que podían hacer funcionar máquinas modernas, principalmente las heredadas de los antiguos monopolios norteamericanos, con tecnología avanzada y de difícil manipulación incluso hasta para los especialistas de la Unión Soviética que se encontraban en la Isla. Algunas de las industrias tan deseadas por el gobierno nunca fueron construidas o no funcionaron a plena capacidad, mientras otras, como la industria de utensilios domésticos, comprada a

Checoslovaquia y que demoró en ser completada, no producía productos competitivos en términos de calidad ni siquiera dentro del mundo socialista.

El propio Guevara era un crítico de la calidad de los productos soviéticos y de la eficiencia de las empresas en el sistema socialista. Para él, sería fundamental utilizar las técnicas capitalistas —que serían más eficientes—, así como usar la tecnología de los países desarrollados, sin temer que hubiera un «contagio» ideológico. O sea, sería fundamental crear mecanismos que garantizaran una modernización industrial al mismo tiempo que se trabajara con la elevación de la conciencia de los trabajadores. La formación de técnicos y especialistas cubanos, la utilización de computadoras y el desarrollo tecnológico siempre fueron preocupaciones del Che, quien incentivó la priorización de todos esos aspectos en la construcción del socialismo en la Isla. Así, él promovió la creación de varias instituciones gubernamentales que teóricamente podrían garantizar el desarrollo de la investigación científica en la Isla, entre otras, el Instituto Cubano de Investigación de los Derivados de la Caña de Azúcar (ICIDCA), el Instituto Cubano para el Desarrollo de la Industria Química (ICDIQ), el Instituto Cubano de Investigaciones Tecnológicas (ICIT), el Instituto Cubano de Desarrollo de Maquinaria (ICDM), el Instituto Cubano de Recursos Minerales (ICRM), el Instituto Cubano de Investigación de Minería y Metalurgia (ICIMM), y la Dirección de Automatización y Electrónica.

La organización y la administración de la economía cubana se fueron modificando a lo largo de los años, mientras los presupuestos de Guevara en relación con la estructuración y la gestión de las empresas fueron, poco a poco, dejados de lado. Diversos ministerios surgieron a partir de la institución dirigida por el Che. En 1964, se creó el Ministerio de la Industria Azucarera; a continuación, el Ministerio de la Industria Básica, el Ministerio de la Industria Ligera y el Ministerio de la Industria Alimentaria; y

en 1974, finalmente, el Ministerio de la Industria Sidero-Mecánica. Durante algún tiempo, el Sistema Presupuestario de Financiamiento y el cálculo económico convivieron en el país. A partir de 1976, sin embargo, se implantó en Cuba el Sistema de Dirección de la Economía, que se basaba en gran medida en el cálculo económico (Pérez-Rolo, 1989: 279). Incluso así, como pudimos advertir, críticos del Sistema Presupuestario de Financiamiento a inicios de los años sesenta, como Carlos Rafael Rodríguez, admitirían más tarde la eficiencia y la calidad del sistema propuesto por el Che.

Para Guevara, así como para otros marxistas heterodoxos de su época, sería complicado discutir las leyes del socialismo. Si hubiera una ley verdadera en ese sistema, esta sería la propia planificación de la economía (Borrego, 2001a: 407). De acuerdo con él, la planificación no sería solo hecha de elementos técnicos, sino principalmente a partir del desarrollo de la conciencia de toda la población (Borrego, 2001a: 408).

Separarse de una planificación eficiente y promover una apertura al mercado significaría también separarse del propio socialismo. La planificación debería tener la participación de diversos niveles decisorios, desde los trabajadores en las fábricas hasta las más altas instancias del gobierno. En relación con los sindicatos, el ministro de Industrias era categórico al afirmar que en el período de transición al socialismo ellos deberían cumplir un papel diferente del tradicional. Guevara otorgaba especial importancia a los aspectos técnicos en la gestión de las industrias y creía que algunos mecanismos originales para el caso cubano podrían funcionar. Los sindicatos, por lo tanto, trabajarían en estrecha cooperación con los CTA y con los directores de las empresas. Para él, los sindicatos también deberían esforzarse en evitar huelgas y estimular una mejor relación con las autoridades del país, así como preocuparse por la mejor calidad posible de los productos y el aumento de la productividad.

El socialismo en Cuba pasó por varios momentos distintos. Con la entrada de la Isla en el CAME, a inicios de los años setenta, ocurrió una tentativa todavía mayor de trabajo conjunto con otras economías planificadas. La eficiencia de los planes en este período es cuestionable, pero, a pesar de la desintegración del bloque soviético, el país se mantuvo firme, tratando de adaptarse a los nuevos tiempos de la manera que pudo, aun con diversas dificultades materiales y sin el auxilio de los antiguos aliados, por lo cual ha necesitado una vez más reconvertir su maquinaria heredada del período anterior y orientar gran parte de sus inversiones hacia el sector del turismo. Aunque muchas medidas del gobierno en la actualidad den la impresión a los críticos extranjeros de una orientación gradual hacia el capitalismo, los dirigentes cubanos continúan creyendo en la importancia del uso de la imagen de Guevara para las nuevas generaciones como forma de estímulo para la continuación del sistema socialista en el país.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

REFERENCIAS

- ACADEMIA DE CIÊNCIAS DA UNIÃO SOVIÉTICA: *La historia de Cuba*. Moscú: 1980.
- : *La política exterior de la Cuba socialista*. Moscú: Editorial Progreso, 1982.
- : *Lénine, biografía*. Edições Progresso/Avante, Moscú/Lisboa, 1984.
- ADAMS, JEROME R.: *Latin American Heroes*. New York: Ballantine Books, 1993.
- AFANÁSSIEV, V.: *Os fundamentos do comunismo científico*. Moscú: Edições Progresso, 1985.
- ALARCÓN DE QUESADA, RICARDO y MIGUEL ÁLVAREZ SÁNCHEZ: *Bloqueo, guerra económica de Estados Unidos contra Cuba*. La Habana: Editora Política, 2001.
- ALEXANDER, ROBERT J.: *Trotskyism in Latin America*. Stanford: Hoover Institution Press/Stanford University, 1972.
- ALMEYRA, GUILLERMO: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. Vía Internet.
- ALMEYRA, G. y E. SANTARELLI: *Guevara: il pensiero ribelle*. Roma: Datanews, 1994.
- ALONSO JÚNIOR, ODIR: «A esquerda cubana antes da revolução: anarquistas, comunistas e trotskistas», in Osvaldo Coggiola (Org.): *Revolução Cubana: história e problemas atuais*. São Paulo: Xamã Editora, 1998, pp. 29-50.
- ALONSO TEJADA, AURELIO: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, enero de 1999.
- ALTHUSSER, LOUIS: *Por Marx*. La Habana: Edición Revolucionaria, 1966.

- ALTMANN, WERNER: *México e Cuba, revolução, nacionalismo, política externa*. São Leopoldo: Unisinos, 2001.
- ÁLVAREZ BATISTA, GERÓNIMO: *Che: una nueva batalla*. La Habana: Editorial Pablo de la Torriente, 1994.
- ANDERSON, JON LEE: *Che Guevara, una biografía*. Rio de Janeiro: Objetiva, 1997.
- ARICÓ, JOSÉ: *Marx e a América Latina*. São Paulo: Paz e Terra, 1982.
- : «La sed de absoluto», *La Ciudad Futura*, Buenos Aires, n. 7, octubre de 1987.
- ARIET, MARÍA DEL CARMEN: *Che, pensamiento político*. La Habana: Editora Política, 1988.
- AROCA, SANTIAGO: *Fidel Castro, el final del camino*. México: Planeta, 1992.
- BABY, JEAN: *As grandes divergências do mundo socialista*. São Paulo: Senzala, [ca. 1970].
- BAILEY, PAUL: «Maoísmo», in William Outhwait y Tom Bottomore (Org.): *Dicionário do pensamento social do século XX*. Rio de Janeiro: Zahar, 1996, pp. 441-445.
- BALIÑO, CARLOS *et al.*: *La Revolución de Octubre y su repercusión en Cuba*. La Habana: Instituto del Libro, 1967.
- BALOYRA, ENRIQUE A. and JAMES A. MORRIS (ORG.): *Conflict and Change in Cuba*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1993.
- BANDEIRA, LUIZ ALBERTO MONIZ: *De Martí a Fidel: a Revolução Cubana e a América Latina*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1998.
- : «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. St. León, Alemanha, agosto de 2001. Vía Internet.
- BARAGAÑO, J. A.: «La Historia los condenará», *Lunes de Revolución*, La Habana, n. 79, 3 de octubre de 1960, pp. 4-7.
- BARÁIBAR, CARLOS DE: «Ante el desafío económico comunista», *Estudios sobre el Comunismo*, Santiago de Chile, año V, n. 16, abr./jun. de 1957, pp. 1-8.

- BARAN, PAUL: «La planificación social y económica», *Monthly Review*, New York, año 2, n. 20, 1965, pp. 6-16.
- BARAN, PAUL y PAUL SWEEZY: *Capitalismo monopolista*. Rio de Janeiro: Zahar, 1974.
- BARROS FILHO, OMAR DE: *Bolivia: vocação e destino*. São Paulo: Versus, 1980.
- BARTON, PAUL: «La legislación del trabajo en la URSS», *Estudios sobre el Comunismo*, Santiago de Chile, año VII, n. 25, jul./set. de 1959, pp. 46-52.
- BARTRA, ALBERTO: «La reforma agraria y el proceso económico», *Lunes de Revolución*, La Habana, n. 38, 7 de diciembre de 1959, pp. 2-5.
- BASMÁNOV, M. y B. LEIBZÓN: *Vanguardia revolucionaria: problemas de la lucha ideológica*. Moscú: Editorial Progreso, 1978.
- BATÁLOV, E.: *La teoría leninista de la revolución*. Moscú: Editorial Progreso, 1985.
- BAUDIS, DIETER y GLORIA GARCÍA: «La planificación a largo plazo de la Cuban Electric Company», en Horacio García Brito (ed.): *Monopolios norteamericanos en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973, pp. 77-167.
- BEKARÉVICH, ANATOLI y ANASTASIO MANCILLA: «Transformaciones socialistas y problemas del período de transición en Cuba», en ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA UNIÓN SOVIÉTICA: *La historia de Cuba*. Moscú, 1980, pp. 24-71.
- BELOÚSSOV, R.: *Gestão planificada da economia socialista*. Moscú: Edições Progreso, 1986.
- BENACHENHOU, ABELLATIF: «For Autonomous Development in the Third World», *Monthly Review*, New York, v. 32, n. 3, jul./aug., 1980, pp. 43-52.
- BETTELHEIM, CHARLES: «La planificación y el mercado», *Monthly Review*, New York, año 2, n. 21, may, 1965, pp. 42-49.
- : *Cálculo económico y formas de propiedad*. México: Siglo XXI, 1972.

- BETTELHEIM, CHARLES: *A luta de classes na União Soviética*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1976a.
- : *Planificação e crescimento acelerado*. Rio de Janeiro: Zahar, 1976b.
- : «Formas e métodos do planejamento socialista e nível de desenvolvimento das forças produtivas», in Ernesto Guevara: *Textos econômicos*. São Paulo: Edições Populares, 1982, pp. 226-240.
- : «The Specificity of Soviet Capitalism», *Monthly Review*, New York, v. 37, n. 4, set., 1985, pp. 43-61.
- : «More on the Nature of the Soviet System», *Monthly Review*, New York, v. 38, n. 7, dec., 1986, pp. 31-41.
- : «L'autocritica», *Quaderni della Fondazione Ernesto Che Guevara*, Bolsena, n. 4, 2001, pp. 153-154.
- BOITO JÚNIOR, ARMANDO *et al.* (Org.): *A obra teórica de Marx: Atualidade, problemas e interpretações*. São Paulo: Xamã Editora; IFCH/Unicamp, 2000.
- BONACHEA, ROLANDO E. and NELSON P. VALDÉS (Org.): *Cuba in Revolution*. New York: Anchor Books; Doubleday & Company, 1972.
- BONSAL, PHILIP W.: «Cuba, Castro and the United States», *Foreign Affairs*, New York, v. 45, n. 2, jan., 1967, pp. 260-276.
- BORRECO, ORLANDO: «El Che y el socialismo», en CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE AMÉRICA: *Pensar al Che: los retos de la transición socialista*. La Habana: Centro de Estudios sobre América; Editorial José Martí, 1989, t. 2, pp. 283-344.
- : *Che, el camino del fuego*. La Habana: Imagen Contemporánea, 2001a.
- : «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, noviembre de 2001b.
- BOTTOMORE, TOM *et al.*: *A Dictionary of Marxist Thought*. Cambridge: Harvard University Press, 1983.

- BOURNE, RICHARD: *Political Leaders of Latin America*. Baltimore: Pelican Books, 1969.
- BROWN, J. F.: «Economics and Politics: III, Reforms in Bulgaria», *Problems of Communism*, Washington, n. 3, v. XV, may/jun., 1966, pp. 17-18.
- BROWN, JONATHAN C.: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. Vía Internet.
- BRZEZINSKI, ZBIGNIEW K.: *The Soviet Bloc, Unity and Conflict*. New York: Frederick A. Praeger, 1965.
- BUCH RODRÍGUEZ, LUIS M.: *Gobierno revolucionario cubano: génesis y primeros pasos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1999.
- CABRERA, GUILLERMO: *Memories of Che*. Secaucus, Nueva Jersey: Lyle Stuart, 1987.
- CABRERA, OLGA: *El antiimperialismo en la historia de Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985.
- CASTAÑEDA, JORGE: «El Che aún guarda enigmas», *Clarín*, Buenos Aires, 24 de diciembre de 1995.
- : *Che Guevara, a vida em vermelho*. São Paulo: Companhia das Letras, 1997.
- CASTRO, FIDEL: *La Revolución Cubana, 1953/1962*. México: Era, 1976.
- : *Che*. Organización de textos de David Deutschmann. Melbourne: Ocean Press, 1994.
- CASTRO, G. VILLAS-BÔAS: «Che Guevara economista», *ADB: Boletim da Associação de Diplomatas Brasileiros*, Brasília, año 2, n. 9, jan., 1994, p. 5.
- CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE AMÉRICA: *Pensar al Che: desafios de la lucha por el poder político*, t. 1, La Habana: Centro de Estudios sobre América; Editorial José Martí, 1989a.
- : *Pensar al Che: los retos de la transición socialista*, t. 2, La Habana: Centro de Estudios sobre América; Editorial José Martí, 1989b.

- CÉPERO BONILLA, RAÚL: *Escritos económicos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1983.
- : *Escritos históricos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989a.
- : «El convenio cubano-soviético», en Raúl Cepero Bonilla: *Escritos históricos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989b, pp. 321-341.
- CHAMBRE, HENRI: *El marxismo en la Unión Soviética*. Madrid: Tecnos, 1960.
- : *De Marx a Mao Tse Tung*. São Paulo: Duas Cidades, 1963.
- CHAVANCE, BERNARD: «Sobre as relações de produção na URSS», *Teoria & Política*, São Paulo, año I, n. 3, 1980, pp. 92-104.
- CHÁVEZ ÁLVAREZ, ERNESTO (ed.): *Los obreros hacen y escriben su historia*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- CHÁVEZ LIMA, ISRAEL: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, noviembre de 2001.
- CHIROT, DANIEL: *Social Change in the Twentieth Century*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1977.
- CHITARIN, ATILIO: «Consideraciones “ideológicas” sobre la transición», *Cuadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, n. 46, 1973, pp. 15-25.
- : «Problemas de la transición del capitalismo al socialismo en la URSS», *Cuadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, n. 46, 1973, pp. 125-140.
- CHVIRTOV, I. M.: *O planeamento económico de Estado*. Moscú: Edições Progresso, 1989.
- CLAUDÍN, FERNANDO: *A oposição no «socialismo real»*. Rio de Janeiro: Marco Zero, 1983.
- COGGIOLA, OSVALDO: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. São Paulo.
- COGGIOLA, OSVALDO (ORG.): *Trotsky, ontem e hoje*. Belo Horizonte: Oficina de Livros, 1990.

- COGGIOLA, OSVALDO (Org.): *Revolução Cubana, história e problemas atuais*. São Paulo: Xamã Editora, 1998.
- : *Imperialismo e guerra na Iugoslávia. Radiografia do conflito nos Bálcãs*. São Paulo: Xamã Editora, 1999.
- y ROBÉRIO PAULINO: *O fim do «socialismo real» em debate*. São Paulo: [s. n.], 2001.
- COLE, KEN: *Cuba from Revolution to Development*. Londres: Pinter, 1998.
- CONNEL-SMITH, GORDON: *The United States & Latin America*. Londres: Heinemann, 1974.
- COOKE, JOHN WILLIAM: «La revolución y su ética», *Lunes de Revolución*, La Habana, n. 76, 12 de setiembre de 1960, pp. 2-4.
- CORMIER, JEAN: *Che Guevara, compagnon de la révolution*. Paris: Gallimard, 1996. CUBA. Ministério da Fazenda, Gabinete da Presidência.
- COUTINHO, CARLOS NELSON: *O estruturalismo e a miséria da razão*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1972.
- DECRETO N.º 2.261, de 26 de noviembre de 1959. Nominación de Ernesto Guevara para el cargo de presidente del Banco Nacional. La Habana, 1959.
- : Ministerio de Relaciones Exteriores. «Carta a Daniel M. Braddock» (encargado de negocios de los Estados Unidos en La Habana). La Habana, 18 de marzo de 1960a.
- : Ministerio de Relaciones Exteriores. «Carta a Daniel M. Braddock» (encargado de negocios *ad-interin* de los Estados Unidos en La Habana). La Habana, 22 de febrero de 1960b.
- DECRETO N.º 2.950, de 27 de febrero de 1961. Nominación de Ernesto Guevara para el cargo de ministro de Industrias. La Habana, 1961.
- DEBRAY, RÉCIS: *Revolução na Revolução*. La Habana: Casa de las Américas, 1967.

- DEBRAY, RÉGIS: «Latin America: Some Problems of Revolutionary Strategy», in I. L. Horowitz, J. Castro and J. Gerassi (Org.): *Latin American Radicalism*. Londres: Jonathan Cape, 1969, pp. 499-531.
- DEL ROSAL, AMARO: *Los congresos obreros internacionales en el siglo XX*. Barcelona: Grijalbo, 1973.
- DEL TORO, CARLOS: *El movimiento obrero cubano en 1914*. La Habana: Instituto del Libro, 1969.
- DEMAITRE, EDMUND: «The Wonders of Marxology», *Problems of Communism*, Washington, v. XV, n. 4, jul./aug., 1966, pp. 29-35.
- DE SANTIS, SERGIO: «Debate sobre la gestión socialista en Cuba», en Santiago De Santis *et al.*: *La economía socialista: debate*. Barcelona: Terra Nova, [197-].
- DETROIT, MARK: «Cuba in the 1960's: Bureaucrats Head to "Communism" Without the Workers», *Communist Voice*, v. 4, n. 2, 1998, 20 apr. Disponible en: <<http://www.home.flash.net/~comvoice/17cCuba60s.html>>. Acesso en: 27 out. 2000.
- DEUTSCHER, ISAAC: *Soviet Trade Unions*. Londres: Royal Institute of International Affairs, 1950.
- : *The Unfinished Revolution, 1917/1967*. New York: Oxford University Press, 1967.
- : «A falência do krushevismo», in Issac Deutscher *et al.*: *Problemas e perspectivas do socialismo*. Rio de Janeiro: Zahar, 1969a.
- *et al.*: *Problemas e perspectivas do socialismo*. Rio de Janeiro: Zahar, 1969b.
- DEVLIN, KEVIN: «The Permanent Revolutionism of Fidel Castro», *Problems of Communism*, Washington, v. XVII, n. 1, jan./feb., 1968, pp. 1-11.
- DINERSTEIN, HERBERT: «Moscow and the Third World, Power Politics or Revolution?», *Problems of Communism*, Washington, v. XVII, n. 1, jan./feb., 1968, pp. 52-56.

- DJILAS, MILOVAN: *A nova classe*. Rio de Janeiro: Agir, 1958.
- DOBB, MAURICE: *Socialist Planning: Some Problems*. Londres: Lawrence & Wishart, 1970.
- DOZER, DONALD MARQUAND: *América Latina, uma perspectiva histórica*. Porto Alegre: Globo; USP, 1966.
- DRACHKOVITCH, MILORAD M. (ORG.): *O marxismo no mundo moderno*. Rio de Janeiro: Zahar, 1966.
- DRAPER, THEODORE: «Castrismo», in Milorad M. Drachkovitch (Org.): *O marxismo no mundo moderno*. Rio de Janeiro: Zahar, 1966a, pp. 271-316.
- : *Castrismo, teoria e prática*. Rio de Janeiro: GRD, 1966b.
- DREIER, JOHN C. (ORG.): *A Aliança para o Progresso*. Rio de Janeiro: Fundo de Cultura, 1962.
- DUMONT, RENÉ: *Cuba: Socialism and Development*. New York: Grove Press, 1970.
- DUMONT, RENÉ y MARCEL MAZOYER: *Desarrollo y socialismos*. Caracas: Tiempo Nuevo, 1969.
- DUTRA, HÉLIO: *Querida ilha*. São Paulo: Mandacaru, 1988.
- EASTMAN, LLOYD: «Mao, Marx, and the Future Society», *Problems of Communism*, Washington, v. XVIII, n. 3, may/ jun., 1969, pp. 21-26.
- ELLMAN, MICHAEL: *Planejamento socialista*. Rio de Janeiro: Zahar, 1980.
- ESCOBAR, FROILÁN y FÉLIX GUERRA: *Che sierra adentro*. La Habana: Editora Política, 1988.
- ESCOSTEGUY, JORGE: *Cuba hoje: 20 anos de revolução*. São Paulo: Alfa-Omega, 1978.
- ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA. Central Intelligence Agency. CIA Biographic Register on Che. Aug. 1964. Disponível em: <<http://www.parascope.com/articles/1197/chedoc.htm>>. Acesso em: 2 oct. 2001.

- FARBER, SAMUEL: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. Vía Internet.
- FARIA, OCTAVIO DE: *Destino do socialismo*. [São Paulo]: Ariel, 1933.
- FAVROD, CHARLES-HENRI (COORD.): *Os soviéticos*. Lisboa: Dom Quixote, 1978 (Enciclopédia do Mundo Atual, v. 16).
- FENGHI, FRANCESCO: «Economía de transición y superación del “modelo socialista” en China», *Cuadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, n. 46, 1973, pp. 141-165.
- FERNANDES, FLORESTAN: *Da guerrilha ao socialismo: a Revolução Cubana*. São Paulo: TAQ, 1979.
- FERNÁNDEZ FONT, MARCELO: «Desenvolvimento e funções do sistema bancário socialista em Cuba», in Ernesto Guevara: *Textos econômicos*. São Paulo: Edições Populares, 1982, pp. 202-213.
- FERNANDEZ RÍOS, OLGA: *Formación y desarrollo del Estado socialista en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1988.
- FERRERA DÍAZ, JORGE: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, noviembre de 2001.
- FISCHER, ERNST: *Marx in His Own Words*. Londres: Penguin Books, 1978.
- FITZGERALD, FRANK T.: «Cuba and the Problem of Socialist Development», *Monthly Review*, New York, v. 33, n. 11, apr., 1982, pp. 48-51.
- FLORES CASAMAYOR, BÁRBARA: «Aspectos económicos del período de transición en Cuba», *Cuba Socialista*, La Habana, n. 35, set./oct. de 1988, pp. 105-125.
- FORNET-BETANCOURT, RAÚL: *O marxismo na América Latina*. São Leopoldo: Unisinos, 1995.
- FRANQUI, CARLOS: «Cultura y revolución», *Lunes de Revolución*, La Habana, n. 19, 26 de julio de 1959, pp. 11-12.

- : *Retrato de familia com Fidel*. Rio de Janeiro: Record, 1981.
- FUNG RIVERÓN, THALÍA M.: *En torno a las regularidades y particularidades de la revolución socialista en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1982.
- FURTADO, CELSO: *A fantasia organizada*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1985.
- FURTAK, ROBERT K.: «Revolución mundial y coexistencia pacífica», *Foro Internacional*, México, 25-26, v. VII, n. 1 y 2, pp. 1-28, [1971].
- GÁLVEZ, WILLIAM: *Camilo, señor de la vanguardia*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1979.
- : *Viajes y aventuras del joven Ernesto*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1997.
- : *Camilo en Camilo*. La Habana: Verde Olivo, 1998a.
- : *El joven Camilo*. La Habana: Editorial Gente Nueva, 1998b.
- : «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, enero de 1999.
- GARCÍA BRITO, HORACIO (ed.): *Monopolios norteamericanos en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973.
- GERRATANA, VALENTINO: «Estado socialista y capitalismo de Estado», *Cuadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, n. 46, 1973, pp. 81-123.
- : «Formación económico-social y proceso de transición», *Cuadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, n. 46, 1973, pp. 45-79.
- GIACOBETTI, FRANCIS: *Che's Compañeros: Witnesses to a Legend*. Paris: Assouline, [entre 1997 e 1999].
- GIRARDI, GIULIO: «Crítica rivoluzionaria del “socialismo reale” e crítica marxista del marxismo dogmatico», *Quaderni della Fondazione Ernesto Che Guevara*, Bolsena, n. 4, 2001, pp. 73-95.

- GLUCKSMANN, ANDRÉ: *Althusser: un estructuralismo ventrílocuo*. Barcelona: Anagrama, 1971.
- GONZALEZ CARBAJAL, LADISLAO: *El ala izquierda estudiantil y su época*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974.
- GOODMAN, ELLIOT R.: *O plano soviético de Estado mundial*. Rio de Janeiro: Presença, 1965.
- GORENDER, JACOB: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. São Paulo, julio de 2001.
- GORKIN, J. G. (ORC.): *La transición del capitalismo al comunismo*. Madrid: Akal, [197-]
- GRESPAN, JORGE: «O estruturalismo da CEPAL na obra de Raúl Prebisch», *História Unisinos*, São Leopoldo, v. 5, n. 3, jan./jun., 2001, pp. 105-125.
- GRIGULÉVICH, IÓSIF: *Luchadores por la libertad de América Latina*. Moscú: Editorial Progreso, 1988.
- GUERRA VILABOY, SERGIO e IVÁN DE LA NUEZ: «Che: una concepción antimperialista de la historia de América», en CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE AMÉRICA: *Pensar al Che: desafíos de la lucha por el poder político*. La Habana: Centro de Estudios sobre América; Editorial José Martí, 1989, t. 1, pp. 285-334.
- GUEVARA, ERNÉSTO: «Carta a Regino Boti». La Habana, 28 de octubre de 1963.
- : «Carta a Charles Bettelheim». La Habana, 24 de octubre de 1964a.
- : «Carta a José Medero». La Habana, 26 de octubre de 1964b.
- : *Cartas*. São Paulo: Edições Populares, 1980a.
- : *Diário da guerrilha boliviana*. São Paulo: Edições Populares, 1980b.
- : *Sierra Maestra: da guerrilha ao poder. Passagens da guerra revolucionária*. São Paulo: Edições Populares, 1980c.
- : *Por uma revolução internacional*. São Paulo: Edições Populares, 1981a.

- : *Reflexões sobre a história cubana*. São Paulo: Edições Populares, 1981b.
- : *Textos políticos e sociais*. São Paulo: Edições Populares, 1981c.
- : *Textos econômicos*. São Paulo: Edições Populares, 1982.
- : *Che Guevara speaks*. New York: Pathfinder Press, 1985a.
- : *Escritos y discursos*, v. 5. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985b.
- : *Che Guevara and the Cuban Revolution*. Sydney: Pathfinder, 1987a.
- : *Textos revolucionários*. São Paulo: Edições Populares, 1987b.
- : *Che periodista*. La Habana: Editorial Pablo de la Torriente, 1988a.
- : *Temas económicos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1988b.
- : *A New Society: Reflections for Today's World*. Melbourne: Ocean Press, 1991.
- : *Notas de viaje*. Abril/Sodepaz, La Habana/Madrid, 1992.
- GUEVARA LYNCH, ERNESTO: *Meu filho Che*. São Paulo: Brasiliense, 1986.
- GUJARRO DÍAZ, GABRIEL: *La concepción del hombre en Marx*. Salamanca: Sígueme, 1975.
- GUNTHER, JOHN: *A Rússia por dentro*. Porto Alegre: Globo, 1959.
- GUTELMAN, MICHEL: «Cuba's Lessons on Economic Policies», in Rolando E. Bonachea and Nelson P. Valdés (Org.): *Cuba in Revolution*. New York: Anchor Books, 1972, pp. 231-237.
- GUZMÁN, OSCAR: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, enero de 1999.

- HAGELBERG, G. B.: «Cuba: "A First Hand Account"», *Monthly Review*, New York, v. 20, n. 5, oct., 1968, pp. 87-93.
- HALPERIN, ERNST: «Beyond Libermanism», *Problems of Communism*, Washington, n. 1, v. XVI, jan./fev., 1967, p. 47.
- HALPERIN DONGHI, TÚLIO: *História da América Latina*. São Paulo: Paz e Terra, 1989.
- HANSEN, JOSEPH: *Dynamics of the Cuban Revolution. A Marxist Appreciation*. New York: Pathfinder, 1994.
- HARNECKER, MARTA: *Cuba: democracia ou ditadura?* São Paulo: Global, [197-].
- HARRIS, SEYMOUR E.: *Economic Planning: The Plans of Fourteen Countries With Analyses of the Plans*. New York: Alfred A. Knopf, 1949.
- HARRISON, JAMES P.: «Peking's Remembrance of Things Past», *Problems of Communism*, Washington, v. XV, n. 3, may/jun., 1966, pp. 11-16.
- HART DÁVALOS, ARMANDO: «Che, un eccellente amministratore socialista», *Quaderni della Fondazione Ernesto Che Guevara*, Bolsona, n. 4, 2001, pp. 118-120.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, ENRIQUE *et al.*: *Cuestiones fundamentales de la dirección económica*. La Habana: Editora Política, 1984.
- HOOKE, SIDNEY: «Marx's Second Coming», *Problems of Communism*, Washington, v. XV, n. 4, jul./aug., 1966, pp. 26-29.
- HOUGH, JERRY: «The Soviet Elite: I, Groups and Individuals», *Problems of Communism*, Washington, v. XVI, n. 1, jan./feb., 1967, pp. 28-35.
- HOY: *Periódico Hoy; aclaraciones*. La Habana: Editora Política, 1966.
- HUBERMAN, LEO: «Preguntas sobre el socialismo», *Monthly Review*, New York, año 2, n. 16, [1965?], pp. 17-28.
- : «Why Socialism is Necessary», *Monthly Review*, New York, v. 20, n. 8, jan., 1969, pp. 1-14.

- HUBERMAN, LEO and PAUL SWEEZY: *Cuba, anatomy of a revolution*. New York, *Monthly Review Press*, 1960.
- : «El futuro de la economía cubana», *Monthly Review*, New York, año 1, n. 9, 1964, pp. 5-22.
- : *Socialism in Cuba*. New York: Modern Reader, 1970.
- IGNÁTIEV, V. (ed.): *La lucha del Partido Bolchevique contra el trotskismo después de la Revolución de Octubre*. Moscú: Editorial Progreso, [197-]
- ITIN, L. I.: *Economía de la industria socialista*, t. 1, La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1983.
- JAGUARIBE, HÉLIO et al.: *A dependência político-econômica da América Latina*. São Paulo: Loyola, 1976.
- JACKSON, BRUCE D.: «Whose Men in La Habana?», *Problems of Communism*, Washington, v. XV, n. 3, maio/jun., 1966, pp. 1-10.
- JAMES, JOEL: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. Santiago de Cuba, enero de 1999.
- JOBIC, BERNARD: «La revolución cultural y la crítica del economicismo», *Cuadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, n. 46, 1973, pp. 167-201.
- KAMENITZER, S. E.: *Organización, planificación y dirección de la actividad de las empresas industriales*. Segunda parte. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1981.
- KAROL, K. S.: *Les guérilleros au pouvoir*. Paris: Robert Laffont, 1970.
- KAUFMAN, EDY: *The Superpowers and their Spheres of Influence*. Londres: Croom Helm, 1976.
- KELLNER, DOUGLAS: *Che Guevara*. São Paulo: Nova Cultural, 1990.
- KLÁREN, PETER F. and J. BOSSERT (ORG.): *Promise of Development*. Boulder, Colorado: Westview Press, 1986.

- KLOFÁC, VLADIMIR: «Guevara e la Cecoslovacchia», *Quaderni della Fondazione Ernesto Che Guevara*, Bolsena, n. 4, 2001, pp. 65-68.
- KOHAN, NÉSTOR: «El Che Guevara y la filosofía de la praxis», *Debates Americanos*, La Habana, n. 3, enero/junio de 1997, pp. 55-70.
- KOONT, SINAN: «Cuba: An Island Against All Odds», *Monthly Review*, New York, v. 46, n. 5, oct., 1994, pp. 1-18.
- KOWALEWSKI, ZBIGNIEW MARCIN: «Il riferimento a Guevara nella Polonia degli anni 60», *Quaderni della Fondazione Ernesto Che Guevara*, Bolsena, n. 4, 2001, pp. 51-58.
- KUCZYŃSKI, JURGEN *et al.*: «Los pronósticos económicos de la Esso Standard Oil de Cuba», en Horacio García Brito (ed.): *Monopolios norteamericanos en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973, pp. 53-76.
- KUX, ERNST: «El utópico plan de Khrushchev», *Estudios sobre el Comunismo*, Santiago de Chile, año VII, n. 25, jul./set. de 1959, pp. 1-9.
- LANDAU, SAÚL: «Un análisis de la Revolución Cubana», *Lunes de Revolución*, La Habana, n. 76, 12 de setiembre de 1960, pp. 5-6.
- LANDAUER, CARL: *Sistemas econômicos contemporâneos*. Rio de Janeiro: Zahar, 1966.
- LANGE, OSKAR: «O marxismo e a economia burguesa», in V. B. Singh *et al.*: *Da economia política*. Rio de Janeiro: Zahar, 1966a, pp. 53-78.
- : «A economia política do socialismo», in V. B. Singh *et al.*: *Da economia política*. Rio de Janeiro: Zahar, 1966b, pp. 79-95.
- : «Da economia política», in Lenina Pomeranz (Org.): *Oskar Lange*. São Paulo: Ática, [198-]a, pp. 49-76.

- : «Planejamento e teoria econômica», in Lenina Pomeranz (Org.): *Oskar Lange*. São Paulo: Ática, [198-]b, pp. 93-109.
- LANGE, OSKAR y FRED M. TAYLOR: *Sobre la teoría económica del socialismo*. Barcelona: Ariel, 1970.
- LANGE, OSKAR y J. TINBERGEN: *Ensaio sobre planificação econômica/política econômica: princípios e planejamento*. São Paulo: Nova Cultural, 1986.
- LASSERRE, GEORGES: *A empresa socialista na Jugoslávia*. Lisboa: Morais, 1966.
- LURAT, LUCIEN: «Estadísticas soviéticas», *Estudios sobre el Comunismo*, Santiago de Chile, año V, n. 16, abr./jun. de 1957, pp. 54-57.
- LAVRETSKI, I.: *Che Guevara*. Moscú: Editorial Progreso, 1975.
- LE RIVEREND, JULIO: «Orígenes de la propiedad agraria en Cuba», *Lunes de Revolución*, La Habana, n. 19, 26 de julio de 1959, pp. 14-15.
- : *Historia económica de Cuba*. La Habana: Instituto del Libro, 1967.
- LEAL SPENGLER, EUSEBIO: «La resurrección del Che: una victoria del ideal revolucionario», *Tricontinental*, La Habana, año 30, n. 138, 1997, pp. 33-36.
- LECHÍN, JUAN: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Paz, enero de 1995.
- LÊNIN, V. I.: «Cartas de Longe», in V. I. Lênin: *Obras escolhidas*. Avante/Edições Progresso, Lisboa/Moscú, 1978, v. 2, pp. 1-9.
- : «Mais uma vez sobre os sindicatos, o momento atual e os erros dos camaradas Trótski e Bukhárine», in V. I. Lenin: *Obras escolhidas 3*. Avante/Edições Progresso, Lisboa/Moscú, 1979a, v. 3, pp. 433-462.
- : «Projeto de resolução, as tarefas dos sindicatos e os métodos da sua realização», in V. I. Lenin: *Obras escolhidas 3*. Avante/Edições Progresso, Lisboa/Moscú, 1979b, v. 3, p. 408.

- LÊNIN, V. I.: «Uma grande iniciativa», in V. I. Lenin: *Obras escolhidas 3*. Avante/Edições Progresso, Lisboa/Moscú, 1979c, v. 3, pp. 152-158.
- LENK, KURT: *Teorías de la revolución*. Barcelona: Anagrama, 1978.
- LEÓN COTAYO, NICANOR: *El bloqueo a Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1983.
- LEÓN EXPÓSITO, ROBERTO: «1 de mayo de 1919 en La Habana», en Ernesto Chávez Álvarez (ed.): *Los obreros hacen y escriben su historia*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 327-336.
- LEONHARD, WOLFGANG: *O futuro do comunismo soviético*. Rio de Janeiro: Nórdica, 1977.
- LESAGE, MICHEL. *As instituições soviéticas*. Coimbra: Almedina, 1976.
- LEVESQUE, JACQUES. *O conflito sino-soviético*. Varzim, Portugal: Estúdios Cor, 1974.
- LEVI, ARRIGO *et al.*: *Os homens do Kremlin*. Rio de Janeiro: Editora Três, 1974.
- LEZCANO PÉREZ, JORGE: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. Brasília, diciembre de 2001a.
- : *O sistema político cubano*. Rio de Janeiro: [s. n.], 2001b.
- LINDSAY, JACK: *Marxism and Contemporary Science*. Londres: Dennis Dobson, [195-].
- LINHART, ROBERT: *Lenin, os camponeses, Taylor*. Rio de Janeiro: Marco Zero, 1983.
- LISS, SHELDON B.: *Marxist Thought in Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1984.
- LOBAINA, ESTHER: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, noviembre de 2001.
- LOCKWOOD, LEE: *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*. Boulder, Colorado: Westview Press, 1990.

- LÓPEZ-FRESQUET, RUFO: *Fui ministro de Fidel*. Rio de Janeiro: Laudes, 1969.
- LOPEZ SEGRERA, FRANCISCO: *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo (1510-1959)*. La Habana: Casa de las Américas, 1972.
- LORA, GUILLERMO: *Revolución y foquismo*. Buenos Aires: Documentos, 1978.
- : «La guerrilla y las masas», en Carlos Soria Galvarro (org.): *El Che en Bolivia 3: Análisis y reflexiones*. La Paz: Cedoin, 1994, pp. 179-192.
- LOSADA ALDANA, RAMÓN: *Dialética do subdesenvolvimento*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1968.
- LOSOVSKY, D.: *Marx e os sindicatos*. São Paulo: Anita Garibaldi, [198-].
- LOURENÇO, MARIA JOSÉ: «Introdução», in Omar de Barros Filho: *Bolívia: vocação e destino*. São Paulo: Versus, 1980, pp. 3-7.
- LOVEMAN, BRIAN and THOMAS M. DAVIES, JR. (ORG.): *The Politics of Antipolitics*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1989.
- LÖWY, MICHAEL: *O pensamento de Che Guevara*. Lisboa: Bertrand, 1976.
- (ORG.): *Le marxisme en Amérique Latine de 1909 à nous jours*. Paris: François Maspero, 1980.
- : *Nacionalismos e internacionalismos - Da época de Marx até nossos dias*. São Paulo: Xamã Editora, 2000.
- : «Ni calco ni copia: Che Guevara en busca de un nuevo socialismo II», *La Insignia*, 29 de junio de 2001. Disponible en: <<http://www.lainsignia.org>>. Acesso en: 2 out. 2001.
- LÖWY, MICHAEL y DANIEL BENSÄID: *Marxismo, modernidade, utopia*. São Paulo: Xamã Editora, 2000.
- MACHADO, NERY: *Cuba, vanguarda e farol da América*. São Paulo: Fulgor, 1962.

- MAGDOFF, FRED: «Impressions of the Cuban Agriculture», *Monthly Review*, New York, v. 32, n. 2, jun., 1980, pp. 35-40.
- MAGDOFF, HARRY: «Are There Economic Laws of Socialism?», *Monthly Review*, New York, v. 37, n. 3, jul./aug., 1985, pp. 112-127.
- MAHIEU, JAIME MARIA DE: «La filosofía marxista», *Estudios sobre el Comunismo*, Santiago de Chile, año V, n. 16, abr./jun. de 1957, pp. 45-49.
- MAIDANIK, KIVA *et al.*: *El pensamiento revolucionario del «Che»*. Buenos Aires: Seminario Científico Internacional; Ediciones Dialéctica, 1988.
- MALLORQUÍN, CARLOS: *Ideas e historia en torno al pensamiento económico latinoamericano*. México: Plaza y Valdés, 1998.
- MANDEL, ERNEST: «La teoría económica yugoslava», *Monthly Review*, New York, año IV, n. 41, aug., 1967, pp. 19-32.
- : *Introducción a la economía marxista*. Lima: Fondo de Cultura Popular Editores, 1973.
- : *Da Comuna a Maio de 68*. Lisboa: Antídoto, 1979.
- : «O debate econômico em Cuba durante o período 1963-1964», in Ernesto Guevara: *Textos econômicos*. São Paulo: Edições Populares, 1982a, pp. 165-171.
- : «As categorias mercantis no período de transição», in Ernesto Guevara: *Textos econômicos*. São Paulo: Edições Populares, 1982b, pp. 241-260.
- MANKIEWICZ, FRANK and JONES KIRBY: *With Fidel: A Portrait of Castro and Cuba*. Chicago: Playboy Press, 1975.
- MARGOLIN, M. S.: *Planificación financiera*. La Habana: Ministerio de Hacienda Publicaciones, 1962.
- MARKUS, GYORGY: *Teoria do conhecimento no jovem Marx*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1974.
- MARTÍNEZ, OSVALDO: «Notas sobre el pensamiento de Ernesto Che Guevara en las relaciones económicas internacionales», *Cuba Socialista*, La Habana, n. 35, set./oct. de 1988, pp. 69-92.

- MARTÍNEZ HEREDIA, FERNANDO: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, enero de 1999.
- MARX, KARL: «A questão judaica», in Karl Marx: *Manuscritos económico-filosóficos*. Lisboa: Edições 70, 1964a, pp. 35-73.
- : *Manuscritos económico-filosóficos*. Lisboa: Edições 70, 1964b.
- : «Teses sobre Feuerbach», in Karl Marx y Friedrich Engels: *Obras escolhidas*. Avante/Edições Progreso, Lisboa/Moscú, 1982, t. 1, pp. 1-3.
- : *Critique of the Gotha Program*. New York: International Publishers, 1979.
- MARX, KARL y FRIEDRICH ENGELS: *A ideologia alemã*. São Paulo: Hucitec, 1986.
- MASSARI, ROBERTO: *Che Guevara, grandezza y riesgo de la utopía*. Navarra: Txalaparta, 1993.
- : «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. Bolsena, diciembre de 2001a. Vía Internet.
- : «Nahuel Moreno, Che Guevara, héroe y mártir de la revolución», *Quaderni della Fondazione Ernesto Che Guevara*, Bolsena, n. 4, pp. 348, 2001b.
- : «Periodizzare il Che e il socialismo», *Quaderni della Fondazione Ernesto Che Guevara*, Bolsena, n. 4, 2001c, pp. 96-101.
- : «Sequenza del “debate económico” dal 1963 in Poi», *Quaderni della Fondazione Ernesto Che Guevara*, Bolsena, n. 4, 2001d, pp.121-123.
- MATOS, ALMIR: *Cuba: a revolução na América*. Rio de Janeiro: Vitória, 1961.
- McFARLANE, BRUCE: «Iugoslávia: perspectivas políticas atuais», in Isaac Deutscher *et al.*: *Problemas e perspectivas do socialismo*. Rio de Janeiro: Zahar, 1969b, pp. 104-129.
- McLELLAN, DAVID: *Marx Before Marxism*. New York: Harper & Row Publishers, 1970.

- McLELLAN, DAVID: *Marxism after Marx*. Boston: Houghton Mifflin Company, 1979.
- MEDEIROS, RUI: *A Rússia de hoje*. Rio de Janeiro: Jalkh, 1979.
- MEHNERT, KLAUS: *Stalin Versus Marx, the Stalinist historical doctrine*. Londres: George Allen and Unwin, 1952.
- MENDONÇA, PAULO: *Brezhnev*. Rio de Janeiro: Editora Três, 1975.
- MENDOZA DÍEZ, ALVARO: «The Lessons of the Cuban Revolution», in Luis E. Aguilar (Org.): *Marxism in Latin America*. New York: Alfred A. Knopf, 1968, pp. 180-185.
- MESA-LAGO, CARMELO: «Economic Significance of Unpaid Labor in Socialist Cuba», in Rolando E. Bonachea and Nelson P. Valdés (Org.): *Cuba in Revolution*. New York: Anchor Books; Doubleday & Company, 1972, pp. 384-412.
- : *The Labor Sector and Socialist Distribution in Cuba*. New York: Frederick A. Praeger, [197-].
- MILLS, C. WRIGHT: *A verdade sobre Cuba*. Rio de Janeiro: Zahar, 1961.
- MINÀ, GIANNI: *An Encounter With Fidel*. Melbourne: Ocean Press, 1991.
- MIRANDA, BASÍLIO: «Estado e partido na transição para o socialismo», *Teoria & Política*, São Paulo, año I, n. 3, 1980, pp. 145-174.
- MIRANDA, CARLOS: «Presentación», en Nahuel Moreno: *Che Guevara, héroe y mártir*. Buenos Aires: Ediciones La Montaña, 1997, pp. 3-8.
- MIRANDA FERNÁNDEZ, LUCINDA: *Lazaro Peña, capitán de la clase obrera cubana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1984.
- MORENO, NAHUEL: *Che Guevara, héroe y mártir*. Buenos Aires: Ediciones La Montaña, 1997.
- MORRIS, GEORGE: *A CIA e o movimento operário americano*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1967.

- MOSCATO, ANTONIO: «Le critiche all'URSS e al sistema sovietico», *Quaderni della Fondazione Ernesto Che Guevara*, Bolsena, n. 4, 2001, pp. 29-50.
- MUNSLow, BARRY: «Is Socialism Possible in the Periphery?», *Monthly Review*, New York, v. 35, n. 1, may, 1983, pp. 25-39.
- MYRDAL, GUNNAR: *El Estado del futuro*. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- NEPOMUCENO, ERIC: *Cuba: anotações sobre uma revolução*. São Paulo: Alfa-Omega, 1981.
- NORMANO, J. F.: *A economia na Rússia*. São Paulo: Atlas, 1945.
- NOYOLA, JUAN: *Carta a Raúl Prebisch*. La Habana, octubre, 1960.
- : «Aspectos económicos de la Revolución Cubana», en Juan Noyola: *La economía cubana en los primeros años de la revolución*. México: Siglo XXI, 1978a, pp. 111-134.
- : *La economía cubana en los primeros años de la revolución*. México: Siglo XXI, 1978b.
- : «Principios de economía», en Juan Noyola: *La economía cubana en los primeros años de la revolución*. México: Siglo XXI, 1978c, pp. 142-252.
- NUIRY SÁNCHEZ, NURIA y GRACIELA FERNÁNDEZ MAYO (org.): *Pensamiento y política cultural cubanos*, t. 1, La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1986.
- NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO: *En marcha con Fidel*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1982.
- NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO y AGUSTÍN SOUCHY: *Cooperativismo y colectivismo*. La Habana: Lex, 1960.
- NÚÑEZ RODRÍGUEZ, MAURICIO: «Che más allá de la imagen», *Tricontinental*, La Habana, año 31, n. 138, 1997, pp. 22-24.
- O'CONNOR, JAMES: «Revolution and the Cuban Workers», *Monthly Review*, New York, v. 21, n. 1, may, 1969, pp. 52-56.
- : «Cuba: It's Political Economy», in Rolando E. Bonachea and Nelson P. Valdés (Org.): *Cuba in Revolution*. New York: Anchor Books, 1972, pp. 52-81.

- OELGART, BERND: *Ideólogos e ideologias da nova esquerda*. Lisboa: Presença, [ca. 1970].
- OIZERMAN, TEODOR: *El problema de la alienación en los trabajos de Marx en su juventud*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985.
- OLTUSKI, ENRIQUE, CARLOS FRANQUI y ARMANDO HART: «Filosofía revolucionaria», *Lunes de Revolución*, La Habana, n. 19, 6 de julio de 1959, pp. 62.
- OLQUENDO BARRIOS, LEYDA *et al.*: *Las clases y la lucha de clases en la sociedad neocolonial cubana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1981.
- OUTHWAIT, WILLIAM y TOM BOTTOMORE (ORG.): *Dicionário do pensamento social do século XX*. Rio de Janeiro: Zahar, 1996.
- PARRA BARRERO, JESÚS: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, noviembre de 2001.
- PARTIDO COMUNISTA CUBANO: «The Communist Party and the Cuban Revolutionary Situation», in Luis E. Aguilar (Org.): *Marxism in Latin America*. New York: Alfred A. Knopf, 1968, pp. 112-117.
- PÉREZ, HUMBERTO: *El subdesarrollo y la vía del desarrollo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- PÉREZ-GALDÓS, VÍCTOR: *Un hombre que actúa como piensa*. Managua: Vanguardia, 1987.
- PÉREZ-ROLO, MARTHA: «La organización y la dirección de la industria socialista en el pensamiento y la acción de Ernesto Che Guevara», en CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE AMÉRICA: *Pensar al Che: los retos de la transición socialista*. La Habana: Centro de Estudios sobre América; Editorial José Martí, 1989, t. 2, pp. 257-282.
- PERICÁS, LUIZ BERNARDO: *Che Guevara e a luta revolucionária na Bolívia*. São Paulo: Xamã Editora, 1997.
- PERICÁS, LUIZ BERNARDO y PAULO BARSOTTI (ORG.): *América Latina: história, crise e movimento*. São Paulo: Xamã Editora, 1999.

- PETRAS, JAMES: «Problems in the Transition to Socialism», *Monthly Review*, New York, v. 35, n. 1, may, 1983, pp. 14-24.
- PINO-SANTOS, OSCAR: *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*. La Habana: [s. n.], 1972.
- POMERANZ, LENINA (ORG.): *Oskar Lange*. São Paulo: Ática, [198-].
 ———: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. São Paulo, setiembre de 2001.
- PORCARO, MIMMO: «Charles Bettelheim, um longo adeus», *Outubro*, São Paulo, n. 5, 2001, pp. 59-81.
- PRADO JÚNIOR, CAIO: *O mundo do socialismo*. São Paulo: Brasiliense, 1962.
 ———: *Estruturalismo de Levi-Strauss/Marxismo de Louis Althusser*. São Paulo: Editora Brasiliense, 1971.
- PREBISCH, RAÚL: «Aspectos econômicos da Aliança para o Progresso», in John C. Dreier (Org.): *A Aliança para o Progresso*. Rio de Janeiro: Fundo de Cultura, 1962, pp. 55-102.
 ———: *Dinâmica do desenvolvimento latino-americano*. São Paulo: Fundo de Cultura, 1964.
 ———: «Prefácio», in Octavio Rodríguez: *Teoria do subdesenvolvimento da CEPAL*. Rio de Janeiro: Forense-Universitária, 1981, pp. 7-12.
- RADOSH, RONALD: «Incentives, Moral and Material», *Monthly Review*, New York, v. 25, n. 10, mar., 1974, pp. 59-64.
- RAMOS, JORGE ABELARDO: «Dangers of Empiricism in Latin-American Revolutions», in Luis E. Aguilar (Org.): *Marxism in Latin America*. New York: Alfred A. Knopf, 1968, pp. 186-191.
- RATLIFF, WILLIAM E.: «Chinese Communist Cultural Diplomacy Toward Latin America, 1949-1960», *Hispanic-American Historical Review*, North Carolina, v. XLIX, n. 1, feb., 1969, pp. 53-79.
- REGALADO, ANTERO: *Las luchas campesinas en Cuba*. La Habana: Comisión de Educación Interna del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, 1973.

- RIERA, PEPITA: *Servicio de Inteligencia de Cuba comunista*. Miami: Service Offset Printers, 1966.
- RIMALOV, V.: *La cooperación económica de la Unión Soviética con los países subdesarrollados*. Moscú: Ediciones de Lenguas Extranjeras, [1961 o 1962].
- RIVERO, NICOLÁS: *Fidel Castro, un dilema americano*. São Paulo: Dominus, 1963.
- ROBINSON, JOAN: «Cuba-1965», *Monthly Review*, New York, v. 17, n. 9, feb., 1966, pp. 10-18.
- ROCA, BLAS: *Los fundamentos del socialismo en Cuba*. La Habana: Ediciones Populares, 1961.
- : «Batista: Grau and the Roads to National Unity», in Luis E. Aguilar (Org.): *Marxism in Latin America*. New York: Alfred A. Knopf, 1968, pp. 133-138.
- RODRIGUES, MIGUEL URBANO: *Opções de revolução na América Latina*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1968.
- RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL: *Cuba en el tránsito al socialismo (1959-1963)/Lenin y la cuestión colonial*. México: Siglo XXI, 1978.
- : *La clase obrera y la Revolución*. La Habana: Vanguardia Obrera, 1960.
- : *Letra con filo*, t. 1. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1983a.
- : *Letra con filo*, t. 2. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1983b.
- : *Letra con filo*, t. 3. La Habana: Unión, 1987.
- : *Palabras en los setenta*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1984.
- : «Sobre la contribución del Che al desarrollo de la economía cubana», *Cuba Socialista*, La Habana, n. 33, mayo/junio de 1988, pp. 1-29.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ LUIS: «Cuarenta años de planificación en Cuba, nuestro modelo no es el que falló en los exsocialistas», Entre-

- vistadora: Arleen Rodríguez Derivet. *El Economista de Cuba*, La Habana, n. 38, 2000. Disponible en: <<http://www.economista.cubaweb.cu>>. Acceso en: 14 de diciembre de 2001.
- RODRIGUEZ, OCTAVIO: *Teoria do subdesenvolvimento da CEPAL*. Rio de Janeiro: Forense-Universitária, 1981.
- RODRÍGUEZ, ROLANDO: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, enero de 1999.
- RODRÍGUEZ FARIÑAS, RICARDO: *Apuntes sobre la planificación de la economía nacional*, t. II. La Habana: Universidad de La Habana, 1986.
- RODRÍGUEZ FERREYRO, ZOBEDA: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, noviembre de 2001.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, JOSÉ LUIS *et al.*: *Cuba: revolución y economía 1959-1960*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985.
- ROJO, RICARDO: *Meu amigo Che*. São Paulo: Edições Populares, 1983.
- ROMUALDI, SERAFINO: *Relatório à American Federation of Labor sobre a situação política e sindical de Cuba*. La Habana, abril de 1959.
- : *Presidents and Peons*. New York: Funk & Wagnalls, 1967.
- ROSSANDA, ROSSAN: «Poder y democracia en la sociedad de transición», *Cuadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, n. 46, 1973, pp. 27-43.
- ROTHMAN, STANLEY: «Understanding Marxism», *Problems of Communism*, Washington, v. XV, n. 4, jul./aug., 1966.
- ROTHSTEIN, ANDREW: *Man and Plan in Soviet Economy*. Londres: Frederick Muller Ltd., 1948.
- ROUGIER, LOUIS: «La mística soviética y sus consecuencias económicas», *Estudios sobre el Comunismo*, Santiago de Chile, año VII, n. 25, jul./set. de 1959, pp. 25-30.
- RUMIÁNTSEV, A.: *Comunismo científico*. Moscú: Editorial Progreso, 1981. Diccionario.

- SACHS, IGNACY: *Obstáculos al desarrollo y planificación*. La Habana: Edición Revolucionaria; Instituto del Libro, [entre 1967 y 1969].
- SADER, EMIR (ORG.): *Fidel Castro*. São Paulo: Ática, 1986.
- SALAZAR MONTEJO, CARLOS: «The “Stalinist” Parties in Bolivia and Cuba», in Luis E. Aguilar (Org.): *Marxism in Latin America*. New York: Alfred A. Knopf, 1968, pp. 232-239.
- SALVADORI, MASSIMO: *Desenvolvimento do comunismo moderno*. Rio de Janeiro: Ipanema, [195-].
- SAMBÓRSKI, G.: *União Soviética, 1959/1965*. Rio de Janeiro: Vitória, 1960.
- SANTA PINTER, JOSÉ JULIO: «La educación y su reforma en la URSS», *Estudios sobre el Comunismo*, Santiago de Chile, año VII, n. 25, jul./set. de 1959, pp. 77-79.
- SAVIN, S. L., R. S. FONTE y S. E. JORSOV: *Breve diccionario de economía concreta*. La Habana: Editora Política, 1981.
- SERGUERA RIVERI, JORGE: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, enero de 1999.
- SETTEMBRINI, DOMENICO: *Socialismo y revolución después de Marx*. Salamanca: Sígueme, 1978.
- SHER, GERSON S. (ORG.): *Marxist Humanism and Praxis*. New York: Prometheus Books, 1978.
- SILVA, ARNALDO: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, enero de 1999.
- SINCLAIR, ANDREW: *Guevara*. Londres: Fontana, 1970.
- SINGH, V. B. *et al.*: *Da economia política*. Rio de Janeiro: Zahar, 1966.
- SKIDMORE, THOMAS E. and PETER H. SMITH: *Modern Latin America*. New York: Oxford University Press, 1989.
- SMOLINSKI, LEON: «Economics and Politics: IV, Reforms in Poland», *Problems of Communism*, Washington, n. 4, v. XV, jul./aug., 1966, pp. 8-12.

- SOLER, RAFAEL: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. Santiago de Cuba, enero de 1999.
- SOLGANICK, ALLEN: «Las reformas económicas soviéticas, el peligro de los incentivos materiales», *Monthly Review*, New York, año IV, n. 37, apr., 1967, pp. 41-49.
- SOLIUS, G.: *Economía política del socialismo*. La Habana: Orbe, 1976.
- SORIA GALVARRO, CARLOS (org.): *El Che en Bolivia 3: Análisis y reflexiones*. La Paz: Cedoin, 1994.
- STALIN, JOSEPH: *Problemas econômicos do socialismo na URSS*. Rio de Janeiro: Vitória, 1953.
- : *Em defesa do socialismo científico*. São Paulo: Anita Garibaldi, 1990.
- STEELE, JONATHAN: *The Limits of Soviet Power*. Middelsex: Penguin Books, 1984.
- STRUMILIN, STANISLAV G.: *Ensayos sobre la economía socialista*. La Habana: Publicaciones Económicas, 1966.
- SUÁREZ SALAZAR, LUIS: «Inmortalidad del Che: un reencuentro Tricontinental con el comandante Manuel Piñero Losada», *Tricontinental*, La Habana, año 30, n. 133, 1997, pp. 41-49.
- SUCHLICKI, JAIME: *Historical Dictionary of Cuba*. Metuchen, New Jersey: The Scarecrow Press, 1988.
- SURGANOV, BORIS: *Socialismo e capitalismo, perspectivas econômicas*. Lisboa: Prelo, 1975.
- SWEETZ, PAUL: «Czechoslovakia, Capitalism and Socialism», in Paul Sweezy and Charles Bettelheim: *On the Transition to Socialism*. New York: Modern Reader, 1972.
- : «Hacia un programa de estudio de la transición al socialismo», *Cuadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, n. 46, 1973, pp. 1-13.
- : «A réplica de Paul Sweezy a Bernard Chavance», *Teoría & Política*, São Paulo, año I, n. 3, 1980, pp. 105-111.

- SWEETZ, PAUL and BETTELHEIM, CHARLES: *On the Transition to Socialism*. New York: Modern Reader, 1972.
- SZULC, TAD: *Fidel, A Critical Portrait*. New York: Avon Books, 1987.
- TABARES DEL REAL, JOSÉ: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, enero de 1999.
- TABLADA, CARLOS: *Che Guevara: Economics and Politics in the Transition to Socialism*. Sydney: Pathfinder, 1989.
- : «La creatividad en el pensamiento económico del Che», en CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE AMÉRICA: *Pensar al Che: los retos de la transición socialista*. La Habana: Centro de Estudios sobre América; Editorial José Martí, 1989, t. 2, pp. 217-256.
- TABO II, PACO IGNÁCIO: *Ernesto Guevara, também conhecido como Che*. São Paulo: Scritta, 1997.
- TANGRI, SHANTI S.: «China and Peaceful Coexistence: Some Considerations», *Problems of Communism*, Washington, v. XVI, n. 1, jan./feb., 1967, pp. 76-80.
- TATU, MICHEL: *O poder político na URSS*. [S. l.]: Expressão e Cultura, 1970.
- TCHERKESOFF, VARLAN: *O marxismo antes e depois de Marx*. São Paulo: Biblioteca Prometeu, 1935.
- TENNANT, GARY: «Che Guevara e os trotskistas cubanos», in Osvaldo Coggiola (Org.): *Revolução Cubana, história e problemas atuais*. São Paulo: Xamã Editora, 1998.
- TOPOROWSKI, JAN: «The Contradictions of Market Socialism», *Monthly Review*, New York, v. 46, n. 11, apr., 1995, pp. 1-7.
- TOURAINÉ, ALAN: *Palavra e sangue*. São Paulo: Unicamp; Trajetória Cultural, 1989.
- TRAPÉZNIKOV, S.: *En los grandes virajes de la Historia*. La Habana: [s. n.], 1977.
- TRAVIESO, JULIO: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. Vía Internet.

- TROTSKI, LEÓN: «El ejército del trabajo en la Rusia de los soviets», *Cuadernos de Pasado y Presente*, Córdoba, n. 15, 1972, pp. 161-170.
- : *Escritos latinoamericanos*. Buenos Aires: Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones León Trotski, 2000.
- TUTINO, SAVERIO: «Ricerca e dibattito critico sullo sviluppo economico a Cuba», *Quaderni della Fondazione Ernesto Che Guevara*, Bolsena, n. 4, 2001, pp. 196-198.
- ULAM, ADAM B.: *A nova face do totalitarismo soviético*. Rio de Janeiro: Record, 1964.
- : *Expansion & Coexistence: The History of Soviet Foreign Policy, 1917-1967*. New York: Frederick A. Praeger, 1968.
- : *Lenin and the Bolsheviks*. Londres: The Fontana Library, 1969.
- UREÑA, ENRIQUE: *Karl Marx economista*. São Paulo: Loyola, 1981.
- VAIL, JOHN J.: *Fidel Castro*. São Paulo: Nova Cultural, 1987.
- VAKHRUCHEV, V.: *O neocolonialismo e os seus métodos*. Lisboa: Prelo, 1975.
- VALDÉZ PAZ, JUAN: «Entrevista». Entrevistador: Luiz Bernardo Pericás. La Habana, enero de 1999.
- VÁSQUEZ, EUCLIDES: «En torno al movimiento 26 de Julio», *Lunes de Revolución*, La Habana, n. 19, 26 julio de 1959, pp. 4-5.
- VENABLE, VERNON: *Human Nature: The Marxian View*. Londres: Dennis Dobson, 1946.
- VERA SOSA, JULIO: «El “Che”, teórico de la violencia y la guerrilla», *El Mundo*, La Paz, p. A6, 24 de febrero de 1996.
- VIGNIER, E. y G. ALONSO: *La corrupción política y administrativa en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973.
- VILLEGAS, ABELARDO: *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*. México: Siglo XXI, 1986.
- VÓLKOV, G. N. (ed.): *Fundamentos da doutrina marxista-leninista*. Moscú: Edições Progresso, 1984.

- VOROCHÍLOV, K.: *Stalin y las fuerzas armadas de la URSS*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1953.
- WILKERSON, LOREE: *A filosofía política de Fidel Castro*. Rio de Janeiro: O Cruzeiro, 1966.
- WOLFF, ERIC R.: *Peasant Wars of the Twentieth Century*. New York: Harper Torchbooks/Harper & Row Publishers, [1970].
- WOLFF, LENNY: *Guevara, Debray y revisionismo armado*. Chicago: RCP Publications, 1986.
- YRARRAZAVAL CONCHA, EDUARDO: *América Latina en la guerra fría*. Santiago de Chile: Nascimento, 1959.
- ZEA, LEOPOLDO: «El Che y el hombre nuevo», *Casa de las Américas*, La Habana, n. 206, año XXXVII, ene./mar. de 1997.
- ZEITLIN, MAURICE: *La política revolucionaria y la clase obrera cubana*. Buenos Aires: Amorrortu, 1970.
- ZIMBALIST, ANDREW: «A Synthesis of Dependency and Class Analysis», *Monthly Review*, New York, v. 32, n. 1, may, 1980, pp. 27-31.

El Che era un hombre de pensamiento integral y estratégico convencido de que el desarrollo de la conciencia del hombre, su formación ideológica y moral es esencial en la construcción de la sociedad socialista. Su pensamiento económico, así como sus acciones eran consecuentes con estas premisas. Como Ministro de Industrias en Cuba, desarrolló ideas e instauró métodos de dirección y control económico como instrumentos tecnológicos en función de los objetivos socialistas. Al mismo tiempo indicó y previó los grandes peligros que podrían surgir de no seguirse por esos caminos; previsión hecha realidad en el derrumbe del campo socialista. Luiz Bernardo Pericás, historiador y escritor, en este excelente libro, analiza e interpreta a profundidad el pensamiento económico del Che, y los debates surgidos alrededor de estas ideas en aquellos momentos dentro y fuera de Cuba, abriendo posibilidades para continuar este debate, como contribución fundamental para el avance del socialismo, particularmente en estos momentos de profundas transformaciones en Cuba.

TIRSO W. SÁENZ

Luiz Bernardo Pericás es graduado de Historia de la George Washington University, doctor en Historia Económica por la USP (Universidad de São Paulo), posdoctorado en Ciencias Políticas en la FLACSO/México. Es profesor de Historia Contemporánea de la USP. Publicó en diversas revistas y periódicos de su país como *Estado de S. Paulo* y *Correio Braziliense*; *Memória* (México), *Contexto Latinoamericano* (Cuba), *Quaderni della Fondazione Che Guevara* (Italia), *Le Monde Diplomatique* y *Tiempo Exterior* (España), entre otros. Recibió mención honorífica en el Premio Casa de las Américas 2012, por su libro *Os cangaceiros: ensaio de interpretação histórica*. El libro *Che Guevara y el debate económico en Cuba* fue publicado en inglés por Atropos Press, Nueva York, 2009, y en primera edición en español por Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 2011.

ISBN 978-959-260-440-7



9 789592 604407